

*Selecta*

Gabriela Cano

A woman with blonde hair is shown in profile, painting on a canvas. She is holding a paintbrush and a palette. In the background, a basketball hoop is visible, suggesting a studio or a space where art and sports intersect. The lighting is soft and natural, coming from a window on the left.

# Adorable reputación

Adorable 2  
*Apareciste justo a tiempo*

Adorable reputación

Trilogía Adorable 2

*Gabriela Cano*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

*A las personas que han pasado por momentos muy difíciles, llenos de una inmensa oscuridad que nunca parece tener fin, pero que jamás han perdido las esperanzas, y mucho menos han intentado apagar su luz interior.*

*Y con especial cariño para todos los ángeles que se han cruzado en nuestras vidas, brindándonos un cariño inmensurable y desinteresado, iluminando muchísimo más nuestra existencia: tú eres uno de esos ángeles, Kate.*

## Prólogo

*(Lindsay)*

No importa las veces que he tomado una larga ducha intentando remover la suciedad de mi interior o que pase horas llorando mientras me veo en el espejo: nada cambia. Siempre es lo mismo. Continúo sintiendo náuseas cada vez que veo la suciedad empañar cada parte de mi alma. Si alguna vez existió un brillo en mí, se apagó cuando mi papá destruyó mi vida, y no hubo nadie que intentara salvarme de ese calvario.

Hoy es un poco distinto.

Ha llegado la hora en que me atrevo a dejar ese infierno que me ha quemado lo suficiente.

Cada día, mi interior aún batalla con renovarse porque se rehúsa a quedarse entre las sombras. No quiero esta vida; nunca la he querido y, aunque no es sencillo dejar mi pasado atrás, me esmeraré en lograrlo.

Increíblemente, el sol está en todo su esplendor, y eso logra hacerme sonreír. Tener una mañana soleada en la ciudad es digna de apreciar.

¿Cómo será tener un clima radiante todo el año? Bueno, eso lo sabré en unas horas.

Mi corazón empieza a palpar con frenesí al darme cuenta de que me estoy yendo de Omaha; le he prometido a Daisy que no regresaré por nada del mundo... ni siquiera por mamá. No, no quiero ir por ese camino; sin embargo, ya es demasiado tarde. Mis ojos se han puesto vidriosos. Rápidamente miro hacia la ventana con la intención de que Daisy no lo note. He fallado: ella me ha visto, por lo que coloca su mano izquierda sobre mi muslo y le da un suave apretón.

—Estarás bien, cariño —asegura; su tono dulce me reconforta un poco.

Me vuelvo hacia ella, conteniendo las ganas de llorar. Al menos funciona hasta que llegamos al parqueo del aeropuerto y apaga su auto. Desabrocho el cinturón de seguridad para inclinarme a darle un fuerte abrazo, mientras sollozo en su hombro.

Daisy Rodríguez no solo es la profesora de Ciencias Naturales que hizo que me volviera a ilusionar con algo, sino que ha sido como un ángel desde que entró a mi vida. Cuando me sentía tan rota y vacía, cayéndome a pedazos, de alguna manera ella lo supo; entonces se empezó a acercar a mí. Casi me obligó a contarle por todo lo que he pasado. Ya no soportaba los murmullos en los pasillos de la escuela, llamándome a escondidas: «puta». Estaba al borde del precipicio;

ella me salvó antes de caer.

Desde el momento en que conoció mi verdad, Daisy, al igual que su esposo, han cuidado de mí por los últimos meses, ayudándome a descubrir la pasión que no sabía que sentía por el arte y han logrado que me enamore perdidamente de este estilo de vida. No sé qué habría sido de mí sin ellos.

—No tienes que preocuparte de nada, Lindsay. Mi amiga te estará esperando en el aeropuerto y te llevará directo a la residencia estudiantil.

Me separo de su hombro. Con la manga de mi suéter limpio mi nariz y las lágrimas que recorren mi rostro.

—Ojalá supieras cuánto significa esto para mí. —Logro mantener mi voz equilibrada. Poco a poco las lágrimas van cediendo—. No tengo idea de cómo me irá en Los Ángeles, pero te pagaré todo lo que has hecho para ayudarme.

¿Por qué mamá no pudo protegerme de la misma manera en que ella lo ha hecho? Creo que hay mujeres que no merecen ser mamás en lo absoluto porque ni siquiera comprenden el rol que se les ha brindado; en cambio, hay otras que albergan tanto cariño en su corazón, y egoístamente su cuerpo nunca le da la oportunidad de compartir ese amor inmensurable con sus propios hijos. Entonces, tienen que hacerlo con los hijos despreciados por alguien más.

Daisy es una mujer de treinta y cinco años, que ama a sus estudiantes como si fueran su familia verdadera. Conmigo ha sido tan especial... regalándome ese cariño que me ha faltado desde hace algunos años.

—Me pagarás disfrutando de la universidad y siendo la mejor de tu clase. Es todo lo que te pido, Lind.

Asiento; luego sujeto mi bolso de mano. Ambas salimos del auto; tomamos las únicas dos maletas del asiento trasero. No me estoy llevando más que alguna ropa, zapatos y mi portátil. No tengo absolutamente nada y, si no fuera por ella, tampoco tendría a nadie.

Nos encaminamos a toda prisa hasta el interior del aeropuerto. Papá, literalmente, me tomaría del cabello si supiera que su mina de oro se le está yendo de la ciudad. Posteriormente intentaría venderme al mejor postor, y el ciclo de autodestrucción volvería a comenzar.

Siento náuseas solo de recordar todo lo que me ha hecho pasar.

Me detengo un momento a tomar aire para poder tranquilizarme. Daisy me entiende. En silencio sube y baja su mano por mi espalda, como muestra de apoyo.

Antes de llegar a la terminal que me corresponde, me parece increíble que lograré salir de este infierno. Estaré sola en una ciudad completamente desconocida. Ya no tendré a Daisy o a Max para protegerme. No tendré a nadie, y sé que no es nada en comparación con lo que estoy pasando. Pero, después de todo, soy solamente una humana quebrantada a la que le sigue dando un poco de pánico pensar que puedan existir demonios más poderosos que consigan arrastrarme por completo al infierno.

Pasan unos largos minutos de tortura mental, hasta que finalmente digo:

—Estoy lista. —Me vuelvo hacia Daisy; sus ojos color café se iluminan con esperanza. Asiente con una pequeña sonrisa; luego, saca su cartera. En cuanto veo sus intenciones, me echo hacia atrás—. No lo aceptaré.

Daisy sacude su cabeza y sonrío dulcemente.

—Necesitarás un poco de efectivo para cuando llegues a la ciudad. —Alza una cantidad de billetes que me niego a tomar—. Lind, por favor, son de parte de Max. Ya sabes que ni él ni yo estaremos tranquilos sabiendo que no cuentas con nada de dinero.

—Pero me has conseguido un trabajo, así que lo tendré en cuanto me paguen; además, tú y Max ya han hecho suficiente por mí.

Ella apoya su mano libre en su cadera, adquiriendo esa actitud que me demuestra que no ganaré esta batalla. Sí, también es obstinada.

A regañadientes tomo el dinero que me ofrece, teniendo en cuenta que haré todo lo que esté en mis manos para algún día recompensarlos por todo esto. Le doy un fuerte abrazo antes de hacer la fila hacia la zona de seguridad.

—Gracias por todo.

—No tienes nada que agradecer, Lindsay. —Me toma de los hombros, observándome por una última vez—. Te robaste mi corazón desde que entraste distraída a mi salón de clases y contemplaste por una eternidad el cuadro que Max pintó en sus peores momentos.

Mi estómago, literalmente, tiembla ante el horrible recuerdo de ese día.

—«De las peores tormentas salen los arcoíris más impresionantes» —cito la frase que ella me enseñó y que se ha convertido en mi mantra. Daisy me sonrío; posteriormente aparta un mechón de su hermoso cabello castaño—. Fuiste la mamá que desearía haber tenido. Max y tú son las mejores personas que he conocido.

No esperaba que se pusiera a llorar; yo apenas me contengo de hacer lo mismo. Tomo varias respiraciones antes de despedirme por una vez más. No sé cuándo la volveré a ver; hasta entonces, me convertiré en la chica fuerte que ella desea. No volveré a llorar por nada ni por nadie. Y no dejaré que vuelvan a hacerme daño.

—Te quiero, Lindsay. Estaremos siempre en contacto, y, por favor, sé feliz. Si hay alguien que se merece volver a sonreír, esa eres tú.

Pienso un momento en sus palabras. Un escalofrío me recorre el cuerpo al escuchar, por las bocinas, que llaman a los pasajeros de mi vuelo.

—Lo haré. Y también te quiero. Muchísimo.

Sé que, en cuanto suba en ese avión, la Lindsay Reed que se lamentaba todas las noches habrá quedado atrás. Empezaré de cero. Tendré una nueva vida en la ciudad de Los Ángeles. Reiré más seguido y, con suerte, lograré enamorarme de esa nueva versión de mí misma que tanto he anhelado.

Sí, todo será mejor.

Me convertiré en la chica aventurera y arriesgada que siempre he querido ser. Cortaré mi

cabello; quizás experimente con colores locos. Puede ser que me haga un tatuaje o unos cuantos piercings, ¿Quién sabe? Lo que sí sé es que mi pasado quedará enterrado por completo.

Me permito mirar hacia atrás solamente para decirle adiós al ángel que de repente llegó a mi vida.

Sonríó al recordar que, si existen humanos que son capaces de producir dolor a tal grado de convertirse en monstruos, sé que existen personas que batallan contra ellos y logran llenar de luz nuestras vidas.



## Capítulo 1

### AVENTURAS INOLVIDABLES

*(Lindsay)*

Los cambios no se dan de una forma sencilla; de hecho, no hay un esquema que se pueda seguir y que te asegure que al final todo estará bien. Tan solo sé que son necesarios. Alejarse de un ambiente o de personas que nos causan dolor es la mejor opción para recuperar nuestra paz interna. Poner distancia de por medio no se trata de ser cobardes, sino todo lo contrario: requiere de mucha valentía. En cuanto nos damos un respiro de toda esa negatividad que dejamos atrás, poco a poco notamos cómo vuelven algunas chispitas a intentar iluminar nuestro camino.

Esto lo tengo comprobado.

\*\*\*

La ciudad de Los Ángeles me hace cosquillas en el estómago cada vez que puede; quizás esa sensación tan solo sea un producto del enamoramiento que tengo por este paraíso desde hace nueve meses, cuando bajé de ese avión y la amiga de Daisy condujo por las principales calles hasta llegar a la residencia estudiantil.

El clima no tiene nada que ver con mi ciudad natal, Omaha. Aquí es puro sol, playa, ropa ligera o poca ropa. Puede ser que simplemente estoy enamorada de L.A. y sus habitantes, o quizás este sentimiento tiene que ver con mi teoría de los nuevos comienzos. Ahora aprecio hasta las cosas más pequeñas de la vida, como sentarme en el césped frente al edificio principal de la universidad, para pasar algunos minutos viendo obras de arte por Internet o para algo tan liberador como pintar sobre un lienzo en blanco, olvidándome del tiempo hasta que alguien me devuelve a la realidad.

Es hermoso.

A veces no puedo creer lo mucho que mi vida cambió desde que el lienzo y las pinturas me eligieron. Por fin descubrí a qué quiero dedicarme por el resto de mi vida. Estudiar en la universidad de California de Los Ángeles, es, literalmente, un sueño hecho realidad, y todo se materializó gracias a la ayuda de Daisy.

Inhalo el fresco aire de la noche mientras el sentimiento de eterno agradecimiento hacia ella se cuela por cada parte de mí. Creí que no llegaría más allá de mi ciudad, que todo mi futuro estaba acabado, sin embargo, ahora estoy aquí. Mi papá estaba completamente equivocado: sí puedo tener una vida mejor que la que él decía que yo merecía; al menos es lo que me digo cada mañana que despierto, recordando lo difícil que es pretender ser otra persona.

A veces solo soy Lindsay Reed, la estudiante de arte que trabaja medio tiempo en un salón de belleza para poder sobrevivir, la chica de personalidad divertida que se tiñe el cabello de un rubio platinado y que trata de buscar aventuras inolvidables. En otras ocasiones, vuelvo a ser la chica a la que todos llamaban «puta» y a la cual le rompieron el corazón las personas más allegadas a ella. Aunque esa versión de mí solamente regresa ciertas noches cuando los recuerdos son pesados de cargar y fatigan, pero hoy... hoy solo quiero ser la Lindsay aventurera.

Tengo que ocultar una risita al ver la actitud insegura de Heather. Convencerla de venir no fue una tarea difícil. Somos compañeras de habitación, y nuestra amistad no comenzó tan fluidamente. Yo tenía tres meses previos instalada en la residencia estudiantil cuando ella entró con sus maletas de tela con detalles de cuero; al instante supe que las condiciones de nuestro pequeño cuarto no eran aquellas a las que ella estaba acostumbrada. Solo había que curiosear la marca de sus maletas: Louis Vuitton, o la de su ropa para saber que la chica se bañaba en dinero. Mi ilusión de tener una amiga se desinfló. Éramos dos mundos completamente diferentes y, ciertamente, no entendía qué hacía aquí al ser claro que podía alquilar el apartamento más *cool* de la ciudad; una vez que su mamá le hizo una visita sorpresa, observando con desprecio las pequeñas paredes de nuestra habitación, supe que probablemente ella era la razón.

Durante el primer trimestre universitario, apenas cruzábamos palabras básicas como «Hola», «Buenos días», «Que descanses»; pensé que su frialdad se debía a nuestras diferencias de clases sociales; estaba completamente equivocada. Heather no tiene ni una pizca de superioridad, de chica fresa o algo parecido, sino que, todo lo contrario, tiene los pies en la tierra y una vez que hablamos de verdad, supe lo bondadosa que es. Entonces entendí que su frialdad solamente es una barrera. Sea lo que sea que ha pasado con ella, alejarse de los demás ha sido su mejor solución. Me sentí tan identificada que, a partir de esa conversación, descubrí que Heather sería la amiga que he deseado tener desde que perdí a Zara.

Hoy no ha sido la excepción, y Heather me ha dejado conducir la preciosidad que es su auto, así que estaciono en el primero lugar que encuentro vacío. Todos estamos alejados de la playa porque, obviamente, no es el lugar idóneo para hacer una carrera de autos clandestinas. Esto de las actividades ilícitas, por desgracia, siempre me han llamado la atención, aunque no me atrevía a venir sola.

Deambulamos hasta cierto punto por la autopista abandonada, donde hay varios grupos en éxtasis evidente. Me encuentro a mí misma impresionada por todo el ambiente. Hay alcohol a la orden de la noche, chicas a medio vestir, chicos que hacen piruetas de baile sobre el capó de sus autos al tiempo que toman sus cervezas y mojan a cualquiera que esté cerca de ellos. Otros solo

están riendo a carcajadas, rodeados de grupos de amigos. Observo hasta parejas que necesitan con urgencia la habitación de un hotel. Vaya. Todo es tan liberal...

Algunos chicos saludan a Heather; tengo que fruncir mis labios para no reír, porque es que ella trata tanto de pasar desapercibida todo el tiempo que solamente logra lo contrario, en especial con los chicos.

Miro hacia los barriles de fuego que iluminan la carretera que ahora mismo no es usada por nadie más que nosotros; hacia el final de esta se encuentran los que supongo son los autos que competirán que, por cierto, parecen más caros que el que alguna vez tendré en toda mi vida.

—¿Cómo consiguen que nadie más pase por este lugar? —le pregunto curiosa a Heather—. Es decir, al fin de cuentas es una carretera activa.

—No... —empieza a contestarme, echando un vistazo a nuestro alrededor—. Ha sido remplazada por una de cuatro carriles que está en la salida que pasamos. —Señala sobre su hombro—. Y ya ni el alcalde quiere invertir en esta carretera. Por eso falta luminaria y todo eso.

—¿Debido a eso los chicos la han hecho suya?

—Exacto. Si por casualidad reemplazan los faroles, ellos mismos se encargan de quebrarlos y ya sabes, así a nadie se le antoja pasar por una carretera desolada.

Alzo mis cejas. Heather se ríe, encogiéndose de hombros.

Merodeamos durante unos minutos hasta que un chico moreno aparece de la nada, plantándose frente a nosotras. Se cruza de brazos y nos sonrío tan ampliamente, como si fuésemos amigas de toda la vida.

—Ustedes son nuevas —nos dice arqueando su ceja divertido.

Me siento curiosa ante su aseveración. ¿Cómo demonio sabe que, hasta esta noche, nunca habíamos asistido?

Ladeo mi rostro, observándolo, todavía curiosa e intrigada. Lo primero en lo que me fijo es el color de sus ojos. Es lo que siempre hago cuando veo a alguien por primera vez; los suyos casi me hacen sonreír porque son muy bonitos. Creo que son color avellano; podría jurar que brillan por sí solos, y no gracias a las luces improvisadas que han montado en puntos estratégicos. Le doy un vistazo general, y llego a la conclusión de que es muy guapo. El tono de su piel es hermoso, como acanelado; solo espero que no sea a causa de un bronceado carísimo. Tiene la pinta de ser amistoso, pero es preferible mantenerlo a raya, sobre todo ahora que me ha atrapado viéndolo.

Parpadeo y sacudo ligeramente mi cabeza.

—¿Tenemos un letrero que dice que somos nuevas? —Señalo mi frente, esperando que mi pregunta no la tome como un insulto, porque no lo es: es simple curiosidad de querer saber cómo hace para distinguir rostros nuevos de entre tantos que asisten aquí. Solo hay que echar un vistazo alrededor para constatar que son muchos estudiantes, y no solo de nuestra universidad, sino de otras más.

El chico sonrío; su sonrisa empieza por no gustarme. Es tan radiante que casi suspiro.

—Lo digo porque conozco a todos los que asisten —se explica, siempre sonriendo—. Soy

Jordan y ustedes, ¿son...?

Aunque la interrogante va dirigida a las dos, él no me quita la mirada de encima hasta que Heather esquiva su pregunta con otra más. Ella se está divirtiendo con todo esto del intento fracasado por mantener lo clandestino en secreto cuando se han encargado de entregar boletos de invitación por todo el campus universitario.

—Eso es difícil cuando se están enfrentando los mejores.

—¿Quiénes son los mejores? —indago, consciente de que otra vez me sonrío directamente a mí, hasta que un chico le grita desde el otro extremo de la carretera que la hora ha llegado.

Antes de marcharse, Jordan nos comenta que el chico que lo ha llamado se llama *Ralph* y es el encargado de las apuestas. ¡Mierda, las apuestas! ¿Cómo pude pasar eso por alto? Cuido con vehemencia el dinero que gano en el salón de belleza; no lo gasto en cosas sin sentido pero, si quiero que esta noche sea una completa aventura, apostar viene con el paquete de disfrutar las carreras y, aunque en un comienzo sigo pensando que puedo pasar, Heather termina por convencerme de lo contrario.

—¡Vamos, Lindsay! Tú querías estar aquí; apostar es parte de la experiencia.

Me río. Esta idea fue mía: ahora tengo que cargar con las consecuencias.

—Tienes toda la razón. —Nos acercamos a un grupo de chicos para que Heather les pida una referencia de los competidores de esta noche. El corredor, cuyo nombre es Kilian, resulta ser el favorito de todos; incluso a ella parece llamarle la atención. Dado que, aparentemente, es el mejor, ambas decidimos apostar por él—. Entonces vamos por ese tal Kilian. ¿Cuánto apostarás?

—Cien dólares.

—¿Cien dólares, Heather?! —Alzo mi vista hacia el oscuro cielo—. Señor, ¿por qué le das tanto dinero a quien solo lo desperdicia?

Heather se carcajea, me entrega el dinero y me hago camino hasta el chico que se encarga de las apuestas. Yo no apostaré por nada del mundo una cantidad semejante. Con mucho dolor, saco cincuenta dólares de mi bolso. Sostengo el billete entre mis manos, observándolo fijamente, pidiendo que muy pronto regrese a mí.

Una vez que es mi turno, el chico de las apuestas parece bastante divertido.

—Ya me enteré de que ustedes son nuevas.

En serio, ¿qué llevamos en el maldito rostro? Apenas levanta la vista para verme, porque está más enfocado en su función apuntando en su celular la cantidad de dinero de las apuestas y los números que asigna que en cualquiera a su alrededor.

—Vaya, pensé que eso de los chismes era solamente para las chicas.

Levanta la vista brevemente, se ríe muy fuerte y luego de entregarle el dinero —el que forzosamente le doy—, a cambio él me entrega dos papeles color gris y rápidamente se dispone a atender a los demás chicos que están haciendo apuestas descomunales. Abro ampliamente mis ojos sin poder evitarlo. ¡Están completamente locos! ¿Cómo pueden invertir tanto dinero en una sola noche?

Bajo la vista hacia los dos papeles pequeñitos que sostengo entre mis manos.

—Espero que lo valgan, señoritos —les digo, yendo de regreso hacia Heather, quien ya está batallando con algunos chicos que se le acercan. Muevo mi cabeza en negación y sonrío al notarla tan aliviada de verme nuevamente.

El murmullo se incrementa a medida que llegan más personas; el estallido de euforia es más ensordecedor cuando los competidores empiezan a enfilarse, haciendo un ronroneo innecesario con sus autos. Ruedo los ojos sin dejar de sonreír divertida.

Al cabo de unos cortos minutos, todos se callan automáticamente una vez que el chico de hace un momento, Jordan, se coloca en medio de la carretera. Arqueo mi ceja al notar que él y su amigo son bastantes respetados aquí.

—Bienvenidos una vez más a las carreras que tanto amamos y por las que la mayoría de nosotros morimos porque lleguen —grita, extendiendo los brazos. Sus labios forman una amplia sonrisa—. Esta noche se enfrentarán los mejores. Mis queridos amigos de la USC contra los de nuestra universidad.

A unos pasos de distancia, un grupo de chicos de la UCLA gritan, mientras que, al otro extremo de la carretera (que está tomado por el grupo de la Universidad del Sur de California), se escuchan abucheos. Es como un *toma que te daré* entre ambos.

—Es una locura —Heather susurra, cabeceando hacia los chicos—. Es evidente que hay rencilla entre ellos.

—Es lo que parece.

—Hay que agradecerles a los de la USC por la cantidad de volantes que fueron repartidos por toda nuestra universidad. —De repente, Jordan dirige su mirada hacia nosotras—. Como me dijo una hermosa chica esta noche, definitivamente no conocen el significado de la palabra *clandestino*.

Me río fuerte y codeo a Heather. Ella solo me da un manotazo antes de mirar hacia el frente. Es bastante obvio que no le gusta llamar la atención pero, de pie junto a una chica con el cabello platinado, es casi imposible. ¿Será que por eso casi no salimos juntas?

«No, Lindsay. No vayas por ese camino», me reprendo a mí misma.

No hay nada de malo conmigo porque toda mi parte fea la he dejado en Omaha. Todo lo que soy ahora es una chica agradable, que mantiene alejado al sexo masculino, y hasta ahora lo he hecho muy bien. Hay varios cabezas calientes que me han alzado su cerveza en forma de saludo o invitación; algunos hasta se han mordido el labio viéndome lascivamente de arriba abajo, aun con lo que parece ser su novia a su lado. Al instante siento náuseas por ellos y por un solo pensamiento: «La vieja Lindsay se habría ido con alguno solo para hacer que los chismes de la escuela tuvieran más razón». No. Esta vez me doy una palmada mental. No recordaré lo que tanto pretendo olvidar.

Una vez que Jordan explica las reglas que tanto los corredores como nosotros (el público) debemos seguir, los dos primeros autos se colocan en el punto de partida; a continuación, salen

con una rapidez impresionante luego de un silbido y de la señal que hace con sus manos una chica con ropa ligera.

—¡Madre mía! —exclamo. Todos corremos hasta el punto donde ellos estaban. Casi me quedo sin respiración, ya que me impresiona la velocidad con que han salido.

Pasamos la noche en charla, gritos de emoción y con algún que otro puchero cuando uno de los que pensamos que ganaría termina perdiendo. No me he arrepentido ni un solo segundo ante la ocurrencia que tuve de venir y de paso convencer a Heather, quien disfruta de la noche más de lo que pretende mostrar. Este ambiente es muy genial. Literalmente, los autos van y vienen a toda velocidad sobre la carretera. Todos gritan. Algunas chicas hacen lo de la camiseta mojada, pero solo por pura diversión, porque los ojos de la mayoría de los chicos están puestos sobre los autos.

El furor se hace presente luego de algunos minutos más cuando al fin salen los corredores que todos han estado esperando, y justamente uno de ellos es por el que nosotras hemos apostado. No tengo ni idea de quién es el chico; hemos oído que es muy conocido en el campus universitario, aunque es todo lo que sabemos de él.

—Creo que ese es el chico por el cual apostamos —comento a Heather, viendo el auto negro, que todos rodean con emoción. Solo se alejan cuando el conductor ha llegado a la línea de salida, donde ya está retando a su contrincante al fanfarronear con el rugido de su motor.

Jordan hace lo suyo al presentar a los dos corredores.

—Ha llegado lo que todos estábamos esperando: ¡los reyes de la velocidad! A mi derecha, aclamado por ustedes, nuestro invicto y más grande orgullo de la UCLA, único y odiado por muchas chicas, el inigualable ¡Kilian Price!

Todos a nuestro alrededor gritan, incluidas nosotras: al fin y al cabo, hemos apostado por él.

—Y a mi izquierda, uno de los mejores corredores de nuestra universidad amiga, la USC, una completa bestia: ¡Liam Ware!

Hay emociones encontradas con sus palabras, en combinación con el momento en que la chica se vuelve a poner en el medio de la carretera para ser ella quien dé la indicación de salida con gestos coquetos. Todos gritan y lo hacen más fuerte cuando los corredores se exhiben con lo que mejor saben hacer: correr a toda velocidad.

Me pongo de puntillas junto a Heather para poder ver mejor. Yo contengo la respiración. No puedo creer lo rápido que late mi corazón y lo nerviosa que me siento. Ese chico tiene que ganar sí o sí, porque no puedo perder cincuenta dólares. ¿En qué estaba pensando al apostar? Como si me sobrara el dinero...

—¡Vamos, Kilian! ¡Vamos! —grita una chica delante de nosotras, grabando con su celular. Lo mismo hacen los demás.

Los neumáticos de los autos rechinan cuando vienen de regreso hacia el punto de partida y, por más que el auto deportivo quiere darle la batalla, el auto clásico —por el cual hemos apostado— ha llegado al punto, creando gritos llenos de emoción.

Tendré el doble del dinero que aposté. ¡Sí!

—¡Ganamos! —exclamo saltando de felicidad—. Yo tengo que conocer a ese chico. Definitivamente, es el rey de la velocidad.

Tomo a Heather de la mano y nos abrimos paso para intentar ver de cerca a ese tal Kilian Price; es casi imposible con la cantidad de personas que lo reciben para gritarle elogios, principalmente los que vienen de parte de las chicas. Para mi sorpresa, al bajarse del auto, se saluda tan fraternalmente con Jordan que es notable lo bastante cercanos que son.

Hago un gesto desaprobatorio al ver que Kilian tiene la actitud de pelearse con un chico, que resulta ser el corredor que dejó pateado. Rápidamente el equipo de ambos se interpone, y es Jordan quien principalmente evita la pelea. Bien. No quiero tener que salir huyendo la primera vez que Heather y yo nos aparecemos por aquí... hablando de Heather, su actitud es bastante extraña cuando milagrosamente logramos avanzar hasta estar cara a cara con Kilian Price. Corrijo: la actitud de ambos me deja descolocada.

—Te dije que mantuvieras tus problemas controlados —dice él al retomar el camino hacia el lugar donde estamos nosotras. Sin duda alguna le está hablando a Heather—. Y al venir estás haciendo todo menos eso, ¿o es que acaso quieres darme las gracias?

—Todavía sigo sin entender a qué te refieres —contesta ella alzando su mentón—. Pero estoy aquí porque mi compañera de habitación ha insistido en venir y creo que ya te he dado las gracias.

Vaya, eso ha sido un golpe bajo para mí. ¿Compañera de habitación? Creí que íbamos avanzando en nuestra amistad. Frunzo mis labios tratando de ocultar mi decepción. Los escucho intercambiar dimes y diretes, hasta que la curiosidad me gana e intervengo:

—¿Ustedes se conocen? —pregunto. Kilian podría aniquilarme con la mirada envenenada que me lanza.

Se demora en contestar debido a que me observa descaradamente; luego noto que está conteniendo las ganas de reír. ¿Qué rayos le pasa a este imbécil? Cruzo mis brazos, arqueando mi ceja, mostrándome como si fuera una chica ruda y me quiero dar unas palmaditas imaginarias en el hombro cuando él pasa de mí, a ver a Heather. Lo de *chica ruda* funciona.

—No, para nada —Heather contesta a mi pregunta, aunque no me ve porque está teniendo una batalla visual con Kilian—. Solo lo estaba felicitando por haber ganado. Es hora de irnos, Lindsay.

—¿No quieres contarle a tu compañera que te salvé de una pelea asegurada?

¿Qué sucede aquí? Heather ahora está enojada.

—Felicidades, Kilian —le dice y me toma del codo para alejarnos de él.

Es una fortuna que seamos de la misma altura porque camina tan rápido que unas piernas cortas no podrían llevarle el paso. La detengo una vez que estamos en la playa, lejos de ese niño malcriado. Ella se gira exasperada hacia mí.

—¿Qué fue eso, Heather?

—Nada. En serio.

—¿Nada? ¿Cómo es que ustedes se conocen?

Ella suspira antes de echar su cabello negro hacia atrás.

—Me ha salvado de una pelea esta tarde. Eso es todo.

—¡Joder! —exclamo preocupada—. ¿Casi tienes una pelea y no me cuentas?

Su mirada se suaviza y me pone una mano en el hombro.

—Lindsay, no tiene importancia. Solo fue una chica con ganas de llamar la atención. Todo está bien.

Arqueo mi ceja.

—¿Seguro? —Ella asiente en respuesta—. De acuerdo. ¿Quieres que nos vayamos o nos quedamos un rato más?

—¿Irnos? —me pregunta con una risa incrédula—. No. Tú querías saber lo que son las carreras clandestinas y estamos a punto de tener la mejor parte. ¡La celebración!

Me carcajeo. Ella coloca su brazo sobre mis hombros mientras nos disponemos a caminar en dirección a una de las fogatas que han armado en la playa. Nos sentamos en la arena, lado a lado. La suave y fresca brisa pega en nosotras, alborotando mi cabello corto.

—Santa Mónica es preciosa —murmuro, bajando el ruedo de mis pantalones cortos: no quiero enseñar piernas más de lo que debería.

—Sí. Ahora que el verano se acerca, deberíamos venir más seguido.

—Totalmente de acuerdo. ¿Crees que Tom Cruise aparezca por aquí?

Heather se ríe; no logra contestar ya que somos interrumpidas.

—Hola de nuevo, chicas. —Jordan se agacha, casi descansando una rodilla en la arena, pero la mantiene en el aire y coloca el codo de su brazo sobre su otra rodilla más alta, entrelazando sus manos nerviosamente—. Solo quería disculparme por la escenita de Kilian. A veces suele ser un imbécil.

—¿A veces? —Heather sofoca un sonido que quiere decir: «Tu amigo es un imbécil».

—La mayor parte del tiempo, pero en general es un buen chico.

—Claro, tienes que defenderlo —me atrevo a decir, encogiéndome de hombros. Para mi sorpresa, él me vuelve a ver sonriéndome de una manera tan encantadora que me pone nerviosa. Trato de disimular mi tonta reacción y continúo hablando—: Es tu amigo.

Esta vez, su sonrisa es tan amplia que puedo ver a la perfección su dentadura. Es todo dientes parejos y sonrisa digna para un comercial de televisión.

—Tienes razón. ¿Puedo sentarme? —nos pregunta, viendo a Heather y a mí que, a su vez, nos vemos entre nosotras; aceptamos con un encogimiento de hombros. Jordan se sitúa enfrente nuestro—. Creo que no me han dicho sus nombres.

Miro de reojo a Heather. ¿Mentimos o decimos la verdad?

—Heather Fleming —dice ella, optando por decir la verdad.

—Lindsay Reed —agrego seguidamente.

—Es un gusto —replica él haciendo una leve reverencia hacia cada una de nosotras, lo cual me parece bonito—. Soy Jordan Fisher y pueden contar conmigo para lo que sea.



—Es un nombre muy largo —me atrevo a bromear. Heather se ríe; no estoy segura de si él capta la ironía o no porque su entrecejo se frunce, aunque termina por reírse.

—Jordan Fisher —vuelve a intentar—. A secas... no, o sea... quiero decir... —Sacude su cabeza—. Solo... Jordan Fisher.

Me arrepiento de bufonear en el momento en que noto su vergüenza. A veces creo que me paso de la raya. A pesar de su evidente bochorno, conversamos un rato, más que todo sobre la carrera. No estaba equivocada al pensar que es un chico amistoso. Me agrada. Jordan se queda a mitad de una palabra cuando estira su cuello y levanta la mano a quien sea que se encuentre a nuestras espaldas.

—¡Kilian! Amigo, ven, siéntate con nosotros.

Giro sobre mi hombro. ¡Ay, joder! Creo que ahora sí Heather querrá irse. El niño se para frente a nosotras, y Heather no muestra ninguna reacción negativa. «Así se hace, querida». A tipos como él no se les da el gusto.

Jordan nos presenta oficialmente con el rey de la velocidad.

—Espero que hayan disfrutado la carrera —comenta sentándose frente a nosotras. Ya que Heather no tiene intenciones de contestar, me toca a mí tomar el timón.

—Estuviste genial —admito—. Le rogué a Heather que viniéramos y valió la pena convencerla.

—¿Nunca habías asistido a una carrera clandestina? —le pregunta Jordan a Heather, quien vacila en contestar.

—No es algo que me llame la atención —responde, pretendiendo apartar de ella el rumbo de la conversación, dibujando despreocupadamente algo en la arena.

—En realidad, soy yo la que nunca había estado en una.

Jordan me mira directamente.

—¿Y qué te ha parecido? —ladea su rostro, luciendo como si en verdad está interesado por mi respuesta.

—De locos —confieso, haciéndolos reír, menos a Kilian. Él está enfocado viendo a mi amiga—. Tienen demasiada fe en los corredores como para apostar toda esa cantidad absurda de dinero.

—Es que dejan muy buenas ganancias —defiende Jordan—. Ojalá las veamos por aquí más seguido. Estudian en la UCLA, ¿no es así?

—Sí, ahí estudiamos —contesta Heather.

—¿Quieren cervezas? —pregunta abruptamente Kilian, poniéndose de pie.

Jordan y yo contestamos que sí, pero Heather no lo hace; a cambio le sonrío a Kilian. Por la expresión de él, creo que ha quedado en shock, aunque se recompone inmediatamente al tiempo que se aleja de nosotros.

—Entonces... ¿en general es un buen chico? —Heather es ahora quien lo está molestando, haciendo referencia a Kilian.

Jordan se pasa la mano por su cabeza rapada, en la cual apenas se nota el nacimiento de su cabello.

—Aunque no lo creas.

—No lo hacemos —aseguro.

Al instante los tres nos echamos reír.

Jordan hace algunas preguntas más. No me pasa por alto que casi solo entabla conversación conmigo; hasta me ayuda a quitarme de encima un animalito que ha salido de la arena y me ha hecho pegar un chillido. Me sonrío divertido y, de alguna manera, otra vez logra ponerme nerviosa. ¡Oh, oh! Esto ya no me está gustando.

—Georgina estaba preguntando por ti —escuchamos que le dice Kilian cuando ha regresado con las cervezas, increíblemente dándome la botella en las manos. Ya estaba preparada para el lanzamiento que creí que haría.

—¿Georgina? —Jordan parece confuso.

—La chica que te tiraste el fin de semana pasado, esa que decías que gemía muy...

—¡Ya entendí! —lo calla con voz estridente.

Vaya. Jordan luce totalmente disgustado, y Kilian ni siquiera puede disimular su diversión. Este tipo es un idiota. Es obvio que solo lo ha dicho para hacerlo quedar mal frente a nosotras.

—¿Te parece divertido? —Heather entrecierra sus ojos hacia Kilian, tratando de mantener la compostura.

—Cariño, tú no tienes idea de lo que me parece divertido.

—Claro que lo sé, *maldito chico estrella*. Y no es necesario que saques sus ligues para hacer que nos marchemos: solo tienes que pedirlo.

Wow. Lo ha dicho con tanta tranquilidad que no pensé que estuviera molesta hasta que se pone de pie, tirándome de mi mano, derramando sin querer mi cerveza y nos alejamos a toda prisa.

Llegamos hasta el auto en un santiamén. Al verla para evaluar qué tantos estragos hizo ese tonto, Heather rompe en risas e, inesperadamente, yo también hago lo mismo. Nuestras carcajadas son vigorosas; solo paran en los momentos que tratamos de tomar aire. Exhalo algunas veces, intentando controlarme, aunque nuevamente reímos más fuerte. No tengo idea de cuánto tiempo pasa, pero nuestras carcajadas ceden, lo cual es un alivio para mi estómago, que ya empezaba a doler.

—Entonces, Lindsay, ¿Te ha parecido una inolvidable primera vez esto de las carreras clandestinas? —me pregunta, limpiando el contorno de sus ojos al mismo tiempo en que corre más el lápiz de ojo.

—Digna de repetirla una y otra vez. Sobre todo, con la última parte.

Nos miramos fijamente antes de volver a caer en el ataque de risas.

Sí, Lindsay, la aventurera, aprueba la noche de principio a fin. ¡Es esto lo que le llamo diversión garantizada! Nada de pasados oscuros o lamentosos, solo un presente loco lleno de mucha adrenalina, diversión y juventud.

—Bueno, vamos a cobrar el dinero que ese capullo nos ha hecho ganar. —Heather me toma de la mano, para ir en busca del chico encargado de las apuestas.

## Capítulo 2

### ENAMORADIZO

*(Jordan)*

Por fin le he dado a Kilian ese puñetazo que se merecía desde hace algunas semanas atrás. Todavía me duele la mano, y él parece bastante resignado con mi actitud. Si no fuera mi amigo, a veces concordaría con los demás al aceptar que es un completo imbécil, pero sé que, muy en el fondo, hay un tipo aún mejor que lo que él deja ver.

Miro hacia el grupo de chicas que nos rodean: ninguna logra acaparar mi atención. Hay una sola chica que no deja de aparecer en mi mente: Lindsay Reed.

¡Qué chica más bonita!

Es que no la puedo sacar de mi cabeza y, aunque me ha pasado algo similar, esta vez puedo distinguir que es una situación diferente. No pienso en Lindsay de una forma sexual; es decir, la chica se carga unas curvas de muerte, sin embargo, lo poco que hablamos es lo que me dejó intrigado por saber más. Quiero conocerla con detalles.

Para mi mala suerte, eso no sucederá esta noche, porque es la tercera vez que recorro la playa sin obtener señales de ninguna de las dos amigas. Todo es culpa de Kilian. ¡Maldito imbécil! No debí seguirle el jueguito de buscarlas con la excusa de «Solo tengo un poco de curiosidad por una de ellas», refiriéndose a Heather. Ahora que él está plácidamente entre un grupo de tías, prestándole atención a una morena en particular, tengo que controlarme para no darle otro golpe como el de hace un momento.

Decido dar otra vuelta al lugar e igualmente acabo con los mismos resultados. ¿Cuándo fue la última vez que me sentí así? ¿Un poco más de un año? Sí, con Jessy, mi doctora favorita. Las cosas entre nosotros iban tan bien... Ella era una buena persona, quizás hubiéramos seguido juntos, a no ser porque odiaba mi amistad con Kilian y con Ralph; todo el tiempo discutíamos sobre ese tema. Era cansador; hasta podría decir que frustraba volver al mismo rollo una y otra vez. Lo mejor que pudimos hacer fue poner punto final a nuestra relación.

Sé poner distancia entre las amistades y el noviazgo, pero también nos afectó el que ella quisiera convertirme en algo que no soy. Yo amo este ambiente clandestino y peligroso; después que termino de entrenar o de tener algún partido disfruto trabajar por las noches en el Hell's

Poison. No quiero cambiar mi forma de ser solo para que una chica me note. Cambiaré solo porque quiero ser alguien mejor, no porque otra persona se empeñe en hacer de mí alguien que no soy. Lo mejor con Lindsay es que me conoció en este ambiente y parece estar bien con ello.

Diablos, ¿por qué no puedo dejar de pensar en esta chica? Mis amigos dicen que soy muy enamorado, que me fijo en cada muchacha bonita que se me pasa por el frente y... bueno, puede ser que sea cierto, aunque en esta ocasión hay una gran excepción: por primera vez alguien me impresionó al grado de pensar constantemente de dónde ha salido.

Paso las manos por mi cabeza, planteándome que lo mejor es marcharme. Me despido de varios tipos; Ralph es el primero en extrañarse de que me retire tan temprano.

—¿Ya te vas? Si apenas son la una de la mañana. ¡Esto está que comienza!

Sonrí y le golpeo el hombro.

—No tengo ánimos para estar aquí.

—Sí, supe que le propinaste un buen golpe a Kilian —se carcajea, llevándose a la boca una botella de cerveza para darle un gran trago—. ¿Qué ha pasado? ¿Anda en sus días?

Me río.

—Creo que está teniendo su periodo.

—Vaya capullo, pero en serio no te puedes ir. Ya el lunes comienzan los entrenamientos, y sabemos que tanto tu entrenador como el mío se ponen como el diablo si bebemos. ¡Es nuestro último día para festejar!

Joder. El entrenamiento. Ralph tiene toda la razón.

Soy parte del equipo de baloncesto de la UCLA Bruins, y nuestro entrenador, Devis Cooper, quien en su mejor época fue un jugador estrella de los Miami Heat, está arremetiendo contra nosotros al recordarnos que no clasificamos en el torneo Final Four, en el cual se disputan las semifinales y final de la primera División del Baloncesto Masculino de la NCAA. De hecho, la última vez que la universidad se trajo el trofeo a casa fue en 1995.

Ahora mismo deberíamos estar disfrutando de «la locura de marzo», ya que precisamente este mes está cargado de emoción entre los fanáticos del torneo, pero el entrenador Cooper nos está exprimiendo para que al menos destaquemos en la fase regular que comenzará en apenas unas semanas. Yo necesito lucirme para que un cazatalentos de la NBA se fije en mí. Ya estoy en tercer año, y los estudios de ingeniería civil son mi plan B, por si esto del baloncesto no funciona, aunque de verdad quiero que funcione porque es aquello a lo que quiero dedicarme.

Alzo mi puño para chocarlo con el suyo.

—Tienes razón. Aunque te advierto: nada de engatusarme con chicas bonitas. ¿De acuerdo?

Levanta ambas manos en plan inocente.

—Si quieres tener una noche solo para nosotros, de acuerdo pero, como te pongas hasta el culo de borracho e intentes cachondear conmigo; te daré un golpe igual o más fuerte que el que le diste a Kilian.

—¿En serio, Ralph? ¡Eres un puerco, tío!

Él se carcajea y me pasa una Heineken.

El resto de la noche, o debería decir la madrugada, no pienso en la chica de cabello blanco. Lo único en lo cual me enfoco es en las bromas interminables de Ralph o en la de algunos de sus compañeros del equipo de fútbol americano. Mantiene la promesa de tener una celebración solo entre chicos; es divertido hasta que Kilian se aparece con Georgina. Ella me saluda con un golpe juguetón en el hombro y una amplia sonrisa, pero no miro a Kilian.

—¿Dónde está mi dinero, Ralph? —escucho que pregunta—. Supongo que nos hemos llevado un buen tajo.

—Oh, espera a ver esto —Ralph saca un manojito de billetes que me deja asombrado.

—Creo que esa es la cantidad más grande que hemos tenido en los últimos tres fines de semana —digo. Kilian se voltea hacia mí, sonriendo como el imbécil que es.

—Después de todo, esos cabrones de la USC son buenos en hacer propaganda.

Los tres nos reímos. Georgina solo parpadea al ver las grandes partes de dinero que recibimos los tres.

—Nah —Ralph frunce sus labios—. Dale todo el crédito a Jordan, que es quien se encarga de animar a todos para que hagan sus apuestas.

Por un momento, pienso que Kilian pasará por alto lo que Ralph ha dicho, sin embargo, me sorprende cuando me da un golpe juguetón en el brazo.

—Gracias, J. —Su boca muestra tan solo una pequeñísima sonrisa—. Ha sido el mejor fin de semana.

—Ya que se te ha pasado el periodo de mierda, acepto tu agradecimiento.

Él niega con la cabeza, luego se acerca a mí, pasando su brazo sobre mis hombros al tiempo que nos separamos un poco del grupo. Está serio cuando me señala con la botella de cerveza que sostiene en su mano.

—Eres mi amigo... —habla despacio y claro—, pero no quiero que se repita lo del golpe, menos por una tía a la que acabas de conocer. ¿Entiendes?

—¿Y tú entiendes que no siempre puedes comportarte como un imbécil?

Hace un gesto de disgusto.

—Sí, ya sabía que esa chica te flechó. Déjalo estar, Jordan. Puedes tener a cualquiera.

«Ella no es cualquiera», quiero contestar, aunque discutir con Kilian no se me antoja.

—Lo que tú digas. Solo quiero pasarla bien hasta que comiencen de lleno los entrenamientos.

—Por ahí hubieras comenzado. ¡Hey, Ralph! Hagamos que Jordan pierda la conciencia.

Sí, como si eso va a pasar... o bueno, unas horas después creo que me he equivocado. Definitivamente, la rubia que ahora está gimiendo con mi pene dentro de su boca, no es Lindsay.

## Capítulo 3

### CUBIERTA DE COLORES

*(Lindsay)*

—Me gustaría mantener el largo —me dice la chica, sentándose en la silla. Yo me encargo de ponerle una capa de tela negra encima para que el cabello no caiga sobre su ropa—. Quiero que luzca en cascada. ¿Me entiendes?

—A la perfección —afirmo, y consigo que ella se tranquilice.

Yo solía usar mi melena larga hasta que llegué a la ciudad y lo corté a la altura de mis hombros; por eso sé lo angustiante que es asistir a un salón de belleza, sobre todo, el tener que recordarle a la estilista incontables veces qué es exactamente lo que quieres.

Cortar el cabello no se trata solo de hacer un corte y listo. Se necesita saber escuchar lo que el cliente pide, para cumplir así sus deseos. He visto a chicas llorar cuando llegan a casa porque alguna estilista le dejó el cabello más corto o nada parecido a lo que esperaban. No quiero que algo así pase conmigo; por eso presto atención a cada detalle, también porque deseo mantener mi trabajo, el cual me gusta bastante.

Mi mamá me enseñó a cortar el cabello a los catorce años; en esa misma etapa tomé un curso de estilismo para niñas. Era más que todo para entretenerme, sin embargo, en los meses que le siguieron, cuando toda mi vida colisionó con las decisiones que ese hombre tomó conmigo, aprender nuevas técnicas de corte o de maquillaje eran las dos únicas cosas que me mantenían cuerda. Luego de que la cabeza me dolía de tanto llorar y lamentarme por cada rincón de aquella casa, asistir a clases de estilismo me llenaba de ánimos. Embellecer a otras chicas, poner una sonrisa en sus rostros, era lo que me daba la sensación de que algún día yo podría volver a sonreír. Por desgracia, fui descubriendo que esa actividad no me llenaba por completo, lo que hizo mi depresión aun peor. El atisbo de una sonrisa por fin apareció dos años después cuando Daisy y Max me salvaron al mostrarme lo hermoso que es el arte.

Desde entonces, he canalizado mis emociones y sentimientos volcándolos en los cuadros que pinto. Tomar un pincel para mover mi mano sin parar mientras dejo volar mi imaginación es mi mayor perdición. En ese momento todo mi alrededor deja de existir: solo somos la pintura y yo. No suelo utilizar colores vistosos en los cuadros que pinto; solo uso tonalidades sombrías. Por

alguna extraña razón, a Heather le encantan.

Nunca he tenido la posibilidad de asistir a una exhibición de piezas de arte de pintores famosos, pero ella sí, y asegura que mis obras deberían estarse exhibiendo en museos, galerías o centros de arte de New York, lo cual siempre me emociona, no por su absurda idea, ya que no me considero buena en lo que hago, sino porque pareciera que es lo que verdaderamente piensa de mis trabajos. Cuando una persona, tan solo una, nota que has dejado parte de tu alma en una obra, ese reconocimiento crea un sentimiento de pura felicidad interna. Ese es el mejor pago que podemos obtener las personas que vivimos de un determinado arte o estilo de vida.

Termino con el cabello de la chica. La miro expectante mientras ella se inspecciona en el espejo. Finalmente sonrío y me agradece. Pasa directo a caja, ganándose las palabras cordiales de Halsey para que vuelva pronto.

—Ya es tarde, guapas. —Halsey apaga la computadora del mostrador; luego limpia la zona que está libre de papeles—. Apaguen el letrero de abierto para que procedamos a dejar impecable todo nuestro lugar de trabajo.

Asiento y le sonrío ampliamente.

Halsey es lo más cercano a tener una familia en esta ciudad. Es la amiga de Daisy que se comprometió a recogerme en el aeropuerto cuando yo recién llegaba a Los Ángeles; he trabajado medio tiempo para ella desde entonces. De alguna manera se preocupa por mí. Sé que conoce a detalle mi historia, pero nunca me ha preguntado nada o me ha hecho hablar sobre ello, lo cual agradezco muchísimo. Aún duele el solo hecho de recordar esos días.

—¿Sabías que esta noche hay descuentos en Sephora? —Cassandra le sonrío ampliamente a su celular; luego me muestra el anuncio—. Iré a echarle un vistazo. ¿No quieres ir?

—Estoy a tope con las tareas de la universidad. Será la próxima.

Ella chasquea sus dientes y ladea su boca en un gesto triste antes de seguir limpiando su zona. Halsey viene hacia mí; me rodea los hombros, abrazándome cariñosamente.

—Lindsay, tienes que salir más. No solo puedes pasarte de la universidad al trabajo y del trabajo a la residencia.

—Yo salgo... —Me quedo callada al notar que ella levanta su ceja, sin creerme nada—. El otro día fui a una carrera de autos clandestina.

Abre sus ojos en asombro; luego me sonrío.

—¿Ah sí? ¿Y qué tal estuvo?

—Divertido. Esos tíos están locos.

—¿Quizás solo están disfrutando su juventud? Como ciertas personas deberían de hacer —lanza la directa, por lo que le saco la lengua. Ella se ríe—. ¿Y conociste a alguien?

—¿Por alguien te refieres a algún chico?

—Exactamente.

Recuerdo a Jordan y su grupo de amigos, aunque ahí no hay mucho que decir.

—Casi participo en una orgía —bromeo para salir del paso.

—¡Lindsay!

Me río. Por suerte, logro zafarme de su abrazo antes de que comience con el cuento de que tengo que conocer a chicos, olvidar lo que he pasado e intentar ser feliz. Sé que tiene razón, no obstante, ¿Quién puede tomar en serio a una persona con un pasado como el mío? Puedo ser la tentación de cualquiera, pero no cualquiera me deseará al descubrir mi verdad.

—Aunque sería un paso bastante bueno —bufonea Halsey—. Y ¿sabes qué? Hoy iremos todas a ver esos descuentos.

Ya que casi nunca salgo con ellas, me resigno al saber que esta vez no me escaparé, y le mando un mensaje a Heather para decirle que regresaré tarde a la residencia. Me dijo que iría a reunirse con su familia; ojalá que le vaya bien con ellos. Obtengo una respuesta por su parte pero, como siempre, no me hace saber si está bien o no.

Apago las luces del letrero rosa neón que le da vida al nombre del salón: *Beauty Shine*, que están clavadas en lo alto de la pared principal. Halsey y yo somos las últimas en salir. Me reúno con Cassandra y Eve mientras esperamos a que Halsey asegure las puertas del local.

—Escuché que fuiste a una carrera de autos clandestinas. —Eve entra detrás de mí al auto de Halsey y, ya que me sitúo en el lugar del copiloto, ella se inclina entre el espacio de los dos asientos delanteros—. ¿Conociste a los tres mosqueteros?

—¿Los tres mosqueteros?

Halsey, al igual que yo, frunce su ceño, confundida.

—Sí. El corredor principal, Kilian Price —me explica viéndose en el espejo retrovisor para asegurarse que el piercing de su nariz está bien—. Tiene dos mejores amigos, Jordan y Ralph. Son conocidos como los tres mosqueteros.

No puedo evitar reírme.

—¿Así los llaman?

—Sí —responde con evidente entusiasmo—. ¿Los conociste?

—No —miento. Ella se deja caer en el asiento—. ¿Son buenos chicos? —le pregunto, ahora curiosa por saber.

La verdad es que no he pensado en ninguno de ellos desde la noche del viernes, aunque, ya que los han mencionado, sonrío porque a pesar de lo imbécil que fue Kilian al final, me divertí muchísimo y me gustó mucho hablar con Jordan. ¡Oh, creo que estoy sonriendo solo de recordar el hermoso color de sus ojos y la altura que posee, porque ese chico es bastante alto!

Eve analiza mi pregunta y hace un gesto que expresa un «más o menos».

—Son extremadamente buenos; ya sabes, físicamente están rebuenos, pero son bien malditos. Van de chica en chica. Pese a que no estudio en esa universidad, esos chismes se esparcen con facilidad.

Oh. No me sorprende para nada el dato, aunque hay algo que ronda en mi cabeza.

Me endezco en el asiento y fijo mi mirada en el frente, dando por terminada la conversación. Halsey empieza a salir del parqueo al tiempo que me siento intrigada por Jordan: ¿Se portó atento



conmigo porque pensó que podía meterse entre mis bragas? ¿Es que acaso transmito una imagen de chica fácil, como me gritaban mis compañeras de secundaria? Eso me hace sentir triste. Ya me estoy arrepintiendo de haberme unido a este paseo. De lo contrario, estaría en el cuarto, cubierta de los colores de mi paleta de pintura, aunque sintiéndome carente de estos.

\*\*\*

A mitad de la semana, Heather lleva una amplia sonrisa que no había visto jamás. No sé si se debe al hermoso clima de la primavera. Hasta donde he podido notar, la ciudad de Los Ángeles es hermosa en casi cualquier temporada; ojalá pudiera aprovechar eso para pintar un cuadro.

Mi materia favorita es Dibujo Básico. Mis compañeros piensan que la clase es una pérdida de tiempo, algo en lo que difiero totalmente con ellos. En lo personal, es la que más me gusta. Todos tenemos un talento innato para el dibujo, sí, pero aprender técnicas nuevas y que la profesora Field nos dé la libertad para dibujar en una temática que se nos antoje, recordándonos así que esa es la base principal de un artista, dejarse llevar por el sentimiento, es justamente lo que me inspira en este momento.

Ya tengo listo el fondo del dibujo, que es un cielo oscuro, vagamente estrellado; tan solo estoy terminando algunos detalles del árbol torcido hacia la izquierda. Sus ramas superiores tienen el aspecto de las formas tenebrosas de las películas de Jack Skellington, lo que me da la idea de dibujar a una chica que esté observando tristemente al árbol que está por caer su dirección, pero ella no puede hacer nada por moverse. Rápidamente cambio mi pincel por uno redondeado y empiezo por trazar el perfil de la chica. Tiempo después, la jovencita de pie frente al árbol ya está terminada.

*Vaya.*

Me alejo del caballete de madera que sostiene el lienzo. La oscuridad y el cuerpo esquelético de la chica no tienen nada que ver con la primavera.

Siento un nudo en mi garganta.

Como siempre, el cuadro es triste. La profesora Field pasa a mi lado echando un vistazo. Uno de sus brazos rodea su cintura, y la mano de su otro brazo sostiene su barbilla. Analiza lo que he hecho. Entorna sus ojos, ladeando su rostro. Mis nervios me impiden contar el tiempo en que se demora haciendo eso; finalmente me sonrío y se desplaza hasta mi compañero de al lado.

Me rehúso a que sea una obra tan oscura. Una fuerza dentro de mí me pide que tome un pincel plano, lo llevo directo a mi paleta de madera y lo lleno de azul. Contorneo el árbol con este color, ayudándome del pincel para difuminarlo y, por último, me enfoco en pintar una luna blanquecina.

Sí. Ahora sí me encanta.

Nunca me gusta analizar lo que sale mientras me dejo llevar por un momento de inspiración; sin embargo, esta vez, no puedo dejar de ver a la chica y preguntarme si necesita tan solo una cincelada diferente para que observe que el árbol fantasmagórico solo está desviando su atención

de la hermosa luna que está a su izquierda.

—Odio decir esto. —La voz de la profesora Field me hace parpadear. Dejo de ver mi cuadro para enfocarme en lo que dirá—. Pero el tiempo se nos ha acabado. Si no tienen otra clase más, se pueden quedar. El salón estará libre hasta las once.

Algunos de mis compañeros toman sus instrumentos para irlos a lavar; otros se quedan pegados a sus butacas o simplemente de pie, como me encuentro yo, viendo lo que salió de nuestro interior.

El silbido de un pajarito que proviene de mi celular me dice que tengo un mensaje de texto. Las únicas tres personas que me escriben son Daisy, Halsey y Heather. Así que una de ellas tres deben de ser.

Heather: No vayas a olvidar que tenemos planes para esta hermosa mañana. Estoy libre en cinco minutos. Nos vemos en la entrada del campus.

Tecleo una respuesta.

Yo: De acuerdo. Solo limpiaré mis instrumentos y nos vemos ahí.

La profesora Field coloca sus lentes de aumento sobre su cabello negro que lleva varios mechones canosos mostrando sus cincuenta y pico de años; me sonrío mientras guardo mi cuadro en uno de los rincones que nos ha asignado.

—¿Vendrás luego a por él?

—Eh... pensaba dejarlo aquí y llevármelo la siguiente clase. Cuando esté completamente seco.

Asiente. Otra vez se queda en silencio viendo el cuadro que sostengo entre mis manos. Me inclino hacia adelante para verlo también, tratando de encontrar un defecto en este porque soy malditamente insegura cuando alguien más ve mis obras a detalle, aunque si algo he aprendido es que el arte nunca es perfecto y de eso se trata: ser artísticamente imperfecto.

—Es justamente lo que te iba a decir. Has optado por la pintura al óleo y es mejor prevenir. — Me mira solo por unos segundos para luego volver a ver lo que he dibujado—. ¿Sabes, Lindsay? Me gusta muchísimo. —Bruscamente da la vuelta, alzo mis cejas pensando que se ha marchado, por lo que doy algunos pasos, pero me detengo cuando viene de nuevo hacia mí ofreciéndome un pincel fino y una tapa de pintura blanca—. Fírmalo.

Me río nerviosa.

—No acostumbro a firmarlos.

—Pues deberías empezar a hacerlo. —Se curva para tomar las puntas inferiores del cuadro y lo levanta, señalándome la esquina donde debo firmarlo.

Miro el pincel, luego a ella. Suspiro. Lo lleno de pintura blanca, luego me inclino para poner con letras pequeñas y cursivas: *Lindsay Reed*. Al enderezarme y por primera vez observar mi nombre en uno de mis trabajos, una clase de escalofrío me recorre el cuerpo y termina en un chispazo en mi corazón que me hace sentir orgullosa.

Wow. No he sentido una sensación similar durante los últimos días de mi pobre vida.

Dejo guardado el cuadro y salgo del lugar con una sonrisa. Raramente no refunfuño al bajar las enormes gradas que hay en casi todo el campus; incluso no siento enojo con el último bloque, las

conocidas como las *Janns Steps*. Pongo las manos en mis caderas y bajo la vista hacia estas.

—Espero que bajarlas y subirlas todos los días me ayuden a tener un bonito culo —les digo, despreocupada de que alguien piense que estoy loca por hablarles a unas gradas.

Me siento un poco confundida al encontrarme con Heather, quien está con una chica nueva. Heather no es de las que sale con sus compañeros o tiene alguna otra amiga aparte de mí y sé que se debe a lo que hablamos aquella noche. Me confesó y cito: «En la secundaria prácticamente era una perra engreída; no todo el tiempo fui así pero, desde que me junté con un grupo de amigas, me convertí en alguien diferente, pisoteando a mis compañeros de clase y pensé que ellas eran de verdad amigas hasta que las escuché hablando de mí».

Según noté, esa experiencia le enseñó a mantener su esencia y no tratar de encajar en lo que la sociedad espera de uno. Puede ser que también dejó de creer en la amistad. Estoy bastante segura de esto último.

—Lindsay, ella es Violet. Se unirá a nuestro día de chicas.

La rubia con ojos azules frente a mí me sonrío tiernamente. No sé por qué, pero su rostro angelical me hace sentir bien.

—Es un gusto conocerte —me dice luego de darme un efusivo abrazo que me hace reír—. Espero no interrumpir sus planes.

—No, no. Nada que ver. ¡Es hora de conquistar el mundo! —exclamo. Empezamos a salir del campus.

Heather conduce su Mercedes Benz plateado, y las tres conversamos a gusto hasta que llegamos a In-N-Out Burger. La verdad es que Violet tiene una personalidad superfácil de llevar. En la primera oportunidad que tengo, cuando ella se levanta de la mesa para ir por un helado, me inclino hacia Heather para murmurar:

—¿Por qué estas repentinas ganas de hacer amigas?

Heather se encoge levemente de hombros.

—No lo sé, ella parece muy encantadora. ¿No te agrada?

—Sí, me agrada, es solo que es raro en ti.

—La chica iba a pasar un horrible primer día; solo quise evitar eso.

—¿Primer día? ¿Cómo es eso posible a estas alturas?

—Tomaba sus clases *online* y ahora decidió tomarlas presencial.

Oh. Así que, técnicamente, es su primer día de clases. Me da nervio solo de imaginar cómo debió sentirse al asistir a la universidad.

—Entiendo. No lo sé... Puede ser nuestra oportunidad de redimirnos, ¿sabes? —le digo convencida de que podemos hacer algo bueno por Violet—. Yo no he tenido muchas amigas por mi feo pasado, y tú has sido una engreída durante un tiempo; es nuestra oportunidad de hacer las cosas bien.

Aunque tampoco le he dado detalles ni mucho menos; le he soltado el: «¿Sabes?, mi vida era un completo caos que, si no fuera por mi profesora de Ciencias Naturales, probablemente ahora sería

una prostituta adicta al crack». Pues no, no tengo el valor para contarle mi verdad a ella o a nadie. Probablemente Heather se alejaría de mí y no querría saber nada que tuviera relación con una... no, no soy una puta.

—Cuando la invité, ni siquiera pensé en ello. Supongo que tienes razón —concuerta, luego de que las dos nos absorbimos en nuestras memorias—. Ya veremos qué pasa.

Fuerzo una sonrisa. No me mentiré a mí misma: recordar todo eso me ha quitado el apetito y la pizca de felicidad que se generó con el cuadro que recientemente acabo de pintar. No sé cómo hago para terminar de devorar la hamburguesa frente a mí, y luego ir directo a una caminata por Rodeo Drive.

Estaba entusiasmada con la idea de que quizás hoy tendría la suerte de encontrarme a Tom Cruise; sin embargo, todo ha vuelto a perder el interés.

Ni Heather ni yo conocemos bien a Violet, pero es bastante obvio que le ha afectado la pregunta que Heather le ha hecho sobre si hemos estado en la boutique que ahora mismo está frente a nosotras.

—Solía acompañar a mi mamá a la tienda de Fendi... Hace mucho tiempo que no eso no sucede —se explica con un tono melancólico, lo cual hace que Heather y yo intercambiamos miradas. Ya que ella no se atreve a preguntar nada, lo hago yo.

—Tu mamá... ¿falleció?

—¡Lindsay! —chilla Heather.

¡Mierda!, sé que a veces me paso con eso de ser directa aunque, para mi alivio, Violet se recompone y seguimos recorriendo las tiendas, obviamente sin comprar nada, porque al menos yo no me lo puedo permitir.

## Capítulo 4

### ¿NERVIOSO?

*(Jordan)*

El miércoles por la mañana, el entrenador Cooper nos ha sacado hasta la última gota de sudor. Ha sido una mala temporada para el equipo. El próximo partido que tendremos es el juego contra los Bonnies, de St. Bonaventure. Queremos ganarles para tener una buena posición en la fase regular de baloncesto.

En lugar de estar teniendo una siesta o incluso comiendo un banquete completo de proteínas después de todo ese entrenamiento, refunfuño mentalmente mientras voy caminando por el pasillo del edificio de Arte y Arquitectura, buscando específicamente a Kilian para entregarle el cargador portátil que me prestó ayer. Estoy seguro de que Ralph ha tomado el mío y —nuevamente— lo ha perdido. Aunque él se niegue rotundamente, no hay otra. Lo he buscado por todo el apartamento y no está en ningún sitio. Esa, sin duda, es la parte malísima de compartir departamento con Ralph Myers. No respeta los límites. Oh, casi olvido la parte jodidamente malísima: constantemente lleva chicas a casa que gritan sin parar durante los orgasmos. ¿Luego? Tengo que escucharlas y lanzarle improperios cuando Ralph ha tenido suficiente de ellas y las empuja a hacer el camino de la vergüenza una vez que las echa de su habitación.

Le envió un mensaje a Kilian para hacerle saber que estoy esperando por él fuera del teatro. No pasa mucho tiempo cuando sale a reunirse conmigo.

—Hey, lamento pedírtelo. Me ha pasado la mierda más grande del mundo. —Kilian toma rápidamente el cargador portátil para conectarlo a su iPhone.

—¿Qué te ha pasado? —Aunque intento mostrarme molesto por la horrible actitud que tuvo el viernes, mi enojo ya ha disminuido bastante.

Si a las chicas se les pasara el coraje tan rápido como a nosotros, probablemente se librarían de ese espantoso drama que las rodea.

—Juré que antes de dormirme puse a cargar esta porquería; de hecho, lo hice, pero parece que el puto cargador que no estaba conectado correctamente y, al final, no ha cargado nada el celular.

Me carcajeo fuerte.

—Disfruto ser testigo de cómo la vida te hace pasar este tipo de momentos —confieso. Poco a

poco mis risas van cediendo—. Sin duda, te los mereces.

Él entrecierra sus ojos y, antes de dar la vuelta para regresar al teatro, me muestra su dedo del medio.

Me descubro a mí mismo buscando un rostro específico entre la multitud de estudiantes que van de un lado a otro. Desde el lunes he estado en alerta por si me encuentro con Lindsay. No dejo de preguntarme qué estudiará, y en qué semestre estará. Sinceramente, no sé qué diablos me hizo para que su rostro me persiga como un cazador, pero sí: no puedo sacármela de la cabeza.

He de lucir como un verdadero idiota viendo descaradamente entre los grupitos de chicas, aunque no hace falta clavar mi vista en ellas, porque ninguna es Lindsay. No todas las mujeres se atreven a llevar ese color de cabello. Voy asumiendo que, al menos en mi facultad y en la de Kilian, no está.

Puede ser que... me haya equivocado en esto último.

Mi corazón empieza a dar volteretas cuando una particular chica está saliendo de una sección y se sienta en una banca en el corredor, sosteniendo un folleto entre sus manos.

Joder. ¡La he encontrado!

¿Cómo es que nunca la había visto? Paso tanto tiempo en la facultad de Kilian y nunca nos habíamos topado con estas chicas.

Lo que estoy a punto de hacer provoca que me sienta como un total imbécil; sin embargo, con paso decidido empiezo a caminar hacia ella.

Lindsay se levanta de la banca, disponiéndose a avanzar en una dirección contraria. Pienso que debería aligerar el paso; finalmente descarto esa idea al observarla dudar sobre algo, gira sobre sus talones y marcha hacia mí, sin apartar su vista del folleto. ¡Bingo!

Ralentizo mi caminata, recordándome que debo lucir casual, como si nunca he tratado de buscarla en rostros ajenos. Por muy emocionado que me siento, fuerzo a mis labios a no sonreír y saco mi celular del bolsillo delantero de mi pantalón corto.

No me quitaré de su camino, así que ella chocará conmigo; va a proclamar una disculpa y se llevará la mejor sorpresa de su vida al mirar que se trata de mí, pero mis planes se han ido al carajo cuando, a tan solo unos pasos, Lindsay levanta la vista. ¡Diablos! ¿Y ahora qué hago? Mi corazón experimenta un aumento de ritmo igual que hace cuando encesto o termino un partido de baloncesto.

Bueno, plan B.

Ladeo ligeramente mi cabeza, asegurándome de mostrar confusión. Claramente ella me reconoce. Puntos para mí. Ambos nos detenemos en el frente del otro.

—Estoy seguro de que eres Lindsay, ¿verdad?

Sonríe divertida; posteriormente, con un gesto coqueto levanta su barbilla.

—Depende de a qué Lindsay te refieres.

—A la chica guapa que se presentó en la carrera del fin de semana pasado, acompañada de una hermosa amiga, a quien Kilian le hizo pasar un mal rato.

—Definitivamente, no soy yo. —Se queda en silencio unos segundos, aunque termina riendo—. Bien, sí, puede que sea yo.

—Estoy seguro de que eres tú. Un rostro tan bonito como el tuyo no se olvida con facilidad.

He visto a varias chicas sonrojarse, pero ella es... suspiro sin poder evitarlo. Cuando aprieta sus labios para evitar sonreír, sus pómulos resaltan poniéndose de un rosado hermoso. Ni hablemos de sus ojos, ¡uf!, estoy tan agradecido de poderla ver a plena luz del día... Tienen forma almendrada y son color miel. ¿Podemos también destacar su boca? Porque su labio inferior es tan carnoso... digno de besarlo a cada momento.

Me cago en mis pantalones. Si la noche anterior dije que era hermosa, ni siquiera cubro lo suficiente. Es extremadamente guapa.

—Así que eres todo un ligón, ¿eh?

—¿Es lo que te parece?

—¿Ahora mismo? —contraataca, arqueando su ceja café; no sé cómo tomar su actitud—. Sí, es lo que creo.

Mierda, ¿y si no le gusta que piropeen con ella?

—Yo... lo siento... solo...

Cubre su boca para evitar reír, aunque termina por hacerlo. Por muy confuso que me siento, me río de ella... ¿o de mí mismo?

—Solo estoy bromeando —aclara finalmente—. ¿Estudias en esta facultad?

—No, estudio Ingeniería Civil y Ambiental. —Me tienta decirle que solo he venido a ver a Kilian, pero no hace falta hablar de él; probablemente, ya se deben de haber topado, y el muy cabrón no me ha dicho nada—. Supongo que tú sí estudias aquí, ¿no?

—Sí.

—Imagino que eres de primer año, ¿ya sabes en que te especializarás?

—Licenciatura en Bellas Artes.

—Vaya. Qué interesante.

—Supongo. —Da un paso hacia un lado. Sé que indudablemente me estoy quedando sin tiempo y por primera vez en la vida me he quedado en blanco, sin saber muy bien qué hacer o qué decir—. Quizás nos vemos de nuevo otro día.

Asiento sin responder. ¿Pero qué coño me pasa?

Reacciono rápidamente antes de que se marche.

—¿Te gusta tomar café o eso?

Me analiza durante un largo momento. Tengo el obvio presentimiento de que me mandará por un tubo.

—Sí —responde, sorprendiéndome.

Bien. Decido que me voy a arriesgar.

—¿Se te antoja ir a tomar uno ahora al BCafé? Es decir, si tienes tiempo.

No soy de los que usan la expresión «es decir...» porque eso, sin duda alguna, es la muestra más

clara de nerviosismo, y nunca me había sentido nervioso flirteando con una chica. ¿Qué tiene de especial Lindsay? Creo que hasta me empiezo a molestar con toda esta situación, no obstante, tan pronto me sonrío, el enojo es remplazado por una especie de alegría.

—Mi siguiente clase es hasta dentro de una hora. —Se encoge de hombros—. Así que tengo tiempo.

—Genial. —Hago una seña con mis manos para que pase a mi lado. Ella empieza a caminar y rápidamente la alcanzo.

La observo guardar el folleto en el bolso que cuelga de su hombro derecho. Me enfoco en sus manos, esperando ver un leve temblor causado por nerviosismo o algo así, pero ella alza la mirada hacia el frente, luciendo muy segura de sí misma. En su mirada también noto una clase de lejanía que me confunde por completo. ¿Será de esas chicas que resultan ser inalcanzables?

Atravesamos el campus hasta llegar al Bruin Café, conocido popularmente como *BCafé*. Al entrar, me encuentro con varios tipos conocidos que me saludan con un gesto de cabeza; otros miran curiosos a Lindsay, por lo que les lanzo una mirada de «Más les vale mantenerse alejados de ella». Unas cuantas tías celosas miran de pies a cabeza a Lindsay, entre ellas, la chica que está detrás del mostrador. La pobre siempre se derrite al verme; sus manos tiemblan y torpemente recibe mi orden; ahora es lo mismo; la única diferencia es que ve más tiempo a Lindsay que a mí.

—Bu... buenos días. ¿Qué... qué vas a tomar?

Lindsay y yo miramos hacia las elevadas pantallas que nos muestran el menú, el cual, en tres años de estar estudiando aquí, me sé casi de memoria. Ella es la primera en ordenar.

—Un *smoothie* de Raspberry —pide con una sonrisa cálida a la chica.

Mi entrenador definitivamente aprobaría a Lindsay. Ambas esperan por mi respuesta.

—Quiero lo mismo.

—¿Para llevar o... para quedarse? —tartamudea una vez más. Me mira cuando dice lo último.

—Para quedarnos.

Se ruboriza con mi respuesta.

—Se los llevo en un momento —nos informa a toda prisa.

Lindsay alza la vista hacia mí y me sonrío como diciéndome: «La tienes babeando por ti». Me encojo de hombros inocentemente, sin poder tener control de la situación. Saco mi billetera del bolsillo para pagar las dos bebidas; Lindsay mira insegura mi dinero, y ya me preparo para decirle que, diga lo que diga, yo pagaré su bebida porque he sido yo quien la ha invitado. Por suerte no dice nada. No estoy seguro de ganar una contienda con ella.

Nos sentamos en una mesa cerca del mostrador. Atrapo algunas miradas suspirantes de la chica que nos atiende; es todo lo que sé de ella porque, tan pronto como Lindsay empieza a hablar, tiene toda mi atención.

—Escuché por ahí que la celebración que tuvieron el fin de semana fue de locos.

Me río, no porque está diciendo algo cierto, sino porque recuerdo nuestra conversación y sobre todo... a ella. Presentándose en la playa con su pantalón corto, con una camiseta no tan floja como



para no notar su bonito cuerpo pero, ahora que lleva un jean ajustado en conjunto con una camisa tipo polo que acentúa no solo sus curvas, sino sus grandes tetas —que no me atrevo a ver fijamente para no mostrarme como un idiota, aunque el espacio entre el segundo y tercer botón me den un vistazo de lo que se esconde bajo la tela—, puedo decir que tiene un cuerpo de ensueño y un rostro muy bonito. Es capaz de robar suspiros, y sé que está consciente de ello.

—Sí, ojalá Kilian no lo hubiese arruinado, así ustedes se hubieran quedado por más tiempo.

—Igual, no teníamos las intenciones de quedarnos toda la madrugada. Supongo que da igual lo que ese capullo haya hecho.

Me río fuerte, sin temor a ocultar mi diversión. Ojalá Kilian supiera que no se salió con la suya al arruinarles la noche, si era eso lo que pretendía.

La chica nos trae los *smoothies* y se toma su tiempo viéndome. Le sonrío amablemente, haciendo que aparte su rostro de inmediato; luego no dejo de ver a Lindsay. No sé qué es exactamente lo que encuentra divertido en este preciso momento. Solo sé una cosa: esto no me pasaba desde los catorce años, cuando por primera vez le pedí a una chica salir en una cita. ¡Estoy extrañamente nervioso!

Juro por Dios que nunca me había sentido así de inquieto durante los años juveniles. ¡Jesús! Tengo veinte años, y mi religión han sido las chicas. Estoy tan acostumbrado a esto... Por lo mismo, no entiendo por qué esta vez en particular no puede ser igual. ¿Por qué no puedo tomar las riendas y hacer las preguntas de las cuales deseo conocer la respuesta? ¿Por qué no la llevo por caminos que la dejarán sin otra salida más que encontrarme nuevamente? ¿Por qué no puedo jugar con su mente? Y lo que es peor, ¿por qué no termino de saber si le gusto o no?

Sí, tengo que gustarle. Les gusto a todas. Viendo entre la chica que nos atiende y Lindsay, obtengo mi respuesta. Las otras muchachas baten sus pestañas solo de verme, muriéndose por que les hable. ¿Lindsay? Bueno, tengo la impresión de que le valdría un reverendo rábano si le hablo o no. Y eso... maldición, eso me pone caliente y hace que me interese aún más en ella.

## Capítulo 5

### PICAFLOR

(Lindsay)

Algunas veces las mujeres solemos ser tan obvias cuando se trata de gustarnos un chico. Como que olvidamos todas las reglas; nos volvemos unas bobas. No importa cuán inteligentes seamos y, una vez que eso pasa, si ellos son unos imbéciles, se aprovechan de la situación. Es ley.

Aún no termino de formular mi opinión sobre Jordan, pero sin duda sé que está consciente que la chica que nos está atendiendo se derrite por él. ¿Lo que me asombra? Que no le lanza unas de esas sonrisas patentadas de superioridad, sino que le sonrío tiernamente; luego me vuelve a ver. Sus gestos gritan por ayuda. Antes de ponerme de pie y recordarle a la chica las reglas femeninas para disimular un enamoramiento, ella nos desea... corrijo: le desea a Jordan que disfrute su *smoothie* y se retira.

—Espero que no le haya echado nada a mi bebida —bromeo, inspeccionando el vaso de plástico.

Lo que sí sé es que Jordan es hermosamente risueño.

Como se ha sentado frente a mí —es un alivio tenerlo a una distancia considerable—, se inclina sobre la mesa, introduce la pajita de plástico en su bebida y la desliza en mi dirección, intercambiándola con la mía.

—En ese caso, debería ser yo el que pague las consecuencias.

—Totalmente de acuerdo con ello.

Acepto el intercambio de bebidas. Estoy a punto de sacar mi celular de mi bolso para tomarle una fotografía al *smoothie*, aunque lo pienso dos veces y decido que por este momento dejaré a un lado mi afición por retratar casi todo lo que como. No sé, pero me encanta tomar fotografías bonitas de lugares y comida.

—Entonces, Lindsay... ¿Qué me puedes decir de ti?

Y sí, también las chicas sabemos cuándo un chico está interesado por nosotras, ¿la única diferencia? Es que no es fácil descifrar esas intenciones porque, de parte de ellos, todo se puede esperar. Desde la mayor canallada hasta las mejores intenciones. Por desgracia, a mí solo me han tocado las canalladas.

No puedo contestar a su pregunta con toda la honestidad que desearía. Mi pasado y mi historia son una mierda que haría salir corriendo a cualquier tipo, aunque estoy en un punto donde me digo a mí misma que merezco un poco de diversión, y tontear con alguien no estaría mal. Ya he pasado por la etapa de autodestrucción, autocompasión y ahora mismo solo deseo tener una ilusión; por muy pequeña que parezca, la tomaré. Sé que le gusto a Jordan. Él también ha olvidado algunas reglas.

Desde que llegué a la ciudad, por obvias razones no me había fijado en ningún chico. Ahora quiero poder tomar el riesgo de disfrutar de la compañía de alguien que me haga olvidar, aunque sea por un momento, mi pasado. Anhele cometer errores que me darán buenas lecciones y dar algunos pasos en falso. Daisy dice que es para lo que la juventud está hecha. Quizás esta vez le tomo la palabra. ¿Qué pasa si me rompen el corazón? Puf. Esa es mi ventaja. Ya tengo el corazón hecho añicos; por lo tanto, nadie puede ocasionar más daño del que ya me hicieron.

—¿Qué puedo decirte? —Veo fijamente mi bebida antes de levantar la mirada hacia él—. Tengo dieciocho años. Amo el arte, las aventuras y la buena comida.

Jordan se vuelve a inclinar hacia adelante; esta vez apoya sus codos sobre la mesa de madera rústica, descansando su mentón sobre sus manos entrelazadas.

—¿Así que no eres de las chicas que cuentan las calorías que comen diariamente?

—¿Qué?! —chillo entre risas, luego doy un sorbo a mi bebida—. No. Respeto a quien vela por su salud de esa manera pero, sinceramente, no tengo el tiempo ni el cuidado como para pausar mi comida solo para contar las calorías que ingeriré. Además, es un pecado.

—¿Un pecado? —pregunta riendo.

—Sí, un pecado —me recuesto en la silla—. ¿Por qué contar las calorías que comerás? Solo da gracias a Dios porque la puedes comer. Créeme, hay muchas personas allá fuera que desearían un solo trozo de esa comida.

Jordan alza una ceja. No sé si está de acuerdo con lo que he dicho o si lo hace, ya que prefiere salir con ese tipo de chicas. ¿Contar las calorías? Puaj.

—¿Puedo decirte que, hasta este momento, nunca dejas de impresionarme?

¿Por qué mi corazón empieza a palpar de esta forma? Pretendo que eso no está pasando, que todo está normal en mí y que, de hecho, el *smoothie* es el encargado de ese revoltijo que se está produciendo en mi estómago, ¿verdad?

Despreocupadamente, me encojo levemente de hombros.

—Solo te digo lo que pienso.

—Y eso me gusta mucho —asegura con una intensidad en su mirada de la que estoy segura de que es capaz de cortar pulsos porque, sin duda, esos ojos avellanos son más sexis cuando hace eso.

—¿Qué hay de ti? —pregunto a cambio—. ¿Siempre eres así de picaflor?

Jordan se vuelve a reír fuerte; luego pasa la mano por su cabeza rapada.

—¿Crees que soy un picaflor? —parece sorprendido por el hecho de hacerle esa pregunta. Esta

vez soy yo la que se ríe fuerte.

—¿Que si lo creo? Uy, podría asegurarlo.

Antes de responder, da un trago a la bebida, y sus carnosos labios me sonríen. Son tan besables... ¡Ay, Jesús! Si sigo teniendo estos pensamientos, caeré más rápido que cualquiera de las chicas que están creando una escena caliente en su mente desde que Jordan apareció en ese lugar.

—No te mentiré; llevo un largo historial a cuestas, pero créeme que no tengo malas intenciones contigo.

—¿Cuántas veces has dicho ese discurso? —Lo vuelvo a agarrar con la guardia baja.

—No es un discurso, Lindsay. Es un hecho.

Sus palabras y la sinceridad que hay en estas me sorprenden demasiado. Por primera vez no sé muy bien qué decir, así que cambio rápidamente de tema. Hablamos del clima, de clases, de las carreras que protagoniza junto con su par de amigos, a los cuales él los apoda «Los mosqueteros». Justo lo que me dijo Eve. Me burlo un poco de eso.

Esta vez, es él quien toma las riendas de la conversación y habla de lo mucho que le gusta estudiar en la UCLA.

A medida que hablamos, me arrepiento totalmente de comportarme con él de una forma tan reacia y arisca. Jordan, en realidad, es un chico agradable, así como también fácil de llevar.

—Es un lugar genial —comenta señalando a nuestro entorno, al tiempo que da grandes tragos de su *smoothie*—. ¿No lo crees?

*Bruin Café* es mi nueva cafetería favorita. Todo el personal es muy amable, incluida la chica que babea por Jordan; también hay que recalcar que el local es muy bonito. No es ni grande ni pequeño; tiene el espacio justo para hacerte sentir bien. Está decorado con este estilo moderno rodeado de grandes fotos de personajes importantes.

—Lo es. Suelo parar por un café helado, aunque solo de paso. Nunca me había quedado aquí a reparar en lo acogedor que es. —Suspiro viendo los bombillos que cuelgan sobre las mesas—. Creo que no volveré a cometer ese error.

—Sería genial que volviéramos a venir.

Su sonrisa de chico tímido me toma por sorpresa. Dios. Quizás me he equivocado con él, y después de todo no es un picaflor. Siendo ese el caso, es obvio que no merece pasar el tiempo con alguien como yo.

Una punzada de decepción me invade tan pronto ese pensamiento se crea en mi mente. Tomo el bolso que he dejado en la silla y me pongo de pie bruscamente.

—Me tengo que ir.

—¿He dicho algo que te ha molestado? —Él se levanta con la misma rapidez, tomándome suavemente de la muñeca. Parece apenado.

Parpadeo un par de veces, confundida porque piensa que ha hecho algo malo cuando su único error podría ser volver a salir conmigo.

—No, por supuesto que no. Es solo que me tengo que ir.

El alivio lo invade, lo que lo lleva a soltar mi muñeca. Mira nerviosamente a su derecha.

—Lindsay... solo quiero decirte que me encantaría conocerte mejor. No sé... salir en alguna otra ocasión.

Toda la valentía que sentía en cuanto entré a este lugar se ha ido por un tubo. Jordan puede llevar un historial de chicas sobre sus hombros, pero ninguna de ellas tiene un pasado como el mío, y no creo que él se merezca eso.

—Jordan, déjame decirte algo. —Ajusto la correa de mi bolso que está sobre mi hombro, apoyo mis manos en la mesa al inclinarme hacia él. Tomo una larga inhalación antes de hablar muy bajito—. No me acostaré contigo si es lo que pretendes y, si de verdad quieres conocerme mejor... si algún día eso sucede, desearás no haberlo hecho.

Sus cejas se disparan hacia arriba, y sus ojos se abren en sorpresa. Mira en todas las direcciones como si buscara alguna clase de ayuda celestial. Al mirarme de regreso, nunca había visto a alguien con tanta convicción como la suya, lo que me hace alejarme de él.

—¿Por qué no me dejas averiguarlo? Además, acabas de cometer un error.

Rodeada la mesa y sin que pueda evitarlo, ya está en frente de mí, acariciando seductoramente mi mejilla.

Juro por Dios que eso acelera mi pulso.

—¿Cuál? —Trastabillo, poniendo distancia entre nosotros. Él baja su mano, derrotado, pero sonrío dejando salir ese lado seductor que sabía que sin duda posee.

—Acabas de poner todo más interesante.

Un silencio nos cobija por unos momentos. En mi estómago se produce un terrible cosquilleo que nunca había sentido. ¿Será que él es capaz de notarlo? Porque hace todo lo que puede para evitar sonreír; sin embargo, para nuestra desgracia, yo lo hago, y parece ser el comienzo de un viaje sin retorno.

Me guiña un ojo.

—Nos vemos luego, Lindsay Reed.

Sale del lugar. Yo me quedo como una tonta, hasta que reacciono y a paso apresurado llego hasta la chica que nos atendió y pido dos *cupcakes*: uno de vainilla y otro de chocolate. Esta vez ella se muestra más segura. No hay nada de nervios en sus movimientos cuando empaca individualmente los *cupcakes*. Pago y salgo corriendo del lugar. Veo en todas las direcciones hasta dar con él.

—¡Jordan, espera! —grito. Por fortuna, me escucha, y se detiene cuando estoy frente a él. Tiene una sonrisita tonta que me hace querer eliminarlo ahora mismo—. ¿Te gusta el chocolate o la vainilla?

—¿Qué? —Mueve su cabeza, claramente confundido—. ¿Por qué me preguntas eso?

—¿Puedes solo contestar?

Me mira sospechoso; al notar que evidentemente estoy esperando por una respuesta, dice:

—Vainilla.

—Bien. —Pongo frente a él el cupcake de vainilla y, ya que en un principio no la toma, agarro su mano para ponerlo sobre su palma—. Te aseguro que no muerde. Es solo un *cupcake* de vainilla indefensa.

—¿Un *cupcake*?

Casi me río por la incredulidad y confusión que hay en él.

—Sí, eso es lo que he dicho.

Abre la bolsa de papel solo para comprobar que no le estoy tomando el pelo.

—¿Y esto qué significa?

Me empiezo a alejar de él cuando contesto:

—Que no te debo ningún *smoothie* u otra cita.

Esta vez yo le guiño el ojo y desaparezco entre un grupo de estudiantes que vienen saliendo del recinto, pero logro escuchar perfectamente cuando grita un: «Ya lo veremos, Lindsay Reed».

Muy tarde me he dado cuenta de que yo solita he hecho de esto un reto. Ay, joder. ¿En qué me he metido?

## Capítulo 6

### ACOSADOR

*(Jordan)*

Las mujeres son preciosas. Todas. Desde las que tienen pechos pequeños hasta las que fueron dotadas con tetas tipo estrellas porno; no solo hablo del físico, sino de la personalidad. Una mujer inteligente que se da su lugar, que sabe lo que quiere y con un nivel de sarcasmo capaz de insultarte sin que te des cuenta en el momento... Uf... Esas son las que me encienden.

Cuando miré a Lindsay por primera vez, me gustó, ¿ahora? Me gusta muchísimo más. El hecho de que prácticamente me ha rechazado constantemente, sin intentar lanzarse a mis brazos como harían otras, me sorprende en el buen sentido. Todas las chicas desean enrollarse con un jugador del equipo de baloncesto o con uno de los encargados de llevar a cabo las carreras clandestinas. Es evidente que Lindsay no trata de ir por ese camino... al menos por ahora, pero me ha retado, lo que ha hecho que todo esto sea más divertido. A mí me encantan los retos.

«No podrás con ella», me dice una fea voz en mi cabeza al recordar la cantidad de veces que me quedé callado ante lo que ella me soltó en esa cafetería. Y joder que no lo entiendo. Siempre he sido un listillo; puede ser que alguna que otra chica me ha llamado «capullo de mierda», porque me he pasado de la raya, pero ¿con Lindsay?, no sé cómo jodido se apagó esa parte de mí. Me avergüenzo solo de recordar la ridícula forma en la cual me hizo quedar, aunque sonrió ante la idea de que ella se lució, y vaya que lo hizo perfecto.

Ahora es mi turno.

Una vez que sus compañeros empiezan a salir del auditorio de clases, me cuelo entre los estudiantes que invaden el Royce Hall y me aseguro de chocar con Lindsay. Luciendo despistado, me esfuerzo por no reírme al ver su rostro de asombro.

—Hola, Linda. Qué sorpresa vernos nuevamente. —Mi tono casual de sobresalto es bastante bueno, lo que me hace sentir orgulloso—. ¿Me estabas buscando?

Entrecierra sus ojos hacia mí; luego bufa. El gesto de asombro que tenía cambia al escepticismo.

—Me entristece saber que tienes tan mala memoria. —Checa el reloj pulsera de su muñeca; posteriormente vuelve a verme con actitud desafiante—. Mi nombre es Lindsay, y por supuesto

que no te estaba buscando.

—Sé que tu nombre es Lindsay, aunque de ahora en adelante te llamaré Linda. —Suspira derrotada. Antes de que empiece a caminar, abro mi boca—. Además, no te creo nada. Seguramente me buscabas para retractarte y aceptar tener otra cita conmigo. ¿No es así?

Ahora mismo, Lindsay Reed luce encabronada. Puede ser que haya quedado como un tonto inexperto frente a una chica brillante, pero no dejaré que eso vuelva a pasar, y ya estoy trabajando en ello.

—No hemos tenido ninguna cita —me contesta. Percibo que se está divirtiendo tanto como lo hago yo—. Así que no puedes usar eso de «tener otra cita». —Hace comillas en el aire y empieza a caminar a toda prisa.

Me planto casualmente a su lado. Si no me hubiera puesto a investigar su horario de clases, pensaría que está huyendo de mí. Sí, así como suena. Puede que haya flirtado con la chica encargada de los horarios y, luego de uno que otro beso, obtuve el horario de Lindsay. Sí... también me gané una sonora bofetada después de que obtuve lo que buscaba y le dije que me tenía que ir. No sé qué esperaba de mí.

—Vaya, entonces he malinterpretado el hecho de que te has sonrojado con lo de «tener otra cita» —repito. Ella se detiene de golpe, yo le guiño un ojo—. Hasta pronto, Linda.

\*\*\*

El segundo día de los encuentros casuales, no puedo divertirme más. Nos encontramos en el campus —algo que por supuesto fue planeado por mí—. Estoy pensando que podría hacerle la competencia a Kilian con esto de la actuación.

—Linda, no tienes que salirme por todos lados —la acuso—. Esto me está empezando a asustar.

Su boca se desencaja. Antes de que me lance los improperios que puedo percibir en su actitud, le digo que me tengo que ir y no volteo a verla ni por asomo pero, en cuanto doblo en la esquina del corredor, me parto de la risa.

Hoy es el tercer día consecutivo, y creo que esto está a punto de cambiar.

Agarro totalmente desprevenida a Lindsay mientras sale a toda prisa de una sección haciendo un enorme malabar para no echarme encima el café que lleva en la mano. Lanzo mis pies hacia atrás, al igual que curvo mi cuerpo para evitar que su bebida acabe sobre mí. Sé que está a punto de lanzarme todas las palabrotas que estoy seguro de que se sabe, por lo cual me anticipo a hablar primero, ocultando mi diversión.

—¡Lindsay, tienes que parar con esto!

Ella frunce su ceño, elevando sus manos al aire. Ya no hay ni una pizca de diversión en su actitud. *Aw, parece que alguien no aguanta este tipo de juegos.* Presiono fuertemente mis labios para no romper en risas.

—¿De qué rayos estás hablando? —Saca un pañuelo de su bolso, y empieza a limpiarse la



mano en la cual le han caído unas pequeñas gotas de café—.

—No puedes seguir apareciéndome por todos lados. Me estás asustando.

Levanta de golpe su cabeza, arqueando su definida ceja.

—¿Disculpa?

*No te rías, Jordan.*

—Oh, sabes de lo que hablo. ¡Me estás acosando!

Abre mucho sus ojos, lo cual solo me deja echar un mejor vistazo de ellos. Son tan bonitos... Me recuerdan a una famosa, aunque no logro ubicar a quién.

—¿Yo te estoy acosando? —Incrédula, se lleva su dedo índice sobre su pecho y no puedo evitar ver la bonita manicura que lleva—. ¡Pero si eres tú quien me aparece en todos lados durante los últimos días!

—Eso depende de las perspectivas, Linda, porque, desde la mía, eres tú quien me aparece en todos lados durante los últimos días —repito para enfadarla aún más.

Su boca se abre, y ya estoy maquinando lo próximo que le podré decir. Estoy descubriendo que con ella hay que ir un paso adelante si no quieres terminar con tu hombría acabada. Espera... ¿mi hombría está acabada desde que he montado todo este plan de acechar a una chica que me advirtió que no se acostará conmigo?

Con honestidad, no me acerqué a ella con esa intención; de hecho, quizá sea la primera chica a la que veo y no desvisto en mi mente imaginando las posiciones en las cuales la pondría porque sé que sin duda acabaríamos en su cama o en la mía, pero que ella se haya puesto en plan de negación desde el principio... me encantó. Por eso supongo que vale un poco la pena que mi hombría se empiece a empañar si se trata de tener otra cita con Lindsay.

—Para ahí tu bicicleta, chico.

—No tengo bicicleta. Si quieres saber, conduzco una todo terreno. Una Hilux negra, para ser exactos.

¡Sí! Esta vez se ha reído. ¿Lo ves, Lindsay? La vida puede ser divertida si te lo propones...

*Vamos, chica, solo acepta volver a salir conmigo, porque estoy que me muero por conocerte más.* En el buen sentido. Sí, raro en mí, pero es lo que hay.

Se cruza de brazos.

—¿Qué es lo que quieres, Jordan? —Mira hacia los lados, como si se estuviera asegurando que no tenemos atención, cuando es todo lo contrario: hay varias chicas que nos miran curiosas, por lo que acerca su rostro hacia mí, susurrando—: Ya te he dicho que no me acostaré contigo.

Imito su movimiento e inclino mi rostro hacia adelante.

—Y no me dejaste decirte que no pretendo acostarme contigo. Al menos no por ahora —rectifico.

Ella presiona sus labios para evitar reírse. Aja. Entonces no está *taaan* en contra de eso.

Frota su frente y agita su cabeza.

—¿Qué es lo que quieres? —vuelve a preguntar.

—Ya te lo he dicho: solo conocerte mejor a través de otra cita. —Antes de que empiece hablar, la interrumpo—: Mira, soy de los hombres a los que, cuando les gusta alguien, van tras ella. El primer día que te presentaste a la carrera, me gustaste, ¿el segundo día?, me dejaste impresionado.

—¿Sí? —pregunta con una pizca de diversión y un brillo en sus ojos.

—Sí. Te advierto que no voy a parar hasta conseguir otra cita contigo. Te prometo, que, si terminas por desencantarme en esa cita, me alejaré y me aseguraré de que *tú* dejes de acosarme.

—Y vamos de nuevo. ¡Eres *tú* el acosador!

—Ya, ya. Para con eso. —Me acerco plan sexi hacia ella, ladeando mis labios en una sonrisa que nunca me ha fallado—. Entonces, ¿qué dices? ¿Tenemos otra cita?

Lindsay es desafiante. Puedo verlo en su mirada; además, está disfrutando mientras planea su próximo movimiento. Lo que ella no sabe es que soy jugador de baloncesto y puedo planear con facilidad cualquier ataque inteligente.

—Si accedo a tener esa cita, ¿me dejarás en paz?

Rasco la parte trasera de mi cuello.

—Probablemente no funcione de esa manera porque, en cuanto tengamos esa cita, me pedirás otra. ¿Qué puedo decirte? Soy difícil de resistir.

Jamás había visto unos ojos echar chispas como los de ella. Es todo un espectáculo. ¿Chispearán de la misma forma cuando nos besemos por primera vez? Porque claro que la voy a besar. Que me quemen en una hoguera si no lo hago.

—De acuerdo. Vamos a tener esa cita, y verás que será la última que querrás. —Coloca una mano en su cintura—. ¿Dónde quieres que nos veamos?

Mierda, no había pensado en eso.

—Podemos quedar en el BCafé, o puedo pasar por ti a tu residencia, porque vives en alguna de las residencias, ¿verdad?

Ligeramente ladea su rostro, entrecerrando sus ojos plan «No me sacarás nada».

—En la cafetería, entonces. Mañana salgo del trabajo a las ocho. ¿Te va bien a esa hora?

—Claro.

Alza su mentón y me sonrío como una bonita bruja.

—Hasta entonces, *acosador*.

Se da la vuelta para empezar a caminar hacia su siguiente clase, dejándome un vistazo de su bonito culo. ¿Cómo jodido no la había visto antes?

Unas horas después, al llegar a casa, el auto de Ralph está estacionado en la entrada, lo que me hace saber que no estaré solo. Aparco mi camioneta y me arrepiento en el instante en que pongo un pie dentro de nuestro apartamento. Aunque ya he visto escenitas como esas, siempre me resultan desagradables. Ver a tu amigo teniendo sexo no es precisamente la cosa favorita de los hombres. Al menos no para mí.

—¡Joder, Ralph! —Tiro las llaves en la mesa de la salita. La morena que está cabalgando a Ralph en el sofá que repusimos el año pasado deja de gemir fuerte, pero no trata de cubrirse y

tengo una visión completa de sus enormes y bonitas tetas—. ¿Te cuesta llegar hasta tu cuarto? ¡Porque estoy seguro de que te conoces de memoria el camino!

Apenas doy unos pasos, y los gemidos continúan.

—Venga, hombre. No nos arruines la diversión—me contesta con la voz ronca.

Me encierro en mi habitación y pongo el equipo de sonido a tope. Del bolsillo delantero de mi vaquero saco mi celular. Me doy cuenta de que tengo una llamada perdida de papá. Mierda. No sentí la vibración o estaba demasiado enfocado en Lindsay. Creo que es la segunda opción. Me planteo llamarlo, aunque no me atrevo a hacerlo mientras Ralph está teniendo sexo salvaje a solo unos pasos de distancia.

—¡Oh, sí, sí! ¡Sí! ¡Más rápido! —grita la morena, acompañada su voz de jadeos sin vergüenza.

¡Definitivamente no lo llamaré en este momento! Además, ya imagino el motivo de su llamada: «Entrena lo suficiente para que un agente o reclutador ponga el ojo en ti» es lo que me dice siempre que terminamos de hablar y, con el partido que próximamente tendremos, no deseo más presión. Ambos deseamos que logre conseguir un equipo porque, desde luego, mi mayor deseo es entrar en la liga profesional de la NBA, pero eso no sucederá hasta que acabe la universidad. Le prometí a mamá que no firmaría con ningún equipo o dejaría la universidad por el mismo motivo. Ella quiere que primero acabe mis estudios, me gradúe como un ingeniero civil y hasta entonces no acepte las propuestas de los equipos. He cumplido con la promesa porque quiero asegurar mi futuro. Sé que, si solo me enfoco en el baloncesto, quizá me arrepienta si algún día, por desgracia, me lesiono, y adiós a todo. Sin equipo, sin carrera universitaria y volviendo a Georgia para trabajar en el negocio de mis papás. Ni de broma terminaré administrando o dando masajes en uno de los locales de *spa* que ellos poseen.

Programo mi cerebro para que me recuerde llamarlo antes de que empiece el turno en el *pub*. Ahora solo me enfoco en abrir la *app* de Instagram y, con suerte, tener una notificación que diga que Lindsay me ha seguido pero, entre todas las notificaciones, no hay una sola que tenga que ver con ella, por lo que en el buscador escribo: «Lindsay Reed». Encuentro a su vez varias cuentas con ese nombre o un nombre de usuario similar. Rayos. Ninguna de ellas es Lindsay.

Que quede claro: no soy así de acosador con las mujeres; es bastante evidente que ellas son las que me buscan, sin embargo, hay algo en Lindsay a lo que no puedo resistirme.

Una hora después, Ralph entra en mi habitación sin preocuparse por tocar.

—¿También se te ha olvidado golpear antes de entrar a un cuarto que no es el tuyo? —Bajo el celular. Por suerte ya se ha vestido.

Pone los ojos en blanco.

—Vamos, J. No te comportes como un imbécil. La chica ya se ha ido y voy a ordenar la cena. ¿Quieres algo en particular?

—Sushi estaría bien. —Antes de que él salga de mi habitación, me incorporo, tomo un balón pequeño para lanzárselo y golpearlo en la espalda.

Ralph maldice y se voltea.

—¡Cabrón! —grita, regresándome de nuevo la pelota. Me cubro con las manos para que no me golpee—. ¿Por qué ha venido eso?

—¿Todavía preguntas por qué? —gruño junto a mi cama—. Te lo advierto, Ralph. Deja de tirarte a tus ligues en el sofá de la sala, o lo próximo que haré será grabarte y subirlo a alguna página web porno.

Sonríe como un cretino.

—El hecho de que tú seas pudoroso como para no dejarme ver tu pene no quiere decir que yo tenga que ser así. —Se encoge de hombros—. Además, ya te he dicho que no tengo nada en contra de los videos porno. Puedes grabarlo si la chica que me estoy tirando está de acuerdo. Claro, siempre y cuando se me pague por ello.

—Oh, ya lárgate de aquí.

Sí, tengo a los tíos más locos del planeta como mejores amigos pero, sea como sea, los tres mosqueteros —como nos hemos autodenominado— siempre nos cubrimos las espaldas.

Con una carcajada cierra la puerta detrás de él, aunque rápidamente la vuelve a abrir.

—¿Has notado que últimamente Kilian ha andado todo misterioso?

—Uh... no.

—Creo que se trata de una chica. Al parecer la conoció en la carrera del fin de semana pasado.

—¿Heather? —me incorporo de golpe, apoyando mis codos en el suave colchón de la cama.

Ralph se rasca el cabello, despreocupado.

—Creo. Hombre, no estoy seguro, pero tiene que estar rebuena para que de pronto nos tenga en el olvido.

¡Ves! Lo sabía. Ese cuentito de «Solo tengo un poco de curiosidad por una de ellas» era una excusa para acercarse a Heather.

¡Mierda!

Solo espero que no me estropee las cosas con Lindsay porque, le parezca o no, no me haré a un lado solo para que él pueda divertirse con Heather. Kilian es mi mejor amigo, sin embargo, es hora de que sepa que no puede ir por el mundo quitando de su camino a las demás personas por el simple hecho de que él va a pasar.

Y de verdad deseo que no la cague con Heather. Parece ser una buena chica y de ahí podría salir algo bueno entre ellos. Ella se ve lo bastante obstinada como para luchar con el equipaje que Kilian lleva encima.

Capítulo 7

CORAZÓN INFANTIL

(Lindsay)

—Así que tienes una cita.

Suspiro, cayendo de espaldas sobre mi cama. Alejo un poco el teléfono de mi oreja porque Daisy le está gritando a Max, y sus gritos eufóricos podrían acabar con mi tímpano. Escucho a lo lejos que Max me felicita e inmediatamente me doy un golpe en la frente.

—No es una cita, Daisy.

—¿No? Oh, olvida lo vieja que soy —bromea entre pequeñas risas—. ¿Entonces qué es? ¿Encuentro casual? ¿Darse una vuelta en la esquina? ¡No, espera! ¿Un polvo rápido?

Me levanto de golpe.

—¡Daisy! —exclamo alarmada. Es un hecho que ella sería una mamá genial si Dios le diera la oportunidad de tener sus propios hijos—. De acuerdo, es una cita.

Ambas nos reímos. Hablo con ella al menos una vez por semana y, siempre que terminamos la llamada, me hace sentir tan bendecida de contar con su presencia en mi vida... Sé que, pase lo que pase, Daisy estará ahí como si fuera mi mamá.

—Solo estoy feliz por ti, cariño. ¡Es tu primera cita después de tanto tiempo! —Casi la puedo escuchar aplaudir. Por alguna razón hasta podría asegurar que está saltando de la emoción—. ¿Qué te pondrás?

Bajo la mirada hacia mi atuendo, el cual se nota que no tiene ni un gramo de ingeniosidad.

—Leggins negros, una sudadera blanca con capucha y deportivos a juegos.

—¿Pero tú estás loca?! ¡Por supuesto que no irás así! —Me suelta todo el rollo de que debo de ir más bonita, como usar un vestido floral o algo similar. Termina suspirando—¿Por qué quieres ir así, Lind? Y no me mientas.

Vuelvo a irme de espaldas sobre la cama. ¿Por qué en primer lugar tuve que sacar este tema a colación? A ella no puedo mentirle.

—Porque estoy bastante segura de que el chico tiene un interés genuino en mí y, aunque en un principio creí que tener un par de citas no estaría mal ya que él tenía pinta de ser un picaflor, ahora pienso lo contrario. De verdad le gusto.

—¿Y eso está mal?

¿Está de broma?

—¡Claro que está mal! —Mis ojos se empiezan a empañar, y un nudo se forma en mi garganta. Todo esto me produce un dolor intenso en el corazón—. Tú sabes que... yo no soy digna para un buen muchacho.

Un silencio fúnebre se forma en la llamada. Por mucho que me niego a llorar, me está costando un montón lograrlo. ¡Maldita sea! No quiero sentirme de esta manera, es solo que no lo puedo evitar. Desde que papá... Ni siquiera debería de llamarlo *papá* porque es el cabrón de mierda más cruel del mundo, así que diré: desde que ese monstruo fue cómplice de lo que Bryan Ward hizo conmigo, quedé manchada de por vida.

Un dolor en la boca del estómago me hace encorvarme cuando los crudos recuerdos de esa tarde vienen a mí. Ni en un millón de años imaginé que ambos tuvieran otros planes para mí. No fue hasta un tiempo después que comprendí que, cuando una mujer no quiere estar con alguien y es tomada por la fuerza, eso se llama... violación.

Aprieto con fuerza mis ojos.

Bryan no solo me quitó mi virginidad: me quitó la inocencia y la ilusión de poder estar con alguien al que yo realmente quisiera. A partir de ese momento, no volví a saber lo que es la felicidad. Todo sentimiento positivo me fue arrebatado cuando ese monstruo que, por desgracia, es mi papá me vendió a algunos hombres.

—Lindsay —la voz de Daisy suena horriblemente cortada y me trae de vuelta al presente, que es mucho mejor que mi pasado—. No importa las veces que tenga que recordarte esto; lo haré. —Suspira fuerte y habla detenidamente como si de esa forma cambiara lo que en años no he dejado de pensar—. Tú no eres culpable de lo que hizo tu papá contigo. Él es un maldito proxeneta que merece estar en la cárcel. Tú solo eres una víctima y una chica maravillosamente buena que merece ser feliz al lado de alguien que te valore. ¿De acuerdo?

En ocasiones, me pregunto qué fue lo que hice para que papá tomara esa horrible decisión conmigo. ¿Acaso no me quería lo suficiente? ¿En mis venas no corre su misma sangre? ¿No son los padres los encargados de protegernos incondicionalmente? Jamás entenderé sus sentimientos o lo que le dio la espantosa idea de hacer eso conmigo. ¿Quizás la culpable fue mi forma de vestir? No. Solía usar la ropa sencilla de una niña de quince años; además, nos vistamos como nos vistamos, se nos tiene que respetar. Esto me lleva a mi siguiente hipótesis: ¿tal vez fue mi carácter? La respuesta es otra negación. Era dulce, chistosa y con esta lengua que no conoce de filtros. ¿Mi cuerpo? Demasiado voluptuosa en comparación con otras niñas de mi edad.

Suspiro.

No importa cuánto lo piense: siempre llego a la misma conclusión... Yo no tengo la culpa de nada. El hombre que aportó mi esperma es el único con una mente enferma. Quedarse en la calle, quebrado y sin un dólar no era una opción cuando tenía a una hija bonita a la cual prostituir y a una esposa que nunca diría nada.

—De acuerdo.

Casi puedo ver a Daisy sonreír.

—Bien. Ahora hazme un favor, ¿quieres? —Su favor consiste en que me levante de la cama para ir directo al espejo de mi closet. Sin comprender muy bien para qué quiere eso, lo hago sin objetar. Miro el reflejo de una chica rota que ahora mismo lucha contra las lágrimas y el dolor en su pecho—. Mírate fijamente en el espejo y di: «Soy preciosa por dentro y por fuera. Merezco ser feliz».

Mi labio inferior empieza a temblar. Estoy a punto de sollozar, aunque no lo voy a hacer porque me prometí a mí misma no volver a llorar y a olvidar mi pasado al extremo de quedar enterrado por completo en cuanto pisara esta ciudad. Lo que nunca tomé en cuenta es que el pasado es parte de nuestra historia y, al intentar olvidarlo o enterrarlo, estaríamos dándole la espalda a la persona en la cual nos convertimos en nuestro presente. Yo no estoy orgullosa de mi pasado, pero sí lo estoy de la chica de cabello platinado que me mira ceñuda en el espejo, esa chica que posee un sentido del humor bastante bueno, esa chica que ama el arte como su propósito de vida... y es en momentos como estos en los que sé que estoy muy cerca de amar por completo a mi presente.

—Soy preciosa por dentro y por fuera. Merezco ser feliz —repito sus palabras, tratando de que entren en cada remoto lugar de mi cuerpo, mi alma y mi cerebro.

Tan pronto como termino la llamada, busco en mi ropero algo más bonito.

Mi plan consistía en usar algo que no le llamara la atención a Jordan para que, en lugar de gustarle, solo se lamentara de invitarme a salir. Si no lo conseguía con mi atuendo, lo lograría teniendo una mala actitud con él. Haciéndolo pasar vergüenza en todos los aspectos posibles. Justo ahora he decidido que ese plan se va directo a la mierda. No voy a dejar que, incluso lejos de Omaha, ese hombre que jamás debió de ser mi padre me continúe arruinando.

Me decido por un vaquero azulado al estilo *skinny* de corte alto, una blusa de algodón color plomo, manga larga ajustada al cuerpo que me queda solo un poco arriba de mi cintura, mostrando un poquito de piel, y me decido por unos botines negros.

Tengo solo veinte minutos antes que sean las ocho de la noche, así que corro por mi rizador; me hago unas ondas sueltas en el cabello. Agregó un sombrero que Heather me regaló: es negro, redondo y pequeño, y combina con mis botines. Una clase de remordimiento me invade al recordar que no le he contado nada respecto a Jordan. Aún no me atrevo a hacerlo. No sé cómo saldrán las cosas, así que quizás termine por no tener importancia.

Me maquillo, no muy segura de usar un color de labios rojo intenso, pero... al diablo; hoy quiero sentirme extremadamente bonita. No para Jordan. Quiero verme bonita para mí misma.

Finalmente complemento mi *outfit* con un bolso negro de correa larga. La chica ultrafemenina frente al espejo me sonríe ampliamente, sin rastro de lágrimas o dolor alguno. Esta es la Lindsay Reed que deseo ver todos los días.

Llevo diez minutos de retraso. A toda prisa voy atravesando el campus, subiendo las interminables gradas que siempre me dejan sin aliento. Es una suerte que la cafetería no esté lejos

de la residencia.

Me pregunto si esto saldrá bien o si no valdrá la pena.

En cuanto abro las puertas acristaladas del BCafé y doy un paso dentro del local buscando con la mirada a Jordan... Joder... su amplia sonrisa, al igual que el brillo en sus ojos al verme, hacen que mi corazón se detenga. En mi estómago se empieza a producir un hermoso cosquilleo que hace mucho no experimentaba más que en algunas ocasiones cuando termino de pintar un cuadro.

No sé si lo nota, pero doy una fuerte inhalación mientras empiezo a caminar hacia él con paso decidido. Jordan se pone de pie rápidamente, empujando la silla hacia atrás. Sonrío, por supuesto que sonrío.

—Ja. Pensaste que no vendría, ¿verdad? —intento bromear, obviando el hecho de que mi corazón ha vuelto a palpar y ¡de qué manera lo hace ahora! Dios. Estoy a punto de tener una conversación con él para decirle que deje de latir como un loco desquiciado.

—Yo... —Se pasa la mano por su cabeza. No puedo dejar de sonreír ante el hecho de que está notablemente nervioso—. Sí, empezaba a creer que dejarme plantado era parte de tu plan.

—Bueno, quizás cambié mi estrategia a última hora.

—En ese caso, ahora no dejo de pensar que soy un chico con suerte. —Se acerca a mí con una seguridad recién estrenada. Besa mi mejilla, dejándome congelada en el proceso—. Hola, Linda.

Como que me cuesta respirar cuando me llama de esa forma.

—Hola, señor acosador.

La sonrisa que me muestra le llega hasta los ojos.

—¿Estás lista para irnos?

—Así que... ¿No es aquí donde tendremos esa cita que tanto te morías por obtener?

—Te dije que eso depende de perspectivas —sonríe maliciosamente. No puedo evitar darle un pequeño empujón en el hombro—. Y no, por supuesto que no tendremos esa cita que ansiosamente me pediste. Vamos a otro lugar.

Con un gesto de mano me indica que camine hacia la salida. Lo hago felizmente. Salimos del BCafé y empezamos a caminar hacia la salida del campus. Jordan se acerca sonriente a mí para susurrarme al oído:

—Estás extremadamente hermosa para una cita que decías no querer tener. —Se aleja con una sonrisita triunfadora.

Me detengo unos segundos. Él hace lo mismo.

—Ay, siento mucho lastimar tu ego. —Llevo ambas manos a mi pecho, haciendo un gesto de compasión—. Pero déjame decirte que, si estás insinuando que me arreglé por ti, estás muy equivocado.

—¿Sí?

—Por supuesto. Me arreglé para mí misma.

Me mira fijamente, sonriendo con complicidad. ¿Cuántas sonrisas así de bonitas es capaz de fabricar?



—Creo que es una buena ecuación. Si te arreglas para ti misma, te sientes más segura y mucho más hermosa de lo que naturalmente eres; eso sin duda se transmite, por lo que acaba teniendo un efecto positivo sobre nosotros, los hombres. En conclusión —se encoge de hombros—, te has arreglado para los dos.

Abro mi boca un par de veces, sin tener éxito al encontrar las palabras correctas. ¡Estúpido! Lo que es una total sorpresa para mí misma, es que me acabo riendo fuerte.

—¿Sabes qué? Olvídalo.

Retomo la caminata; Jordan sigue de pie en el mismo lugar, así que me vuelvo a detener y me giro hacia él.

—¡Ay, joder! ¡Te acabo de ganar una discusión! —grita al mismo tiempo que lanza sus puños al aire.

Un grupo de chicos que van pasando a nuestro lado celebran lo que ni siquiera saben, y él los saluda con un gesto de cabeza.

—Solo camina o me arrepentiré de esto. —Antes de incluso terminar de hablar, él ya está avanzando.

Jordan no mentía cuando me dijo que conduce una camioneta negra Hilux y, si hay algo que le hace ganar puntos, es que no ostenta de ella; tampoco me ayuda a subir. No trata de ser falaz, lo cual me agrada más.

Tan pronto salimos del campus, conduce en dirección a lo que Heather llama «los suburbios de Los Ángeles». Me siento emocionada. Mi corazón ya ha entrado en razón y está latiendo como lo hace normalmente. Nada de carreras locas ni cosquillas en el estómago.

Atrapo a Jordan viéndome un par de veces, pero finjo que no lo noto y hago preguntas sobre algún lugar que pasamos o sobre lo que sea que se me venga primero a la mente, a las que él responde animadamente.

Por primera vez en mi vida, un viaje en auto de hora y media resulta encantador. Jordan termina estacionándose en un barrio con una fuerte presencia latina. Salimos de la camioneta. Es bastante obvio que de alguna manera él nota mi confusión.

—Ya que ambos somos universitarios y casi nunca tenemos la oportunidad de comer comida casera, he pensado que este lugar sería genial —se explica.

Lo sigo hasta una casa que a simple vista parece normal aunque, una vez dentro, va adquiriendo esa onda de restaurante muy pequeño. Unas cinco o seis mesas son todo lo que hay. De estas, una está ocupada por una pareja y dos, por un grupo de chicos universitarios. El lugar tiene ese no sé qué que me flecha sin que pueda oponerme.

—Me encanta —comento; él respira como si hubiera creído que haberme traído aquí hubiera sido una mala idea.

Escogemos una de las mesas. Al instante, una señora amable saluda con cariño a Jordan, preguntándole por los tres mosqueteros; luego me mira a mí, brindándome una cálida bienvenida.

—Los dueños son una familia nicaragüense. —Señala hacia las puertas de vaivén, que dan a la

cocina, donde viene saliendo una risueña chica con una bandeja en su mano—. Oh, y tienes que probar el especial de la casa. Creo que te gustará.

Por sugerencia de Jordan, pido la especialidad de la casa: pollo al vino. A los minutos en que nos lo sirven, el olor abre mi apetito a mil, y esta vez no puedo evitar hacer algo.

—¿Tienes algo en contra de las fotos?

—¿Cómo? —pregunta ladeando su cabeza.

—Es que me encanta tomar foto de comidas o de lugares, y esta deliciosa merece ser fotografiada.

Arquea su ceja; luego me muestra otra bonita sonrisa.

—Vaya... eh... no, adelante. Hazlo.

Saco mi celular de mi bolso, el cual todavía llevo colgado de mi hombro. ¿Cuándo me volví de las chicas que no se quitan para nada el bolso? A un lado del plato de comida, coloco la veladora amarilla que está como centro de mesa, arreglo unos cuantos detalles más para que todo quede bien. Tomo dos fotos, satisfecha con el resultado. Al levantar la vista, Jordan me mira de una forma... dulce y penetrante que otra vez hace que mi corazón salga disparado en una carrera ilógica.

—¿Quedaron bien?

*Vamos, Lindsay. Controla a ese corazón infantil.* Por suerte, logro recomponerme, aunque sea solo un poquito.

—Sí. ¿Quieres verlas? —Ni siquiera sé por qué pregunto: igual, ya he puesto la pantalla de mi celular hacia él.

—Si no hubiera visto que la has tomado, no te creería que tú has hecho esa maravillosa foto con solo lo que hay aquí —señala hacia la mesa.

—Creo que soy buena sacando potencial de las cosas sencillas.

Él asiente. Sinceramente no sé cómo interpretar su mirada, así que guardo mi celular, y ambos empezamos a comer.

—¡Santa madre de Dios! —exclamo demasiado alto, obteniendo las miradas que hay a nuestro alrededor. Creo que me ruborizo, por lo que bajo la voz hasta casi susurrar—: ¡Esta comida está muy, muy deliciosa!

Jordan tiene que tomar un trago de su refresco porque casi se ahoga a causa de la risa.

—Creo que tuve la misma reacción.

—¿Cómo diste con este lugar?

Ladea su rostro, elevando su mirada hacia un lado, como si estuviera recordando.

—Creo que fue una vez que Kilian, Ralph y yo teníamos una horrible resaca; solo queríamos comer comida hogareña. Ya sabes, nada de comida rápida ni de restaurantes pijos, así que buscamos en Internet y... *voilà!*

Alzo mis manos al cielo.

—Bendito sea el Internet.

Continuamos con nuestra comida. Vaya que resulta difícil quitarse la tonta sonrisa del rostro cuando estás frente a Jordan Fisher.

Me cuenta algunas cosas de él; entonces descubro que coincidimos en eso de ser hijos únicos. Es originario de Atlanta, Georgia, y sus papás tienen un negocio de spas. Sus amigos cercanos lo llaman «J»; actualmente junto con Kilian y Ralph cursan el tercer año de sus carreras, aunque Kilian es el único de los tres que no estudia Ingeniería, sino que estudia actuación. Y solo vivió en la residencia estudiantil el primer año.

—En segundo año, Ralph y yo decidimos mudarnos a un apartamento fuera del campus luego de que conseguimos trabajo en el pub de su tío. ¿Tienes pensado hacer lo mismo el próximo año?

Doy un trago de mi refresco antes de contestar.

—No lo creo. Me gusta la residencia y me ha tocado la mejor compañera de habitación.

—Heather es su nombre, ¿no?

Asiento. Mis nervios ya no son los nervios del tipo bueno cuando la conversación gira hacia mí. Vagamente le hablo de mi trabajo en el salón de belleza, de mi amor por las fotografías y todo lo que tenga que ver con las expresiones del arte. Dudo al decirle de qué ciudad provengo, aunque finalmente lo hago.

—Omaha, Nebraska. —Antes de que me pida más detalles, uso la técnica que tanto he aplicado en los últimos meses: esquivar todo lo que tenga que ver con mi pasado—. Muy diferente el clima, por cierto. Creo que le diré adiós a mi ropa abrigada. Aquí parece no ser necesaria.

—Oh, no te creas. Hay días un poco fríos. ¿Y has pensado que harás después de la universidad?

Reflexiono un poco en el tema. De hecho, mi pasado ha sido tan poco alentador que mi futuro es lo único que mantiene cierta esperanza en mi vida.

—Si se puede, dedicarme a pintar de manera profesional; si no, enfocarme en la gestión cultural, ser galerista o incluso usar mi amor por la fotografía y buscar trabajo en el área de la creatividad publicitaria. Eso sí, nada que tenga que ver con la restauración ni con las artes plásticas.

Él sonríe ampliamente.

—¿Por qué en eso no?

—Soy malísima creando cosas o cuidando de ellas.

Asiente un par de veces, sin dejar de sonreír.

—Parece que tienes bien claro lo que quieres.

—Créeme, solo tengo esto definido, lo demás, es incierto. ¿Qué hay de ti?

Me observa por unos segundos; luego se remueve como si se sintiera incómodo a causa de mi pregunta.

—Quizás trabajar en una respetable empresa de construcción... no lo sé. —Aunque no lo conozco a la perfección, es bastante notable que hay algo que no me quiere decir—. Mejor sigamos hablando de ti: la ingeniería civil es un tema aburrido.

En vista de que no quiere hablar de sí mismo y sintiendo que yo ya he hablado mucho,

conversamos de lo caluroso y abochornante que resultó para los dos el clima de Los Ángeles cuando recién llegamos. A partir de eso, no hay ningún momento incómodo, inseguro o vacío como suele suceder en las primeras citas; incluso reímos al raramente coincidir en algún tema.

Dos horas después (sí, ¡dos horas después! ¿A dónde se fue el tiempo?), dejamos el bonito restaurante atrás. Estoy segura de que vamos de regreso directamente al campus, lo cual me hace sentir una extraña melancolía; sin embargo, para mi sorpresa, no es así. Todavía no conozco muy bien la ciudad, por lo que no tengo ni idea de dónde estamos; solo sé que es un lugar que he visto en fotos.

—No logro ubicar dónde estamos —confieso.

Jordan apaga la camioneta, y ambos nos bajamos de ella. Él me espera a un extremo. Me tenso cuando pone una mano en mi espalda baja porque se ha hecho a un lado para dejar pasar a unos niños que han pasado corriendo a nuestro lado, luego se aparta.

—Esto se llama *The Grove*.

¡Sabía que me era un poco familiar! *The Grove* es una zona bastante comercial, llena de tiendas con fachadas de estilo antiguo americano, al igual que las avenidas y plazas pequeñas, que son una auténtica belleza.

—Es más hermoso que en las fotos —comento viendo todo mi alrededor—. ¿Te conoces bien la ciudad en lo que llevas viviendo aquí?

—Más o menos. Kilian ha vivido toda su vida aquí, y es él quien nos he enseñado casi todo. Ven, te quiero mostrar algo.

Al tomarme de la mano, siento una emoción que no soy capaz de descifrar. Hace mucho que un chico no entrelazaba sus dedos con los míos y me guiaba por una calle. Mi reputación en Omaha era demasiado negra como para que alguien pudiera alardear de mi presencia. Todos los chicos decentes de mi edad se sentían avergonzados incluso de estar a cinco pasos de mí. Jordan no tiene ni idea de lo mucho que este simple gesto me hace sentir aliviada e inmensamente llena de gratitud.

Con mi mano libre me aseguro de ajustar el sombrero... ¿a quién engaño? También he pasado mis dedos sobre el contorno de mis ojos solo para asegurarme de que no estoy derramando alguna que otra lágrima; para mi suerte, eso no ha pasado.

Jordan se detiene frente a una enorme fuente que se encuentra en el centro del lugar y cuya agua danza al ritmo de la música que suena de fondo. Apareciendo y desapareciendo en perfecta sintonía. Es precioso.

Me arrimo a la cadena de cemento que rodea la fuente y me apoyo en esta.

—¿Me puedes hacer un favor, Lindsay? —Jordan se coloca a mi lado. Asiento en respuesta porque, después de todo lo que está haciendo, jamás podré decirle que no—. Camina hasta el puente y quédate ahí un momento.

Miro en la dirección que señala. El puente es el encargado de cerrar un perfecto círculo que contiene la fuente. Las palabras *The Grove* están grabadas de un color bronce. Sin estar muy

segura de qué es lo que pretende, lo hago. Una vez que estoy en el pequeño puente, me planto en el medio.

—¿Y ahora? —grito, alzando las manos.

—¿Tienes algo en contra de las fotos? —me grita de regreso, enfocando la cámara de su celular hacia mí. Todo en mi interior empieza a bombear nuevamente con una loca adrenalina—. ¡Sonríe!

—Espera... ¿qué? —Me quedo anonada por un momento. ¿En realidad está a punto de tomarme una foto? ¿Con su celular?

Wow. Jordan hace un chistoso gesto de impaciencia al notar que estoy plantada sin hacer absolutamente nada. Bueno, ya que estamos aquí... sonrío y hasta hago una pose.

Al regresar a su lado, me vengo riendo de lo que acaba de hacer.

—Oficialmente tienes prohibido robar mis preguntas. —No tengo la más mínima idea de lo que hago, pero sello la oración al sacarle la lengua. Él se carcajea de una forma muy tierna—. A ver, enseñame esa foto. ¡Te apuesto a que no eres tan buen fotógrafo como yo!

Me coloco a su lado para ver la foto que ha capturado. Sí que ha hecho un buen trabajo. Está perfectamente enfocada, y yo hasta parezco una famosa por mi forma de vestir.

—No soy el mejor fotógrafo —comenta viendo la pantalla de su celular; luego me mira a mí, sin parpadear ni dudar un solo instante. Su mirada tiene la misma intensidad de cuando estábamos en el restaurante—. Pero he sacado la mejor fotografía de mi vida.

¡Ay! Algo dentro de mí acaba de echar chispas. ¿Por qué dice cosas así? Siendo honesta, aunque quisiera decir algo ingenioso, no hay nada que pueda salir de mi boca sin que deje ver lo mucho que eso ha puesto a mil por horas mi corazón.

—Y... —continúa hablando. Se acerca peligrosamente a mí, ajusta mi sombrero, jugueteando con unas mechas de mi cabello—. Creo que me he ganado una segunda cita.

Con eso, olvido algo tan básico e indispensable como el respirar.

Supongo que en ocasiones simplemente no podemos controlar ni las cosas más sencillas de la vida.

## Capítulo 8

### A SU MANERA

*(Jordan)*

Mi noche con Lindsay no solo salió muy bien, sino que ha sido la mejor cita que he tenido hasta este momento. Desde hace un año que no salgo con nadie a modo de cita. Jessy fue la última chica con la que hice eso, y la experiencia que tuve con ella ni siquiera se asemeja al increíble tiempo que compartí con Lindsay.

Jessy yo estábamos iniciando el segundo año cuando nos conocimos. Las cosas entre nosotros se dieron muy fácilmente porque ella estaba enganchadísima conmigo y con eso de salir con un jugador estrella de la universidad; incluso nos acostamos en la primera cita. Había mucha química entre nosotros. Ella me gustaba bastante. Sin embargo, después de cinco meses de mantener una exclusividad, noté que, aparte de no agradarle mis amigos, Jessy no paraba de vanagloriarse de mi posición como jugador. Entonces pensé qué era lo que más le gustaba de mí, ¿mi personalidad o el hecho de ser famoso en el campus? Solito fui descubriendo que se trataba de lo segundo. Me desilusioné por completo, y terminamos con lo nuestro. Tuve que prometerle que, si los demás preguntaban, había sido ella quien me había botado. A pesar de todo, es una chica impresionante, así que su versión de nuestra ruptura es la que siempre he mantenido.

Me sentí un poco mal al omitirle a Lindsay que juego en el equipo de baloncesto; es solo que esta vez quiero que alguien se fije en mí y me quiera por lo que soy, no por mi reputación. Aunque tengo la impresión de que, si hay alguien capaz de hacer eso, es Lindsay. Quedamos en vernos en el Jardín de Esculturas del campus, y, en lugar de estarse arreglando como lo haría cualquier chica antes de ver al tipo que la está cortejando, ella yace plácidamente acostada con los ojos cerrados sobre el césped. Moviendo su pie de un lado al otro, al ritmo de lo que sea que esté escuchando a través de sus auriculares.

Sigilosamente me acerco a ella, tomo una ramita caída de un árbol; posteriormente me pongo en cuclillas. Ya que está usando un pantalón de mezclilla corto (que me muestra lo espectaculares que son sus piernas), me tomo mi tiempo observándola. Es tan bonita y jodidamente sexi... No quiero ser un idiota, pero ahora perfectamente me la puedo imaginar rodeándome con esas largas piernas, haciendo que devore cada parte de ella. La imagino gimiendo y... si mis pensamientos siguen

yendo en esa dirección, puede que mi amiguito haga una tienda de campaña ahí abajo. Conociendo a Lindsay, no tengo duda de que por primera vez me avergonzaría de algo que normalmente me hace sentir orgulloso.

Mejor vuelvo con el tema de la ramita caída. La llevo a su tobillo, subiéndola lentamente hasta que ella se percata. Con un grito ahogado se levanta de golpe, abriendo los ojos, haciendo que su celular caiga a un lado.

—¡Maldición, Jordan! —chilla, empujándome.

Caigo de culo, riéndome y ella agita su cabeza, tratando de ocultar el atisbo de una sonrisa.

—Hola, Linda —saludo una vez que puedo recuperar mi voz—. ¿Estabas intentando adquirir un bronceado?

—Ja, qué chistoso. —Hace una mueca divertida—. Estaba escuchando música.

—Ya lo veo. Te apuesto a que estabas escuchando a One Direction.

Su risa es una mezcla perfecta de jadeo e indignación.

—¿Por qué todo el mundo tiene una animadversión en contra de esos chicos?

Me acomodo frente a ella, imitando su posición al sentarse con las piernas cruzadas.

—¿Quizás porque solamente son una imagen producida de chicos simpáticos que emboban a colegialas a las cuales les sacan un buen billete?

—Sabes... —Ladea su cuerpo de manera que queda frente a mí—. No los estaba escuchando, pero tienes puntos menos por menospreciar su talento.

Me carcajeo, echando mi cabeza hacia atrás.

—¿Talento? Linda, tienes que escuchar otro tipo de música, entonces sabrás lo que es talento.

—Pues, como estudiante de arte que soy, te puedo decir que el talento no tiene que encajar en una determinada categoría o impresionar a equis persona. El talento es una cualidad especial que...

Levanto mi mano divertido.

—Los estás defendiendo así que, definitivamente, los estabas escuchando.

Entorna su mirada; a continuación, desbloquea la pantalla de su celular y lo coloca frente a mi rostro, mostrándome la canción que actualmente se reproduce: *Heavy*, de Linkin Park y Kiiara.

—Vaya, Lindsay. No dejas de sorprenderme. ¿Te va el rock alternativo o solo te gusta esta canción en particular y por eso tienes activado el botón de *repetir*?

Su mirada decae; luego simplemente asiente, respirando fuertemente. ¿Me estoy perdiendo de algo?

—Me va todo lo que tenga que ver con la música o quizás solo me identifico con esta canción al grado de escucharla más veces de la que me gustaría. Y tú deberías de dejar de meterte con mis gustos musicales —agrega rápidamente, clavando su dedo en el aire mientras me señala.

Poco a poco la chispa en sus ojos vuelve a surgir.

A veces no puedo dejar de verla. Sus pestañas negras y espesas rodean el contorno almendrado de sus ojos. Es fácil que te atrape en su burbuja cuando sonrío coqueta o en su plan toda mandona.

—Como que me prende verte enojada.

—¡Jordan!

Hago mi mayor esfuerzo por no acercarme a ella y robarle un beso... Joder, quiero tanto saborear esos labios perfectamente carnosos. Sin embargo, no quiero tener audiencia. Quiero que solo estemos los dos para así dejar arder esa llama que ella está conteniendo.

—Ya, ya. Estaba pensando si te gustaría salir esta tarde. No es la cita que eficientemente me he ganado —repongo rápidamente—. Los chicos tienen planeado ir a Santa Mónica, y estoy bastante seguro de que Kilian ha invitado a Heather.

—¿A Heather? —Lindsay luce totalmente desconcertada.

Mierda. Creo que la he regado. ¿No se supone que las chicas se cuentan todo entre ellas?

—¿Heather no te ha dicho nada?

—¿De qué?

Suspiro. ¡Kilian me va a matar!

—Mira, no estoy seguro, y más te vale que tú no digas nada... creo que ellos se traen algo.

La boca de Lindsay se abre en sorpresa.

—Estoy en shock. No sabía nada de eso.

El dolor que pasa en su mirada provoca una leve punzada en mi pecho.

—O tal vez yo estoy equivocado. —Trato de rectificar porque lo que mi suposición ha provocado en ella no me hace sentir bien—. Quizás se trata de otra chica. Kilian últimamente se ha portado misterioso. El caso es que quiero que pases la tarde con nosotros.

Duda; entonces yo ya estoy buscando otra forma de convencerla pero, antes de decir algo, ella asiente.

—De acuerdo.

—Bien. —Al acercarme, sus ojos se abren en asombro—. No te voy a besar, aún no.

Soy consciente de cómo su pulso se ha acelerado. Está tomando todo de mí no besarla ahora mismo. Por el momento solo me conformo con un beso en la mejilla y luego me pongo de pie. Regreso por donde he venido, aunque me detengo al recordar una cosa.

—¿Me darías tu número de teléfono?

Lindsay alza su cabeza para verme a los ojos y se muerde el labio inferior, enviando otra descarga de lujuria a mi pene.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque así lo digo yo.

¡Esta chica!

—Bah. No te mandaré mensajes pidiéndote que me envíes *nudes* o lo que sea que tu mente perversa imagina. —Lindsay se carcajea—. Aunque yo podría enviarte mi paquete y si quieres...

—¡Oh, Dios! —Se cubre el rostro con las manos; luego me mira con diversión. Hasta podría decir que con un poco de vergüenza—. ¿Qué pasó con el chico nervioso que hace unos días no



podía conmigo?

Subo y bajo mis cejas.

—Creo que lo he domado. En serio, si intercambiamos números, podría enviarte todas las fotos que...

—¿Te conformarías con mi usuario de Instagram? —Levanta la voz para hacerme callar y yo me carcajeo.

«¿Ya ves, voz interior? Sí que puedo con ella», le embarro en la cara a la vocecita que hace unos días me decía que no podría con Lindsay.

Saco mi celular, lo desbloqueo, entro a mi Instagram y se lo paso para que ella escriba en el buscador su nombre de usuario. Sonrío cuando me lo pasa poniendo sus ojos en blanco, aunque a la vez conteniendo las ganas de reírse.

*@lindforart.*

Por supuesto. ¿Por qué no me lo habré imaginado?

—Me gusta tu nombre de usuario —le doy Seguir. Por primera vez en la vida espero que alguien me regrese el seguimiento—. Entonces, llegarás ¿verdad?

—Sí.

Doy unos pasos en reversa.

—Bien —bajo la vista para buscar en mi celular una foto que deseo enviarle. Una vez que la localizo, señalo el artefacto entre sus manos—. ¿Podrías revisar tus mensajes?

Sus ojos se abren ampliamente en asombro que por un momento me confunde.

—Te juro que, si me has enviado una foto de tu pene, te bloqueo ahora mismo.

Me carcajeo tan fuerte que las chicas a nuestro alrededor que normalmente me miran sin descaro ahora mismo están en modo curiosidad asesina. *Supérenlo, nenas.*

—No sé por qué no lo pensé antes, pero no, Linda, no se trata de eso. Solo revisa tu bandeja de chat, ¿sí?

Lindsay mira su celular aterrada, del mismo modo en que se observa alguna clase de dinamita que no deberías de tocar. Siendo sincero, no sé cómo me hace sentir eso. ¿No fantasea con ver mi pene? Cuando al fin se da cuenta de qué es lo que le he enviado, su tierna sonrisa me deslumbra. En serio, no entiendo de qué manera, en tan poco tiempo, me ha hecho sentir de esta forma estar a su alrededor. Sé que usualmente no actúo así con las chicas. A ver, puede ser que sea enamoradizo, pero jamás había perdido el control de la situación. Soy el conquistador por el cual ellas se ponen nerviosas y cegadas, no al revés. Con Lindsay parece que las cosas son únicamente a su manera.

—Creo que no tenía una foto de mí misma... así de bonita —murmura. Su voz se siente bastante lejana, hasta podría decir que perdida.

—Pues eso está a punto de cambiar.

Antes de que se dé cuenta de lo que estoy haciendo, presiono la pantalla de mi celular y obtengo una segunda foto de ella.

\*\*\*

Ralph y yo hemos venido juntos en mi camioneta. Ya estamos en el café en que siempre nos reunimos, esperando por Kilian. Ralph comienza con su vicio que, en lo personal, me parece bastante estúpido y una pérdida de dinero. Con el licor, al menos sabes que prácticamente lo tendrás dentro de ti unas horas, pero ¿el cigarrillo? Es solo humo desperdiciado. Además, todavía no entiendo cómo hace para salir bien en los exámenes rutinarios a los cuales nos tenemos que someter todos los deportistas de la universidad.

—Aquí viene el Romeo. —Ralph alza su cuello, señalando a alguien con su cigarrillo. Giro brevemente para ver que se trata de Kilian.

—¿Te retrasaste con tu Julieta? —bromeo al tenerlo de frente. Entrecierra sus ojos hacia mí; veo la chispa de diversión en él, así que le doy un golpe en el brazo.

—¡Romeo, sálvame! —lo molesta Ralph, antes de darle una calada a su cigarrillo.

Kilian nos señala con su dedo índice.

—Si algún día me piden ayuda para colarse en una fiesta de Hollywood, tengan por seguro que no moveré ni un dedo para ayudarlos.

Los tres nos carcajamos e intercambiamos nuestro típico saludo: chocando las manos; luego, los puños. Kilian, increíblemente, está de un buen humor, y no extraña que la causante de ello sea Heather; lo único que me molesta es que no me ha contado nada. ¿No es que los buenos amigos nos contamos cosas especialmente como estas? Pero Kilian es un tío muy cerrado cuando algo le importa de verdad, por lo que supongo que Heather debe de andar por ese camino.

—¿Y bien? ¿Qué planes tenemos después del juego? —les pregunto, mirándolos brevemente porque estoy teniendo una importante conversación con Lindsay.

@lindforart: ¿Estás seguro de que tus amigos no se molestarán si me uno a ustedes?

@Fisherj98: ¿Cuántas veces tengo que decirte que no? Además, me importa una mierda si se molestan o no. Te quiero ahí.

—Yo tengo que arreglar lo de las apuestas para este fin de semana —nos recuerda Ralph— aunque, si tenemos un plan mejor, eso puede esperar.

—¿Por qué simplemente no pasamos el resto de la tarde en la playa? —sugiero, encogiéndome de hombros.

—¿Quieres broncear tu piel canela para ser un delicioso chocolate? —empieza Ralph con sus bromas. Kilian se ríe fuerte.

Dejo un momento mi celular y emprendemos la épica batalla de siempre. Ralph se siente como el más guapo del mundo por su piel blanca, ¿y eso qué? Yo me siento como el moreno más guapo del universo. Que no se malinterprete, no son bromas racistas ni nada de eso; es algo que hacemos entre nosotros porque bromeamos hasta del tema más pequeño.

—Al menos las chicas prefieren un delicioso chocolate oscuro que un chocolate blanco porque, hermano, estás tan blanco como Gasparín.

Nos lanzamos bromas de ida y regreso, hasta que Kilian no puede con sus risas.

—Parecen unas nenas discutiendo por una mierda —nos dice, agarrándose el estómago.

—No estoy tan blanco como ese tonto fantasma. —Me quiero reír al notar que Ralph se ha enfadado una vez más por la comparación. Me señala con su mendigo cigarrillo antes de apagarlo en el cenicero—. Yo tengo un bronceado por el que todas las nenas se mueren.

Finalizo la discusión con un «Lo que tú digas», y Lindsay vuelve a tener toda mi atención. Solamente los escucho hablar sobre el dinero extra que necesitaremos con la venida del Coachella. Me pregunto si a Lindsay le gustaría ir conmigo. Se lo propondré luego.

@lindforart: Exactamente, ¿dónde quieres que nos veamos?

Sonrío porque efectivamente sí vendrá. Cada vez que la invito a salir, tengo esa sensación de que me dejará plantado. Es el karma más horrible que he experimentado, ya que me hace pensar en las veces que yo les he hecho eso a las chicas con las que me he enrollado. Me hace sentir un poco enfermo. Qué perros que solemos ser los hombres a veces...

@Fisherj98: En la entrada del muelle.

No puedo seguir escribiendo porque Kilian me arrebató el celular. Intento obtenerlo de vuelta, pero el imbécil es más rápido y se lo pasa a Ralph, quien lee la conversación.

—¿Quién demonios es Lindsay y por qué la has invitado a que se una a nosotros? —Ralph frunce su entrecejo; yo solo me preocupo por una sola persona: Kilian Price, que ya le ha arrebatado el celular a Ralph; ahora tiene esa mirada de querer manchar sus manos con mi sangre. ¡Mierda!

—Espera... No me digas que se trata de Lindsay, la amiga de Heather.

Sí. Aquí vamos.

—¡Maldita sea! ¿Por qué siempre me excluyen? —gruñe Ralph—. ¿Quiénes son ellas?

—Nadie importante —contesta Kilian, lo cual me parece una hipocresía de su parte.

Si no son importantes, ¿entonces por qué coño le molesta tanto? Es muy evidente lo cabreado que está. Por un momento no me apetece contestar nada, no por miedo, sino porque Kilian es tan volátil que con seguridad sé que nos podríamos dar unos buenos golpes antes de que entre en razón.

Continúa viéndome furioso.

—Ni se te ocurra mirarme de esa manera. Tú invitaste a Heather y, ¿es malo que yo haga lo mismo con Lindsay? Además, solo le estaba dando la dirección correcta.

Casi me estampa el celular en la cara. Lo agarro en el aire evitando que caiga al suelo.

—Yo ya se la había dicho a Heather.

—Solo le dijiste que la verías en Santa Mónica; vaya que fuiste claro.

—No se preocupen, que no estoy para nada confundido —dice Ralph; le lanzo una mirada para que se calle. Antes de que pueda decir algo, Kilian sale furioso de la cafetería.

—¿Me explicarás de qué demonios va todo esto?

Paso las manos sobre mi rostro; luego enfrento a Ralph, que espera una respuesta.

—Ralph, no quiero hablar de esto ahora mismo.

Él se levanta de la silla, y se cruza de brazos.

—Pues más te vale que me hagas un resumen para poder intervenir por tu pellejo, porque Kilian luce bastante cabreado.

Joder, tiene razón. Yo solo no podré con ese nuevo humor que se carga Kilian.

A regañadientes le hago un resumen sobre Lindsay y Heather. Le explico que las conocimos en la carrera pasada y hago hincapié en que ambas chicas son buenas personas, nada de lo que estamos acostumbrados a tratar. Creo que él siente que estoy tratando de entrar a su mente para que no olvide ese dato importante.

—Ya, ya entiendo —Ralph levanta las manos; yo me callo por unos segundos.

—En verdad me gusta Lindsay.

Él bufá y rueda sus ojos.

—¿Qué chica bonita no te gusta a ti?

Agito mi cabeza.

—Ella es diferente. Créeme.

Me lanza una mirada incrédula; luego me hace un gesto para que busquemos la salida.

—Mira, imbécil, te ayudaré porque tienes que ver la preocupación en tu rostro, pero me vuelves a ocultar algo así y a la mierda, no seré de nuevo tu hada madrina.

Se me vienen a la mente varias bromas sobre lo de ser hada madrina; no obstante, tan pronto como estamos fuera del local y veo lo supercabreado que está Kilian, me enfoco solamente en su actitud de mierda.

—¿Por qué te molesta tanto que la haya invitado? —le grito. Él se apresura hasta llegar a mí, tomándome de mi camiseta.

—Porque no había necesidad de que, entre tantas chicas, te enrollaras con la amiga de Heather.

—¿Qué hay de malo en eso, Kilian? —Me suelto furioso de su agarre, empujando su pecho lejos de mí. Por suerte, él no responde el golpe.

La actitud de Kilian es tan infantil y llena de tanta mierda que una vez más me pregunto por qué seguimos siendo amigos de él. Kilian, libre de todos sus demonios, es el mejor amigo que puedas imaginar; sin embargo, cuando es atormentado por ellos, hay que tener los ojos bien abiertos para no verte enredado en toda esa oscuridad. Supongo que de eso se trata la amistad: no solo estar en los momentos buenos, sino también en los que están llenos de mierda como este.

—Es claro, Jordan. —Ralph cumple con su función de hada madrina al ponerse en el medio de nosotros—. Tiene miedo de que entre ustedes pase algo, por ende, tenga que ver constantemente a Heather, pero entonces... ¿Por qué la has invitado?

—Eso es algo que a ti no te interesa —le dice, haciendo que él también se gane un empujón—. Los veré en la playa —gruñe, dejándonos solos.

Ralph me mira y pasa las manos por su cabello negro.

—¿Esa chica vale esta estúpida pelea?

Suspiro. ¿Que si lo vale? ¡Claro que sí! Esta y las que tengamos que enfrentar.

—Lindsay vale cada pelea, hermano.

Niega con su cabeza.

—Entonces vayamos por unas Heineken; tal vez así le bajamos ese drama de telenovela.

Me río y le lanzo las llaves de mi camioneta porque ahora mismo no quiero conducir.

Una hora después, estamos en Santa Mónica, cargados de alcohol. Espero que eso apacigüe el carácter de mierda de Kilian. Su actitud no me da buena espina. Sé que hemos sido unos imbéciles con las chicas, pero jamás... jamás nos habíamos peleado por un par de ellas y no sé de qué manera tomarlo. Por una parte, creo que Heather le gusta lo suficientemente como para sentirse asustado de que encima yo me haga cercano a la mejor amiga de su chica; mi otra parte cree que Kilian solo está tomando a Heather como una distracción y, una vez que la bote, Lindsay solo significará un constante recordatorio de la jugada que hizo. ¡Mierda!, ¿quién sabe cuáles son sus verdaderas intenciones? Pase lo que pase, esta vez no me apartaré solo porque él así lo quiera. ¡Joder! No me gusta este infierno de tensión entre los dos, por lo que, al encontrarnos en la playa, le ofrezco una cerveza como símbolo de paz.

—Es completamente estúpido que discutamos por algo que ni siquiera ha sucedido —le digo; él toma la cerveza y le da un gran sorbo.

—Te observé el otro día; era evidente lo mucho que te gusta, así que eventualmente te tendrá a su merced, además, ¿desde cuándo te escribes con ella?

Creo que ahora mismo no necesita saber que, de hecho, ya he quedado con Lindsay varias veces.

—Me la topé en la universidad, conversamos e intercambiamos nuestros nombres de usuarios en Instagram.

—Hay que darle un punto de aprobación a la chica por no darle su número, ¿no crees? —dice Ralph y le agradezco mentalmente por intentar remediar esto.

Kilian da otro trago de su cerveza favorita. Se queda en silencio, seguramente preparando su próximo golpe.

—Haz lo que quieras, Jordan, pero, si algo sale mal, seré el primero en embarrártelo en tu cara.

Ralph se ríe. Sé que lo hace por las veces en que una chica locamente ha llamado mi atención y terminan gustándome solo para darme cuenta de que, en realidad, es de mi reputación de la que están enamoradas. Luego de eso, los tres nos emborrachamos, y a ellos les toca la parte de escuchar mis lamentos.

Un tiempo después, mi celular suena con un nuevo mensaje de Lindsay, que me avisa que ya están aquí. Me pongo de pie para buscarlas entre la multitud, gesto que hace que me gane una risita de mis amigos y un golpe de pecho que, por supuesto, viene por parte de Ralph.

—Hermano, tampoco te pases. —Ralph se ríe. Me tengo que obligar a mí mismo a controlar mis emociones.

Al localizarla, cada vez que da un paso que la acerca a mí, mi corazón empieza a bombear con

locura; quiero atribuir esto a las cervezas.

—¿Quién es quién? —pregunta Ralph antes de que ellas se acerquen por completo.

—Heather es la de cabello negro —para mi sorpresa le explica Kilian, viendo a su chica sin parpadear—. Y Lindsay, la de cabello platinado.

—Vaya... son guapísimas. —Ralph se acerca mi oído—: Ahora te entiendo, hermano. Podría estrellarme en las curvas de tu chica.

Le doy un codazo.

Cuando al fin ambas están frente a nosotros, no soy capaz de escuchar lo que dice Heather porque ahora mismo estoy bastante impactado por el beso en la mejilla que me ha plantado Lindsay antes de rodearme brevemente el cuello con sus brazos.

Sí.

Es oficial.

Creo que estoy en problemas, y, al ver de reojo a Kilian, sé que no soy el único metido en un lío con una de estas chicas.

## Capítulo 9

### PERDER EL CONTROL

*(Lindsay)*

¡No me puedo creer lo que Heather me ha lanzado! Jordan tenía razón; entre ella y Kilian es obvio que pasa algo. Lo que más me duele es que no me haya contado absolutamente nada. ¡Nada!

—Lind, no quiero que pienses que no te había contado sobre Kilian porque no te considero mi amiga. —Heather se detiene antes de llegar a la playa. Su mirada muestra sinceridad, pero ciertamente ya no sé qué creer—. Te juro que sí, te considero mi amiga. Poco a poco te has ganado mi corazón; si me callé esto, es porque no sé lo que tengo con Kilian.

Brevemente miro en dirección a la playa, donde todos están jugando, bañándose y teniendo el mejor tiempo de sus vidas. Luego observo a Heather, una vez más sintiendo la franqueza en sus palabras. Con un sonoro suspiro, asiento. No es que estoy enojada con ella porque no me contó sobre Kilian, sino porque parece que no hay nada que yo pueda hacer para que me considere su amiga, lo cual es una mierda. Sé que ella ya no cree en la amistad real y puede ser que ni siquiera logre mi objetivo al pretender demostrarle que, cuanto más descubra que la cantidad de personas buenas sobrepasa el número de las malas, la fe en la humanidad existirá dentro de nuestros corazones. Al menos eso es lo que dice Daisy como un mantra.

—Te creo —empiezo a caminar. Rápidamente Heather me detiene, y, para mi sorpresa, me da un fuerte abrazo.

—Lo digo en serio, Lindsay. —Se echa unos centímetros hacia atrás, tomándose de los hombros—. Eres la única amiga que quiero tener por el resto de mi vida.

—Por favor, no te pongas tan cursi —le pido. Ella se ríe—. Supongo que también eres la única amiga que quiero tener.

Pone sus manos en mis mejillas y me habla como si yo fuera una bebé.

—¿Ves que a veces tú también puedes ser cursi?

Nos reímos.

Tan pronto como nos encontramos con los chicos, creo en eso de que también puedo ser cursi porque mi corazón infantil está de nuevo en acción. No sabría decir cuál es la razón exacta por la que me dirijo a Jordan sin ver a sus amigos y conduzco mis labios a su mejilla, donde le planto un

cálido beso, enredando por unos segundos mis brazos en su cuello. Joder, ¿de dónde ha salido ese arranque?

Por su rostro lleno de asombro, sospecho que ahora mismo yo podría estar sonrojada. Incluso no sé cómo saldrá mi voz. Ya que él sigue en una clase de estado de shock, me obligo a mí misma a hablar, sobre todo ahora que Kilian me lanza una mirada furiosa y, sinceramente, este chico da algo de miedo. Con todos sus tatuajes encima, paso de tener problemas con él. Regreso mi atención a Jordan, que ahora me está sonriendo ampliamente.

—Creo que alguien está muy contenta de verme.

Sí, apuesto a que esta vez sin duda estoy sonrojada.

—Podrías haber comenzado con un «Hola». ¿No crees?

Él continúa sonriendo con la misma intensidad, que provoca un revoloteo en mi estómago. ¿Por qué demonios me estoy dejando llevar tanto?

—Hola, Linda.

—Hola, Jordan.

Jordan sabe que he bajado la guardia con él.

¿Por qué lo he hecho? Es la pregunta que me estoy haciendo. Considero que fue en el mismo instante en que me envió esa fotografía que capturó en The Grove. Nunca tuve la oportunidad de que un chico realmente me conociera, menos que quisiera tener una fotografía mía en su celular, la cual contemplaría con una enorme sonrisa en su rostro, justo como Jordan hizo aquella noche, o incluso con la que me tomó sentada en el césped. Muy en el fondo, pensaba que las había borrado una vez que dio la vuelta, pero qué equivocada que estaba.

En serio, ¿alguien puede sonreír de esa manera al ver una simple foto? Porque él lo hace. Pasa lo mismo ahora. Cuando me ve, sonrío como yo lo hago al observar alguna obra de arte (solo que yo estoy lejos de ser una obra de arte). Estoy tan rota que pensé que nadie podría apreciarme de esa forma; extrañamente, él lo hace y, por primera vez en mucho tiempo, me tienta a dejar a un lado esos métodos que he usado como barricadas: el sarcasmo y la indiferencia, cuyos recursos son los más utilizados en el mundo por las personas dañadas o que temen ser lastimadas.

Alguien detrás de nosotros se aclara la garganta. Eso hace que yo dé unos pasos atrás.

—Eh, no nos han presentado formalmente —dice el otro amigo de Jordan—. Soy Ralph Myers.

Me ofrece su mano. Ya que tengo el presentimiento de que él nos ha dado una barrida visual a Heather y a mí, sin descaro alguno hago lo mismo. Como ya he dicho antes, lo primero en que me fijo en alguien es el color de ojos. Ralph tiene unos hermosos ojos color verde aceituna, que contrastan perfectamente con su cabello negro, peinado con bastante empeño. La parte de arriba está más tupida. Usa un arete en su oreja derecha. Es de estatura alta, por supuesto; los tres lo son y sus cuerpos... parecen salidos de una máquina que define correctamente a los chicos guapos, cincelados a la medida. Todos llevan pantalones de tela corto y camisetas sin mangas, lo que hace fácil ver sus bíceps bien definidos, espaldas anchas, probablemente un estómago de muerte por el cual podrías pasar tu lengua... ¡No puedo creer los pensamientos sucios que estoy teniendo!



Tomo su mano para estrecharla.

—Lindsay Reed.

Me giro buscando a Heather. No sé en qué hora se ha quitado de mi lado y se ha puesto detrás de Kilian, quien continúa viéndome como si fuera su nueva enemiga. ¡Muy mal para mí! No lo saludo alegremente porque no quiero quedarme con el «Hola»; solo asiento hacia él y milagrosamente responde con un gesto igual.

Ralph le pide a Jordan que lo acompañe a la camioneta para ir a traer las cervezas; yo me ofrezco con un entusiasmo bastante evidente. Por suerte, nadie dice nada. Los tres sabemos que Heather y Kilian necesitan un poco de espacio para hablar.

—Así que tú eres Lindsay —comenta Ralph sonriéndome tan coqueto que quiero darle un puñetazo—. Jordan me ha hablado mucho de ti.

—¿Lo ha hecho? —pregunto sorprendida, viendo brevemente a Jordan. Ralph finge una carcajada; luego le dispara dardos a su amigo.

—Por supuesto que este imbécil no me ha contado nada de ti. ¿Puedes creer que te ha mantenido en lo incógnito?

—¿Por qué será, idiota? —masculla Jordan—. ¿Quizás porque tengo dos amigos que son unos completos imbéciles y quiero mantener alejada a Lindsay de sus garras?

Ralph se detiene. Lo mismo hacemos Jordan y yo.

—¿Te avergüenzas de nosotros?

Jordan se encoge de hombros, divirtiéndose con la mala actuación dolida de Ralph.

—En ocasiones como estas, donde claramente tú tratas de hacerme quedar mal parado, pues sí, puede que sí.

Indignado, Ralph me mira.

—¿Crees que lo quiero avergonzar?

Levanto mis manos.

—Solo sé que no hay forma de que consigas eso sin que tú seas el que quede como un idiota.

Esta vez él se ríe con ganas y continuamos avanzando hasta la camioneta de Jordan, que inteligentemente ha estacionado en el muelle. Me estremezco cuando él se acerca a mí y me susurra al oído:

—Gracias por haber venido.

Mi pecho se contrae; tal vez también mi garganta.

—No puedo resistirme a un día de playa.

—¿Un día de playa? —Arquea su ceja—. Sí, puedes decirte eso a ti misma.

No me da tiempo de contestar cuando un chico rubio, bastante guapo, me intercepta y me pide hablar conmigo un momento. Ralph y Jordan lo barren de pies a cabeza. Ya que no lo conozco, quiero decirle que no, pero él insiste y, para mi asombro, es por Heather por quien pregunta. Obviamente, no le doy ninguna información, lo cual claramente lo molesta, y se marcha como un diablo de enojado.

Al regresar con las cervezas, tomo a Heather y la llevo a un lado para contarle lo sucedido. No tarda mucho en llegar a la conclusión de que se trata de su exnovio. Mierda, qué bueno que no le dije nada porque eso solo me habría hecho más enemiga de Kilian.

—Bueno, es hora de comenzar el juego —nos dice Ralph luego de que guarda su celular en la parte delantera de su pantalón corto—. Ya están esperándonos.

Miro en dirección a las canchas de juegos que hay en la playa. Un grupo de chicos levantan sus manos, claramente saludando a los tres mosqueteros, como se hacen llamar.

El rubio de los tres —o sea, Kilian Price—, cuyo color de ojos no podría ser más azul, se quita la camiseta, y Heather no podría haber sido más recompensada. De una manera sexi que he visto pocas veces, le lanza la camisa a ella. Heather no hace más que entrecerrar sus ojos. Estoy casi segura de que sería feliz si tuviera la capacidad de infligir dolor con la mirada, porque es lo que su expresión me dice.

—¿Y a este qué le pasa? —sin que pueda evitarlo, le pregunto cuando los chicos se nos han adelantado, llevándonos unos pasos de distancia.

Estoy sonriendo como una boba, pero inmediatamente dejo de hacerlo al escuchar a Heather refunfuñar.

—Cree que está dejando en claro su punto de que no le agradamos. Te dije que sería una mala idea venir —me recuerda—. Pero Jordan tenía que animarte para que mis planes se vinieran abajo.

—¿Realmente tenías planeado dejarlo plantado?

Me sorprende de la misma manera cuando le pregunté sobre esta salida y casi convencida me dijo que dejaría colgado a Kilian porque no tenía caso que ella viniera.

—Por supuesto. ¿Es que no ves cómo se comporta? Por unos momentos es amable, por otros ni siquiera me dirige la palabra y se comporta como todo un engreído.

De acuerdo, no puedo contener mucho mi sonrisa, por lo que otra vez mis labios se curvan hacia arriba. Paso un brazo sobre sus hombros para acercarla a mí.

—Créeme, Heather. Le agradas, y mucho. Ese es precisamente su problema.

Antes de que niegue lo que es bastante obvio, adelanto mis pasos.

Amo Santa Mónica. Desde que Heather me trajo un sábado en que las dos estábamos aburridas como el infierno, esta playa me robó el corazón. Nebraska no tiene nada en comparación. Santa Mónica es como salida de un mundo paradisíaco. Tiene a los visitantes más guapos del planeta; los chicos que ahora mismo han conformado ambos equipos de voleibol dan fe de ello.

Escucho comentarios de las chicas a nuestro alrededor, diciendo que ellos pertenecen a la cuadrilla de la universidad. Yo solo me enfoco en uno en particular: Jordan Fisher y en los sexis quejidos que hace cuando hace un saque de balón. Uso mi mano para darme aire a mí misma. Escucho que Heather se carcajea... obviamente de mí. Le doy un empujón; ella ríe más fuerte, atrayendo la atención no solo de Kilian, sino también la de Jordan.

Otra vez me está viendo de esa forma, y algo dentro de mí se dispara.

—¡Los mosqueteros siguen siendo los dueños de Santa Mónica, *baby!* —grita Ralph una hora después que han terminado su juego donde, por supuesto, el equipo de ellos ha ganado. Él no solo se ha llevado la victoria, sino también la atención de las chicas que lo rodean.

Heather y Kilian han desaparecido en dirección al estacionamiento, lo cual me deja sola junto a Jordan. No puedo sentirme más aliviada. Los tres mosqueteros juntos atraen demasiada atención.

Jordan y yo caminamos hasta la playa. Nos sentamos en la arena. Yo cruzo mis piernas, él encoge las suyas atrapándolas entre sus brazos, viendo con una sonrisa hacia el mar y a los niños que se están bañando alegremente.

—Todo es más sencillo cuando somos pequeños, ¿no? —pregunta con su vista fija hacia el frente, lo que me da una bonita visión de su perfil, especialmente de sus gruesos labios.

Mantengo mi pensamiento de que es un moreno muy besable.

Al notar que no respondo, gira su rostro hacia mí. Tengo que sacudir mi cabeza para alejar todos esos pensamientos.

—Sí. La vida es más llevadera si la vemos como ellos. —Muevo mi cabeza en dirección a los chiquillos—. El truco está en mantener la esencia de un niño en nuestros corazones.

—¿Tú mantienes la esencia de una niña?

No sé por qué mi pecho suspira de esa forma; luego simplemente niego. Ojalá lo hiciera.

—Hay ocasiones en que esa esencia se ve empañada y no hay mucho que puedas hacer al respecto.

Al voltearlo a ver, sus ojos están entrecerrados. Sé que pretende cavar más allá de lo que he dicho, pero al menos por un día completo no quiero ir por ese camino.

De repente se pone de pie, ofreciéndome su mano.

—Ven conmigo —pide. Uso mi mano como una barrera para cubrir mis ojos del sol y poder ver a Jordan.

—¿A dónde?

Ladea ligeramente su cabeza.

—¿Puedes, por una vez en tu vida, dejarte llevar?

Entrecierro mis ojos. Con un gesto de él de fingida exasperación, finalmente le doy mi mano. Ahora parecemos una pareja de enamorados mientras corremos por toda la playa. Jordan, de vez en cuando, me da pequeños empujoncitos, y yo río genuinamente. No puedo recordar cuándo fue la última vez que disfruté de esta forma: libre y sin un evidente dolor en mi pecho. Lo que sí sé es que jamás olvidaré este momento.

Una vez que nos cansamos, vamos a su camioneta para que él pueda conseguir una camiseta limpia porque dice que odia andar sudado. En el asiento del pasajero lleva un bolso deportivo, de donde saca una camiseta ploma. Se cambia delante de mí, dejándome ver su espectacular abdomen. ¡Creo que tengo muchísimo calor!

Luce como algo que hacemos continuamente cuando él entrelaza sus dedos con los míos y nuestras manos están juntas de nuevo. De repente siento como si su gesto fuera un toque mágico.

Por una extraña razón, una nueva esperanza de felicidad surge dentro de mí.

Los chicos ya se han unido a nosotros en el muelle. No es que eso no me guste, pero estaba disfrutando de nosotros dos solos. Vamos directo a Pacific Park, el parque de diversiones que está situado en la playa. En serio, amo tanto Los Ángeles que ya he pensado muchas veces que me quedaré viviendo aquí una vez que termine la universidad. Soy positiva en que podré vivir de mis pinturas; si no, encontraré un trabajo en uno de los museos de la ciudad.

—¿Te gustan los juegos mecánicos, Linda? —Jordan hace la pregunta con una sonrisa ladeada como si esperara a que me ponga a llorar del terror, exactamente el mismo terror que desprende Heather.

—Los amo al igual que las aventuras. —Alzo mi mentón. Él me da un toque divertido.

Tiempo después, pierdo la cuenta de las veces que he gritado de la emoción al subirnos en casi todas las atracciones. Jordan no para de reírse por mis escandalosas reacciones.

—Dijiste que te gustaban —me grita cuando la cabina de la montaña rusa, en la que ahora mismo estamos metidos, nos pone de cabeza.

—Sí, pero nunca dije que no gritaría.

Parece que mi pecho va a explotar por las tantas emociones que estos juegos mecánicos y Jordan me hacen sentir.

Cuando hemos terminado de exponer nuestros corazones a la adrenalina, Ralph pregunta cuál es el siguiente lugar por visitar; soy la primera en sugerir Soda Jerks, ya que por suerte mi apetito no ha sido afectado. Todos asienten en acuerdo; la única que no luce tan convencida es Heather. Me acerco a ella y le doy un abrazo efusivo que la hace sonreír genuinamente.

Soda Jerks parece un local capaz de transportarte unos años atrás tan pronto pones un pie dentro. Desde la vestimenta de los empleados hasta la decoración vintage.

—¿Qué pedirás? —Jordan se acerca a mí; por un momento creo que pasará su brazo sobre mi hombro. No lo hace.

No entiendo por qué mi pecho siente una pequeñísima decepción.

—Un batido de fresa —contesto. Divertido, él rueda sus ojos.

—¿Qué fresa eres!

—¡Oye! —Le doy un golpe en su estómago ridículamente duro—. Aunque viendo eso... — Señalo las raciones de *Banana Split* que han pedido todos—. Me han dado antojos.

—¿Y quién dice que no puedes obtener todo en esta vida? —Me guiña un ojo luego pide ambas cosas para nosotros. Me sorprende la rapidez con la cual saca su billetera, adelantándose a pagar por mi bebida y ahora por el postre que ha ordenado para mí. Frunzo el ceño, pensando en cómo devolverle el gesto. Él parece tener un radar activo porque me señala contundentemente diciendo —: Lo que sea que estés planeando no funcionará. De esto se tratan las citas, ¿sabes? Los chicos debemos pagar.

Ralph, literalmente, mete su cabeza entre nosotros.

—Por eso yo no tengo citas y tengo intacto mi dinero.

Me río, al mismo tiempo en que elevo mis manos al cielo en una plegaria:

—Deseo que la primera chica que sea capaz de atrapar ese fugaz corazón te haga gastar una obscena cantidad de dinero en su primera cita.

—Ja. Ja. Ja —Ralph hace un gesto chistoso—. En tus sueños, Lindsay Ilusa Reed.

—¿Ilusa? —me burlo de él—. Bah, daba la impresión de que eras más ingenioso que eso.

El gesto en su rostro es de genuina sorpresa y, a lo Lizzie McGuire, la versión animada de mí misma se sienta en una silla playera, bajando sus gafas de sol, orgullosa de ella.

Con una ceja todavía arqueada, Ralph mira a Jordan, y este solo eleva sus manos.

—¿Qué puedo decirte, amigo? Con Lindsay ninguno de los dos ganaremos alguna vez.

—Habla por ti mismo.

—¿Sí? Porque acabas de perder una hace solo unos segundos.

Procesa la respuesta de su amigo; luego nos muestra sus dos dedos corazón.

—¡Que los jodan!

Nos reímos fuerte. Disfruto de las bobadas que Ralph dice, de lo mucho que Jordan le sigue la corriente; incluso Kilian parece desconcertantemente relajado, y mi amiga se ve muy tierna a su lado. Lo cierto es que hacen una bonita pareja. No importa lo mucho que él pretenda parecer indiferente: Heather lo trae loco. Creo que ese es su mayor disgusto. Nunca es fácil para un mujeriego aceptar que su corazón se ha cansado de tantos juegos y ha empezado a perder el control por una sola chica. Me pregunto si en un determinado futuro pasará lo mismo con Jordan.

Cuando miro hacia él y atrapo su mirada intensa, quizás podría tener una respuesta.

No sé qué ha pasado con Heather, pero ha recibido una llamada que la ha puesto de los nervios a ella y a Kilian. Kilian me da las llaves del auto de Heather, y me dice que él se encargará de llevarla a casa. No estoy segura; sin embargo, tengo la impresión de que ese chico que me interceptó por la tarde tiene algo que ver en todo esto.

—Bueno, yo también me voy. —Ralph se levanta de la mesa para dirigirse a botar el recipiente de plástico que contenía su postre—. Ni de coña seré su violinista.

—¿Qué? ¿No se te da bien tocar para las chicas?

Sus labios se curvan en una sonrisa lasciva que provoca el arrepentimiento de mi comentario porque presiento que me responderá con algo que no quiero escuchar.

—Cariño —contesta desde una cierta distancia en la cual tiene que alzar su voz para que lo escuchemos—, no tienes idea lo bien que se me da tocar a las chicas. Puedo hacer que se corran en cuestión de segundos.

—Y yo haré que corras hacia la calle si no te callas —sentencia Jordan.

—Amigo, ella tocó ese tema. No yo. —Brevemente se enfoca en dos rubias que lo miran sin descaro; él les guiña el ojo, escandalizándolas. Luego se enfoca en nosotros, haciendo las típicas pistolas con sus manos—. Espero que hoy pasen hasta la tercera base y tenga el mejor sexo.

—¡No dijo eso en público! —exclamo, cubriéndome el rostro.

Percibo que Jordan le ha lanzado algo porque escucho que Ralph vocifera una maldición. Al

levantar mi rostro, él ya no está por ningún lado y Jordan se pone de pie.

—Será mejor que nos vayamos de aquí antes que nos echen.

Totalmente de acuerdo con él, me pongo de pie, siguiéndolo fuera de Soda Jerks.

La noche ya ha caído, y no me creo las horas que hemos pasado juntos. Esa es la mejor parte de la vida: compartir momentos con personas que te hagan olvidar el tiempo.

Mientras paseamos por el muelle, Jordan empieza a lucir nervioso. Ahora sí no tengo idea del porqué. Nos detenemos a la mitad del camino; él se sienta en una banca que se encuentra a escasos metros de un señor que está tocando hermosas armonías con su flauta. Me sitúo casi al lado de Jordan. Ambos estamos viendo al hombre que yace en un trance con su música. Varias personas se acercan a dejar dinero en la cajita de propinas a un lado de él.

El borde de mi vestido playero se levanta cuando el viento pega en la barandilla de metal que rodea el muelle. Lo ajusto bajo mis muslos. Una vez que controlo la situación y vuelvo a ver al señor, hay alguien que está totalmente enfocado en mí.

—Eres muy, muy hermosa, Lindsay. —Mi cuerpo parece congelarse momentáneamente. Los ojos de Jordan brillan de la forma más bonita que he visto jamás. Un nudo se atora en mi garganta. Nunca pensé que alguien pudiera volver a verme de otra forma que no fuera la mirada lasciva que se formaba en aquellos hombres que arruinaron mi vida. La mirada de Jordan está libre de cualquier deseo sexual: es pura; algo dentro de mí se agrieta. Tengo que bajar mi rostro porque no puedo hacerle frente al sentimiento. Él coloca su mano en mi mentón; lo acaricia un momento. Yo cierro los ojos ante su toque. Solo al cabo de unos segundos los vuelvo a abrir—. Y me gustas demasiado.

Me quedo sin poder respirar bien. Siento la loca forma en la cual mi corazón salta dentro de mi pecho. ¿Esto realmente me está sucediendo a mí? Me encuentro tan gratamente sorprendida que ciertamente no sé qué decir; entonces hago lo que mejor se me da: usar el sarcasmo como una barrera que con él parece no funcionar.

—Te juro que no me había dado cuenta de ello.

Sonríe tímidamente y agita su cabeza.

—¿Puedes, por favor, dejar tu sarcasmo para otro momento?

Me avergüenzo de mí misma.

—Lo siento.

—Disculpas aceptadas. No es fácil conquistarte, ¿eh?

Muerdo mi labio inferior para bloquear las palabras que quieren salir: mala decisión. Su mirada ahora ha caído a mi boca, y no estaba del todo consciente de lo mucho que deseo que me bese, pero ahora lo estoy en un cien por ciento. Respiro entrecortadamente, y nuestras miradas se vuelven a encontrar. «Bésame. Bésame», repito en mi mente. Es como si él pudiera leer mis pensamientos, porque lo siguiente que hace es inclinarse hacia mí, cortando la distancia que nos separa. Mi corazón vuelve a latir apresuradamente. De alguna manera, contengo la respiración.

Jordan ladea su rostro, cierra sus ojos y en unos segundos sus labios están sobre los míos.

Literalmente ahogo un suspiro que hubiese deseado mantener para mí misma porque, incluso besándome, soy capaz de sentir su sonrisa sobre mis labios. El beso al comienzo es suave y delicado; me hace sentir extremadamente ligera aunque, a medida que los segundos pasan, convierten ese toque sutil en algo insuficiente.

Con la ayuda de mis piernas me deslizo en la banca, cortando la distancia entre nosotros. Su mano viaja directo a mi espalda baja, atrayéndome más hacia él. Aprieto con fuerza mis ojos cuando ambos gemimos una vez que el beso pasa a otros niveles: su lengua roza mis labios.

Su beso es tan mágico que no se compara con ninguno otro que, bajo una buena o mala situación, haya experimentado. Algo explota en mi pecho y, antes de que él se separe, atrapo su labio inferior, haciéndolo gemir. Me encargo de que esta vez sea mi lengua la que lo llena.

Conforme pasan los segundos, me empiezo a asustar de la dimensión de nuestro primer beso, así que lentamente me aparto de él.

Jordan descansa su frente en la mía. Su mano libre vuela hasta la parte trasera de mi cabeza y nos quedamos así por unos segundos. No estoy segura de si él continúa con los ojos cerrados. Me atrevo a abrirlos para darme cuenta de que él me está viendo.

—¿Usas pestañas postizas o como sea que le llamen?

Me río porque, después de ese intenso momento, no es precisamente lo primero que esperaba escuchar; sin embargo, sé por qué me hace esa pregunta. Heredé las espesas y largas pestañas de mamá.

—Te puedo asegurar que nunca despertarás un día y habrán desaparecido por arte de magia. Son totalmente naturales.

—Son hermosas. Oye, tienes algunas pecas. Aquí... —Marca, tocando mis pómulos—. Acá también —su dedo índice acaricia la punta de mi nariz—. ¿Por qué nunca las había visto?

Me encojo de hombros.

—Porque las cubro con maquillaje.

Niega. Hasta este momento nos separamos.

—No vuelvas a hacer eso. Eres perfecta tal como eres.

Ojalá pudiera suspirar tan fuerte que haría que mis hombros se elevaran lo más alto posible y luego descendieran vertiginosamente. No lo hago. Solo toco su mejilla, haciendo un tierno movimiento con mis dedos.

—Si sigues diciendo cosas cursis como esas, te patearé el trasero.

Él se carcajea. Yo también lo hago, solamente para liberar el aire que necesito expulsar de mis pulmones repentinamente felices. Alejo mi mano de su rostro, y él me sujeta de la muñeca.

—No. Si sigo diciendo cosas cursis como estas, te conquistaré, Linda.

—¿Ah sí? ¿Por qué estás tan seguro de ello?

Deja un fugaz beso sobre mis labios; seguidamente toca mis pómulos.

—Porque, gracias a tus hermosas pecas, puedo notar que te has sonrojado —suspira—. Te prometo que terminarás aceptando que somos el uno para el otro.

Oh.

¡Estúpidas pecas!



## Capítulo 10

### UNA OBRA DE ARTE

(*Jordan*)

Termino de recoger la última lata vacía de cerveza para echarla a la basurera. Doy un vistazo rápido al apartamento y, no es que esté reluciente al estilo del castillo de Cenicienta, pero está decentemente limpio. El desinfectante de piso huele a manzana, lo que inunda todo el lugar con ese agradable olor. Abro la refrigeradora e inspecciono. Un recipiente descartable que contiene comida de más o menos una semana también va directo a la basurera. Frunzo mis labios y asiento con mi cabeza al estar satisfecho.

—¿Qué carajo te pasa? —La voz de Ralph hace que dé un respingo descomunal.

¿Por qué estoy tan malditamente estresado? Solo es una simple visita.

Ralph sigue esperando por mi respuesta con una ceja arqueada. Despreocupado, me encojo de hombros, tratando de quitarle importancia al hecho de que he limpiado el apartamento de cabo a rabo.

—No tenía mucho que hacer, así que decidí limpiar nuestro apartamento. Ese por el cual ambos pagamos la renta, por lo tanto, las responsabilidades deberían ser compartidas.

Se tira una carcajada tan burlesca y fuerte que podría llegar hasta la planta baja del complejo de departamentos.

—¿No tenías mucho que hacer? —se cruza de brazos, apoyando el peso de su cuerpo en el marco de madera de la puerta de la cocina—. Hace un poco más de una hora te venías muriendo del cansancio por tu entrenamiento y, si no te conociera bien, ahora mismo estarías echando la siesta, pero estás limpiando como burro. ¿Quién nos viene a visitar?

—¿Nos? —uso mi mano para señalarmos a ambos—. Aquí no hay nada de plural. *Me* vienen a visitar.

Ralph rueda sus ojos; luego se dirige a la refrigeradora para sacar una botella de agua. Me olvido de él y le hago un nudo a la bolsa negra de basura.

—Como sea —Me da unas palmaditas en el pecho al pasar de regreso a mi lado—. Dile a Lindsay que venga más seguido por aquí. Me gusta eso de que limpies por tu cuenta el apartamento.

—¿Cómo sabes que se trata de ella?

Hace una mueca de «No seas estúpido».

—¿En serio me lo estás preguntando, Jordan? Soy como tu otra sombra. Sé que los horarios de tus ligues están restringidos; solo los permites por las noches. Ya sabes, te las tiras y adiós. —Me guiña un ojo; seguidamente comprueba la hora en su celular—. Es de tarde; es una situación diferente, así que esto, sin duda, se trata de Lindsay.

Molesto, le paso la bolsa a él.

—Como mínimo deberías ir a botar esto, ¿no crees?

Toma la bolsa con una sonrisa.

—Lindsay está buena y tiene mi aprobación. Solamente tengo una duda. —Antes de que siquiera le pregunte de qué se trata, de igual forma él continúa—. Es obvio que no te la has tirado. Quiero saber por qué.

Pospongo lo de ir directo a darme una ducha; me acerco a él y lo tomo de los hombros.

—Métete en tus propios asuntos, amigo. —Golpeo su hombro. Luego hago mi camino hasta mi recámara.

—¡Que te jodan, Jordan! —me grita a mis espaldas—. ¡Y no sacaré la basura!

—Oh, claro que lo harás —grito de regreso, cerrando de un portazo la puerta de mi habitación.

Le echo un vistazo rápido a mi habitación. Ya no se encuentra hecha un desastre. Ahora está decentemente desordenada. Al menos la ropa no está en el suelo. No hay papeles desparramados por doquier. Aunque me dio pereza sacar todos los tenis de debajo de la cama. No seré el primer humano que hace eso.

Antes de entrar al cuarto de baño para darme otra ducha, me río ante el mensaje de Lindsay.

@lindforart: Chico iluso. Sigue soñando porque eso nunca pasará.

Mis dedos se apresuran a teclear una respuesta, lo cual me hace sentir un poco decepcionado de mí mismo. ¿Tan rápido he llegado a este punto de contestar casi instantáneamente?

@Fisherj98: Ya lo verás. Te enamorarás perdidamente de mí y aceptarás que hemos nacido para estar juntos.

Me río al enviar el mensaje, no porque no lo crea, sino porque... rayos, Lindsay me tiene maravillado. Sé que todavía no estoy colado por ella, pero esa chica transmite ese tipo de presentimiento que llega una sola vez en la vida, de esos que sacuden todo tu alrededor. ¿Será malo o bueno? No tengo ni una jodida idea, aunque eso no significa que no lo voy a averiguar. Por supuesto que lo haré. Y, ahora mismo que sé que, al decirle cosas cursis, la hacen molestarse o reírse mucho, es como un nuevo propósito de vida, porque vaya que me encanta ver ambas reacciones en ella.

@lindforart: Creí que estaba teniendo problemas para respirar, ahora puedo decir que se trata de un ataque de CARCAJADAS.

Yo sí que me tiro una carcajada. Me callo en ese mismo momento porque esta tarde todo el equipo hemos ejercitado más de lo que habríamos querido y todo mi estómago, al igual que mi

existencia, duelen.

@Fisherj98: Esas letras chillonas lastiman a mi débil corazón. Te espero aquí, Linda.

Tiro mi celular para disponerme a tomar un baño.

Media hora después, me encuentro acostado en la cama, haciendo unos planos cuando de reojo noto que hay una hermosa presencia de pie en el umbral de la puerta de mi habitación. Solo espero que Ralph no le haya hecho un montón de incómodas preguntas aunque, con sinceridad, no me preocuparía por eso ya que Lindsay es una chica que puede con cualquier tipo que se quiera pasar de listillo. Alzo mi cabeza, y ella me mira con una pequeña sonrisa.

—Ralph me ha hecho pasar.

—¡De nada, Jordan! —grita Ralph desde la sala.

—Tranquila. Pasa —hago un gesto con mi mano para invitarla a entrar por completo a mi habitación—. Y cierra la puerta. Ya sabes, por Ralph.

Ella da unos pasos. Descubro que me mira dudosa sobre cerrar la puerta o no. Me pongo de pie en el preciso momento en que Ralph grita:

—No caigas en su trampa, cariño. Yo no escucho nada.

Lindsay se ríe.

—¿Ya ves? —Cierro la puerta tras ella y me acerco para darle un beso en la mejilla, al cual responde con un silencioso suspiro—. Así que tenías un ataque de carcajadas, ¿eh?

Sonríe. Coloca una mano en mi pecho para apartarme, al tiempo que se gira, mirando brevemente hacia el interior de la habitación.

Empiezo a caminar de regreso a mi cama. Le doy unos toquecitos al colchón indicándole que se siente. Con pasos pequeños, ella llega hasta mí y hace lo que le he pedido. Sonríe al ver su rostro angustiado. Luego de algunos segundos en los que trata de encontrar una pose que la haga sentir cómoda, lentamente se va relajando.

Recorre con parsimonia cada rincón de mi cuarto. No me incomoda. No es como si encontrara fotos de mi niñez o algo así. En las paredes lo único que hay son los *posters* de los diferentes equipos de la universidad y las medallas que he ganado durante estos tres años con los UCLA Bruins, lo que me recuerda que todavía no le he dicho que soy jugador estrella del equipo de baloncesto. Puede ser que ya esté enterada de este dato porque todo el mundo me conoce en el campus, o quizá no lo esté; el solo hecho de que no ha sacado el tema es relajante. No quiero que su actitud cambie y solo me vea como el jugador estrella de baloncesto: Jordan Fisher.

No sé por qué sus labios se curvan levemente hacia arriba; lo que sí sé es que el lugar va adquiriendo un olor más fuerte a manzana. ¿Será su perfume? Porque estoy bastante seguro de que la última vez que sentí su fragancia era algo así como un delicioso aroma a frutos rojos o a orquídeas.

—Debo decir que esperaba una habitación muy desordenada.

—¿En serio? Pues debo recalcar que me has juzgado mal.

—Nah, no lo creo. —Empieza a ahogar unas risillas—. Tengo el presentimiento de que acabas

de limpiar todo y has dejado mal cerrado el desinfectante de piso, por lo que ahora se está derramando todo sobre la esquina de esa pared.

Mi vista sigue la dirección que su dedo índice señala. En efecto, la botella de desinfectante se ha caído.

—¡Mierda! —me apresuro a salir de la cama y voy directo a la esquina de la habitación e inmediatamente cierro con fuerza el desinfectante. Suspiro antes de regresar a la cama—. Me has atrapado. Si no es porque Ralph y yo le pagamos a la señora de limpieza del edificio, el apartamento sería un completo desastre.

—¿Pagan para que les hagan la limpieza?

—Sí. La señora hace una limpieza impecable una vez por semana. El resto de los días nos encargamos nosotros, aunque tengo bastantes problemas para hacer que Ralph me ayude.

—Eso noté cuando él estaba sacando la basura de mala gana. —Sonríe; luego señala a los papeles sobre mi cama—. ¿Qué hacías?

Le muestro el plano que estoy haciendo para un local que posiblemente construirán en Koreatown. Ella se muestra sorprendentemente interesada, lo cual me gusta muchísimo.

—Apenas lo estamos comenzando. Nos tomará unas semanas terminarlo.

Lindsay se mueve solo un poco para ver lo que llevo del plano.

—¿Y luego tú te encargas de construirlo o algo así?

—No, de eso se encarga un equipo especializado. El ingeniero civil se ocupa de realizar cálculos y procedimientos afines para garantizar la estabilidad, así como su viabilidad estructural. —Señalo el plano. En la primera oportunidad que tengo, escondo la calculadora bajo mi almohada—. Prácticamente, les indicamos los pasos a seguir.

Abre su boca haciendo un «oh», que resulta jodidamente sexi.

—¿Y si la construcción se cae o algo así?

Me río.

—Pues espero que me llegues a visitar a la cárcel.

Debo decir que el sonido de una risa nunca me había cautivado tanto como la suya. No es de las chicas que se ríen tímidamente. Lindsay se ríe con ganas, y es todo un espectáculo verla cuando echa hacia atrás su cabeza o trata de tomar aire para controlarse a sí misma.

Su curiosidad la lleva a hacerme preguntas sobre los nombres de los materiales que actualmente estoy utilizando, como la regla T, la escuadra, la tabla de dibujo sobre la que estoy apoyado. Generalmente nunca hablo de mi carrera con las chicas: no es como si me buscaran por eso. Tampoco me he animado a hacerlo porque me da un poco de miedo aburrirlas al emocionarme hablándoles de números, ecuaciones y cuidados a seguir. Con Lindsay es diferente. La sonrisa en su rostro me hace hablar sin parar. Las preguntas que me realiza, sin duda, me hacen saber que está interesada en lo que le digo y está siguiendo el hilo de la conversación.

Gracias al cielo, mi estrés desaparece a medida que empezamos a hablar despreocupadamente.

—Me siento mal porque nunca me había puesto a pensar en lo arduo que se trabaja en algo así.

Es como que, ya sabes, solo ves un local bonito y ya. Nunca pensamos en que detrás de ese trabajo hay mentes brillantes que invirtieron su tiempo en ello.

—¿Así que estás aceptando que soy brillante?

Se reacomoda. En lugar de sentarse con las piernas cruzadas, se recuesta en un extremo de la cama, apoyando el peso de su cuerpo sobre su codo izquierdo.

—Puede ser.

No sé por qué no acepta que le gusto y que, indudablemente, soy inteligente. Por ahora lo dejo ir. Necesito llevar a cabo mi plan.

—¿Podrías sumar unos números que te dictaré? —Me paso perezosamente la mano sobre mi cabeza, simulando que mi mirada busca sobre toda la superficie de la cama—. No sé dónde he dejado mi calculadora.

—Claro —se gira, dándome la espalda para rebuscar su celular en el bolso que ha dejado en el suelo a un lado de la cama. Su nueva postura me regala un vistazo de su bonito culo.

Lleva puesto un jean negro ajustado que realza su figura, en especial su culo redondo y saltón; viste una camiseta blanca bastante sencilla y usa unas sandalias planas. Es alta; eso sin duda lo sé por las veces que la he visto usar sandalias casi planas pero, cuando usa zapatos altos como en nuestra primera cita... ay, joder. Es una diosa de piernas sexis andantes.

—Dime... —Vuelve a estar frente a mí. Me tengo que obligar a quitar todos esos pensamientos de mi mente. Le empiezo a dictar una serie de números que, sumados estratégicamente, dan un dato muy importante.

—Ahora une esos resultados en una sola cifra, cópialos y ve directo a tu agenda de contactos.

Baja el celular, mirándome incrédula.

—¿Qué?

Contengo las ganas de reírme.

—Linda, te acabo de dar el número de mi móvil. ¿En serio crees que no tengo mi calculadora a mano? —Saco la calculadora debajo de la almohada. Ella sigue tan sorprendida que no puedo hacer nada más que irme de espaldas debido a la risa.

—Tú eres insuperable, Jordan Fisher.

Lo próximo que sé es que me está dando de golpes con mis almohadas.

—Oh, Linda. ¡Has hecho de esto una guerra de almohadas!

Me empiezo a defender contraatacando con las almohadas que ella no logra agarrar y juro por Dios que nunca me había divertido tanto con una chica. Ni siquiera con Jessy.

Lindsay ya sabe lo mucho que me gusta porque se lo confesé el otro día y, aunque ocasionalmente nos hemos visto después de esa salida, hasta ahora no nos hemos vuelto a besar y, sorprendentemente, estoy bien con ello. Que no se malinterprete: me muero por volver a besarla. Estos últimos días la polla se me pone dura al recordar nuestro primer beso... Su labio inferior es tan carnoso que perfectamente podría atraparlo entre los míos y pasar un buen rato chupándolo. Y no quiero sonar como pura cursilería; sin embargo, ese primer beso fue más de lo que esperé.

Estaba tan ansioso por besarla que en un momento me pregunté si me decepcionaría, pero joder, besa tan bien que al principio me sentí celoso al reflexionar en todos los chicos con los cuales ha tenido que practicar para llegar hasta ese nivel de seducción. Y no, no quiero volver a pensar en eso nuevamente. Simplemente es la mejor besadora de la historia. Punto final.

Sé que eventualmente tendremos un montón de tiempo para besarnos, meternos mano y con suerte me gano su confianza como para tener sexo, pero ahora mismo estoy teniendo el mejor tiempo de mi vida sencillamente conociéndonos. Nunca había actuado en este plan; es solo que Lindsay es diferente. Vale la pena incluso mantenerse en abstinencia si se trata de conquistarla.

Aunque todo mi estómago duele con cada carcajada que doy, no paro de reírme hasta que ella lo hace. Se ha cansado y se deja caer a mi lado. Su cabello corto está despeinado de una forma tan sexi que otra vez me empiezo a excitar. Su pecho sube y baja rápidamente, sus manos están en el centro de su estómago.

—Sí, definitivamente eres bastante brillante —dice entre palabras cansadas.

Le guiño un ojo.

—Te lo dije.

—Ajá. —Se pone de lado, viéndome directamente. Yo hago lo mismo—. Pero eso no quiere decir que tendrás mi número.

Empieza a teclear algo en su celular; asumo que está guardando mi número entre sus contactos.

—¿Qué?

—Por supuesto que no te mandaré un mensaje o te llamaré.

¡Ay!, es que le encanta retarme.

Paso mi brazo sobre ella hasta quitarle el celular de su mano. No importa que se resista. Ejercicio un poco de fuerza y logro obtener su móvil. Salgo de la cama a toda prisa. Literalmente, me persigue por todo mi cuarto, siguiendo las curvas que tomo para esquivarla, mientras tecleo. Es una suerte que anteriormente no le dio tiempo de bloquear su celular. Finalmente mando el mensaje a mi número, y mi iPhone suena.

—Listo. —Hago una reverencia y le devuelvo el celular. Aún riendo, me lo arrebató y me saca juguetonamente la lengua. Es la segunda vez que hace eso y no puedo creer lo mucho que me prende.

¿Hablé de la abstinencia? Porque ahora mismo la he mandado a la mierda al tomar a Lindsay de la cintura, acercándola a mí. Antes que ninguno de los dos tengamos tiempo, la beso fervientemente, como si hubiera estado obsesionado con hacerlo. ¿Acaso no lo estaba?

Mis labios encuentran su camino a través de los suyos, y se apoderan de ellos como si no fuera la segunda vez que hacemos esto. Es una sensación rara. No se siente torpe mientras buscamos una posición en la cual nuestros labios se acoplen; es como si ya sabemos qué movimientos hacer para encajar... ¿a la perfección? Rayos, no lo sé. Solo sé que su beso es delirante y que ahora está jadeando mi pene, que se ha despertado nivel «Necesito estar dentro de ti». Sé que ella lo siente entre nosotros. Valientemente abro mis ojos para descubrir que sus mejillas están sonrojadas. ¡Ay,

maldición! Como que me gusta cada vez más.

Hago que retroceda hasta conducirla hasta el borde de mi cama. Nuestros labios no se separan ni un segundo. Sus manos aprietan mis brazos, y yo ahogo un gemido. Sus piernas ceden cuando la llevo al borde de la cama, donde cae sentada. Me hago espacio entre sus piernas. Uso la fuerza de mis brazos para con uno llevar con cuidado su cabeza hasta el colchón y con el otro apoyarme para no caerle encima. Ella corta el beso en busca de aire. Siento el bombeo y palpitación de mi pene. Empiezo a besarle el cuello y me maravillo ante sus sonidos y ante la forma en que su cuerpo se curva ante mí, levantándose levemente de la cama.

—No me acostaré contigo —me recuerda. Su voz es malditamente sexi con ese nuevo temblor.

—No, hoy no te acostarás conmigo —digo; sin embargo, rezo para que ambos estemos equivocados, sobre todo ahora que sus manos empiezan a explorar lo largo de mis brazos.

Me reincorporo para quitarme la camiseta y soy testigo de cómo su respiración se corta al recorrer todo mi pecho desnudo con su vista. Jamás había estado tan aliviado de tener un cuerpo bien trabajado porque su mirada es fuego que inunda mis venas.

Lentamente, pasa sus uñas sobre mis abdominales, sin tratar de esconder la excitación que eso le produce. Al final de su exploración, muerde su labio. Mi pene está muy empalmado y ya empieza a doler el hecho de estarme conteniendo. Gruño. Ella se sonroja aún más y me molesto un poco al notar que otra vez ha cubierto sus pecas. ¿Es que no se da cuenta de que naturalmente es un hermoso ángel?

—¿Por qué has vuelto a cubrir tus pecas?

Mi pregunta no es nada de lo que ella esperaba.

—Yo... no lo sé... ¿Costumbre quizás? Las he ocultado los últimos años.

Asiento lentamente. Mirándola sin parpadear.

—Ojalá se te quitara esa fea costumbre. Sé que muchas mujeres piensan que son imperfecciones, pero no hay nada más perfecto que la naturaleza misma, y me encantan en ti. —No sé si suspiro por el dolor de la sangre que se acumula en mi pene o por lo que estoy a punto de decir—. Eres tan hermosa como una obra de arte.

Esta vez no sé muy bien por qué se muerde su labio inferior. Sus ojos se han puesto brillosos.

—¿Sabes que las obras de arte no son perfectas?

—Sí —contesto—. Sé que son hermosamente imperfectas.

Juro que no pretendía ganarme otro beso como el que me está dando en este momento. No es desenfrenado; ambos lo llevamos a un nivel de lentitud ardiente, combinado con la dulzura que debí poner hace unos segundos.

Cambio el peso de mi cuerpo a mi lado derecho; de esta manera tengo mi mano izquierda libre y la llevo directo a su cadera, acariciando suavemente la piel de esa zona. Ella gime, y yo no aguanto más la presión.

No sé qué haré para que Lindsay Reed se enamore de mí, pero no tengo duda de que lo lograré.

—Oigan, chicos, no quiero interrumpir el sexo silencioso que apuesto que están teniendo —

escuchamos que dice Ralph al otro lado de la puerta—. Sin embargo, nos tenemos que ir al pub, Jordan. ¿Recuerdas que tenemos un trabajo que mantiene nuestros traseros codiciosos?

Gruño.

Forzadamente tengo que dejar de besar a Lindsay. Miro sobre mi mesita de noche para comprobar la hora. Honestamente, no sé a dónde se fue el tiempo. Me decepciono al comprobar que ya ha caído la noche, y no es una tonta broma de Ralph.

Decaído, presiono mi frente sobre la de Lindsay.

—Él no conoce la pena, ¿verdad?

Mis labios se alzan en una sonrisa.

—No —murmuro—, y es totalmente extraño que no se haya sentido en la libertad de abrir la puerta.

—Porque sé que me patearías el trasero —Ralph vuelve a gritar descaradamente y Lindsay se ríe.

—Yo también me uniría a Jordan —contesta elevando la voz para asegurarse de que Ralph la escuche.

Por la risa lejana de mi imbécil amigo, sé que ya está en la sala, a una distancia prudente de nosotros.

Le doy un último beso a Lindsay y me apresuro a ponerme de nuevo mi camisa. Es bastante valiente como para reírse coquetamente de mi erección. Bajo la mirada, luego la enfrento.

—Nada que una buena paja no...

—Será mejor que salgamos de aquí. —Se pone de pie apresuradamente, alisando su ropa; ni la tela de su camiseta ni su brasier son tan gruesos como para ocultar el saludo puntiagudo de sus pezones.

—Creo que debemos esperar un poco. —Señalo a sus pechos. Ella baja inmediatamente su cabeza y se los cubre con sus manos haciéndome reír a carcajadas—. ¿En cuál residencia vives?

—En Dykstra... —tartamudea. Solo por molestar hago un gesto, indicándole que su respuesta no ha sido del todo clara para mí—. Dykstra Hall —repite con claridad esta vez.

—Ya te había entendido —le digo entre risas—. Te llevaremos en mi camioneta. Te daré algo de tiempo mientras yo voy al baño.

Antes de salir de mi habitación, me detengo para observarla unos segundos. Tiene cubierto su rostro con sus manos y está mirando hacia el techo. ¿Está apenada?

Suspiro.

Quiero tener a esta chica a mi lado por una cantidad interminable de horas. En este momento desearía que el tiempo se convirtiera en una ecuación infinita a la cual sería casi imposible llegar a una respuesta final.



## Capítulo 11

### TODOS ESTAMOS QUEBRANTADOS

(Lindsay)

Hay algunas mañanas en las cuales me despierto y me pregunto a mí misma: «¿Cómo logro sonreír después de todo lo que he pasado?». En serio, no comprendo cómo sostengo esta sonrisa, sobre todo en las ocasiones en que por dentro siento la forma en que los recuerdos me succionan, y eso hace difícil el seguir adelante.

Y es ahí donde encuentro mi respuesta.

*Seguir adelante.*

Esa es la única opción que he elegido para mí misma.

Tenía quince años cuando mi pesadilla comenzó. Bien pude quedarme en Omaha y ser la chica desdichada que era. Pude elegir seguir tomando alcohol hasta que mi vida se tornara más fácil, sobre todo cuando me obligaban a tener sexo con esos hombres. Pude escoger la opción de escaparme una y otra vez de casa, dormir en parques, hasta que me daba cuenta de que el desgraciado que me dio la vida había dado parte a la policía —aparentando ser el padre bueno que nunca ha sido—, y la alerta Amber circulaba mi rostro en todos los medios. Pude elegir volver a tomar todas esas pastillas, asegurándome de que esta vez no hubiera nadie que llamara al 911 y me llevaran de emergencia al hospital para hacerme un lavado de estómago que al día siguiente solo haría que mi garganta ardiera como el infierno.

Pude tomar una infinidad de malas decisiones, pero elegí cubrir las heridas y seguir adelante, porque muy dentro de mí sabía que yo no merecía eso. Tampoco estaba dispuesta a seguir viviendo de esa manera.

Un poco antes de los diecisiete años, elegí salvarme a mí misma de ese infierno. Opté por escuchar las palabras de Daisy y elegí creer que Dios la había puesto en mi camino para recompensarme por todo el dolor que había permitido en mi vida.

Si cierro los ojos, puedo perfectamente recordar el día en que Daisy me interceptó en el pasillo hacia la oficina del director. Ese día, Zara, mi mejor amiga desde séptimo grado, me dijo que ya no podía ser mi amiga porque su mamá no quería que mi mala conducta la afectara. Desde décimo grado, mi reputación en la secundaria fue la de «la puta que se acostó con Bryan Ward y luego lo

acusó de tomarla por la fuerza». A los días de que él me hiciera pasar por todo eso, me lo encontré en el pasillo y le grité lo mucho que lo odiaba por lo que me había hecho. Todas las chicas se morían por él; era el *senior boy* más apetecible, así que nadie me creyó, ni siquiera mamá, cuando le conté lo que él y papá me habían hecho. Qué digo de mi familia cuando acusé a mi padre por prostituirme (porque eso fue exactamente lo que hizo), pero nadie me creyó. La única que lo hizo fue Zara. Lloró conmigo desde que se enteró de todo.

Y de repente ella me estaba dando la espalda. Me sentía tan acabada y sola que simplemente corrí hacia algún lado del colegio con los ojos cubiertos de lágrimas, deseando estar muerta.

Daisy me detuvo preguntándome qué me pasaba; ni siquiera podía hablar a causa del llanto, sin embargo, una vez que lo hice, despotiqué hacia ella, diciéndole tantas cosas hirientes que, hasta la fecha no entiendo cómo no me odia.

—¡Deberías tener tus propios hijos y dejar a tus alumnos en paz! —fue una de las cosas nefastas que le grité.

Cuando Daisy llegó para reponer al viejito que nos daba la clase de Ciencias Naturales, todos empezaron hablar de que ella y su esposo eran nuevos en la ciudad y eran un matrimonio sin hijos. Estaba lejos de saber que tenía un problema de infertilidad. A pesar de todo, se quedó ahí, escuchando todas mis palabras envenenadas, hasta que me sostuvo entre sus brazos. Fue cuando literalmente caí de rodillas. Sin fuerzas para poder seguir. Me llevó a su oficina y no sé cómo hizo para sacarme toda la verdad. Supongo que estaba al borde del precipicio, tan desesperada que ya no podía seguir callando.

Daisy quería que denunciara a papá. No es que no lo haya pensado antes, pero jamás lo hice porque ese vil hombre me amenazaba con matar a mamá si yo acudía a la policía. Aunque mamá nunca hizo nada por mí —porque yo sé que ella perfectamente sabía lo que pasaba—, no habría podido vivir con esa culpa en mi corazón, así que hice algo que jamás podré olvidar.

Una noche, tomé un cuchillo y amenacé con matarlo; por supuesto que no iba a hacerlo, aunque para él debí de lucir terriblemente segura porque ese fue el pase que me gané para salir de ese infierno.

Daisy me recibió en su casa. Al principio, me seguía sintiendo igual de mal. No podía tener cerca a Max, porque pensaba que me haría algo como esos hombres. No toleraba ni la más tierna caricia de nadie. Ambos tuvieron una tonelada de paciencia conmigo y, con el paso de las semanas, comprendí que no toda la humanidad es malvada.

Durante todos esos meses, no solo centré mi atención en la ayuda psicológica que Daisy pagaba para mí; también me enfoqué en la pasión que Max sentía por el arte de pintar. Tanto Daisy como yo pasábamos horas viéndolo; no supe cuándo me animé a tomar un pincel y aprender de Max pero, en el momento en que lo hice, descubrí para lo que había nacido. Un nuevo propósito de vida empezaba a surgir.

Max se emocionaba tanto dándome clases que, por primera vez en mucho tiempo, supe lo bonito que era recuperar la ilusión en algo. Cuando tomé un pincel y dibujé una flor marchita, en mi

interior sentí un regocijo indescriptible que hasta la fecha solamente puedo denominarlo como «el momento preciso en que encuentras tu vocación». Hasta en ese preciso momento experimenté lo maravilloso que era estar rodeada de personas que me quisieran de verdad, que se preocuparan por mí.

Estaba convencida de que dejaría la escuela; no obstante, Daisy me ofreció la opción de estudiar desde casa, y de alguna manera logró agilizar todo ese proceso, y obtuvo la aprobación. Fue así como logré terminar la secundaria. No tenía planes para ingresar a la universidad; jamás podría costearla y estaba segura de que el Gobierno no me ayudaría porque, después de todo, papá había logrado recuperar su negocio cervecero; para el Estado yo no optaba para el programa de ayuda. Sin embargo, Daisy me hizo aplicar a varias universidades; logré entrar a la UCLA con media beca. El resto es pagado por ellos. A veces me siento como Matilda cuando su maestra la adopta, que es prácticamente lo que Daisy y Max han hecho conmigo.

Las personas malas pueden acabar con tu mundo en un parpadeo, pero las buenas, pueden ayudarte a construir un mundo mejor. Daisy y Max me devolvieron la ilusión; también me ayudaron a tener un futuro mejor. Por ellos estoy aquí. Es justamente por ellos que, cada vez que me digo que es más fácil rendirse, no lo hago. Si me rindo, los estaría defraudando, y son las únicas dos personas a las que nunca quiero decepcionar. Todo lo que me han pedido a cambio es que yo sea feliz; es lo que he hecho por los últimos días, sobre todo desde que Jordan apareció en mi vida.

En este momento, el muy tonto se está riendo de mí porque cree que no lo quiero dibujar debido a que no puedo hacerlo. Como que quiero darle un puñetazo.

—Mira, nunca he dicho que soy buena, pero no voy a dibujar tu rostro.

—¿Por qué no?

—Porque lo estás haciendo para ponerte a prueba, no porque en realidad tengas interés en lo que hago.

Me mira ofendido.

Halsey nos ha dado el día libre, ya que ella está fuera de la ciudad. Así he pasado la tarde en la sala común que tenemos los estudiantes de arte. Hay unos cuantos chicos enfocados en su trabajo y por primera vez las chicas no están embobadas viendo a Jordan. Entiendo que es muy guapo, pero a veces no entiendo la gran fascinación que despierta cuando va por los pasillos del campus. Es como si todos los estudiantes lo conocieran y se murieran por ser parte de su círculo social. No lo sé. Es extraño.

Me río a carcajadas cuando se levanta del sillón y dramáticamente se arrodilla frente a mí.

—Te juro que no lo hago para ponerte a prueba. Solo tengo curiosidad de ver qué es lo que haces. —Pone una mirada de cachorrillo que me hace reír más fuerte—. Vamos, Lindsay, así también cumples mi fantasía de recrear la escena del *Titanic*.

—¿Recrear la escena del *Titanic*? —repito sin entender a qué se refiere.

Se levanta para volverse a sentar frente a mí. Cuelga una de sus piernas en el brazo del sillón;

su brazo izquierdo lo lleva detrás de su cabeza, haciendo una pose bastante sexi y divertida.

—Ya sabes, la parte donde Jack dibuja a Rose. Esta vez los papeles son invertidos, aunque siempre puedo quitarme la ropa y quedar desnudo. —Me guiña un ojo.

—¿No te da pena que todos estos chicos te vean como Dios te trajo al mundo? —Hago un movimiento circular con mi dedo índice señalando toda la sala.

Pierde su pose solo para levantar la cabeza y observar a su alrededor.

—Nah. Estoy muy seguro con mi cuerpo.

—¡Ay, Dios! —Me río fuerte. Él ha ganado. Me inclino hacia la mesita de café para tomar mi bloc y mis lápices de dibujo—. Eres imposible. Encuentra una posición cómoda, que esto tardará un poco.

—Como tú digas, Linda.

Ruedo los ojos y abro mi bloc, pasando todos los dibujos que he hecho, hasta llegar a una página donde previamente ya tengo trazada una tenue cuadrícula que me ayuda a bosquejar.

No es que no lo quiera dibujar porque no puedo, sino porque dibujarlo requiere verlo durante mucho tiempo, lo que quiere decir que repararé más en sus detalles, lo que conlleva a que probablemente me gustará mucho, mucho más. Y me da muchísimo miedo enamorarme de él.

Por desgracia, no tuve la dicha de saber lo que es un bonito noviazgo juvenil. Sé relacionarme con los chicos porque he visto un montón de series con ambientes universitarios y porque mi carácter me ayuda, pero no sé lo que se sentirá enamorarse de verdad.

Me encojo en el sillón, sentándome de una manera que mis piernas están a la altura de mi pecho. Coloco el bloc sobre mi regazo. Doy un fuerte suspiro antes de elevar mi vista y encontrarme con la coqueta sonrisa de Jordan. ¡Creo que esto es una mala idea! Un ERROR.

No soy tan buena dibujando rostros, pero... aquí vamos.

Vuelvo a ponerme los auriculares y dejo que se reproduzca una canción aleatoria. Con un lápiz HB hago el boceto, contorneando su rostro. Jordan parece una estatua sin movimiento alguno. Quiero decirle que no tiene que permanecer tan estático; sin embargo, no lo hago. Evito reírme por eso. Solo espero que termine rendido y no me vuelva a pedir que lo dibuje.

No tengo problemas trazando su rostro alargado o su mentón fuerte y definido; desgraciadamente, no puedo decir lo mismo de la forma de sus ojos caídos, aunque no es precisamente eso lo que me causa dificultad: se trata de la intensidad con la cual me mira ahora mismo. Hace que mi corazón se acelere tan ridículamente y siento como si me he pegado a una toma de corriente. ¡Jesús! Jordan ya ha acelerado mi corazón desde que nos besamos por primera vez; la otra tarde me excitó de una manera brutal y avergonzante, pero ¿ahora? Los latidos de mi corazón no tienen que ver con la excitación de él cuando me toca o cuando yo lo toco. Se siente más como la emoción de estar cayendo en un precipicio sin retorno.

Cuando finalmente consigo casi con éxito que mi corazón se tranquilice, me inclino hacia la mesita de café para cambiar mi lápiz por un 2B y sombreo sus ojos, que han quedado bastante geniales. Con un trozo de algodón que saco de mi estuche, empiezo a difuminar.

—¿Lindsay? —escucho que dice.

Mi mano se detiene instantáneamente. Temerosa, alzo mi mirada para verlo por otra eternidad.

—¿Sí? —apenas me quito uno de los auriculares del oído.

Su suspiro casi me provoca un choque eléctrico.

—No sabes lo adorable que te ves cuando estás completamente concentrada.

Martilleo. Nervios. Ataque al corazón. Sip, ha sido un error magistral. ¿Debería contestar? Por supuesto. Tengo que hacerlo.

Me exijo a mí misma a reaccionar.

—Y tú no sabes lo terrible que te dibujaré si sigues interrumpiéndome.

Se ríe y, de alguna manera, yo también lo hago.

—De acuerdo. Pero tenía que decirlo. —Sus labios se ladean, no en una sonrisa coqueta, sino en la sonrisa más dulce y pura que he visto en un chico.

—Gracias —articulo antes de volver a taponar mis oídos. Realmente no conocía este tono de voz que he producido con esa única palabra. Salió suave, quizás tan romántico como una canción de los años setenta.

Aclaro mi garganta y, con el difumino, le doy forma al iris. ¿Puedo decir que sus ojos tienen el color avellano más hermoso de este mundo?

Después de tomar varios descansos, de ir dos veces a la máquina expendedora por varios snacks, decido que sombrearé el color de su piel canela con un lápiz numeración F, y termino difuminando con un algodón. Guardo todos los lápices; posteriormente observo qué tal ha quedado.

Vaya. Definitivamente las clases con la profesora Lewis me han hecho mejorar considerablemente. Si el dibujo no se tratara del rostro de un chico, ya le estaría tomando fotos para enviárselos a Max, pero Daisy me inundaría con un cuestionario de preguntas peor que el de un examen de admisión para la universidad.

Echo un vistazo a Jordan, luego a mi dibujo, y sé que le hice justicia a su belleza masculina. En especial a esos labios carnosos que tiene.

—¡Listo! He terminado. —Con un sonoro suspiro dejo todas mis cosas en el estuche de lápices y le paso mi bloc a él.

Sus ojos se abren descomunadamente. No sé si eso es bueno o es malo. Quizás piensa que el dibujo es una mierda, o tal vez piensa que...

—¡Es genial! —grita, poniéndose de pie. Pasa su mano libre sobre su cabeza rapada y luego me mira a mí con una amplísima sonrisa—. ¡Maldición! Parece una jodida foto de esas a las que se les pone un filtro blanco y negro para que parezca exactamente así: un dibujo increíble.

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? Linda, tú tienes el arte en las venas. ¡Me encanta!

Me pongo de pie a su lado y lo escucho piropearme durante los siguientes minutos. No le digo nada sarcástico, pero sí me río de cada locura que dice.

—Puedes quedártelo. —Le ofrezco el dibujo.

Él niega.

—No, prefiero que tú te lo quedes. Para que me veas cuando no esté a tu lado.

Arrugo mi nariz.

—Eres tan cursi...

—Yo sé que te fascina que lo sea. —Me sorprendo gratamente cuando inclina su rostro para acercarse a mí y darme un beso casto en los labios—. Gracias, me gusta muchísimo.

Ay, es que, si sigue así, enamorarme de él va a ser la decisión más fácil que podré tomar.

—De nada —contesto. Le devuelvo el beso, él sonrío, luego vuelve a ver el dibujo que he hecho.

—¿Te gustaría enseñarme los cuadros que has pintado?

Oh, Dios. No está hablando en serio, ¿verdad?

—¿Quieres verlos?

Con una tierna apreciación cierra el bloc y me lo regresa.

—En realidad, estoy muriendo por verlos.

Esto sí que me pone nerviosa. Solo ciertas personas han visto mis oscuras creaciones. No es como que voy por la vida diciéndole a todo el mundo que soy estudiante de arte y una de mis pasiones es pintar cuadros tristes. ¡Por supuesto que no! Además, una obra puede decir mucho del artista detrás de él. Es como una ventana que deja un vistazo bastante claro del alma, solo hay que saber descifrarlo. ¿Qué dirá Jordan al ver que la mayoría son oscuros y tristes? Aunque sé que, si seguimos viéndonos, será algo que eventualmente terminará pasando, así que no tiene caso alargar ese proceso, ¿no es así?

—De acuerdo. Todos los tengo guardados en uno de los auditorios. ¿Vamos allá?

—Por supuesto.

Tomo mis cosas, y él hace un gesto caballeroso para que sea la primera en caminar. Hasta este momento, lleva muchos puntos a su favor.

Mientras caminamos por los pasillos del campus, hablamos animadamente. No me pasa desapercibido que todos los estudiantes lo saludan con un gesto de cabeza o de mano.

—Eres bastante popular, ¿no? Todos te conocen.

Se encoge de hombros.

—Puede ser.

—¿Se debe a las carreras clandestinas o a algo más?

—Te lo explico luego de que veamos tus obras de arte.

Entramos al auditorio, y es una suerte que la profesora Field se encuentre aquí para prestarme la llave de la habitación donde se guardan nuestras creaciones. Pienso seriamente moverlos a mi habitación. Estoy segura de que podría encontrarles un espacio.

Me siento totalmente nerviosa al mostrarle todas las piezas que he pintado. Son doce en total. Hemos trabajado en dos por mes desde que comenzamos las clases. Estamos finalizando marzo, la

mitad del segundo semestre del primer año de clases, y no puedo imaginar el increíble camino que me falta recorrer. La sola idea me emociona, aunque ahora mismo me ganan los nervios por la expectación de este momento en particular. Me las ingenio para colocar los cuadros ordenados desde el primero que hice hasta el de la chica con el árbol, que ha sido el último.

Trago pesadamente antes de girarme y ver a Jordan con los brazos cruzados, alardeando de sus definidos bíceps. Me sorprende saber que quiero tocarlos nuevamente. Son sexis. Musculosos, pero no de ese tipo de exuberancia que, en lo personal, no me gusta.

Con una mano acaricia su mentón, observando fijamente las piezas. Ya han pasado varios segundos, y su silencio solo me pone más nerviosa.

—¿Puedes decir algo? —Muerdo mi labio inferior para ocultar mi nerviosismo.

Jordan parpadea, como si estuviera saliendo de un trance y me mira brevemente antes de agacharse para ponerse de cuclillas.

—No pienses que diré algo profundo porque no tengo ni una idea sobre el arte —señala algunas de mis obras—. Ni siquiera entiendo el concepto de alguno de estos.

De alguna manera su confusión me causa gracia.

—No te preocupes, te entiendo —afirmo—. Solo te diré que el arte de pintar es como las interpretaciones que hacen los cantantes. La audiencia no tiene que conocer la historia precisa detrás de las letras; basta que sean capaces de sentir las emociones.

Jordan me mira de una forma que provoca pánico en mi interior; es como, si al enseñarle todo esto, le estoy dando una clara oportunidad de ver más allá de mí de lo que hasta hace algunas horas le había permitido.

—¿Has pintado desde siempre?

Muevo mi cabeza en negación.

—En realidad, no. Es decir, recuerdo que de pequeña mi tiempo libre lo usaba para hacer dibujitos y colorear. —Sonrío ante una de las pocas bonitas memorias que tengo de mi infancia—. Mis compañeritas del colegio me pedían dibujar para ellas; lo miraba como algo de niños. Nunca volví a pintar hasta el año pasado.

—Eres muy buena. Este de aquí —señala el de la chica—. No sé cómo explicarlo, pero de alguna forma me hace sentir triste. ¿Por qué es el único que está autografiado?

Suspiro. Aunque sé con detalle todos los trazos de ese cuadro en particular, también lo miro fijamente, lo que provoca que mis ojos empiecen a picar. Sin duda alguna, de los doce, ese es el que más refleja mi interior.

Al día siguiente de que lo terminé, lo miré desde el punto de vista de un receptor y sentí el dolor que hay detrás de esos colores grises. Fue la primera vez que me permití llorar desde que puse un pie en esta ciudad. No lloré porque me dolía verlo, sino porque estoy aprendiendo que canalizar los sentimientos es tan liberador que parece divino.

A pesar del nudo que se está formando en mi garganta, me las ingenio para contestar.

—Porque prácticamente la profesora Field me ha obligado.

Jordan alza su vista hacia mí, y sus ojos se entrecierran.

—¿Por qué todos parecen tristes? Es como si no estuvieran acorde con tu personalidad. No hay uno solo que tenga colores vivos o algo así.

Sí, tiene toda la razón. No sé de qué manera explicarle que mi personalidad espontánea y visiblemente alegre es un tipo de recordatorio diario de cómo en realidad deseo llegar a ser algún día. Sé que todos tenemos el alma lastimada, pero me gustaría despertar, sonreír por quien soy ahora y no avergonzarme del fantasma que en ocasiones me persigue.

—En mi primera clase de historia del arte aprendí una frase de Van Gogh que memoricé: «El arte es para consolar a los que están quebrantados por la vida». —Me encojo de hombros—. Supongo que eso dice mucho, ¿no?

Él se pone de pie. Su mirada penetrante hace que al instante me lamente por haber sido estúpidamente sincera.

—¿Tú estás quebrantada?

Pongo los ojos en blanco, no haciendo un gesto de impaciencia o algo parecido: lo hago para reprimir las lágrimas que pican.

—De alguna u otra manera, todos estamos quebrantados, Jordan. Enmascarando o viviendo a través de las heridas, pero no he conocido a nadie que, en un punto de su vida, no se haya sentido roto hasta los huesos. —Intento darle la espalda para recoger todos los cuadros y guardarlos, sin embargo, antes de que pueda hacerlo, él me toma del codo, haciéndome volver a girar hacia él.

Acuna mi rostro entre sus manos, mirándonos fijamente a los ojos. Todo lo que deseo ahora mismo, más el hecho de querer que me bese, es que sea lo suficientemente fuerte como para no acabar llorando por la simpatía que muestra su mirada. Sus pulgares acarician mis mejillas y no soy capaz de mantener mi vista fija en él, así que bajo mi cabeza. Jordan no me fuerza a volver a verlo y lo que hace a continuación me deja sin respiración: besa la cima de mi cabeza, luego... luego me abraza y hago lo imposible por no llorar.

Es el gesto más tierno que alguien ha hecho por mí.

Me permito absorber su delicioso aroma; también absorbo el momento íntimo que estamos teniendo. Más íntimo que cualquier manoseo desesperado.

En mi mente se empieza a formar el pensamiento más cursi que probablemente haya creado en el último año; extrañamente estar entre sus brazos me hace sentir bien. Solo puedo compararlo con la paz que siento al terminar de pintar. Es como si su abrazo estuviera acariciando las partes de mi alma que duelen constantemente, y eso es lo más sanador que he experimentado hasta este momento.



## Capítulo 12

### CAOS ES MI CORAZÓN

(*Jordan*)

Venir a trabajar cada noche en el Hell's poison es muy divertido. Es un pub al que generalmente solo vienen tipos mayores; supongo que tiene que ver con el círculo de amigos de Keith, el tío de Ralph y dueño del local. Muchos de ellos son rockeros o pertenecen a un grupo de ese estilo; son bastante agradables. Incluso se llevan superbién con Kilian quien, por cierto, ahora mismo está detrás de la barra mirando su celular como si este tuviera algún tipo de virus supercontagioso.

Termino de limpiar las copas de vidrio; tiro la vieja toalla sobre mi hombro y me acerco a él.

—¿Qué tienes?

Sorprendido, alza la mirada hacia mí, frunciendo su ceño.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Amigo, ya perdí la cuenta de las horas que llevas viendo ese celular. Tiene que ver con Heather, ¿no es así?

Pasa las manos por su rubia cabellera y mueve su cabeza en negación.

—No sé qué me está pasando, J.

El hecho de que esté admitiendo eso es una confesión trascendental.

Ralph y yo nos hicimos amigos de Kilian desde nuestro primer año en la universidad. Escuchamos de él debido a los espectáculos que montaba cada vez que alguien lo retaba. Los estudiantes no paraban de hablar del nuevo amante de la velocidad que había llegado al campus y había entrado a trabajar al *pub*. Finalmente, lo conocimos. Para Ralph fue como si los ángeles cantaran a su oído; lo convenció de que correr sin ninguna gratificación era un caso perdido; podía sacar un dineral con las carreras clandestinas. Ralph fue un puto genio con esa idea pero, más allá de ganar dinero, formamos un lazo bastante fuerte de amistad. Es así es como nacieron los tres mosqueteros. Tanto Ralph como yo sabemos el porqué de la furia de Kilian con la vida. Sabemos por qué odia tanto a su hermana, y que quede asentado que sacarle algo a Kilian es tan difícil como encontrarte un billete de cien dólares tirado por casualidad en la calle, así que sí, esto es trascendental.

—¿Tienes problemas con ella?

Hace un gesto de angustia.

—No. Precisamente ese es mi mayor problema. —Frota su rostro enojado—. Creo que nos estamos acercando mucho, y eso no puede traer nada bueno.

—¿Por qué no?

—¡Porque soy un imbécil y estoy jodido! —Patea el armario de madera que se encuentra frente a él—. Puede ser que Heather se esté ilusionando conmigo, pero ella merece mucho más de lo que yo le puedo ofrecer.

—¿Cómo sabes que no le puedes ofrecer algo increíble si ni siquiera lo intentas?

Me tira esa mirada de «Te golpearía si no fueras mi amigo».

—Simplemente lo sé, Jordan.

Niego.

—Crees saberlo, aunque la realidad es distinta. Te lo he dicho: no eres un tipo malo y, si yo fuera mujer, por supuesto que querría salir contigo.

Su mirada furiosa se va suavizando; analiza un momento lo que he dicho. Luego extrañamente se carcajea, atrayendo la atención de Ralph.

—¿De qué me he perdido? —Ralph entra a la zona de la barra, y sirve algunas bebidas para la mesa que está cerca de la ventana del fondo.

Kilian sigue riendo. Encuentra la manera de parar su risa y, antes de apresurarse para atender al viejo Bon, pasa junto a Ralph.

—Jordan prácticamente me acaba de confesar que, si fuera mujer, estaría coladito por mí.

De esta forma se disipa todo momento de tensión para convertirme en el blanco de las bromas por las próximas horas. Al fin y al cabo, también me río. Todo vale con tal de no ver a tus amigos con una cara alargada que provoca el ferviente deseo de tomarse toda una reserva de alcohol.

—Si te hace sentir mejor, yo también estaría coladito por Kilian —me dice Ralph alrededor de la una de la madrugada, cuando estamos volcando las sillas sobre las mesas para que a los chicos del turno del día se les haga más fácil la limpieza del piso—. Creo que sería de esas nenas que van detrás de los chicos rubios y malos, aunque también saldría contigo solo por la popularidad que obtendría al ser la novia del jugador estrella del equipo de baloncesto.

Aprieto mi mandíbula. Ha dado con mi punto débil.

—¿Solo por eso? Que te jodan, Ralph.

Lo escucho partirse de la risa; sin embargo, esta vez no comparto el sentimiento, ya que me ha recordado que le debo una explicación a Lindsay, así que, tan pronto como amanece e inician las clases de la primera hora, le mando un mensaje y le pido que asista al juego de baloncesto que habrá en el campus. Es un partido amistoso contra los Bonnies, que nos servirá a ambos equipos a entrenar y a conocernos una vez más como rivales.

El entrenador Cooper entra siempre de imprevisto a los vestidores y hace que todos nos reunamos a su alrededor.

—El bus de los Bonnies ya ha arribado, y los tíos están saliendo tan jodidamente seguros de sí

mismos que pareciera que llevan un maldito título de ganadores en la frente. —Hace contacto visual con cada uno de nosotros—. Tenemos que demostrarle quiénes somos y adónde queremos llegar.

Empezamos a hacer sonidos que parecen sacados de una jungla. Luego terminamos de vestirnos y de calentarnos.

Sorprendentemente, estoy nervioso. No por el juego. Los St. Bonaventure Bonnies son buenos, pero no es como si no podremos contra ellos. Estoy nervioso por Lindsay. ¿Qué pensará cuando se entere de que soy un jugador de baloncesto? ¿Reaccionará como todas las chicas agotadoramente entusiasmadas por salir conmigo? ¿Tendrá el mismo pensamiento que Ralph y solo se enfocará en la popularidad?

Espera... ¿Qué jodido estoy pensando?

¡No pasará nada de eso!

Lindsay no es de ese tipo de chicas; lo pude comprobar la otra tarde, cuando me mostró los cuadros que ha pintado. ¡Dios! La chica tiene talento, y hay algo en todo su arte que me llama la atención. No dejo de preguntarme por qué sus cuadros son tristes. Juro que no sé nada sobre pintores o ese tipo de vida, pero escucharla expresarse tan poéticamente por una profesión es algo que jamás había visto en nadie. Amo mi carrera, aunque amo más el baloncesto, y ni siquiera ese amor se asemeja a la pasión que Lindsay refleja por el arte. Quizás ahora entiendo a Kilian cuando habla de lo mucho que le apasiona la actuación. Tal vez se necesita más que amor, y la pasión va más allá de todo.

Otra cosa que no sale de mi mente es que la mirada de Lindsay no solo reflejaba devoción por lo que hace; por primera vez, pude ver el destello de la tristeza, y hasta casi juraría que había dolor en sus hermosos ojos color miel.

«De alguna u otra manera, todos estamos quebrantados, Jordan». Recordar sus palabras provoca una muy extraña punzada de dolor en mi pecho. Joder, ni siquiera soy un doctor que estudia a las personas, pero ahí había más que un comentario. Fue una confesión, y fue dolorosa para ella.

He tratado de no pensar en la forma en la cual me hizo sentir, algo que es imposible. El sentimiento de querer abrazarla y volver a tener a mi chica sarcástica frente a mí fue bastante abrumador para mí; de la misma manera fue arrollador notar cómo Lindsay se desconectó del presente, y aún no tengo idea de a dónde viajó su mente. Quería decirle que, pasara lo que pasara en su mente o en su corazón, podía contar conmigo; estaría ahí para ella. Sin embargo, en mi garganta se formó un nudo malditamente inusual que no pude decirle nada; además, era claro que me ocultaba algo y tenía miedo de tocar una herida que todavía ella no me ha dejado ver, pero que estaría dispuesto a sanar con tal de no volver a presenciar esa mirada perdida.

Todo el equipo recibe una ovación al ingresar al pabellón. Lo primero que hago es buscarla entre las personas sentadas en las gradillas. Recorro el extremo derecho y no está. Voy por la mitad del lado izquierdo cuando nuestras miradas se encuentran. Es muy fácil identificarla al

instante con ese particular color de cabello. Me pregunto cuál será su color natural. Apostaría que es color... ¿negro?, aunque también podría ser café y combinaría a la perfección con el color de sus ojos; de cualquier manera, luce hermosa con su color casi blanco.

Desde lo lejos ella me sonrío confundida. Levanto la mano para saludarla. Me devuelve el saludo y, antes de que Cooper nos recuerde la estrategia del juego, le pido que me dé unos segundos. Atravieso la multitud, ignorando a las chicas que tratan de detenerme. Mi única misión es llegar hasta la última gradilla, que es el lugar donde ella se encuentra.

Se pone de pie, tratando de hacerse camino hasta mí, aunque mis pasos son mucho más largos y llego a ella justo cuando está en la entrada de la fila de su silla.

—¿Por qué estás vestido así, Jordan? ¿Me he perdido de alguna fiesta de disfraces?

Lindsay es una chica muy lista, y su tono sarcástico es más acusatorio que alguna otra cosa. Es obvio que está disgustada porque esta es la mejor forma que encontré para contarle sobre esta parte de mi vida.

Señalo mi camiseta, la parte donde lleva el nombre del equipo; posteriormente le doy la espalda para mostrarle el grabado de mi apellido y el número *cuatro*, que fue el que me asignaron.

—¿Piensas que esto es un disfraz?

Arquea su ceja.

—Claramente no lo es, así que pienso que has ocultado que formas parte del equipo de baloncesto porque eres un terrible jugador y tenías mucha vergüenza de que yo lo descubriera.

Echo mi cabeza hacia atrás al reírme. Esta es la chica que hizo falta el otro día que hablábamos de sus cuadros.

—Bueno, Linda, eso estás a punto de averiguarlo. Solo te daré un adelanto: soy el pívot del equipo.

Se cruza de brazos.

—¿Qué pasa si no sé nada de baloncesto?

—No pasa nada. —Me encojo de hombros y suavizo mi voz—. Has venido solo para verme a mí.

La chica ruda que conocí semanas atrás se está ablandando. Ahora me mira con una ternura que es tan refrescante como hipnótica y que, sin duda alguna, ocasiona un caos en mi corazón.

—¿Por qué no me habías dicho que eres jugador de baloncesto?

Miro hacia mis tenis.

—Tenía miedo de que te impresionaras más por mi popularidad que por lo que realmente soy.

Al levantar la vista, sé que estoy en problemas.

Sus ojos brillan de una manera que me produce la satisfacción más grande, incluso más grande que cuando encesto y anoto puntos para nuestro equipo.

Se inclina hacia mí, colocando sus manos en mis hombros; luego me besa. Sus labios se mueven como si fueran livianos y acarician a los míos como si se trataran de una mota de algodón. Poso mis manos sobre su curvilínea cadera, acercándola más a mí. Por mucho que disfruto de su suave

beso, me encargo de ponerle un poquito más de deseo, y no importa el bullicio que haya en el pabellón. Claramente puedo escuchar cómo ahoga un suspiro. Ojalá pudiera besarla por toda una eternidad. Me planteo si debiera preguntarle cuánto le ha llevado llegar a esa perfección de beso, aunque no creo querer conocer esa respuesta.

Ambos sonreímos. Ella se ayuda de sus manos para darme un empujoncito en el pecho y romper nuestro momento. Yo sonrío ampliamente al verla sonrojada.

—Estás presumiendo de tus hermosas pecas.

Rápidamente se cubre el rostro, pero tomo sus manos y la acerco a mí.

—¿Ves que son un arma de doble filo?

—Sí —contesto, viendo sobre mi hombro ya que el entrenador me ha pegado un grito para regresar—. El primer balón que enceste será en tu nombre.

Se muerde el labio inferior, y eso me pone a mil.

—Creo que me lo merezco.

Le doy un beso rápido y, antes de bajar otra gradilla más, me vuelvo hacia ella porque me ha llamado para decir:

—Nada me impresiona más que el chico que he conocido hasta hoy.

Una descarga frenética golpea mi corazón.

—¿Esa es tu manera de decir que estás locamente enamorada de mí?

—Sigue soñando, Fisher.

Regresa a su asiento y de alguna manera sigo de pie en el mismo lugar.

Me ha llamado por mi apellido, lo cual ha provocado la mayor sensación de... ¡Ay, joder! ¿Está pasando? Sí, yo digo que sí. Pero tengo la impresión de que esta vez no es como las experiencias anteriores. Esta vez no pienso que simplemente tendremos unos cortos y agradables meses juntos, luego cada uno tomará su rumbo al darse cuenta de que nos hemos aburrido del otro o, lo que es mucho peor, no somos lo que esperamos. No. Con Lindsay es diferente. Esta vez siento algo más allá de eso. No la quiero solo para tener sexo, pasar un rato agradable o para estar juntos unos meses; en realidad, creo que me encantaría estar con ella por una cantidad infinita de tiempo. Infierno... sí, definitivamente está pasando. Creo que ya estoy enamorado de esta chica.

En un momento del mejor impulso que he tenido en toda mi vida, estoy a escasos segundos de regresar hacia ella para pedirle que oficialicemos lo que sea que tenemos. Quiero ser su novio, quiero poder presumir que tengo a la mejor chica del mundo a mi lado pero, antes de que pueda hacer algún movimiento, el silbido particular del entrenador corta todas mis posibilidades.

—¡Trae ese culo de regreso, Fisher! —me grita Cooper, lo que hace que la audiencia se ría, sobre todo que pongan rostros de curiosidad hacia la que en unas horas será mi chica porque, cuando termine el juego, tendremos esa conversación.

Los St. Bonaventure Bonnies entran haciendo ridículas piruetas; nosotros solo nos enfocamos en rebotar los balones.

—Recuerda que hoy le tenemos que dar una paliza —me dice Davis estirando sus brazos

simulando que está encestando.

Arthur Davis está en segundo de arquitectura; es una bestia al jugar. El entrenador se ha aprovechado de eso y ha hecho varias alineaciones para que trabajemos hombro con hombro. Realmente somos imparables cuando jugamos juntos.

—Dalo por hecho. No hay que olvidar nuestras tácticas, ¿De acuerdo? —Pongo mi puño para chocarlo con el de él y, antes de que el juego empiece, le doy un último vistazo a Lindsay, que me mira maravillada desde la gradilla.

¿Ya se habrá enamorado de mí o todavía tengo que intentarlo más fuerte?

Creo que lo sabré en unas horas...

Antes de finalizar el segundo cuarto de tiempo, con Davis apoderado del balón, logro entrar a la zona defensiva de los Bonnies y, en un pase preciso y rápido que él hace, tengo toda la habilidad para saltar y meter el balón en el aro, colgándome de este y haciendo un *slam dunk* que hace que la audiencia que nos apoya —mayormente de nuestra universidad ya que es un juego en casa— grite eufórica. Me regocijo al ver la cara desmoralizada de Anthony, el jugador defensivo del equipo rival.

—¡Así se hace! —me grita Davis viniendo hacia mí para hacer un abrazo grupal con todo el equipo; luego me giro hacia el punto donde está Lindsay y elevo mi brazo, señalándola a ella.

Gesticulo las palabras: «Va para ti».

Lindsay sonrío ampliamente y aplaude. Casi puedo decir que yo nunca he jugado o disfrutado tanto de un partido como este. Incluso, nunca le he dedicado una cesta a alguien. Las chicas con las que he salido fanfarroneaban tanto por ser mis ligues que una dedicatoria y para ellas habría significado matrimonio.

En el descanso de los quince minutos no tengo oportunidad de hablar con ella, pero sí me dispongo a hacerlo cuando finalmente termina el partido. El marcador queda 107-106; nosotros somos los ganadores. Aceptamos el elogio de todo el público y estrechamos mano con los chicos del equipo contrario. Me siento impaciente por hablar con Lindsay.

Cuando finalmente me libero de todo eso, Lindsay viene sonriente hacia mí, y yo no hago más que pensar en lo que le diré para que acepte ser mi novia.

Una rubia obstaculiza mi camino. Es Shay, la chica con la que dormí la noche que conocí a Lindsay. Y no sé en qué momento me ha tomado del cuello, y me ha hecho bajar a su altura para estrellar sus labios con los míos. Me está besando; no pasan ni cuatro segundos cuando la aparto, absteniéndome de no hacerlo tan fuerte para no lastimarla, aunque estoy encabronado.

—¡Qué demonios te pasa! —siseo.

No espero a que me responda y miro a Lindsay, que a su vez no nos quita la vista de encima. En el momento en que se da la vuelta y camina lejos de mí, empiezo a correr hacia ella, pero las personas que se atraviesan mi camino me hacen perderla de vista y, para cuando tengo el camino despejado de todos ellos, Lindsay ha salido de mi visión.

Me llevo las manos a la cabeza, mirando todo a mi alrededor.

No está por ningún lado.

Quiero ir por Shay para advertirle que nunca vuelva hacer algo así, aunque los gritos de un grupo de tíos llaman mi atención. Todos están reunidos alrededor de alguien y algo dentro de mí se descompone al notar que la chica a la que rodean se trata de Lindsay, que está totalmente descompuesta.

Nunca la había visto así. Literalmente corro hasta llegar al punto en el cual todos están reunidos. Mis tenis hacen un chirrido al detenerme bruscamente cuando escucho que uno de ellos le grita a Lindsay:

—Pudiste haber salido de Omaha, pero sigues siendo la misma putilla.

*¿¡Qué ha dicho este imbécil!?*

Mis venas están que arden de furia; miro a Lindsay solo para asegurarme de que esté bien antes de irme en contra de este idiota. Obviamente, no luce bien; de hecho, noto que está temblando. Sin embargo, lo que me deja pasmado es que alza su mano hacia ese idiota y le planta una bofetada que resuena por todo el pabellón de deportes.

—Tú sabes lo que pasó con tu amigo. ¡Y en tu jodida vida vuelvas a llamarme así!

No sé qué demonios está pasando pero, en cuanto empieza a caminar hacia Lindsay, me dejo ir hacia él, empujándolo en el pecho.

—Ni se te ocurra acercarte a ella, menos volverla a llamar de esa forma.

El tipo moreno que ahora está frente a mí me enfrenta. No hace falta ser inteligente para saber que nunca le llegará a mis casi dos metros de altura.

—Tío, no te metas en esto.

—Jordan, vamos de aquí —me pide Lindsay, jalándome de la camiseta, lo cual provoca que el estúpido arquee su ceja.

—Así que te has conseguido a un jugador importantísimo, ¿eh? —Deja de ver a Lindsay y se enfoca en mí—. Ten cuidado con ella. Es toda una zorra.

—Oh, jodido, no has dicho eso —digo antes de estrellar mi puño justo en su mandíbula.

De pronto los golpes vienen de todos lados. Los murmullos y los gritos se hacen eco en todo el lugar. Lo próximo que escucho es el inconfundible silbato del entrenador Cooper que, en compañía del encargado de los Bonnies, nos separan. Deshacen así al grupo que rodeaba a Lindsay.

La busco entre las personas a mí alrededor. No me es difícil localizarla ya que está a mi derecha, a tan solo unos cuantos pasos. Me observa con los ojos llorosos antes de echarse nuevamente a correr.

Intento ir detrás de ella, pero el jodido de Devis Cooper me retiene por la fuerza.

—No vas a ningún jodido lugar antes que tú y yo tengamos una conversación —sisea, tomándome con furia de la parte central de mi camiseta, quitándome toda mi posibilidad de ir en busca de Lindsay.

Sé que me he metido en un problemón, y más les vale que ese viejo se lleve de regreso a New

York a ese imbécil que se atrevió a llamar a Lindsay de esa manera porque, por mucho que odio las peleas, jamás permitiría que alguien le falte el respeto a ella.



## Capítulo 13

### TU PRESENTE

*(Lindsay)*

¿Las promesas sirven de algo? Porque estoy bastante segura de que, cuando llegué a la ciudad, me prometí a mí misma no permitir hundirme de nuevo en la depresión y, días después del partido de Jordan, estoy atrincherada en la habitación de la residencia, evitando a toda costa al mundo... bueno, evitándolo a él.

Jordan no ha parado de enviarme mensajes; cree que estoy enojada con él debido al beso. No se trata de eso. Vi perfectamente que la chica fue la que prácticamente lo asaltó; Jordan reaccionó al instante alejándola. Eso está muy claro. Sin embargo, prefiero que piense que no quiero saber nada de él, y no el hecho de que me he alejado por su bien.

Jamás pensé que pudiera encontrarme con alguien de la secundaria, menos con ese bastardo de Mitchell Rice, uno de los mejores amigos de Bryan. No puedo creer cómo se atrevió a interceptarme solo para insultarme de esa manera. Él, más que nadie, sabía lo que Bryan me hizo. Aunque, ¿qué se puede esperar de unos tipos como ellos? Es como si no tuvieran corazón. Lo que más me molesta es que Jordan se fue a los golpes con él, lo que probablemente le hará tener repercusiones con su entrenador.

¡Ni siquiera quiero pensar en lo que pasará por la cabeza de Jordan!

Suspiro y coloco una almohada sobre mi boca, dejando escapar un enorme grito de frustración. Luego doy algunas patadas sobre la cama. Sí, estoy en ese nivel de enojo con la vida, más bien, con Corwin Reed, mi jodido padre. ¡Ay, es que, si no me gustara tanto mi apellido, hace tiempo que lo habría dejado de usar! Pero Reed es bonito, y todo el tiempo fuerzo a mi mente para que no lo asocie con él aunque, en días como estos, es imposible no hacerlo.

Si tan solo no me hubiera arruinado la vida, podría sentirme digna de salir con un chico como Jordan. Al parecer, no he superado esa sensación muy negativa y ahora más que nunca pienso en todo mi pasado. Trato con todas mis fuerzas de reflexionar en las palabras de mi psicóloga y en el hecho de que merezco estar al lado de un buen chico, sin embargo, solamente imagino en lo mucho que mi presencia empañaría a Jordan. ¡Es un jugador estrella, por Dios! Todos los ojos del partido estaban sobre él. ¿Qué dirían las personas que un chico con un futuro tan brillante y

prometedor esté saliendo con alguien como yo?

Ahora entiendo todas las miradas que él recibía y que yo he obtenido desde esa noche de juego. Él es popular; lo lógico es que esté con una chica a su altura.

No sé cuál es el número de este suspiro pero, si Daisy pudiera leer mi mente, me sacudiría como muñeca de trapo hasta que mi mente volviera a pensar en positivo. Jesús, ni siquiera yo me soporto con esta actitud.

Me tiro de la cama, me pongo mis zapatos deportivos y salgo disparada hacia el único lugar donde puedo descargar todos estos sentimientos: el estudio de arte.

Al llegar, no hay nadie, lo que me lleva directo hacia mi casillero asignado para sacar un lienzo pequeño, que ya he montado sobre el bastidor; solo tengo que asegurarme de que las cuñas tensen perfectamente la tela. Saco mis materiales preparando los pinceles, la paleta de pintura y empiezo a drenar estos pensamientos destructivos.

Es la primera vez que no tengo absolutamente ni una pequeña idea de lo que pintaré, pero salir de la zona de confort puede ser gratificante...

\*\*\*

Dos chicas han venido al salón para que me encargue de hacer transformaciones con sus cabellos. Una de ellas me ha pedido un estilo nuevo que es muy similar a las mechas californianas. Ya que no estoy familiarizada con la técnica, Halsey me ayuda y presto atención a todo lo que me dice. No pasa mucho tiempo cuando levanto la mirada para hacer contacto visual a través del espejo con la chica en la cual estamos trabajando. Ella me sonríe. Tengo la impresión de que solo estaba esperando un movimiento por mi parte para hablarme.

—Tú estás saliendo con Fisher, ¿verdad? —pregunta señalándome.

No tengo que voltear a ver a Halsey para saber que está maravillosamente interesada en el tema.

¿Cómo rayos sabe eso? No necesito preguntarlo cuando su amiga en la cual ya hemos trabajado y que espera por ella sentada a un lado empieza a hablar.

—Por supuesto que es ella. Todos vimos el beso que le plantó Fisher.

Ya no presto atención a lo que me dice Halsey. En parte porque ha dejado de explicarme, deteniendo el proceso. Su rostro se ilumina con una sonrisa pícara.

—Creo que alguien no me ha contado las últimas noticias —comenta todavía con esa sonrisita pícara.

Trato de ocultar mi inquietante nerviosismo; digo *inquietante* porque soy muy segura a la hora de hablar de cualquier tema, y el hecho de descubrir que Jordan empieza a ser mi debilidad es bastante desconcertante.

—¿Ustedes son estudiantes de la UCLA? —les pregunto a ambas chicas, omitiendo adrede el comentario de Halsey.

—Sí, estamos en segundo año. Fuiste la envidia de muchas la noche del partido contra los Bonnies.

—Y te nos hacías una cara conocida. Ahora caímos en cuenta de que es en este salón de belleza donde te hemos visto —agrega la otra chica que solo ha retocado las raíces de su rubio cabello—. Aquí, entre nos, ¿cómo hiciste para ligarte a uno de los tres mosqueteros? A nosotras ninguno nos ha hecho caso; no importa cuánto tratemos de llamar su atención. ¡Eres una suertuda!

Es todo. Miro su reflejo a través del espejo.

—Haciendo exactamente lo contrario de ustedes.

Dejo la vasija del tinte sobre la mesita rotatoria y me disculpo antes de ir directo al mostrador para ponerme a reservar las citas que los clientes de Halsey piden a través de correo electrónico.

¿Soy suertuda? ¡No saben lo que están diciendo!

A medida que mi molestia disminuye, me doy cuenta de que reaccionar por impulso es la peor decisión que muchas veces podemos tomar. Desde que empecé a trabajar en Beauty Shine, jamás había tenido un comportamiento hostil con un cliente; por lo mismo no me he atrevido a levantar la vista del monitor. ¡Ay, Dios! ¿Qué pasa si Halsey me despide por esto que pasó? En este momento quiero volver a estar en mi cama y tirar patadas hasta que mis piernas se cansen.

Cuando las chicas al fin se van, tomo todo el valor, preparándome para enfrentar mis acciones. Cierro la ventana del correo y me levanto para ir directo hacia Halsey.

—Si piensas despedirme, lo acepto. Probablemente me equivoqué al actuar así, pero estaban siendo muy entrometidas. No me estoy justificando, es solo que...

Halsey levanta sus manos.

—¿Podrías parar? —empieza a sonreír. Yo me relajo un poquito. Entendería si quisiera echarme, aunque andar por la vida sin trabajo no es un lujo que yo me puedo dar—. La única razón que tengo para despedirte es... ¡el hecho de que no me has contado nada! ¿Se trata del chico que Eve mencionó la otra noche?

—¡He escuchado mi nombre y ahora necesito saber todo con detalle! —Eve precisamente entra por la puerta principal, con las compras que Halsey le pidió que hiciera. Las deja sobre el mostrador de recepción; luego viene directo hacia nosotras con Cassandra tras ella—. ¿Qué chico mencioné?

*¿Puede alguien golpear mi cabeza hasta dejarme inconsciente?*

—Ese del que dijiste que eran tres amigos que estaban rebuenos —le recuerda Halsey.

—Ojalá utilizaras esa buena memoria para hacer con tiempo las compras, y no todo a última hora —acuso a Halsey. Ella me da un golpe en el brazo.

—Tan solo tengo treinta años, Lindsay. —Su respuesta viene acompañada de un segundo golpe más fuerte—. Aún me falta aprender varias cosas, pero no nos cambies el tema.

—No pienso decir nada más; además, tenemos mucho que hacer. No perdamos el tiempo hablando de un chico que no tiene importancia.

—¿Que no tiene importancia? —repite Cassandra, acercándose curiosa a mí—. ¿Y por qué es

la primera vez que te sonrojas al hablar de alguien?

—¡Ay, por Dios! ¡Tienes pecas! —Eve toca mi rostro. Con un manotazo juguetón la alejo de mí.

—¿¡Será porque soy humana!?! —elevo mi voz, dando la vuelta yendo directamente hacia el cuarto de servicio.

No ha sido fácil continuar trabajando con tres mujeres a las que solo les falta ponerme un cuchillo en la garganta para hacer que les hable de Jordan; por suerte, lo he logrado ya que estoy entrando a la residencia luego de una horrible tarde; como si fuera poco, recibo un mensaje de Jordan. El mensaje número ocho, para ser precisa. Sí, los llevo contados desde que hace una semana ha tratado de contactarme y prácticamente he hecho un supertrabajo al evitarlo a toda costa.

Con mi corazón que late a toda prisa, abro el mensaje.

Jordan: Lindsay, por favor, créeme. Esa chica fue la que me besó y sí, probablemente soy el culpable de que lo haya hecho. Tuve un lígüe con ella, pero te juro que no he estado con nadie o incluso he salido con otra chica desde que tú y yo empezamos a quedar. Por favor, hablemos. Esta noche hay una fiesta en la fraternidad de Kilian. ¿Puedes asistir? Las cosas no pueden quedar así.

Odio que se sienta culpable de mi actitud o que esté atormentando su mente con estos pensamientos.

Me siento en las graditas que están en la entrada de la residencia, tomando mi cabeza entre mis manos. Una vez más reconfirmo que Jordan es un buen chico y no sé por qué me siento tan triste con toda esta situación.

De alguna manera siempre supe que él no se acercó a mí con malas intenciones, sin embargo, nunca se me ocurrió que nuestra cercanía nos marcara tanto como para afligirnos al distanciarnos. ¿Qué nos está pasando? Probablemente hemos pasado bastante tiempo juntos, y quizás solo me extraña. No. No me puedo engañar de esa manera. Creo que los dos nos hemos encariñado lo suficiente como para correr el peligro de enamorarnos; es la única explicación que encuentro a todo esto.

Jordan podría tener a la chica que quiera; con solo unas palabras la tendría en su cama, sin embargo, se ha fijado en mí y, lo que es peor, sé que podríamos funcionar juntos. Tan solo basta estar a su lado para saberlo. Si no fuera porque lo peor de mí en un momento u otro acabaría con todo, no dudaría de que tendríamos una relación bastante intensa. Rayos. Quizás no soy la indicada para Jordan, pero no quiero renunciar a la oportunidad de seguir esta historia con él.

¡Esto es un desastre!

Saco el celular de mi bolso. Tengo la intención de llamar a Daisy. Veo el artefacto en mi mano por unos buenos segundos... decido no hacerlo. Sé exactamente lo que me dirá y, sinceramente, hoy no quiero escuchar eso. Necesito hablar con alguien que pueda darme un consejo imparcial.

¡Heather!

Sí, seguramente está dentro de la residencia.

Voy a toda prisa hacia el interior y, unos cortos minutos después, estoy entrando a nuestra habitación. Casi suspiro de alivio al verla en su cama. Cierro la puerta detrás de mí, tiro mi bolso

al suelo y me apresuro a sentarme junto a ella con las piernas cruzadas. Estoy muerta de miedo porque es la primera vez que aceptaré lo que empiezo a sentir por Jordan y porque es la primera vez que hablaré sobre ello con Heather.

—Si alguien te gusta demasiado, así como cuando cada parte de ti vibra al tenerlo cerca, pero sabes que no eres la indicada para él, ¿qué harías? ¿Saldrías corriendo lejos de él o al menos lo intentarías?

Creo que en cualquier momento podría vomitar debido a los nervios. Heather frunce su ceño; luego hace a un lado el cuaderno en el cual estaba trabajando y se sienta de la misma forma en la cual estoy yo.

—¿Te refieres a Jordan?

La confusión en su rostro me hace sentir como una mala amiga por no contarle nada sobre Jordan, aunque ella tampoco me ha hablado sobre Kilian. ¿Debería soltarle todo, o es una mala idea? Quizás es de las amigas que prefieren mantenerse lejos del drama sentimental aunque, cuando toma mi mano para darle un suave apretón, acompañado de una sonrisa reconfortante, definitivamente me muestra que no es ese tipo de amigas y, si no hablo con ella, me volveré loca.

—Sí, es que siento que nuestra conexión es muy grande, pero no lo quiero arruinar, Heather — confieso—. Jordan es un buen tipo, y yo no soy buena para él.

—No, no digas eso. Tú eres lo suficientemente buena para todo chico que sea merecedor de ti. Bajo mi rostro.

Mi alma atormentada empieza a doler cada vez más. Hay momentos como este en que me gustaría poder confesar todo lo que guardo dentro de mí y finalmente poder liberarme de toda esta angustia. Vuelvo a verla; ahora tengo un pequeño nudo en la garganta. Mis ojos están ardiendo por las lágrimas que contengo, sintiéndome temerosa de que algún día la pueda perder a ella también. Estoy muy consciente de que lo que pasó en mi vida no es mi culpa; sin embargo, eso no quiere decir que, al saberlo todas las personas a mi alrededor, preferirán a alguien mejor que yo.

—Ves tantas cosas buenas en mí donde no las hay... Si tan solo supieras... —Cubro mi rostro para combatir lo que realmente quiero hacer: llorar sin cesar.

No lo permito. Lucho contra el sentimiento lo más que puedo.

Termino perdiendo la batalla cuando unas cuantas lágrimas recorren mi rostro. Heather se acerca a mí y me envuelve en un abrazo. No quiero que me vea así. Quiero seguir fingiendo que soy fuerte hasta que se vuelva una realidad. No voy a permitir que Corwin Reed me robe todo lo bueno que he ganado en estos días.

Al notar que me tranquilizo, Heather se aleja y yo limpio mis mejillas. Casi sonrío al recordar que no tengo que preocuparme de arruinar mi maquillaje, porque no llevo nada más que polvo compacto. He decidido dejar de ocultar mis pecas y abrazar a la chica que soy. Y pensar que esto se lo debo a Jordan... ¿Cómo es posible que pueda ver más allá de mí cuando yo apenas lo hago?

—Lindsay, sea lo que sea que te atormente, puedes hablar conmigo. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —asiento. Limpio mi nariz con el dorso de mi mano—. Ojalá algún día me anime a

contártelo, es solo que tengo miedo a perder tu amistad. Me he encariñado contigo, y no podría soportar que tú también me juzgues.

—¡No, Lindsay! Jamás te juzgaría. Cuando te conté sobre lo horrible que solía ser, tú no lo hiciste, así que no esperes que yo lo haga.

Ser una niña engreída, perra y odiosa en la secundaria, como Heather solía ser, no tiene comparación con mi pasado; sin embargo, me siento mejor al escucharla decir eso.

—Jordan me gusta, demasiado, y yo en verdad quiero intentarlo, aunque mi mayor temor es que, si permito que lo nuestro continúe y en un futuro se hace más fuerte, al descubrir mi pasado, me dejará sin dudarlo. —Mi voz se quiebra tan solo de imaginarlo—. No sé si quiero pasar por eso.

—Lindsay, inténtalo. No permitas que los errores que cometiste te hagan huir de la felicidad que te mereces.

Estoy segura de que Daisy está en algún rincón susurrándole al oído a Heather lo que me tiene que decir, o quizás es solo el hecho de que ambas tienen razón.

—¿De casualidad tú no has hablado con Daisy Rodríguez?

Riendo, Heather frunce su ceño sin comprender.

—¿Quién es ella?

—Mi hada madrina.

—¿Tienes un hada madrina?

—Sí, y es muy especial. La adoro. También tengo un padrino. —Logro reírme al ver la actitud confusa de Heather—. Ellos son la versión de tu nana Larissa. Siempre tienen las palabras adecuadas. Son un apoyo incondicional.

—Ahora te entiendo. En ese aspecto somos tan afortunadas... ¿no es así?

Sí. En eso sí que soy afortunada. Me da vértigo solo pensar en lo diferente que hubiese sido mi vida si ellos no me hubieran salvado de ese infierno.

Me animo a enseñarle a Heather el último mensaje que Jordan me ha enviado. Ella me pregunta si iré. ¿Debería ir e intentar arreglar lo nuestro? ¿Qué tal si acabo con esa angustia al contarle todo? Si reacciona mal, pues es mejor que las cosas terminen aquí y si por algún milagro él puede con todo el peso de mi verdad, al fin podría respirar sin sentir ninguna presión en mi pecho. No, no. ¡Qué diablos estoy pensando! No voy a resistir que otra vez las personas más cercanas a mí me den la espalda, y no pretendo echar a la basura la felicidad que he encontrado junto a Jordan.

Mi pasado no es un tatuaje y no puedo dejar que marque el resto de mi vida. Joder que no. Esto se acabó aquí. Iré a recuperar a ese chico y seré feliz a su lado el tiempo que tenga que durar.

Convenzo a Heather de que me acompañe. Aunque tenía cierta sospecha de que ella tampoco se ha visto con Kilian en esta semana, termina aceptando ir conmigo y se ofrece a ayudarme a arreglarme...

El tiempo que le tomó a Heather arreglarme no es ni de lejos tan inquietante como los tres minutos que le toman conducir hasta aquí. Se nota lo nerviosa que está.

Yo nunca había estado en una fraternidad; tampoco tenía ni idea de que Kilian perteneciera a la

Delta Sigma. Es justo como la imaginé. Casa muy grande con un montón de universitarios pasados de copas, según ellos teniendo el mejor tiempo de sus vidas. Un chico se interpone en el camino de Heather e insiste en sacarla a bailar hasta que Kilian aparece en la escena y el tipo se disculpa ridículamente rápido.

—¿Te das cuenta de que es la tercera vez que salvo tu trasero? —le dice a Heather, saludándome a mí con un gesto de cabeza al que respondo con una sonrisa.

—Ninguna de esas veces pedí tu ayuda. Tenía la situación completamente en control.

—¿Ah, sí? —Kilian nos muestra una risa burlona—. No me lo parecía. Ese chico estaba dispuesto a tener su boca por todo tu cuerpo con o sin tu permiso.

—¡Vaya que eres un exagerado! Por cierto, ¿has visto a Jordan?

—Sí, síganme.

¿En serio tratan de ocultar que no están locos el uno por el otro? Tengo que contener la risita. ¿Cuándo se darán cuenta de que no tiene caso aceptar lo inevitable?

*Sí, lo dice la chica a la que le tomó una semana entera aceptarlo.*

Aparto ese pensamiento de mi cabeza.

La sonrisa se me va al infierno al entrar a la cocina y ver a Jordan. Su sorpresa es tan evidente que hasta se ha quedado en medio proceso de darle un sorbo a su cerveza. ¿Qué tienen estos chicos en contra de tomar cervezas en vasos rojos como lo hacen todos lo que están aquí? A excepción de ellos, claro, que parecieran tener un contrato de propaganda con las cervezas Heineken.

Nos miramos fijamente unos buenos segundos. La verdad es que no me importa si estamos montando una escenita cursi o no; en lo único que me enfoco es en lo mucho que me emociona volver a verlo. Es un sentimiento increíble. Mi corazón palpita fuertemente y me permito ser la primera de los dos en sonreír. Cuando él me devuelve el gesto, su sonrisa... ¡Dios! Es hermosa; en este momento descubro que la extrañaba muchísimo, o más bien, lo extrañaba a él.

—¡Qué bueno que estén aquí, chicas! —escucho que alguien dice; al poco tiempo me doy cuenta de que se trata de Ralph. Ahora se ha puesto en el medio de nosotras para abrazarnos—. Las extrañamos. ¿No es así, mosqueteros?

—Por supuesto —contesta Kilian después de darle un sorbo a su cerveza—. Fue una semana de extrañarlas demasiado, ¿cierto, Jordan?

Jordan solo contesta con una sonrisita tímida. Esa que tanto me encanta. ¿Por qué si es todo un ligón y un donjuán, conmigo se muestra tan vulnerable?

—Teníamos mucho trabajo —contesta Heather.

—Bueno, comencemos a ponernos al día. —Ralph nos trae cervezas. No tengo la oportunidad de darle un trago cuando Jordan camina hacia mí con paso decidido y mi pulso se dispara como un loco.

—¿Podemos hablar? —Trata de usar un tono bastante bajo. Debo decir que su angustia se siente como una espina en mi interior.

No me gusta verlo así.

—Claro, por eso estoy aquí.

—Bien.

Me hace un gesto para salir de la cocina y lo sigo sin problemas.

Los chicos dentro de la fraternidad se abren paso para dejarle el camino libre a Jordan; es como si estuviera caminando a través del mar rojo. Esos mismos chicos me miran curiosos, como las miradas que he captado desde la noche del juego, a excepción de que ahora sí sé el porqué. ¡Estoy saliendo con un jugador estrella! En serio, es totalmente irónico; en los últimos años de la secundaria estar a mi lado estaba fuera de discusión. Nadie me quería como amiga, mucho menos como novia. Los chicos me evitaban en público, pero descaradamente trataban de contactarme a escondidas para saber qué tan ciertos eran los rumores y conocer las posibilidades de tener un ligue conmigo. Nunca lo permití. Corwin era lo suficientemente inteligente como para mantenerme alejada de los chicos del instituto.

Llegamos a la parte trasera de la casa; me encuentro con una enorme piscina que está a un lado de una cancha de baloncesto. Estos tíos de fraternidades sí que viven llenos de lujos.

Jordan se voltea inesperadamente, por lo que me detengo de golpe.

—Lo siento, Lindsay —dice apresuradamente—. Te juro que nunca fue mi intención que eso pasara... —se detiene. Pasa las manos por su cabeza, como si estuviera tratando de arreglar sus pensamientos.

De una vez por todas termino con su angustia.

—Lo sé.

Parpadea un par de veces; luego me mira sin poder creerlo.

—¿Qué?

Bueno, aquí voy. Merezco ser feliz y tomaré esta oportunidad.

Me acerco a él, deslizo mis manos por su pecho hasta que llego a sus hombros y las dejo ahí. El roce lo ha hecho suspirar. A mí me ha hecho desear estar en otro lugar.

—Sé que lo que pasó con esa chica estuvo fuera de tu alcance. No me pondré en el plan de enojarme cada vez que algo así suceda; después de todo, eres el chico popular deseado por casi toda la población femenina de la universidad.

—Eso no es cierto. —La comisura de sus labios se curva ligeramente hacia arriba, lo cual me impulsa a acercarme más a él.

—¿Qué parte? ¿La parte de que eres deseado por la población femenina o la parte de que no me voy a enojar?

—Las dos.

Me río, pero la intensidad con la cual me mira ahora mismo corta todos mis gestos y nubla mis sentidos.

—No me enojaré si tú no buscaste esa muestra de afecto, aunque claro que me molestaré si terminas disfrutándolo.



Su mano recorre la parte baja de mi espalda, cerrando por completo la distancia entre nosotros. Envolviendo mi cuerpo con su brazo.

—Solo para que lo sepas, desde que te besé en el muelle de Santa Mónica, me hiciste darme cuenta de que nunca había disfrutado de un beso como lo hago contigo. —Coloca una mano en mi mejilla; sus ojos buscan por mí como si trataran de descubrir un tesoro que ha estado escondido por años y merece ser encontrado—. Un beso nunca había significado tanto en mi vida, como los que comparto contigo. Eres especial, Lindsay.

Ay, por Dios. ¿Esto realmente me está pasando a mí? Es tan lindo que tengo que abrazarlo porque no estoy segura de cómo reaccionar a esa confesión. Puede ser que no tenga un corazón intacto, pero Jordan está haciendo latir cada parte por amor.

Inhalo su olor. Luego de un tiempo abrazados, escuchamos que alguien lo llama por su apellido. Jordan se aleja de mí y saluda con un movimiento de cabeza a un grupo de chicos que se encaminan a nosotros.

—¿Qué hay, Fisher? ¿Listo para seguir festejando nuestra victoria contra los Bonnies?

Jordan me suelta de mala gana para chocar las manos a los cuatro chicos frente a nosotros. Estos me sonrían ampliamente. ¿Puedo decir que los cuatro son muy guapos?

—Seguro, aunque la celebración se pospone. Como verán, hay una chica que espera por mí.

—Oh, no te quitaremos mucho tiempo —dice uno de ellos, mirando maliciosamente al resto del grupo—. ¡Un *slam dunk* se celebra con un chapuzón!

No me da tiempo de reaccionar cuando todos ellos toman a Jordan para lanzarlo a la piscina. Chillo y cubro mi boca riendo. Los chicos se ríen de lo que han hecho, chocan sus vasos rojos llenos de cerveza; Jordan se carcajea al salir a la superficie, pasando la mano por su rostro para quitar el exceso de agua.

—¿Qué cabrones que son! —les grita riendo—. Me las desquitaré en el entrenamiento. No lo duden.

—Eso está por verse, Fisher.

Sus compañeros se alejan riendo, haciendo una bulla que captura todas las miradas de las chicas. Sé que son los del equipo de baloncesto porque llevan puestas las chaquetas. Nunca he visto a Jordan usando las chaquetas, pero está de más asegurar que ha de verse muy caliente.

Me río al volver a ver a Jordan que se encuentra todo empapado.

—¿Crees que es gracioso?

—Oh, por supuesto que sí. No todo el tiempo se puede presenciar el hecho de que han lanzado a una piscina a uno de los intocables mosqueteros.

Él se carcajea y empieza a nadar hasta estar cerca de la orilla de la piscina. Una vez frente a mí, conduce su mano hasta el bolsillo delantero de su pantalón para sacar su celular, que destila agua.

—Más les vale que no se haya dañado, o esos pendejos lo pagarán. —Me encanta que no tenga ni una pizca de enojo, sino todo lo contrario: parece divertirse con lo que le han hecho sus

compañeros—. ¿Tienes un pañuelo o algo con lo cual podamos secarlo? —pregunta haciendo referencia a mi bolso.

Uso el mismo bolsito negro que llevé en nuestra primera cita; me lo quito y, con unos cuantos kleenex que nunca me olvido de llevar, trato de secar su celular. Una vez que creo que al menos por fuera ya está seco, pongo todo a un lado.

—A ver, échame una mano —pide.

Me agacho para tomar la mano que me brinda y ayudarlo a salir. ¡Debí de ser más lista que eso! Ha jalado tan fuerte de mí que me ha hecho ir de boca y, prácticamente, me ha lanzado al agua. ¡Y está fría! Salgo a la superficie. Me apresuro a apartar de mi rostro los mechones de cabello.

—¡Qué estúpido que eres! —Mi enojo aumenta al verlo partirse de la risa—. ¡Que esto no es gracioso!

Nada hasta llegar frente a mí.

—¿Verdad que no lo es?

Chapoteo con mis manos, haciendo que él cubra sus ojos. Mi maquillaje debe de ser un fiasco, y la blusa suelta que llevo puesta no ayuda, ya que empieza a levantarse.

—¡Heather te matará al darse cuenta de que has arruinado las ondas de mi cabello que con tanto empeño ha logrado!

Se ríe y pega su cuerpo totalmente al mío. ¡Ay, Dios! Esto se empieza a poner muy caliente.

—Estabas preciosa, pero tu cabello liso es toda una belleza. Por cierto, ¿de qué color es naturalmente?

—Castaño.

—Me lo imaginé —dice juntando su boca con la mía. Me sorprende responder a este beso con tanta desesperación y, sinceramente, no quiero que pare de besarme nunca.

Sus manos encuentran la piel desnuda de mi cintura, aferrándose a ella, haciendo que gimie en su boca. Enredo mis piernas en su cadera, y es la primera vez que él se atreve a tomarme del culo. Estoy segura de que el frío no es causante del cosquilleo que siento en mi piel, ni mucho menos la forma en que todo mi cuerpo responde a este beso, erizando cada parte de mí. Jordan Fisher es el único causante de las mil maneras en que mi cuerpo está reaccionando ahora mismo. Su beso es la combustión que necesitaba para darme cuenta de todo lo que este chico me hace sentir.

Paso las manos por su cabeza rapada; el nacimiento de su cabello me hace cosquillas.

Necesitados de aire, cortamos el beso. Jordan empieza a besarme el cuello y, al abrir los ojos, me doy cuenta de que hay varios pares de ojos sobre nosotros. Con honestidad, ahora mismo eso no me importaría si no supiera lo filosos e hirientes que pueden ser los rumores.

—Creo que debemos parar, o seremos los protagonistas de un video casi porno.

Jordan se ríe sobre la piel de mi cuello y, ¡maldición! No sé cómo puedo estar más excitada. Deja un último beso sobre mi cuello; luego me mira directamente a la cara. Tenemos la luz suficiente como para notar el fuego que emana de nosotros.

—Permíteme ser tu novio —suelta sin más, lo que provoca que mis ojos se abran

escandalosamente.

—¿Qué?

—Lo que has escuchado, Linda. Acepta que formalicemos lo que tenemos. O, ¿todavía no estás lista? —me evalúa unos segundos y, ya que no encuentro mi propia voz, él continúa hablando—. Lo entenderé si no lo estás; no tengo nada en contra de esperar, pero me encantaría presumir que la chica más hermosa de este mundo me ha aceptado como su novio.

Muerdo mi labio inferior tratando de contener la emoción. ¡Me está pidiendo que seamos novios! Si tan solo supiera que es la primera vez que oficialmente tendré un novio. Sé que esto puede no ser un suceso trascendental para él, aunque para mí sí lo es. Es como un adiós a la Lindsay Reed con la cual nadie quería socializar y un hola a la Lindsay Reed que se ha ganado el cariño del chico más lindo y tolerablemente cursi de todo Los Ángeles.

¿En verdad me está pidiendo esto o estoy soñando? Sé que tenemos que hablar de lo que pasó en el juego, pero... al diablo con eso; ahora mismo solo quiero ser feliz.

—¿Qué piensas sobre lo que pasó con ese tipo del partido? —pregunto antes de darle una respuesta final.

—Es un imbécil, Lindsay. No entiendo cómo se atrevió a decirte todas esas cosas. ¿Qué ha pasado entre ustedes?

Ay, Dios. Estoy tan nerviosa que siento como todo me da vueltas. ¿Qué le digo sin necesidad de contarle toda la verdad?

—Él es amigo de un chico que me hizo mucho daño. —Mi voz se quiebra antes de que pueda decir algo más. Jordan lo nota y acaricia con delicadeza mi mejilla.

—Veo que no estás lista para hablar sobre eso —murmura, buscando mi mirada—. Lo entiendo por completo. Me lo contarás cuando te sientas preparada. No quiero presionarte de ninguna forma.

—¿Sí? ¿No estás molesto o algo así? Porque, seguramente, debido a esa pelea, tu entrenador te castigó.

—Lo hizo. No estaré en el próximo juego, pero no me importa. En mi presencia nadie te volverá a faltar el respeto, Lindsay, y te juro que volvería a golpear a ese tipo si fuera necesario.

Me muerdo el labio para de alguna manera contener las lágrimas que se acumulan en mis ojos. En serio no lo entiendo. ¿Cómo puede querer estar conmigo?

—De acuerdo. Quiero ser tu novia —respondo, haciendo todo lo humanamente posible para contener la emoción. Mi corazón está latiendo como un loco. Él me besa y, solo por molestarlo, lo alejo de mí, sentenciándolo con mi dedo índice—. Pero no llevaremos nada de esas cosas cursis como camisetas que digan: «Ella es mi novia». O «Él es mi novio».

Jordan se carcajea fuerte; yo, en cambio, apenas lo hago. Porque lo digo muy en serio. No haré nada de esas cursilerías. Las cosas que él me dice son hermosamente suficientes.

—¿Qué? ¿Te molesta mi reputación o no quieres presumir de mí?

—No quiero que *tú* presumas de mí.

Su sonrisa se desvanece por completo, y su ceño se frunce.

—¿Por qué no querría presumirte?

Me encojo de hombros, empezándome a sentir muy nerviosa. De esos nervios negativos de los que sabes que no podrías controlar y que en un descuido podrías acabar llorando.

—Tengo un pasado que avergonzaría a cualquiera.

—Todos tenemos un pasado, Lindsay.

—Lo sé, pero... —Él coloca su dedo índice sobre mis labios, haciéndome callar.

—El pasado no importa cuando me estás dando lo más valioso que tienes: tu presente. Y te amaré si me das la oportunidad de tener un futuro juntos.

Me quedo sin respiración.

¿Qué he hecho para merecerlo?

Si una lágrima recorriera mi mejilla en este instante, él no se daría cuenta a causa de lo mojado que estamos. Todo lo que hago es besarlo, permitiéndome a mí misma entregarle cada anhelo que he estado conteniendo desde que lo conocí.

## Capítulo 14

### LO QUE TODOS BUSCAMOS

(*Jordan*)

Es una suerte que mi celular se haya salvado; de lo contrario, les habría dado una tremenda paliza a esos pendejos, empezando por Davis. Los contactos telefónicos se pueden rescatar, pero las fotos que le he tomado a Lindsay no. O al menos el momento preciso en que las capturé no se pueden recuperar porque ha sido único y espontáneo. Como la que le he tomado ahora mismo, en la cocina de mi apartamento. Ella deja los pimientos y me señala inquisitoriamente con la cuchara de palo con la cual está cocinando los espaguetis.

—Se supone que soy yo la que tiene la adicción de tomar fotos, no tú. Tienes que parar, ¿de acuerdo?

—Estoy casi seguro de que las adicciones son bastante contagiosas.

Lindsay entrecierra sus ojos; yo aprovecho para tomarle otra fotografía.

—¡Jordan! ¡Yo sí haré que te quedes sin celular!

Guardo mi iPhone antes de que nos quedemos sin comida. Está cocinando espaguetis al estilo italiano, con todo y la salsa roja de tomate. Estoy muy convencido de que, desde que Ralph y yo vivimos en este apartamento, es la primera vez que esa cocina es usada para preparar una comida verdadera. Lindsay ha traído todos los ingredientes porque nosotros no tenemos ni mierda de lo que necesitaba. De alguna manera sé que esto es su forma de ser dulce, y me encanta que sea así.

La ayudo con las tareas que me pone a hacer. Mamá estaría orgullosa de mí porque me defiende lo suficiente en la cocina.

Ralph calcula a la perfección cuándo la comida está lista; hasta entonces no se digna a salir de su habitación. Él también luce papilla luego de su entrenamiento de fútbol americano.

—Es un hecho que tienes un reloj perfecto que te hace llegar convenientemente a tiempo — bromea Lindsay.

Ralph se arrima a la encimera, inspeccionando la comida con ojos de hambriento.

—Cariño, ni creas que me domarás y me pondrás a cocinar como has hecho con Jordan.

—Eso no es domar. Se llama *cooperación*. ¿Has escuchado esa palabra?

Mi amigo saca su celular y empieza a teclear algo. En el momento me molesta que ignore de esa

manera a Lindsay pero, al comprender lo que ha hecho, me tiro una fuerte carcajada.

—La he googleado. Tiene sentido; sin embargo, ahora mismo no creo entenderla del todo.

—Amigo, ¿te he dicho que eres un imbécil?

—Y, si no se lo has dicho, lo hago yo —repite Lindsay—. Eres un reverendo imbécil.

Los tres acabamos riéndonos.

Ralph y yo siempre comemos en el sofá mientras vemos la televisión o estando cada uno en su habitación, por lo que ahora es muy raro vernos a los tres en el comedor; sin embargo, me encanta cómo interactúa Lindsay con mi amigo.

Al terminar, y como era de esperarse, Ralph tampoco pretende ayudar lavando los platos sucios, aun cuando no ha parado de elogiar a Lindsay.

—Lo digo en serio —le dice una vez más a Lindsay—. Ya que ustedes son noviecillos, no tengo nada en contra de que te vengas a vivir con nosotros siempre y cuando nos cocines algo así.

Lindsay sonrío.

—Tendré en mente tu propuesta.

Ralph me guiña el ojo antes de levantarse de la mesa e ir a tomar las llaves de su auto.

—¿De plano no vendrás a trabajar?

—No. He hablado con Griffin, y él me cubrirá.

—¿Para qué me tienes a mí, imbécil?

—Uy, vaya. Ralph se ha ofrecido en algo. ¿Puedo grabar esto? —Saco mi celular, pero Lindsay me lo arrebató.

—No sé por qué tiene una nueva obsesión con esto de tomar fotos o videos. ¿Tienes alguna idea del porqué? —ironiza. Yo me parto de la risa al ver la expresión de Ralph.

—No. Solo sé que ustedes dos están locos. Me voy —anuncia mi amigo, yéndose a toda prisa hacia la salida del departamento, huyendo de sus responsabilidades.

—Yo me encargo de lavar.

—Claro —responde mi novia—. Yo cociné, así que ni creas que me ofreceré.

¿Puede ser más especial?

Cargo el lavavajillas y, como habíamos quedado, vamos a mi habitación. Ella tiene que leer la historia sobre no sé qué artista de los tiempos que ni la reina Elizabeth II existía. Yo tengo que mandarles las rectificaciones de un plano a mi profesor.

Ambos trabajamos en silencio por algunas horas. En las ocasiones en que alzo la vista para verla, he perdido la cuenta de las veces que sonrío gracias a ella. No puedo creer que tuve la suerte de encontrarla. No, suerte no, porque eso significaría algo que fue al azar. En este punto de nuestra relación, quiero empezar a creer que estábamos destinados a encontrarnos. Quiero creer que ella estaba destinada para mí y que yo estaba destinado para ella. Por Dios, en serio que nunca había querido tanto algo como tener la certeza de este último pensamiento.

Lindsay está leyendo recostada a un lado de mi cama y yo estoy trabajando en mi escritorio. Cuando he terminado las correcciones de las medidas del plano constructivo, Lindsay parece

estarse quedando dormida con el libro entre sus manos. Corto pedacitos de papel, los hago una bolita y se los empiezo a lanzar. Obviamente, tengo la habilidad de atinarle al darle en el rostro. Con un respingo abre los ojos, lanzándome dardos con su mirada. Riéndome, apago la lamparita de mi escritorio y me uno a ella en la cama.

—Te estabas quedando dormida y, hasta donde sé, tienes que terminar de leer eso.

—Creo que ya me aprendí lo más importante de Goya. —Cierra el libro, lo pone en mi mesita de noche, luego ladea su cuerpo para quedar frente a mí.

—¿Quieres que te haga preguntas? Siempre es más fácil estudiar de esa manera.

Su sonrisa tierna no es muy común en ella, lo cual me emboba por completo.

—Lo único que quiero que hagas es que me beses.

Arqueo mi ceja.

—¿En serio? Porque estoy bastante seguro de que mis besos no tienen nada que ver con el conocimiento del artista renacentista o barroco que necesitas estudiar.

—Oh, solo cállate y bésame —me ordena, tomándose de la camiseta para acercarme a ella.

Antes de empezar a besarla, hago una pausa.

—¿No me culparás si te reprueban?

—¡Dios! —dice entre risas—. Solo bésame o...

Fin de la discusión. Ya la estoy besando.

Dios es testigo de que quiero tener autocontrol con Lindsay, pero siempre acaba poniéndome al límite cada vez que sus labios rozan los míos, nublando completamente mi mente. No puedo estar tan lejos de ella, así que tomo sus caderas y la pongo a horcajadas sobre mí. Lindsay se separa solo para echar su cabello corto hacia el lado derecho; el movimiento sexi que hace me la pone dura, por lo que ahora se está instalando una tienda de campaña ahí abajo. Se inclina sobre mí para continuar besándome, aunque decir que nos estamos besando sería un eufemismo: Nos estamos devorando. Quiero tocarla, joder. Necesito hacerlo.

Con un poco de inseguridad, meto mi mano debajo de su camisa y hago un lento recorrido hasta llegar al borde de sus pechos. ¡Maldición! Ella se echa hacia atrás. Por un momento pienso que me reclamará por lo que he hecho, sobre todo ahora que cierra con fuerza sus ojos.

—¿Estás bien? —espero por una respuesta que parece no llegará—. Lindsay, lo siento, no pretendía.

—No, no... —dice, nuevamente abriendo sus ojos. No sé si lo que estamos haciendo es la causa de que empiece a respirar con dificultad, tan solo puedo notar que tiene mucha dificultad para seguir hablando—. Está bien. Continúa tocándome, Jordan.

Por mucho que diga eso, yo no lo hago porque aún veo que algo raro pasa con ella. Respira profundamente un par de veces, conteniéndose a sí misma de quién sabe qué y, lo que hace a continuación me sorprende gratamente: se quita la blusa, quedándose en un bonito sostén blanco, de copa baja; estoy muy seguro de que es un push-up, porque sus tetas se miran tan hermosas, llenas, como si quisieran salirse para saludarme. ¡Uf, esta chica es muy caliente! Mi pene empieza

a bombear fuertemente. No puedo hacer otra cosa más que enroscar una mano en su cuello para acercarla de nuevo a mí y volver a besarnos.

Tratando de pensar solamente en el hecho de que me ha dado luz verde para continuar con mi exploración, recorro sus voluptuosas curvas, odiando ese bonito sostén una vez que acaricio su espalda y me topo con él, porque ahora mismo resulta ser una barrera para todo lo que quiero hacerle. Parece que ella tampoco tiene suficiente de mí, por lo que aparta mis manos de su cuerpo solo para levantármelas, quitándome con facilidad la camiseta que llevo.

Sus manos empiezan a recorrer mi dorso desnudo. Ella gruñe primero, y yo la sigo.

—No sabes lo mucho que he deseado esto —me dice, nuevamente sorprendiéndome.

—Pensé que habías dicho que no te acostarías conmigo.

Se detiene un momento, alejándose de mí. Me mira directamente a los ojos.

—¿Podríamos olvidar que dije eso? ¿O no quieres que demos este avance?

—Olvidemos que dijiste eso —le digo, volviendo a juntar nuestras bocas—. Porque yo también he deseado esto; puede que hasta fantaseado —confieso entre gemidos.

Se vuelve a alejar de mí y se ríe cuando gruño.

—¿Qué has fantaseado exactamente?

—¿De verdad quieres saberlo?

—Por supuesto —responde obstinada. Posiblemente esté a punto de patearme el culo.

—Luego de que dibujaste mi rostro, a los días fantaseé con que algún día pudieras hacerme un strip tease.

Abre sus ojos totalmente sorprendida; luego echa su cabeza hacia atrás, riendo.

—¿Quieres que te haga uno ahora mismo?

¿¡Qué!? ¿Está hablando en serio?

—Solo estás bromeando, ¿verdad?

—No. Lo haré si quieres.

Me río tan fuerte que ella me da un golpe en el estómago.

—Con honestidad, tú en esa posición eres más caliente que cualquier strip tease.

No contesta; a cambio, empieza a besar todo mi pecho, bajando hasta que llega a mi abdomen. Todo mi pulso se acelera, y mi pene empieza a palpar más y más fuerte. Besa la parte baja de mi ombligo, recorriendo el camino recto del bello de esa zona. ¡Rayos! Desata el pantalón corto de chándal que llevo puesto y junto con el bóxer lo baja de un solo tirón, dejando al aire libre mi erección.

La observo relamerse los labios. Juro por el infierno que nunca había visto tanto deseo carnal en los ojos de una chica. Al ver lo que pretende hacer, me reincorporo levemente.

—Linda, no tienes que...

—Por favor, déjame —pide, como si de verdad fuese importante para ella.

Es muy visible su nerviosismo, así que no entiendo por qué quiere hacer esto.

—Está bien —respondo no muy seguro.



Luego de algunos suspiros que me dejan confundido, se inclina a mí para besarme. No lo veo venir cuando toma mi pene entre su mano, ejerciendo la presión justa y necesaria. Jadeo en su boca. Ella empieza a bajar y subir su mano; me impresiona la habilidad con que lo hace. Besándome y haciéndome una paja. Wow. Yo empiezo a ver chispitas por todos lados. Siento un cosquilleo en todo el cuerpo al mismo tiempo en que mi corazón late a toda prisa, acelerando mi respiración.

Corta el beso y empieza a bajar hasta quedar de nuevo a horcajadas sobre mí, tan solo un poco más abajo para darle la facilidad de seguir torturándome. Se inclina y saco aire entre dientes cuando lleva la punta de mi pene a su boca. Me sorprende la facilidad con la cual lo desviste para lamer el capullo. Me está costando mucho no verme ahora mismo. Mis caderas se levantan involuntariamente. Unos segundos después de darme tortuosos lametazos, no duda al meterse toda mi polla a su boca. Gruño. Pongo una mano en su cabeza, empujando y ejerciendo presión sobre ella sin querer que se detenga. Mis piernas ya están temblando, al igual que mis manos. Lindsay empieza a subir y bajar su cabeza. Succionando sin piedad. No puedo creer que me está haciendo esto. Es una perdición para mí. Algunos minutos después, tengo que hacer que se retire cuando siento que estoy a punto de verme.

—Lindsay, no quiero correrme en tu boca —le digo entre dientes; mis caderas se alzan, siguiéndole el ritmo. Ella no se detiene—. ¡Lindsay! —repito; succiona más fuerte, lamiendo una vez más antes de sacar mi pene de su boca.

No puedo hacer nada más que tomar a mi pene, hacer unos cuantos movimientos con mi mano para finalmente liberar mi eyaculación. Ese ha sido el mejor orgasmo que he tenido en toda mi vida.

Mi abdomen se encuentra lleno de mi semen; a ella no parece importarle cuando se inclina hacia mí para besarme con fervor, llenando a su paso su plano vientre de la cosa viscosa. Dándome una prueba de mi propio sabor. Joder. Si me sigue besando así, me hará verme otra vez en cuestión de segundos, y juro que eso no me avergonzaría.

Terminamos de besarnos. Ella se tira a un lado de la cama. Yo me quedo pasmado ante lo rápido que fue todo, especialmente la intensidad que ha aplicado sobre mí. Ambos estamos boca arriba. Nos quedamos así por unos buenos minutos; los dos tratamos de controlar nuestra respiración aunque, con ella a mi lado, no creo que eso sea fácil.

Al girarme hacia Lindsay, sigue vestida.

—¿Solo he logrado quitarte la camisa? —le pregunto, todavía más asombrado.

Nunca me había pasado algo así. Siempre soy yo el que comienzo dando los placeres y me aseguro de que sean las chicas las que disfruten. Por primera vez en mi vida las cosas en la cama han sido diferentes.

—Eso parece —responde sonrojada.

—Quiero verte.

No sé si estoy seguro, pero podría jurar que veo una clase de miedo en sus ojos.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —repito desconcertado—. Pues porque también quiero darte placer.

¿Qué pasa? No lo entiendo. Me mira dubitativa. Luego de unos segundos muy largos, débilmente mueve su cabeza en afirmación.

Sin comprender del todo la situación, me incorporo para situarme en el medio de sus piernas. Empiezo por desabrocharle lentamente su vaquero, ella cierra los ojos con fuerza, no por deseo, sino como que tuviera... ¿miedo? ¡Ay, joder! No entiendo esta actitud. ¿Estará nerviosa por intimar conmigo? O ¿Qué pasa si ella es...? ¡Maldición!

—¿Lindsay? —me responde con un gemido, sin abrir sus ojos—. ¿Puedes verme?

Al hacerlo, noto indudablemente que está a punto de llorar. Cubre su rostro con sus manos. ¡Mierda!, ¿qué he hecho! Dejo mi tarea con su vaquero y me vuelvo a recostar a su lado.

—Linda, ¿qué pasa?

—Nada —Su voz quebrada dice todo lo contrario.

Creo que empiezo a palidecer.

—Sé que algo sucede —espero que me responda. Ya que no lo hace, sigo hablando. Le pregunto la única teoría que he creado y que me hace sentir como todo un imbécil—. ¿Tú... ya sabes, ...nunca lo... has hecho?

Aparta las manos de su rostro. Se le escapa una pequeña sonrisa de esa boquita que me acaba de dejar impresionado. Besa fenomenal, pero nunca pensé que tuviera la misma habilidad al hacerme una mamada impresionante.

—¿Por qué se te hace tan difícil preguntarme si soy virgen?

Logro reírme entre mis nervios.

—Es que tú eres demasiado directa, ¿sabes?

—Y, para ser todo un casanova, tú te pones demasiado nervioso y tímido conmigo, hasta diría que vulnerable.

—¿Vulnerable? Vaya, nunca lo había visto de esa forma —confieso, sin cortar el contacto visual que acabo de crear—. Eres la primera chica que me pone de esa manera, nervioso e inseguro, como ahora mismo, pero me gusta lo que estás haciendo conmigo.

Sus ojos se tornan mucho más brillantes que antes. Realmente, tengo miedo de que empiece a llorar y todavía no entiendo qué es lo que pasa.

—¿Yo te importo, Jordan?

En los últimos minutos podría decir que mi corazón se ha acelerado por sus toques y sus seducciones; ahora se acelera por su pregunta. En esta semana me dio el suficiente tiempo para obtener esa respuesta.

Los días pasados, Ralph y yo hicimos bromas a costas de Kilian y Heather; es evidente que ambos ya están enamorados del otro, aunque se empeñen en negarlo, y justo en ese momento me di cuenta de que yo estoy hasta el fondo del rollo con Lindsay. Tan solo espero que el sentimiento sea recíproco. No creo que pueda seguir conteniendo las palabras, porque es lo que he hecho cada vez

que le enviaba un mensaje para poder vernos e intentar arreglar lo nuestro, cuando en realidad, al final de cada petición que le escribía, todo lo que quería agregar era un «Y estoy enamorado de ti».

—¿Que si me importas? —suspiro, no porque quiera agregar algún tipo de ese dramatismo que les encanta a las chicas, sino porque intento dejar escapar la euforia que me genera el saber que estoy a punto de confesarle mis sentimientos—. Mucho más de lo que alguna vez imaginé, Lindsay. Pienso en ti a cada segundo, preguntándome si estás bien o si necesitas de alguien, deseando que sepas que cuentas conmigo para lo que sea porque... estoy convencido de que me he enamorado de ti.

Veo temblar su labio inferior. Varias lágrimas recorren su sien hasta perderse entre su cabello.

—¿Lo dices en serio?

—¡Por supuesto que lo digo en serio! Me encantaría que el sentimiento fuera recíproco pero, si aún no es así, lo entenderé y haré todo lo que esté en mis manos para que te enamores de mí. Tan solo te pido que, mientras tanto, respetes lo que siento y no hagas bromas sarcásticas al respecto.

Mi novia, mi hermosa y sarcástica novia se ríe. Nunca me había sentido tan aliviado.

—No haría bromas al respecto.

—Lindsay...

—Bueno, bueno. No haré bromas —asegura, colocando una mano en mi pecho—. Y solo para que lo sepas... —Podría decir que se toma una eternidad para lo que sea que me dirá—. También estoy enamorada de ti.

¿Puedo volver a tener ocho años, o quizás menos, y saltar descontroladamente emocionado justificándolo que está bien actuar así porque soy un niño?

—No estás bromeando, ¿verdad?, porque eso sería cruel.

—No. Lo digo muy en serio.

Paso una mano por su cabello; mi corazón y mi cuerpo siguen sin recuperarse por completo.

—Gracias.

Ella frunce su ceño.

—¿Por qué?

—Por enamorarte de mí.

—Oh, Jordan —suspira, encargándose de cortar la distancia entre nosotros.

Esta vez me encargo de ser yo el que devorará cada parte de ella. Jamás me había sentido tan feliz, ni siquiera cuando ganamos un juego de baloncesto, es solo que no sé... es un sentimiento de felicidad totalmente diferente.

—Y no soy virgen —me susurra al oído.

Sus palabras me alivian. No habría problema con que ella fuera virgen, pero me conozco lo suficiente como para saber que, si lo era, le habría dado una increíble e inolvidable primera vez. Espera... es literalmente nuestra primera vez. He tenido suficientes ligues y encuentros sexuales como para decir con seguridad que quiero que en esta ocasión sea muy distinto. Lindsay lo vale.

No sé qué es lo que me hace querer ser diferente con ella. Es como si mi corazón hablara y tomara decisiones por mí cuando se trata de ella. No lo entiendo.

He sido un casanova por completo, sí, y quizás solo he estado en dos relaciones estables, pero siempre he sido detallista con mis chicas. Con Lindsay es algo nuevo. Con cada cosa que hago, pienso en ella, e incluso siempre trato de recordarle al menos con mi caricia lo agradecido que estoy por haber aparecido aquella noche en la carrera de Kilian.

—Espera —pido—. Regreso en un segundo.

Voy directo a la habitación de Ralph. Como siempre, la puerta no tiene seguro; entro y busco con la mirada hasta que encuentro lo que necesito sobre su escritorio. Lo tomo e inmediatamente regreso en busca de Lindsay. Sigue en la misma posición en la cual la dejé, aunque ahora me mira curiosa. Enciendo el parlante y tomo mi celular; lo conecto al bluetooth para entrar a mi aplicación de música. Exploro algo clásico; el primero que aparece es Mozart. Le doy *play*. Lindsay me mira entre atónita y anonadada.

—El otro día... —empiezo a explicar, dejando el parlante en la mesita de noche, con el suficiente volumen para inundar la habitación de la relajante melodía—. Cuando me estabas dibujando, te pusiste tus auriculares para escuchar música. Me intrigué porque soy de las personas que necesita silencio a la hora de estar enfocado en algo.

—¿Sí? —Su tremenda confusión me hace sonreír. Me encuentro con ella en la cama, volviéndome a sentar entre sus piernas.

—Entonces investigué y, según lo que leí, las personas que tienen un amor por el arte poseen alguna clase de profunda conexión con la música. Es como si la una no pudiera existir sin la otra.

—Así es. Aunque aún no capto tu punto.

Retomo la tarea de proceder a quitarle su vaquero; esta vez lo logro a la perfección.

—Tú y yo no solo vamos a tener sexo; nuestros cuerpos están a punto de realizar alguna clase de obra de arte.

Me sorprende a mí mismo. No sé de dónde carajo ha salido eso. Es lo que digo: cuando estoy frente a Lindsay, es mi corazón quien habla por mí.

Ella me mira como si estuviera contemplando a un ángel. Murmura un «gracias» con sus ojos brillantes. Empiezo a despojarla de toda su ropa, dejando de último su sostén. Al quitárselo, ahogo un suspiro al ver lo grandes que son sus pechos. Son redondos y muy, muy llenos. La areola que rodea su pezón es grande y color cafecito, y sus pezones están listos para mí. Me llevo a la boca uno de ellos, lo cual provoca que ella se retuerza bajo mi cuerpo. Succiono lo más que puedo controlándome a mí mismo para no hacerle daño. Hago lo mismo con el otro, mientras mi mano explora su cuerpo hasta llegar a su vientre para acariciarla, mojando mis dedos con mi propia sustancia viscosa, con la cual ella no tuvo problema en llenarse. Bajo aún más; abre sus piernas dándome el acceso que le pido. Mis dedos saludan a su sexo y está muy, muy mojada.

Lindsay se retuerce, ahogando varios gemidos. Puedo ver que sus manos se aferran al cubrecolchón de mi cama; su cuerpo se curva cada vez que mi lengua le da lametazos a su pecho.

Introduzco dos dedos dentro de ella. Me la vuelve a poner dura al escucharla gemir fuerte. Acaricio las paredes de su interior y no puedo esperar mucho más cuando ella grita mi nombre. Me incorporo para buscar en mi mesita de noche un paquete de condones y saco uno, poniéndomelo a toda prisa. Antes de perderme en ella, la observo. Tiene los ojos cerrados. Sé que esta vez se debe al placer, no a otra cosa.

Yo estoy tan duro que necesito explotar dentro de ella lo más pronto posible. Rasgo el paquete y me pongo el condón. Acomodo mis codos en los costados de su rostro, soportando todo el peso de mi cuerpo. La beso antes de hacer el primer empujón dentro de ella. Dios. Su coño atrapa a mi pene y soy capaz de sentir las palpitaciones que producimos. Retrocedo lentamente y la vuelvo a embestir; esta vez ella gime un poco más fuerte. Yo gruño contra la piel de su cuello. Los dos estamos sudando. Juro que tener sexo con música relajante es de otro planeta. Es casi alucinante, y es la primera vez que lo pruebo.

La embisto varias veces más, completamente seguro de que nunca habíamos pronunciado nuestros nombres tantas veces seguidas como lo estamos haciendo ahora mismo. Lindsay se lleva una de sus manos a su clítoris, dándose placer a sí misma, poniendo sus ojos en blanco al tiempo que abre su boca, lo que provoca que yo gima más fuerte al verla así de excitada. Ella curva una de sus piernas; el movimiento me hace entrar más profundo, y logra que nuestros espirales de lujuria se unan y exploten al mismo tiempo.

Mis antebrazos tiemblan y me desplomo sobre ella. Pasan algunos segundos antes de darme cuenta de que probablemente mi cuerpo es muy pesado, por lo que salgo de su interior lentamente. Ambos dejamos escapar un gemido tembloroso.

Me acuesto al lado izquierdo de mi cama. Ninguno de los dos decimos nada por los próximos minutos; solo dejamos que la música haga lo suyo al elevar el ambiente a una hipnótica relajación.

Pasados unos buenos minutos en completo silencio, percibo el primer movimiento, que proviene de Lindsay. No me di cuenta de en qué momento mis ojos se cerraron, así que los abro solo para contemplar lo guapa que luce después de tener sexo. Sus ojos brillan de emoción, y sus mejillas están hermosamente sonrojadas.

—Los últimos días me he preguntado por qué no te había visto antes —me dice mientras sus uñas dibujan cada cuadro tonificado de mi abdomen—. Luego recuerdo que, precisamente, de chicos buenos y guapos como tú procuraba mantenerme alejada.

—¿Por eso no contestabas mis mensajes y me alejaste en toda esta semana? Porque ahora sé que nunca estuviste enojada conmigo.

El movimiento que hacía con su mano se detiene. Alza su mirada hacia mí.

—No.

—¿Entonces?

Duda antes de empezar a hablar.

—Me alejé porque me di cuenta de que no soy buena para ti.

—¿Qué? ¿De qué estás hablando? ¡Claro que eres buena para mí!

—No, tú sabes que no lo soy.

Me reincorporo, primero para quitarme el condón y botarlo en la papelería; segundo, para bajar solo un poquito la música e ir en busca de unas toallas para limpiarnos. Por último, para meternos bajo mis sábanas. Aún desnudos. La acerco a mí. Ella descansa su cabeza en mi pecho.

—A ver, ¿por qué dices eso?

—Porque sé que mereces salir con una chica superpopular, o una muy estudiosa que tenga un futuro tan brillante como el tuyo. Alguien de quien te sientas orgulloso, pero ¿yo? Yo no soy nada de eso.

¡Qué rayos!

—Sí, no eres nada de eso —Ella mueve su cabeza para verme directamente. Yo poso mi mano debajo de su mentón, sosteniéndolo—. Porque tú eres más que eso, Lindsay. No necesito nada de lo que has mencionado, créeme, me he enrollado con la chica más popular y hasta con la más despistada, y nadie, absolutamente nadie me hace sentir como tú. ¿Qué te dice eso?

—¿Que estás loco? —musita. Me río.

—No. Que he encontrado lo que todos buscamos... —Beso su frente. Ella pareciera congelarse; en cambio, yo sonrío—. Alguien que nos complementa.

Sus cejas se disparan en... ¿asombro? Joder, vaya que no lo entiendo. Es tan segura de sí misma y... ¿ahora no cree en nada de lo que le estoy diciendo?

—¿Yo te complemento?

—Sí, es lo que creo haber descubierto desde que, gracias al destino, apareciste en mi vida.

Las palabras que ella llama *cursi* generalmente las digo por molestarla, porque es como si la chica llevara un estándar: «Antipalabras bonitas», pero estas que le he dicho son las más sinceras que alguna vez he pronunciado en toda mi vida.

—Gracias, Jordan —dice a toda prisa, limpiando las lágrimas que empiezan a caer por sus mejillas.

—¿Por qué? —pregunto desconcertado. Se queda en silencio por unos segundos; sus ojos brillan intensamente.

—Por darme una nueva experiencia y por... hacerme feliz.

¿Y cree que no es buena para mí?

Dios, es perfecta para mí.

## Capítulo 15

### MI PROPIA HEROÍNA

*(Lindsay)*

La primera vez que me sentí feliz después de tanto tiempo fue cuando me mudé a vivir con los Rodríguez. Daisy y Max no solo trajeron paz a mi vida, sino también la serenidad que me faltaba. Poco a poco me devolvieron la felicidad que me fue arrebatada. A los días, logré recordar lo que era una sonrisa, ya que se sentía una eternidad desde la última vez que había hecho algo tan cotidiano.

Jamás podré olvidar el hecho de que sonreí genuinamente al tocar un pincel y pintar lo que en ese momento para mí carecía de sentido, pero para Max era una muestra de lo que se trata el arte. No lo entendía. No sabía nada de bellas artes ni el inmenso mundo que hay dentro; sin embargo, sí podía percibir una clase de conexión. Era como si hubiese estado esperando a ser descubierto por mí. Entonces aprendí que un solo suceso puede destruirte, pero también un solo suceso puede traerte de vuelta a la vida.

La noche que me entregué a Jordan estaba totalmente aterrada cuando me dijo que quería verme desnuda y darme el mismo placer que le había dado a él. A los hombres con los que me obligaron a acostarme no les importaba en lo absoluto lo que yo sentía, ¿por qué habrían de hacerlo? Estaban pagando para que los complaciera y para que luego les permitiera enterrarse en mí. Con Jordan sabía que sería diferente, y, de hecho, lo fue.

En un principio estaba asustada de que no pudiera dar ese paso. Conducir el auto de Heather durante la hora y media que toma llegar hasta Wilshire Bulevar, justo donde vive Jordan, fue una de las cosas más difíciles que he hecho en los últimos meses, ¿por qué? Porque sabía a lo que iba. Tenía miedo de descubrir que no podría entregarme a él porque todas esas experiencias dejaron grandes secuelas en mí. Eso sería muy difícil de reparar y de enfrentar. Pensar que fui fuerte al salir de ese infierno creyendo que no me había quemado lo suficiente como para dejar un trauma en mí, solo para luego chocar con una pared oscura de inmensa realidad, iba a ser más difícil que cualquier cosa, pero Jordan me demostró que, gracias a Dios, podré estar con alguien más sin recordar lo doloroso que fue mi pasado.

Pude, una vez más, probarme a mí misma que se puede ser fuerte y salir de un hoyo, si es lo que

realmente se quiere. Viví más de medio año en casa de los Rodríguez y, durante ese tiempo, Daisy me llevó a terapia psicológica. No creí necesitarlo hasta que estuve dentro de ese cuarto hablando de mi vida y de lo sucia que me sentía. Elegí escuchar los consejos de la psicóloga, repitiendo sin parar en mi mente que no todos los hombres son malos y que no todas las experiencias tienen el poder de dejar un trauma en nosotros. No fue hasta ayer cuando me di cuenta del poder de aquellas palabras.

Luego de que le practiqué sexo oral a Jordan, tuve el inmenso miedo de que ella estuviera equivocada conmigo al decirme que no todos los hombres son iguales, pero luego Jordan realmente se preocupó por mí, confesándome que le importo y que está enamorado de mí, como yo sin duda lo estoy de él. Nunca me había enamorado con esta misma intensidad. Es la primera vez que lo hago y no puedo estar más agradecida o aliviada.

No tengo ningún trastorno de estrés postraumático, y el mejor chico que se pudo poner en mi camino se fijó en mí. Por él, por Daisy y por Max, debo dejar todo este miedo e inseguridades. Debo recordar que he pasado por mucho para llegar hasta aquí. No quiero ponerme a mí misma como una superheroína, pero con honestidad, soy mi propia heroína, y esta sonrisa me la merezco por completo.

Ahora, cuando me miro al espejo del salón de clases, ya no siento tanto asco por mí misma, sino todo lo contrario: me siento casi limpia y... feliz. Todo está marchando tan bien... Es como si las cosas por fin se enderezaran al tomar el camino correcto. El dibujo que estoy terminando ahora mismo describe mi estado de ánimo a la perfección.

Le doy una última pincelada al gatito y, como hago siempre, me alejo para observar lo que he hecho.

El cielo oscuro es el que predomina; he decidido pintar la luna llena muy blanca, dándome la luz necesaria para iluminar el agua del río, el cual está rodeado de muchos árboles grandes, tan unidos y tupidos que no se puede ver nada a través de estos; al frente del cuadro está todo lo que necesitas ver. Un gatito amarillo, indefenso y puro, tan pequeñito que solo dan ganas de arrullarlo. Se está viendo a sí mismo en la orilla del río, donde está mojando su patita. La luz de la luna ilumina su reflejo en el agua, sin embargo, no es su reflejo externo lo que el gatito mira, sino su ser interior: un enorme y gran león. Quizás el gatito no es tan pequeño como parece. Quizás no se trata de tamaños, sino de fuerza y valentía.

Me gusta muchísimo.

—Debo decir que continuas impresionándome —me dice Alex, mi compañero de clases—. ¿Estás segura de que no llevas clases extra? Porque es obvio que eres más hábil que cualquiera de nosotros, los mortales de primer año.

Alex es simpático, un chico rubio tan gustoso de ver como lo es Kilian, a excepción de que Alex tiene ese rostro de niño tierno. Pocas veces hemos hablado, probablemente porque, siempre que quiere entablar una conversación conmigo, mis respuestas son tan cortas que no le queda de otra que decir adiós y zanjar la conversación. Hoy me siento tan animada que quiero hablar con



todos.

—Sí, estoy bastante segura de que llevo las mismas clases que ustedes.

—Pues el entrenamiento que te dieron antes de entrar a la UCLA proviene de los dioses del arte de la pintura y el dibujo.

Me río fuerte. Ambos nos apresuramos a lavar nuestros pinceles con la ayuda de un disolvente, luego del agua.

—Creo que solo presté mucha atención.

—Nah. Creo que ya lo traes en la sangre. Oye, ¿por qué no participas en la exhibición anual de pintura y dibujo?

—Uf, no —bufo, negando rotundamente—. No creo ser lo suficientemente buena como para participar.

Cierra el grifo del enorme lavamanos que hay dentro del estudio de arte, gira su rostro hacia mí entornando sus ojos; me mira como si lo que le acabo de decir es lo más loco del mundo.

—No estás hablando en serio, ¿verdad? Porque estoy bastante seguro de que no eres de las chicas que dice que no es buena en algo solo para recibir elogios —arqueo mi ceja. Antes de que pueda contestarle, la profesora Field se dispone a hacer el recorrido para ver todos los trabajos finales, por lo que nos quedamos en silencio hasta que ella se ha alejado—. En serio, Lindsay. Deberías participar.

Los dos terminamos de secar los pinceles y regresamos a sentarnos en nuestras respectivas bancas. Cada uno en frente de su propio dibujo, sin mediar más palabras. Me encontraba muy absorta en mi propio trabajo como para ver el suyo; ahora que me permito verlo, descubro que es impresionante. Es solo el rostro de una mujer con rasgos hermosos; la mitad de su cabello largo y negro está en llamas. Tiene una mano en su pecho, gesto que me hace pensar en la desesperación, pero la luz que le dio a la mirada de la mujer transmite una clase de esperanza. ¡Él sí que debería participar en esa exhibición! Detalle que no le digo cuando salgo del salón de clases.

El campus de la universidad es muy bonito. No hay un solo lugar que no me guste. Mi lugar preferido es el jardín de escultura, aunque a veces es abochornante la cantidad de parejas que se lían en los alrededores. Es una suerte que hoy no me encuentre con esas parejas; con quien sí me encuentro es con esa rubia melena que es difícil pasar desapercibida, por mucho que esté escondida detrás de un libro. Cuanto más me acerco, más me aseguro de que se trata de esa nueva amiga de Heather.

Violet.

Al cambiar de página, baja un poco el libro y sobre este me mira. Levanto la mano en saludo; Violet me devuelve el gesto, sonriendo una vez que estoy frente a ella.

—¡Violet! Qué gusto verte de nuevo —le digo con toda sinceridad, inclinándome para darle un pequeño abrazo.

Ella cierra el libro y se mueve un poco en la banca larga en la cual se encuentra sentada, dándome espacio a su lado.

—Digo lo mismo. ¿Cómo has estado?

—Bien, bueno, más que bien. ¿Qué hay de ti? Nunca volvimos a salir desde la otra tarde. ¿No la habré fregado con mi comentario fuera de lugar?

—Oh, no, no —se apresura a decir, poniendo una mano sobre mi brazo, cerrando el gesto con una sonrisa—. No pienses eso, es solo que no se había dado la ocasión de vernos nuevamente.

—Bueno te creeré —le digo con mi nuevo accesorio: una amplia sonrisa—. Oye, ¿tienes clases a la hora de almuerzo?

—No. Por fortuna no. Evité a toda costa ese tipo de horarios.

—Genial. ¿Te gustaría que ir a almorzar con Heather y conmigo? Estaba pensando en que podemos quedar en el restaurante que está por la facultad de Medicina, y si ella no puede ir, bien mantenemos el plan las dos. ¿Qué dices?

—¡Claro! Sí, me encantaría.

—Va. ¿Me pasas tu número para enviarte un mensaje cuando estemos saliendo hacia allá?

Con una sonrisa mucho más amplia que la mía, como si frente a ella está un dulce muy apetecible, me brinda su número y titubea al decirme su apellido; de hecho, me pide que la registre solo como Violet. Bien. No todos nos sentimos orgullosos de dónde venimos. Tanto su siguiente clase como la mía quedan en el mismo recinto, así que ambas nos disponemos a llegar juntas hasta ahí.

—Las gradas Janns a veces son toda una molestia —me quejo, cuando empezamos a bajar las infinitas y famosas gradas.

Violet se ríe.

—Creí que era la única que tenía un pequeño resentimiento contra ellas. ¿Para que necesitamos de gimnasio?

Tiene todo el paquete. Bonita, con un rostro muy angelical y unos impresionantes ojos azules que combinan a la perfección con su rubio cabello; lo que es más importante: tiene sentido del humor y una personalidad sencilla. Sí. Encaja con nosotras a la perfección. ¿Quién dice que solo Los tres mosqueteros pueden tener un buen equipo?

Por suerte Heather no tiene ningún plan con Kilian, y la idea de almorzar con Violet le agrada mucho. Una vez que las tres nos unimos en el restaurante, la pasamos genial. Violet es muy dulce, tiene un no sé qué que te atrapa. Es evidente que no tiene amigos porque es relativamente nueva; de lo contrario, sería como esas chicas superqueridas por la mitad de la sección y odiada por la otra mitad que, sin duda alguna, le tendría envidia.

—Entonces, ¿te has matriculado en literatura? —le pregunto a Violet ya cuando casi terminamos de comer.

—Sí, así es. ¿Y ustedes?

—Yo me he matriculado en Bellas Artes y Heather, en Economía.

—No por decisión propia —agrega Heather; una vez más sus padres me caen de la patada.

Mi amiga no es nada feliz con la imposición que le han puesto. Es estudiar Economía o nada.

No entiendo por qué ella no se les ha rebelado. Heather es una chica fuerte que se toma las cosas muy a la ligera; no se enoja por casi nada pero, cuando se trata de sus padres, es como si perdiera su identidad y su propia voz. Se deja manipular por ellos, aunque confío en que terminará tomando las decisiones que la harán feliz.

Decido cambiar la conversación antes de que entremos de lleno en la agonía de Heather, así que le toco otra de sus aflicciones: Kilian Price.

—¿No es increíble que antes nos limitábamos a salir y tener amistades y ahora todo eso ha cambiado y hasta nos hemos rodeado de unos chicos casi malos? —comento con mi sonrisita que da a entender que conozco su secreto. Le doy un empujón juguetón en el hombro, lo que provoca que Violet se ría, haciendo más preguntas al respecto.

Intento hacerle bromas hasta que acabe aceptando lo que siente, pero Ralph entra al restaurante, echando todo mi plan a la basura. No es solo su presencia lo que ha arruinado todo, sino que también la actitud rarísima de Violet. Su tez es blanca, sin embargo, se ha puesto tan blanca como un papel al observar a Ralph saludarnos y empezar a caminar hacia nosotras; ella no para de mirar hacia la entrada del local, como si temiera que algún espanto entrará por esa puerta. Lo próximo que pasa es que Ralph se da cuenta de la presencia de Violet, y la chica no puede ni disimular su estado de estupefacción.

—Eh... no sabía que ustedes fueran amigas —comenta Ralph, igual o más desconcertado que Violet.

—Sí, somos amigas —digo, observándolos curiosamente a ambos—. ¿Por qué no te sientas con nosotras?

No me he relacionado mucho con Ralph aunque, a pesar de eso, puedo decir que una actitud indecisa en él es muy extraño, lo que me lleva a pensar que algo hay entre ellos dos. ¿Qué podría ser? Violet no aparenta ser el tipo de chica a la cual te tiras en un fin de semana y, por supuesto, Ralph no es el tipo de chico al que le gustaría estar en una relación, es más: apuesto que jamás ha estado en una relación seria, así que no encuentro una evidente conexión entre los dos.

Ralph se sienta en el mismo sillón de Violet; ambos están superincómodos uno al lado del otro, al extremo de que no importa si creo la conversación más fluida. Mi esfuerzo dura, por mucho, veinte minutos cuando Ralph trata de arreglar lo que sea que pasa hablándole directamente a Violet.

—Y... ¿Cómo estás, Violet? Hace mucho que no te miraba.

—Bien y ya sabes quién se ha encargado de que sea así —responde Violet muy incómoda.

—Perdón, ¿ustedes de dónde se conocen? —Al menos Heather se me ha adelantado con la pregunta, y esta vez no he sido yo la imprudente. Sea lo que sea que haya entre ellos, las miradas que se dan entre sí me hacen pensar que no nos dirán la verdad. Esto está muy raro.

—Las veré en la universidad, chicas —se excusa Violet, sacando su cartera, pretendiendo pagar su parte de la cuenta—. Tengo que regresar.

Ralph toma el dinero y se lo regresa de inmediato.

—No te preocupes, yo pago.

—No tienes por qué hacerlo, Ralph. Lo último que quiero es ocasionar problemas, si se entera...

—Yo me encargo —prácticamente ordena. Violet no tiene otra alternativa que fingir una pequeñísima sonrisa ante la determinación de Ralph. Solo le falta correr para salir del lugar, lo que ha elevado todo a superextraño. Heather y yo nos miramos consternadas, sin entender qué demonios acaba de pasar.

—No pueden ser amigas de Violet —nos suelta Ralph viendo lo confundida que estamos, sea lo que sea, a mí nadie me ordena de quién puedo ser amiga o no.

—¿Tú quién te crees para decirnos de quién podemos ser amigas o no? —De repente como que me siento furiosa y no me importa si él luce igual.

—Yo no soy el indicado para hablar de todo esto... pero, Heather —dice viendo fijamente a mi amiga—, especialmente tú no puedes ser amiga de Violet, no si quieres seguir frecuentando a Kilian.

Ah, mierda, o como diría Heather: ¡por los divinos libros! Ya entiendo todo. Violet es un ligue de Kilian. Ni siquiera lo puedo creer. Juraría que ninguno de los dos tiene algo en común más que el color rubio de sus cabellos. Ralph, por supuesto, no afirma ni desmiente cuando Heather le pregunta si Violet ha salido con Kilian; al fin de cuentas los hombres tienen esa envidiable característica de nunca dejarse morir.

\*\*\*

Jordan ha estado entrenando mucho últimamente. Siempre menosprecié la popularidad de los deportistas, pero la primera vez que él me llevó a unos de sus entrenamientos cerrados, vaya, hasta yo me quedé sin aire tan solo de ver los ejercicios que tienen que hacer o las veces que tienen que correr de un lado a otro, ni hablar de impresionantes saltos hacia la canasta. Su popularidad, sin duda, tiene valor.

Se suponía que hoy también lo acompañaría a su entrenamiento, aunque a última hora le he cancelado porque no me siento bien y sin confundirme; sé que se trata de que en cualquier momento mi período me visitará.

Cuando realmente no tengo ni una pizca de ganas de pintar —raramente pasa—, me dedico a ver el programa de las Kardashian. Muchas personas lo odian; en lo particular me llama mucho la atención y disfruto viéndolo, así que es exactamente lo que planeo hacer el resto del día. Sabiendo que hoy no tengo que ir a trabajar, me relajo por completo. Puede ser que me quede dormida un par de horas hasta que el dolor de mi vientre me despierte. ¡Ay, cómo odio estos días!

Tengo que forzar mis ojos a que se abran, levantarme para ir a mi ropero y buscar mis toallas sanitarias. Ahora sí que mis ojos se abren por completo. No veo por ningún lado un paquete de toallas. Me entra el pánico al darme cuenta de que en realidad la última vez que fui al

supermercado no las compré porque pensé que tenía. ¡Mierdaaa! ¿Y ahora qué haré? Ja, y por supuesto que no me arriesgaré a salir de esta habitación sin protección.

Tomo mi celular y llamo a Heather para que sea mi salvación. Me manda directamente a buzón. ¡Joder, joder! ¿Qué opciones tengo? Miro hacia su ropero. No me atrevo a ir y rebuscar entre sus cosas. Repaso mis alternativas un par de minutos y llego a la conclusión de que, en realidad, no tengo muchas, así que me siento como una vil villana invadiendo su privacidad. Esto no me lleva a nada porque no las encuentro. Rebusco entre todas las gavetas; entonces recuerdo que me dijo que hoy se pasaría por el supermercado porque se ha quedado sin muchas cosas. ¡Qué suerte la mía que entre esas cosas sin duda estén las jodidas toallas! Mi otra alternativa es pedirle a Violet el favor de comprarme un paquete; no obstante, no tengo esa suficiente amistad como para hacerlo. Esto lleva a mi última elección.

—¡Mierda! —gruño, sintiendo cada vez más fuerte el dolor.

Empiezo a teclear el bendito mensaje en WhatsApp. Ya me estoy muriendo de la vergüenza.

Yo: Hey, Jordan. ¿Estás ocupado?

No mires el mensaje.

No contestes. Bueno, mejor que sí lo haga porque no me arriesgaré a salir cuando sé que es cuestión de minutos para que se presente esa tediosa cosa.

¡Ha visto el mensaje y está escribiendo!

Jordan: Hey, cariño. Estoy saliendo de mi entrenamiento. El entrenador Cooper nos ha pateado el culo. ¿Necesitas algo? ¿Cómo sigues?

Primero: Siento unas enormes mariposas en el estómago al leer la palabra cariño. Segundo: Qué vergüenza tener que pedirle esto a mi novio de hace apenas unas cortas semanas. Bien, aquí voy.

Yo: Sí, necesito un favor muy grande. Pero no quiero nada de bromas. ¿De acuerdo?

Jordan: Claro. ¿Pasa algo?

Yo: Tengo un SOS de chicas y Heather no contesta mis llamadas. Eres mi último recurso.

Jordan: ¿Un SOS de chicas? No lo entiendo. Y me duele ser tu último recurso, cuando debería ser el primero.

Yo: Eres mi último recurso en este tema. Al parecer alguien me tiene tan despistada que he olvidado comprar mis toallas sanitarias. ¿Puedes pasar por el supermercado comprando un paquete? ¡Por fa!

Tecleo y borro el mensaje varias veces. Maldita sea, que incómodo es esto y él seguramente se ha de estar partiendo de la risa para luego decirme que ni loco hará eso. Los hombres odian hacer ese tipo de cosas.

Jordan: Te juro que no me estoy riendo. (Bueno, puede que sí solo de imaginar lo mucho que te costó pedirme esto). Cuenta con ello.

Yo: Te odio.

Jordan: No. Sé que es todo lo contrario. ¿Alguna en particular?

Yo: ¿Alguna en particular? ¿A qué te refieres?

Jordan: Pues a las toallas, genius. Alguna marca en particular. Con o sin manzanilla. Con o sin alas. Flujo abundante o normal. Ya sabes.

Me muero. Aparte, he leído ese «genius», como un «daah, tonta». Claro que se lo regresaré.

Yo: Solo trae un estúpido paquete. ¡Genius!

Tiro mi celular a un lado al recibir un montón de emoticonos riendo. Lo odio.

Me quedo en la cama con el dolor de vientre diciéndome: «hola» a cada momento. No pasa más de una hora cuando Jordan toca la puerta de la habitación, y entra no solo con una bolsa de compras, ¡sino con cuatro! Mira mi confusión y se explica.

—No especificaste cuál querías, así que he traído de tres diferentes y de paso he comprado helado. He escuchado que el helado les sienta bien en estos días, ¿no? —Su sonrisa adorable hace que sus ojos brillen—. Y también he comprado muchos *snacks* para que comamos algo mientras vemos una película.

Lo siento, pero no puedo evitar acercarme a él y besarlo mucho, mucho.

—Gracias. Regreso en seguida.

De una de las bolsas saco un paquete sin manzanilla y voy directo al servicio higiénico. Todo el camino de ida sonriendo como una tonta. Entro al baño y hago todo lo que tengo que hacer. ¿El camino de regreso? Ese ya es diferente cuando sin duda alguna he sido visitada por mi periodo.

Al entrar a mi habitación, Jordan ya está instalado en mi cama. Me doy cuenta de que es la primera vez que nos quedamos en la residencia; siempre la pasamos en su apartamento y debo decir que me encanta pasar más tiempo allá. Si Heather no está aquí, me siento muy sola.

Cierro la puerta y me uno a él. La cama resulta muy pequeña para los dos, pero logramos acomodarnos.

—No sé qué helado te gusta. Así que traje uno de chocolate y el otro de vainilla con chispas de chocolate.

Me muestra los dos tarros de helado individual, moviéndolos para darme a entender que tengo que decidir.

—El de vainilla con chispas —elijo. Él mira de mala gana el tarro de chocolate—. ¿Qué pasa? ¿No te gusta el de chocolate?

—Por la dieta que estamos haciendo, preferiría no comerlo.

—¿Entonces por qué me das a elegir?

Dramáticamente lleva una mano a su pecho.

—Estoy tratando de ser un novio genial, Linda.

Me río y tomo el helado de chocolate. Él me ofrece una de las cucharas descartables y nos volvemos a acomodar en la cama. Sentados al lado del otro, con nuestras espaldas apoyadas en la pared. Esto es tan cursi y bonito... pero no me importa. Estoy descubriendo que este lado de las relaciones es muy tierno.

—¿Tienes cuenta de Netflix?

—No —Me relamo los labios de lo delicioso que está el helado; incluso me ha hecho olvidarme del dolor de vientre—. Heather me deja usar la suya.

Enciendo la computadora y entre los dos buscamos una película. Elegimos una de acción que resulta ser bastante buena; para ser precisos, Jordan elige *The Avengers*. Me río ante lo gran fan que es y lo mucho que trata de explicarme cómo todas las películas tienen conexión.

—¿Quién es tu vengador favorito? —pregunto. Él me mira con una enorme sonrisa en sus labios, como si estuviera deseoso de contestar.

—Por supuesto, *Iron Man*. Tony es todo un genio, playboy, filántropo, archimillonario, dueño de Industrias Stark. ¡No hay nadie como él!

Creí que Heather era la única que se emociona mientras habla de sus tantos novios literarios, bueno, pues tengo un novio con un extremo fanatismo por estos personajes ficticios.

—Ya. Capto tu emoción —digo entre risas.

—¿Tú tienes alguna obsesión con alguna película o con un famoso?

—Soy fan de todas las películas de *Misión Imposible*, lo que me ha llevado a tener un fuerte enamoramiento de *Tom Cruise*.

—Vaya. Me encanta que mi chica sepa de gustos. —Él también se ríe, luego deja un beso en mi mejilla—. ¿Tienes algún programa de televisión que de chiquita no parabas de ver?

No me gusta recordar cosas de mi pasado; obviamente, él no conoce ese detalle; además, no es como si tuviera que reflexionar mucho al hacer memoria sobre este dato.

—La serie *Lizzie McGuire*. ¿Tú?

—Amaba el programa del pájaro loco.

Nos reímos por un rato más; luego me hace poner toda la atención en cómo Thor está luchando contra su hermano. Mis piernas se duermen a mitad de la película, así que me termino el helado y ambos nos acostamos por completo en la cama. Descanso mi cabeza en su pecho. Él coloca una mano sobre mi brazo, subiendo y bajándola en un gesto delicado.

—Lindsay.

—¿Sí?

—Quiero hacerte una pregunta.

Jordan nunca usa un tono precavido. Eso me preocupa. Me muevo; él aprovecha para pausar la película y poner la computadora en el suelo. Nuestras cabezas se encuentran en el mismo nivel, y la intensidad en sus ojos me preocupa. Nunca me había enamorado, pero siento que las cosas van muy rápido. O no lo sé. Es solo que me empiezo a asustar de que me quiera y de quererlo tanto que en un futuro ese sentimiento se convierta en dolor.

—El otro día, cuando me mostraste tus cuadros, me dijiste algo que no ha salido de mi cabeza. —Me mira durante unos segundos, luego acaricia mi cabello—. En ese momento sabía que no me lo dirías, aunque ahora las cosas han cambiado: somos novios, y los novios hablan de ese tipo de cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—Cosas como las que nos causan tristeza —se explica bajando el tono de su voz—. Esa tarde tú me dijiste: «De alguna u otra manera todos estamos quebrantados». Tus palabras no fueron tan tristes como tu mirada al decir eso y quiero saber qué es lo que te causó tanto dolor.

Ah, no. No hablaremos de esto. No ahora.

—Jordan, sinceramente no quiero hablar sobre eso.

—¿Entonces sí hay una historia?

—Todos tenemos una historia.

—Y yo quiero conocer la tuya —afirma, y mi corazón se contrae.

Giro mi rostro, colocándome boca arriba. Mi mirada se clava en el techo. Temía mucho que llegáramos a este punto de la relación; incluso pensé que no sería necesario porque lo nuestro quizás no funcionaba a como creí que lo haría, pero aquí estamos, él queriendo saber sobre un pasado que pretendo olvidar con tantas ganas, y yo muriéndome por confesarle todo de una vez. Aunque sé que no puedo. No cuando al fin estoy siendo feliz.

—Aún no estoy lista, Jordan —es lo mejor que puedo decir sin mentirle.

—¿Tan doloroso es? ¿Por eso tus pinturas son tristes?

Jesús. Es increíble lo mucho que estoy luchando para tratar de eliminar el nudo en mi garganta. Cuanto más intento, el dolor se hace más fuerte y provoca que mis ojos se llenen de lágrimas.

No voy a llorar.

No voy a llorar.

¿Cómo, en una absurda realidad, me pareció buena idea mostrarle mis cuadros? Sabía perfectamente que le estaba dando una llave para ver a través de mi alma, sin embargo, lo hice porque... quiero tanto contarle mi pasado, pero no es fácil abrir y dejar salir de nuevo ese dolor. No es sencillo querer exponerme a mí misma de nuevo al rechazo. Y odio que he empezado a llorar. Maldición, es la primera vez que Jordan me mira llorando; en cambio, yo no me atrevo a mirarlo, así que con ayuda de mis manos cubro mi rostro. Los recuerdos arden y empiezan a quemar mi alrededor.

—Lindsay, discúlpame. No pretendía que esto pasara.

Rápidamente asiento. No quiero que se sienta culpable por querer conocer el pasado de su novia.

Él pasa un brazo sobre mi pecho, y su abrazo me desarma por completo. Rompe mis lágrimas en miles de ellas, provoca un mar de llanto.

—Lo siento.

—Está bien, cariño. Todo está bien —me dice, besando el lateral de mi cabeza.

Esto es ridículo. He evitado llorar de esta manera por tantos meses y, ¿ahora no puedo ni controlarme? Odio esto.

Me toma varios minutos poder controlarme; en el tiempo en que me ha llevado hacerlo, me doy cuenta de que el dolor a su lado no es tan grande como cuando sufro en soledad. Esta vez la aflicción de las heridas que trato de ocultar constantemente se siente más liviana.



Abrazada por él, logro controlarme y reúno las fuerzas necesarias para volver a verlo. Cuando lo hago, no hay acusación en su mirada; todo lo que puedo ver es... preocupación.

—Solo quiero que sepas que algunas chicas nos ponemos lloronas y sentimentales cuando atravesamos nuestro periodo.

Él me sonrío y acerca sus labios a los míos para darme un pequeño beso.

—Cualquier excusa es válida para llorar, Linda.

Lo observo, preguntándome internamente, qué he hecho para merecerlo. ¿Seguiría interesado por mí al descubrir toda mi verdad?

—¿Me seguirías queriendo aun si no soy lo que esperas que sea?

Mi pregunta claramente lo toma desprevenido, pero la mirada firme en sus ojos me da esperanza.

—Eres justamente lo que quiero que seas.

No, por supuesto que no lo soy.

—¿Y si descubres que soy un fiasco que tan solo pretendo ser fuerte y feliz cuando en realidad estoy rota y quebrantada?

—Te seguiría queriendo por intentar mantenerte en pie mientras estás rota y quebrantada.

Hago un esfuerzo monumental para no volver a llorar.

—¿Y si descubres que mi pasado es terrible?

Lo medita un segundo. Mi corazón amenaza con detenerse.

—Te seguiría queriendo por tu presente.

Tomo una fuerte respiración.

—¿Y si...?

Jordan detiene mis preguntas, callándome con un beso de la que estoy segura hubiera pasado a otro nivel si no estuviera casi desangrándome ahí abajo. Al separarnos, él coloca un dedo sobre mi mentón. No tengo ninguna escapatoria más que verlo a sus ojos.

—No existe ninguna pregunta hipotética que evite que deje de quererte —asegura dándome un beso en la mejilla—, y no hay ningún hecho circunstancial que me prevenga de quererte más de lo que ya lo hago.

Si él dice que cualquier excusa es válida para llorar, le tomo la palabra, y es lo que hago en este momento. Lo que me ha dicho jamás podré olvidarlo, aun cuando temo que esas palabras algún día puedan quedarse olvidadas a causa de un dolor que no podríamos controlar.

## Capítulo 16

### MÁS PROFUNDO

*(Jordan)*

No conozco cuál es el dolor con el que Lindsay batalla; tampoco conozco qué es lo que lo provoca, pero sería capaz de hacer todo lo que esté en mis manos para alejar ese sentimiento de su vida.

La observo y sé que ella intenta decirme qué es lo que pasa, aunque tengo la sensación de que probablemente no he logrado ganarme su confianza del todo.

Últimamente he descubierto que Lindsay es del tipo de personas que les ponen barreras a los demás, y depende de ellos pasarlas para entrar a su vida o desistir en el intento. Por supuesto que yo quiero entrar por completo en su vida y permanecer dentro de ella. No importa si hoy no logro hacerla hablar; al menos tengo la certeza de que hay una herida latente en su alma.

Entre besos húmedos debido a su llanto, ella logra controlarse una vez más.

—No sé por lo que has pasado, Lindsay. —Acaricio su cabello y le doy un beso pequeño en la frente—. Sin embargo, quiero que sepas que te escucharé cuando te sientas preparada para hablar. ¿De acuerdo?

No me gusta que evalúe mis palabras como si no las dijera en serio o como si no significaran nada en este momento.

—De acuerdo —dice finalmente—. Y gracias por todo. Seguramente te hice pasar por mucho con las compras.

Me carcajeo al comprobar que se pone sonrojada con algunas cosas. Al recibir su mensaje e imaginarme lo mucho que le debió de costar pedirme ir por sus toallas, me partí de la risa.

—La cajera que me atendió no paraba de decir: «¿Son para tu novia? Oh, eso es muy tierno de tu parte. Todos los chicos deberían de ser así». —Ella se ríe, lo cual me alegra al ver que poco a poco vuelve a controlarse a sí misma—. Así que no ha sido nada malo recibir halagos.

Me da un golpe fuerte en el pecho, que solo me hace reír.

—¿Y cómo es que sabes tanto de toallas femeninas?

Por primera vez en mis últimos años de vida, ruedo mis ojos.

—¿Por qué se sorprenden tanto? Tengo una mamá, ¿recuerdas? Y me arrastraba al

supermercado dándome una explicación de todos los tipos de toallas, preparándome para cuando ella por algún motivo no pudiera hacer las compras y nos tocara a papá o a mí hacerlas por ella.

—Vaya —dice sorprendida—. Eso es genial. Todas las mamás deberían de ser así.

—¿Tu mamá no es así?

Mueve su cabeza en negación, al tiempo que ladea su boca en una sonrisa triste.

—Nunca hemos sido unidas, así que jamás me enseñó algo de estas cosas; además, todo lo que se hace o se compra para la casa, tiene que ser aprobado por... papá.

Mis cejas se disparan sin darme tiempo de controlar mi reacción.

—¿Y eso por qué?

Noto el dolor con el cual se encoge de hombros, tratando de quitarle toda la importancia del mundo cuando sé que es todo lo contrario.

—Mamá no tiene una carrera universitaria o un trabajo con el cual sostenerse por sí misma, así que siempre está a la sombra de lo que diga Corwin Reed.

—¿Ese es el nombre de tu papá?

—Ajá, aunque no me gusta llamarlo de esa manera.

—¿Por qué?

Creo que ya no le haré más preguntas al respecto porque se ha puesto tensa.

—Porque un verdadero papá protege y ama a sus hijos, pero alguien que se comporta como un monstruo con ellos no merece tener la bendición de ser llamado «papá».

Sus palabras me hacen sentir extraño. Es como si un disgusto fuerte reverberara desde alguna parte de mi interior y me hiciera querer saber qué es lo que le ha hecho ese hombre para que se exprese de esa forma. Sé que el solo hecho de que lo llame «monstruo» no puede traer nada bueno. Eso me enferma. Ese señor ya no es de mi agrado, y ni siquiera lo conozco.

—Hablando de otra cosa —dice rápidamente, como si hablar de ese tipo la asfixiara—. ¿Conoces a una chica llamada *Violet*?

—¿Violet? —pregunto, tratando de hacer memoria. Conozco a una sola Violet.

—Sí. Es una chica de primer año que estudia Literatura. Ralph la conoce y, por lo que entendí, Kilian también.

¡Mierda! Mis brazos la rodean, me alejo solo un poco para verla mejor.

—¿Eres amiga de Violet?

Ella capta al instante mi sorpresa, entornando sus ojos.

—Sí. Y el tonto de Ralph casi nos lo prohibió a Heather y a mí.

—¿Heather también es su amiga? —Paso las manos por mi cabeza. Kilian tiene una grande ahí.

—¿Por qué reaccionas tan mal como Ralph? ¿Acaso Violet es una ex de Kilian o qué pasa?

¿Una ex? ¿De dónde rayos ha sacado eso?

—No es lo que te imaginas, pero no soy el indicado para hablar sobre eso.

Lindsay se remueve acercándose más a mí. Yo no hago otra cosa más que volverme a recostar en la cama para habilitarle la proximidad.

—¿Puedes al menos decirme si debo cuidar a Heather de ella? Ya sabes, si existe un pasado entre Kilian y Violet, a Heather no le sentaría bien hacerse tan amiga de ella.

Suspiro. Esto de las mentiras y omisiones nunca me han gustado.

—No, no debes cuidar de Heather. Violet es una buena persona, y nada de lo que estás imaginando es correcto. Dejemos que ellos arreglen eso, ¿de acuerdo?

Asiente, no muy segura.

Mi celular vibra en el bolsillo de mi jean, aunque no pretendo ver de qué se trata; lo hago cuando recibo un segundo, tercer y cuarto mensaje seguidamente. Leo los mensajes delante de Lindsay.

Ralph: Tú, cara de culo, ni se te ocurra faltar al pub. Tenemos a todo un grupo de señores setenteros y no damos abasto. Dile a Lindsay que luego la recompensarás. Te quiero aquí en cinco minutos.

Si algún día recibo un mensaje amable de Ralph, ese día será el fin del mundo.

—Me tengo que ir —suspiro, odiando tener que dejarla sola sabiendo perfectamente que sus sentimientos tienen la guardia baja.

Ella asiente tranquilamente, mirando cómo salgo de los mensajes.

—¡Oye! —Toma el celular de mis manos y lo observa; sus labios forman una enorme sonrisa que resulta reconfortante para mí—. Tienes la foto que me tomaste en The Grove, como tu fondo de pantalla.

—¿Tiene algo de malo?

—No. ¿Desde cuándo la llevas?

Suspiro, recordando lo mucho que me cautivó con apenas una sola salida.

—Tan pronto como llegué al apartamento esa misma noche.

Abre su boca totalmente sorprendida, lo cual me hace sentir un poquito nervioso.

—¡No puede ser! En ese momento tú y yo aún no andábamos.

Le doy un beso rápido.

—Lo sé, pero yo estaba seguro de que lograría que te enamoraras de mí.

Entorna sus ojos; la comisura de sus labios se alza para formar una genuina sonrisa.

—Sí, ese es el chico engreído que conocí.

—Hey, eso no es ser engreído. Es tener confianza en sí mismo.

—¿Cuál confianza? ¿Esa que te falta cuando te pongo nervioso?

Tan fuerte me río que, literalmente, me caigo de espalda al echar mi cabeza hacia atrás. Lindsay me observa desde el borde de su cama, sin intenciones de ayudarme, riéndose tanto de mí que hasta se queda sin aire. Se levanta en busca de algo en su mesita de noche; no tengo idea de qué es hasta que enciende la luz de la habitación. Se para sobre mí, con un pie a cada lado de mi cuerpo, inclinándose levemente para enfocar la cámara de su celular hacia mi rostro.

—Espera, no te muevas. Te sacaré un par de fotos.

Muevo mi cabeza en forma de negación; recibo una mirada de «Haz lo que te digo». Lindsay se

divierte tomando un par de fotos, y yo trato de buscar una profundidad en mi mirada para poner mi marca sexi. Se me da de maravilla hacerlo cuando ella es la mujer a la que tengo en mi mente.

—Listo. Jugaré con unos filtros y pondré la mejor como fondo.

—¿Jugarás con unos filtros? —pregunto poniéndome de pie—. No necesito de filtros, Linda.

—Oh, será mejor que te vayas, señor engreído y seguro de sí mismo.

Me tomo mi tiempo al darle muchos besos, lo cual hace más difícil el poder salir de su habitación; es solo que quiero irme todavía sintiendo el sabor de sus labios sobre los míos.

Cada vez que miro a Lindsay directo a los ojos, la beso, la acaricio (o el simple hecho de tener su presencia a mi alrededor), me doy cuenta de que no para de entrar en mi sistema. Sé que me he enamorado antes, sin embargo, esta vez es completamente diferente. Este sentimiento no tiene comparación. Es un millón de veces más profundo. Mi pecho se empieza a sentir lleno por completo. No sé si eso podría ser malo, aunque ahora mismo es todo lo que alguna vez soñé encontrar.

Por fin logro hacer mi camino hasta la puerta de su habitación. No salgo de inmediato; solo abro la puerta, volviendo mi cabeza hacia ella, que todavía se encuentra de pie en el lugar que la he dejado. Le sonrío y ella me devuelve la sonrisa.

—Tienes razón —le digo—. Quizás todos estamos quebrantados, sin embargo, no todos logramos encontrar a alguien con quien unir las piezas rotas, y tú me has encontrado a mí, Lindsay. O yo te he encontrado a ti —corrijo, sin saber muy bien cómo expresarme—, y haré todo lo que esté en mis manos para que un día sonrías al contar tu historia.

Sé que el peso de mi promesa es enorme, pero lo digo en serio. Haré todo lo posible para que Lindsay sonría al hablar de su pasado y no se sienta tan rota o quebrantada como lo hacía unas horas atrás. Sobre todo, haré lo posible para que sus cuadros y su vida adquieran un poco de color.

—¿Y mientras llega ese día?

Doy un paso afuera de la habitación. No porque quiera irme, sino porque la mirada apreciativa en su rostro está a punto de hacer que vuelva a ella y la bese hasta que nuestros labios duelan.

—Adoraré tu sonrisa rota.

\*\*\*

Ni Kilian ni yo somos buenos bailarines, y tanto Heather como Lindsay se han burlado de ello las dos veces que hemos salido a bailar. Kilian todavía sigue sin perdonarme eso.

—En serio, Jordan, ¿a quién en su sano juicio se le ocurre proponer ir a una disco latina? —me gruñe una vez más Kilian—. ¿No era suficiente con las salidas al cine? No, verdad. Heather aún me sigue molestando porque no puedo hacer todos esos pasos de esa tal música bachata.

Ralph explota el globo que ha hecho con el chicle que está masticando, antes de tirarse una brutal carcajada.

—Era normal esto de las citas en Jordan, pero ¿tú, Kilian? ¡Es como el fin del mundo!

Si alguien sigue dándole bromas a Kilian, ese alguien podría ganarse un puñetazo y, sin duda, será Ralph.

—Mira, imbécil, puedo tolerar que te burles de mi carrera, pero de lo que tengo con Heather no. —Lo señala con su cerveza—. No me cansaré de decirte que, cuando sea famoso, no te voltearé a ver si sigues jodiendo y, cuando te enamores de una chica con mala suerte, no te dejaré en paz.

Yo sí que me río.

—Ni en tus sueños, cabrón. Nunca me voy a enamorar.

—Ay, Ralph, no seas tan idiota —intervengo—. Si Kilian ya cayó, ¿por qué tú no lo harías?

—Oye, yo no he caído por nadie —lanza Kilian.

—No, te has arrastrado —asegura Ralph entre risas. Antes de que Kilian pueda hacerle algo, saco a colación otro tema más importante.

—Bueno, tenemos un tema más importante que discutir —les recuerdo—. ¿Cuándo piensas hablar con Heather sobre Violet?

Hace unos días atrás, Kilian tuvo otro de sus problemas existenciales que lo orilló a alejarse de Heather para volver a sus andadas, aunque solo bastó una pelea en la fiesta de la facultad de Ingeniería para que todo se saliera de control. Esa noche todos acabamos en la estación policial, y al menos esta vez fue por una buena causa. Ni Kilian ni yo jamás permitiremos que alguien intente propasarse con Violet, Heather o Lindsay. ¡Ni sobre nuestros cadáveres podría pasar algo así! Esa misma noche Kilian se enteró de la amistad de las chicas; no es necesario decir lo loco que su puso, lo cual no me sorprendió para nada. Lo que sí me dejó impresionado fue la calma y serenidad que mostró Lindsay al enfrentar a los policías. De las tres chicas, ella era la más calmada. Es realmente fuerte.

—Nunca.

—¿Nunca? —repito incrédulo—. ¿Cómo que *nunca*?

—Jordan, ¿por qué tendría que embarrar a Heather con toda esta mierda?

—¿Quizás porque se merece saber toda tu verdad?

—Puede ser. —Kilian es estudiante de actuación, por lo que actúa muy bien su desinterés y falta de preocupación; sin embargo, ahora hay algo que lo delata: el brillo en su mirada cada vez que Heather sale a colación—. Aunque, si puedo evitarlo, lo haré.

—No estás siendo justo con ella —intento convencerlo una vez más—. A nadie le gusta que le mientan.

—No le estoy mintiendo.

Hago un gesto de disgusto.

—Pero le estás ocultando una parte de ti muy importante y viene siendo lo mismo. Créeme, si Lindsay me ocultara algo de ella que tiene tanto peso, no sé si sería fácil de perdonar.

Ralph se pasa la mano por su cabello, tratando de arreglarlo, aunque el viento en la terraza de

nuestro apartamento siempre hace de las tuyas.

Vaya, nunca se me ha pasado por la mente traer aquí a Lindsay. Puedo apostar que adoraría esta vista del atardecer de la ciudad, hasta podría inspirarla para pintar algo con más color.

—¿En qué mundo de unicornios de sinceridad vives tú? —Kilian le da un último trago a la cerveza y deja tirada la lata junto al cenicero, poniéndose de pie, quizás luciendo intimidante para otros, pero no para nosotros—. La gente no va por ahí contándole toda su mierda de vida a las personas.

—Punto para Kilian —dice Ralph, lo que provoca que le enseñe mi dedo medio—. ¿Qué? Estoy haciendo de réferi.

También me pongo de pie.

—Puede que tengas razón. No tienes que ir por ahí contándole tu vida a todo el mundo, aunque definitivamente sí lo tienes que hacer con las personas que te importan y de las que quieres que permanezcan a tu alrededor.

—¿Sabes qué, amigo? Cuando crearon la *perfección*, tú creías venir delante de ella —Kilian empieza a caminar directo al interior de nuestro apartamento. Se detiene antes de desaparecer por completo y se gira hacia mí—. Entiende que no todos corrimos con la misma suerte al tener un pasado tan bonito como el tuyo, *hijo de papis felices*.

¿Cómo me ha llamado?

Sale de nuestro radar echando humo. Ralph empieza a abrir su boca.

—Otro punto para...

—Ni te atrevas a terminar eso —advierto, antes de volver a sentarme para tomar mi celular y empezar a arreglar lo de la carrera que tendremos en Venice en la cual Kilian al fin le dará la revancha a Asher.

¿Hijo de papis felices?

¡Kilian es un imbécil!

—¿Ya estás arreglando todo para la carrera en Venice? Esa noche ganaremos un montón de dinero.

—Eso hago —gruño.

—Uy, muñequita de trapo. ¡Mejor me largo de aquí! —Ralph pasa a mi lado, pegando una palmada en la cabeza.

Por muy enojado que estoy con ambos, quedarme solo en la terraza del apartamento es algo bueno. Simplemente tengo que observar la foto de Lindsay para poco a poco empezar a sentirme mejor.

¿Por qué las personas no entienden que, si alguien te empieza a importar mucho, hablar con la verdad es siempre la única opción? Nada de mentiras u omisiones son válidas en ningún tipo de relación.

## Capítulo 17

### OJALÁ TE HUBIERA VISTO ANTES

(Lindsay)

Mi primera vez en el Coachella es más de lo que había soñado e imaginado; no es cualquier festival de música: es un evento que reúne a personas de todo el país, y hay una vibra fantástica que cautiva por completo. Canté muchísimo al lado de Jordan. Puede que hasta intentamos bailar, aunque a él no se le da mucho, así que acabamos saltando sin parar.

Es muy cierto eso de que, cuando no has tenido nada, hasta los detalles más pequeños te dan una inmensa felicidad.

Heather se encargó de que fuera una experiencia fenomenal. Borró el hecho de que yo trabajo en un salón de belleza y nos llevó a Violet y a mí a uno que es muchísimo más caro; luego fuimos a su casa para buscar ropa estilo hippie. ¿Dije: «casa»? ¡Porque Heather vive en una mansión de *Beverly Hills*! Es un dato que ya sabía, aunque comprobarlo es diferente y, a pesar de todos esos lujos, ella ha decidido vivir en la residencia más accesible de la universidad. ¿No dice eso mucho de ella? Heather es la chica más sencilla que he conocido. Lástima que sus papás no puedan ver eso porque están bastante ocupados con su vida superficial.

Así que, aunque todo salió muy bien, no terminó como yo esperaba, sobre todo con la discusión que Heather tuvo con Kilian debido a Violet.

Dos días después, y aún no supero que Violet no es ninguna ex de Kilian; de hecho, ¡es su hermana! Sí, me quedé totalmente sorprendida. Ni siquiera es media hermana para de alguna manera justificar ese odio irracional, por lo cual ni Heather ni yo entendemos sus actitudes hacia ella. Es como si Kilian pretendiera borrar ese lazo entre ellos.

Jordan ha evitado hablar de ese tema conmigo. Entiendo que a él no le corresponde quitarnos todas las dudas, así que en esta escapada que nos hemos dado a mitad de la noche, no pregunto absolutamente nada que tenga que ver con Violet o con Kilian.

—Así que de esto se tratan las citas. Ir a bailar, ir al cine y sacar a tu novia a media noche para ir a comer —le digo a Jordan una vez que ambos bajamos de su camioneta Hilux negra para entrar al In-N-Out Burger, que está a una hora de la residencia.

Es media noche. No puedo creer que, tan pronto como terminó su turno en el pub, haya ido a



directo a la residencia porque yo le hacía falta. No dejo de decir que quizás nos estamos encariñando demasiado; sin embargo, es extremadamente fácil con Jordan. Es atento y dulce, de esas personas a las que les parece interesante hablar hasta de algo tan banal como el clima.

—Claro. ¿Por qué lo preguntas como si no lo supieras? —Intrigado, me abre la puerta del local. Como es de esperarse, a esta hora no hay muchos clientes; solo nos encontramos los que tenemos un estómago insaciable.

—Porque no lo sé —confieso, temerosa de lo que mis palabras puedan desatar; sin embargo, no le mentiré en esto—. Eres mi primer novio.

Jordan se detiene de golpe antes de llegar al mostrador.

—¿Es en serio? Pero...

Sé a dónde quiere llegar, lo cual me empieza a poner nerviosa.

—No eran novios —explico a medias, adelantándome a pedir nuestras órdenes para quitarle toda posibilidad de ahondar en el tema. No sé cómo hablar sobre eso y, por fortuna, Jordan no hace más preguntas. Solo sonrío como si su única misión fuera irradiar felicidad.

¿Se ha puesto feliz al saber que es mi primer novio?

Ordenamos y, una vez que recibimos nuestra comida, nos sentamos en una de las mesas. Por costumbre saco mi celular para tomarles foto a las hamburguesas; tengo que quitarle a Jordan la suya antes de que le pegue un mordisco. Y, como nueva costumbre, le tomo algunas fotos a él.

—Listo. Ahora sí.

—No —dice, tomando el celular de mi mano—. Falta una foto de nosotros.

—¿Qué? No estoy arreglada. Literalmente me has sacado de la cama a medianoche.

—Eso la hará más genial, además, tú siempre estás hermosa. —No importa lo mucho que insista, él eleva su brazo, disponiéndose a sacarnos una *selfie*, así que simplemente sonrío—. Ahora sí podemos comer. —Me devuelve el celular; sonrío como tonta al ver la bonita foto. Jordan señala mi comida—. Nunca había salido con una chica que pidiera una hamburguesa *doble-doble*.

Debido a la risa que eso me provoca, tengo que cubrir mi boca para no escupir el enorme bocado que acabo de dar.

—Cuidado ahí —digo cuando Jordan intenta tomar una de mis papitas fritas, ganándose un toquecito en la mano—. Ya te dije, yo amo la comida.

—Pues no lo decías en broma. —Me guiña el ojo antes de aplastar su hamburguesa, y los dos nos disponemos a devorar la comida.

Tan pronto como terminamos de comer, las horas que rodean la madrugada las recorreremos dando vueltas por la ciudad, disfrutando del tráfico inexistente, hasta que llegamos al apartamento de Jordan, asaltando nuestras ropas, yendo directamente a su cama para perdernos en el otro...

Jordan me embiste una última vez. Yo rezo su nombre en el momento en que ambos temblamos al llegar al clímax. Él deja caer su pesado cuerpo sobre mí. Mis manos siguen entrelazadas en su cuello y su cabeza descansa en la curva de mi hombro. Lo siento dentro de mí en toda su plenitud.

Mi corazón obviamente se encuentra alterado. No por lo que acaba de pasar, sino porque Jordan ha sido tan dulce conmigo mientras teníamos relaciones... Esto me ha hecho comprender una vez más que no puedes rechazar el resto de las experiencias solo porque algunas fueron terribles.

Nunca me había despertado tan temprano solo para ser mimada por alguien más. Creo que no son ni las cinco de la mañana y sonrío al recordar cómo he parado aquí. Después de salir de In-N-Out Burger, la siguiente parada directa fue su apartamento.

Este es, de hecho, nuestro tercer asalto. Estoy bastante segura de que no me estaré cayendo de sueño durante mis clases. Me siento más despierta que nunca.

Jordan sale de mi interior, y yo ahogo un gemido ante la respuesta erótica de mi cuerpo. Literalmente vuelvo a sentirme vacía al ya no estar él dentro de mí. Lo observo salir de su cama, ponerse de pie para quitarse el condón, hacerle un nudo y lanzarlo a la papelera. Me atrapa observándolo, pero ¿cómo no hacerlo? Su cuerpo es una obra de arte. Abdomen tonificado y marcado. Piernas fuertes y trabajadas. Brazos y espalda ancha, digna de todo un jugador de baloncesto. Ni hablemos de su miembro, largo y grueso. Podría volver a poseerlo si él también sigue viéndome de esa forma. Recorriendo mi cuerpo desnudo como si se tratara de alguna maravilla.

Vuelve a entrar a la cama, sacando de debajo de las almohadas una sábana verde, con la cual cubre nuestros cuerpos. La tela es suave. Yo me acurruco a su lado, y mi interior se contrae cuando él descansa su mano en mi vientre.

—Eres hermosa, Lindsay.

S sonrío. Mi mano empieza a recorrer su mandíbula. Jordan siempre está libre de barba o del indicio de esta. Su piel es suave y agradable al tacto.

—Eso he escuchado.

La tenue luz de su mesita de noche me da la oportunidad de ver el atisbo de una sonrisa.

—Sigues sin ser romántica, ¿eh? —Los dos nos reímos, y yo no pierdo la oportunidad de tocar cada parte de su rostro.

—Nunca me imaginé que estaríamos en esta situación —admito.

—¿Enamorados? ¿O tú y yo compartiendo mi cama?

—Oh, nunca olvidarás lo que te dije.

—Es que fuiste muy clara con tu «No me acostaré contigo». —Le doy un puñetazo en el hombro porque ha imitado mi voz.

—Adiós a mi intención de querer ser cursi por al menos unos segundos.

—¿Qué? —se pone de lado, apoyando su codo sobre la almohada, y con su mano sostiene su cabeza—. Dime algo cursi.

Parpadeo un par de veces; luego me río.

—No lo haré.

—Vamos, Linda. Solo por una vez. —Descubre mi pecho e inclina su cabeza para dejar un beso húmedo sobre la parte en la cual se encuentra mi corazón—. Dime algo que te salga del corazón.

Vuelve a arroparme con su sábana. Su olor inconfundible está impregnado en la tela, hecho que hace que me muerda el labio inferior. Últimamente he pensado en algunas cosas que nunca se me habrían ocurrido decirle a alguien. No es como que tenga el valor para decirlas; sin embargo, en esta ocasión lo haré.

Acuno su rostro. Por muy nerviosa que me siento, su mirada me relaja, hasta consigue hacerme suspirar, ya que el calor y cariño que me transmiten sus ojos es todo lo que necesito.

—Ojalá te hubiera visto antes porque eres la luz que podría guiarme hacia el hogar que tanto he soñado.

No se burla de mí; tan solo me mira sin parpadear. Sus facciones siguen siendo suaves, y su boca se ladea en una hermosa sonrisa.

—Por favor, dime que son tus palabras y que no las has sacado de alguna novela romántica, porque podría querer tatuármelas en la piel y ponerte a ti como la autora.

Le saco la lengua.

—No leo historias de amor, así que, sí, definitivamente son mías. Y yo podría querer torturarte si haces una locura como esa.

Se ríe y me besa suavemente.

—Aunque lo niegues, eres una cursi, nivel experta. —Le doy una palmada en el brazo Él besa mi cuello—. ¿Tienes sueño? Quiero mostrarte algo.

—Me has quitado el sueño cuando tu mano empezó a tontear con mi cuerpo.

—Pides mucho de mí, Linda. No podría evitar tontear cuando, para empezar, te has quedado dormida a mi lado completamente desnuda. —Sale de su cama, se pone unos pantalones cortos de chándal y, con un gesto de cabeza, me indica que lo siga—. Vamos, sal de esa cama.

No tengo sueño, pero eso no quiere decir que tengo todas las fuerzas de este mundo. Jordan me ha dejado agotada. Refunfuño al sacar un pie de la cama; luego rebusco mi ropa en el piso hasta verla a los pies de la cama. Jordan me apresura tanto que solo termino por ponerme el pantalón de dormir junto con la camiseta de tirantes. Nada de ropa interior. Solo envuelvo mi cuerpo con su sábana. Jordan alza sus cejas, sonriendo pícaro.

Salimos de la habitación. Él abre una puerta al final del corredor y de pronto el apartamento no está a oscuras. Puedo ver el cielo gris, con pinceladas anaranjadas, recordándonos que no es cuestión de mucho tiempo para que salga el sol. Doy unos pasos más, dándome cuenta de que me encuentro en la terraza del edificio.

—¡Jordan, tu apartamento tiene acceso a la terraza!

—Sí, así es. Ven. —Pasa un brazo sobre sus hombros, estrechándome hacia él para caminar lado a lado.

El aire fresco llena mis pulmones, y la vista se roba mi sonrisa. Hay varios edificios enfrente; al menos el centro de la ciudad se puede ver desde aquí.

—Es hermoso, ¿no?

—Claro que lo es —respondo, completamente anonada ante tanta belleza natural.

Una sombrilla verde y amplia cubre la mesa de terraza que ellos tienen. Jordan hala una de las sillas para sentarse, tirando de mí hacia su regazo. Él me quita la sábana, la pasa por su espalda, luego nos envuelve a ambos.

Mi espalda descansa sobre su pecho mientras que sus brazos me rodean protectores. Nos sentamos en silencio, sin decir ni una sola palabra; solo absorbemos el momento y disfrutamos de la hermosa vista frente a nosotros. Es increíble que nuestra vida cotidiana sea tan apresurada y agitada que la mayor parte del tiempo olvidamos ver cosas tan maravillosas como un amanecer. Incluso el amanecer lo damos por sentado, y eso es cometer un gran error.

Llega un punto del silencio cuando empiezo a creer que Jordan se ha quedado dormido. Requiere un gran esfuerzo apartar la vista de ese cielo que se empieza a esclarecer mucho más, y las pinceladas naranjas van dándole lugar a un fantástico azul celestial. Antes de que pueda apartar por completo la mirada del cielo, su voz provoca escalofríos en mi cuello.

—La otra tarde estaba aquí con los chicos, y me pregunté: «¿Por qué rayos no he traído a Lindsay aquí?».

—¿Sí? Pues agradezco que lo hayas hecho, porque es hermoso.

—Lo es. Solo para que lo sepas, desde que Ralph y yo alquilamos el apartamento, eres la primera chica que conoce la terraza.

Giro mi rostro hacia él.

—¡Ay, ajá! Ser cursi es una cosa; ser adulator, otra y por supuesto que esa no te la compro.

—¿¡Qué!?! —Me toma de los hombros—. Lo digo en serio, Lindsay. Ni Ralph ni yo hemos traído una chica aquí.

—Sigo sin creerte.

—A ver. Estoy siendo sincero. Sí, Ralph y yo hemos traído una cantidad enorme de chicas a casa, pero las tuyas no pasan de la sala de estar y las mías no pasan de mi habitación.

Su sinceridad no me hace tanta gracia y, por supuesto, no voy a pensar sobre cuántas han estado en su cama. No tengo moral para hacerle esa pregunta.

—¿Por qué me has traído a mí? ¿Qué tengo de especial?

Jordan no me sostiene la mirada; todo lo contrario, la desvía hacia el cielo.

—Este lugar es hermoso; pensé que aquí podrías encontrar la inspiración para darle algo de color a tus cuadros y porque... —Se queda callado por unos largos segundos, luego me vuelve a ver directamente al rostro, suspirando pesadamente—. Te quiero, Lindsay.

Mis ojos se abren de par en par. Lo digo en serio, como que empiezo a tener dificultades para respirar. Mi cuerpo empieza a congelarse, y no está haciendo frío. Mi corazón, que latía normalmente, parece haber dejado de funcionar. Creo que estoy entrando en algún estado de pánico. ¿Lo he escuchado bien? ¿Me quiere? Pero ¿cómo puede quererme? Estoy rota hasta los huesos.

—¿Has... dicho esas palabras a la ligera?

—¡Por supuesto que no! —asegura—. Te quiero, y mucho. Nunca me ha costado expresar mis

sentimientos y no es como si esta vez me abstendré de hacerlo contigo.

Mi mirada se torna borrosa debido a las lágrimas que se acumulan. No sé si logro relajarme por completo; al menos puedo volver a respirar con normalidad mientras repito en mi mente, como si fuera un mantra, las palabras de Daisy sobre lo mucho que merezco que me quieran y ser feliz.

—No sé qué he hecho para que me quieras, pero gracias. —Le doy un beso casto en los labios. Solo espero que no pretenda hacer que le devuelva las palabras, porque ahora mismo no he terminado de procesar estos últimos minutos.

—¿Así que soy tu primer novio? —acierta al preguntar, aunque... Maldición, debí saber que no dejaría pasar esa confesión.

—Ajá. ¿Tú has tenido novias oficiales? —me apresuro a preguntar, para tratar de esquivar su atención, rogándole al cielo que funcione.

—Sí, tú eres la tercera, y ya sabes lo que dicen: «La tercera es la vencida». Solo espero que ese famoso dicho sea cierto.

Me río; luego vuelvo a mirar hacia el frente, descansando mi espalda en su pecho.

Nunca en mi vida me había sentido tan emocionada, pero a la misma vez aterrada al recordar que existe un pasado que en cualquier momento podría amenazar con estrellarse con el presente apasionado que he creado. Mi única duda es saber si el amor es capaz de sanar las viejas heridas y salvarnos del infierno. ¿El hecho de que me quiera será suficiente para lidiar con mi equipaje o para quererme por lo que soy ahora? Suspiro, dándome cuenta de que no puedo seguir más tiempo así. Para poder disfrutar de sus palabras, tengo que ser sincera con él. No puedo permitir que nuestra relación siga avanzando cuando hay una parte de mí que él no conoce.

Varias lágrimas ruedan por mis mejillas, y esta vez no me apresuro en limpiarlas.

\*\*\*

Desde que todo acabó mal en el festival, no nos hemos visto con ninguno de los chicos, aunque Violet ha cambiado eso al presentarse en nuestra habitación hace cinco minutos, sin poder parar de llorar, pidiéndole disculpas a Heather incontables veces, haciendo todo más raro. Quizás sigue afectada por el problema que tuvimos con los drogadictos que intentaron sobrepasarse con ella. El estómago me duele al pensar en lo horrible que fue esa noche de la fiesta, donde los seis acabamos en la estación policial, lo cual me hizo recordar sin parar aquellos terribles días de mi vida en los que yo prefería dormir en una comisaría que en mi propia casa.

En esta ocasión, su angustia me empieza a doler a mí. Sea lo que sea que esté pasando, me acaba afectando porque también termino llorando cuando ella le dice a Heather que es una buena amiga y que nunca debió ocultarle la verdad.

Escondo mi rostro entre mis manos, esperando que no se den cuenta, hasta que escucho a Heather hablarme.

—¿Lindsay? ¿Qué tienes?

Siento su proximidad en mi cama. Solo niego y levanto mi cabeza, asegurándome de contener las lágrimas. ¿Por qué, si he sido feliz las últimas semanas, he acabado llorando en un mal momento? Quizás porque últimamente el peso de mi silencio me está empezando a quebrar mucho más de lo que alguna vez imaginé. Se suponía que seguiría adelante, sin encariñarme con nadie, para así no tener la necesidad de contar la historia de mi pasado. Ahora, puedo sentir que estoy a punto de perderlo todo.

—Nada, es solo que me conmovió toda la situación.

—¿Estás segura? —inquire al tiempo en que evalúa mi rostro. Sonrío, odiando tener que mentirle.

—Totalmente.

Una vez que las tres logramos controlarnos, acabo con nuestro sufrimiento al arrastrarlas a mi pequeña adicción: el programa de las Kardashian.

Pensamos que, al ser el tercer día del Coachella, estaríamos completamente solas en la residencia, pero en un parpadeo nuestra habitación se ha llenado de los tres mosqueteros, que no han parado de hacer bromas sobre mi gusto por este programa.

—¡No es ninguna porquería! —aseguro una vez más, defendiendo un punto que es totalmente indefendible. En el fondo, Jordan y los chicos tienen razón; este programa no tiene nada instructivo, tan solo me gusta cómo se cuidan las espaldas entre ellos, que es lo que toda familia debería de hacer, y eso nadie lo puede negar de las Kardashian.

—Claro que lo es —me contradice Jordan.

—No. La gente podrá hablar de ellos lo que quieran, sin embargo, la verdad es que es muy entretenida.

Él me da puntos negativos de ellos, y yo trato de contradecirlo. Nunca habíamos diferido en nada, por lo que discutir con Jordan es refrescante y divertido. Sus alegaciones son inteligentes. Más puntos para él y, ya que planeo contarle toda mi verdad esta noche, disfrutaré a su lado lo que podría ser la mejor historia de amor que alguna vez tendré.

Uf, algo dentro de mí se agita solo de imaginarme sin él; juraría que podría volver a llorar si no es porque Heather se une a mi batalla sin sentido.

—Jordan, será mejor que te calles —le dice entre risas—. Esa serie es su debilidad, tanto que no dejaría de ver los episodios de los domingos por salir en una cita contigo.

Ralph se parte de la risa. Hay algo que yo no paso por alto: su proximidad a Violet.

—¿Qué se siente que te cambien por una tonta serie? Caramba, amigo, lo entendería si lo hiciera por un actor famoso, pero por eso... —bromea Ralph. Jordan parece disgustado. Tengo que poner todo de mi parte para no romper en llanto o en risa cuando él me toma de los hombros.

—¿Tanto así? ¿Me cambiarías por una noche viendo a las Kardashian? —Su desconcierto logra apartar la sensación negativa.

Termino esbozando una pequeña sonrisa; luego me atrevo a besar su mejilla frente a todo el grupo.

Mi mente busca una respuesta que no muestre ni un poquito lo quebrada que ahora mismo me siento.

—No me pongas a prueba.

—¡Diablos! —Ralph sigue riéndose—. Te dije que hiciéramos un video porno, hermano. Sería nuestra solución a todos los problemas. Imagínate las chicas que tendríamos para nosotros, y yo no tendría que preocuparme por la temporada regular de fútbol.

—¿Estás en el equipo de fútbol americano? —le pregunta Heather; también me encuentro sorprendida con el dato. ¿Tienen que ser así de geniales?

—Sí, y no acumulé muchos créditos en este semestre, así que imagínate la presión que tendré en el próximo. ¿No te molestaría que Kilian salga en ese video? Después tendrás mucho dinero.

Solo las locuras de Ralph son capaces de despejar mi mente, aunque sea por unos cortos minutos. Más allá de la reputación que ellos mismos se han creado, los tres mosqueteros son completamente adorables. Todos, incluido Ralph, que a veces tiene sus momentos. Lo cierto es que son buenos chicos y me siento afortunada de conocer sus verdaderas personalidades.

Pensar que en las próximas horas puedo perder no solo a Jordan, sino también a ellos, empieza a doler.

El próximo tema es si Violet debería ir con nosotros a la carrera que Kilian está a punto de tener en la playa de Venice. Gracias a Jordan, sé de antemano que existe un tipo de acuerdo entre los estudiantes de ambas universidades. Venice es territorio de los chicos de la USC; al parecer, las cosas se ponen muy locas ahí, y ese es el temor de Kilian. No poder cuidar de dos personas importantes. Ralph termina convenciéndolo, asegurando que él se hará cargo de Violet.

Una vez finalizada la disputa, salimos de la habitación. Cada una de nosotras se va con uno de los tres mosqueteros.

—Ha sido una gran noticia ese de que Violet es hermana de Kilian —le comento a Jordan cuando estamos dentro de su camioneta.

Él pone en marcha el motor y pronto nos introducimos al tráfico de L.A.

—Espero que no estés enfadada conmigo; aunque hubiera querido, no podía decirte nada. No me correspondía a mí destapar eso, ya sabes: estándares de los amigos.

—Comprendo. Aunque todavía no entiendo la actitud de Kilian.

—Ya lo harás. Kilian es un tipo que tiene muchas barreras a su alrededor; el hecho de que está empezando a ser sincero con Heather es muy bueno.

Suspiro y acaricio su mejilla antes de hacerle la pregunta.

—¿Qué opinas de las personas que no son totalmente honestas por temor a que su verdad solo aleje a las personas que se encuentran a su alrededor?

Él me observa brevemente; luego se enfoca en la carretera. En ese instante yo retiro mi mano de su mejilla.

—Te diré lo mismo que le dije a Kilian. No tienes que ir por ahí contándole tu vida a todo el mundo, pero definitivamente sí lo tienes que hacer con las personas que te importan y que quieres

que permanezcan a tu lado.

Trago grueso.

Quiero gritar ante este nuevo temor tan grande. Ahora sin duda sé que lo perderé.

No me atrevo a hacerle otra pregunta más.

No pasa mucho tiempo cuando llegamos a nuestro destino. Jordan me advirtió que justamente esto —una cantidad enorme de personas eufóricas— es justamente lo que nos podríamos encontrar aquí. Estaciona en la carretera ocupada solamente por los amantes de las carreras. Jordan apaga el motor y observa a su alrededor.

—Esto está muy lleno —comenta desconcertado—. Hay algo que no me gusta.

—¿A qué te refieres?

Mueve su cabeza confundido.

—Esas sonrisitas de saber algo que nosotros no sabemos no me gusta. Espera aquí, ¿de acuerdo? —Ni siquiera espera por una respuesta de mi parte cuando se baja de la camioneta. Por el espejo retrovisor noto que se ha acercado al auto detrás de nosotros, que resulta ser el de Ralph; intercambian unas palabras y luego regresa por mí—. Vamos. Puedes bajar.

Me quito el cinturón de seguridad y salgo de la camioneta.

Esta es la segunda vez que asisto a una carrera de autos clandestina; no sé si se debe a la paranoia de Jordan o al constante recuerdo de que en unas horas le diré toda mi verdad, lo que también me ha puesto nerviosa.

Algunas carreras ya se están llevando a cabo, y los gritos atentan con dejarme sorda.

—Admito que la primera vez que convencí a Heather de ir a la carrera en la cual nos conocimos no era para nada lo que yo esperaba.

—¿Por qué? —pregunta Jordan, entrelazando su mano con la mía, tratando de prestarme toda su atención, aunque sé que continúa evaluando todo el lugar.

—Porque era mucho más de lo que imaginé. Todo este lugar parece sacado de una película.

Logro que él se ría y aprovecho para besarlo. Sus labios siempre me deleitan, transportándome a otra dimensión.

—¿Te arrepientes de haber entrado en este mundo? —me pregunta una vez que nuestros labios se han separado, pero aún mantienen una corta distancia que resulta peligrosa.

—No, porque eso significaría también arrepentirme de haberte conocido, y conocerte es una de las mejores cosas que me ha pasado.

Su sonrisa es tan hermosa que no puedo resistirme y lo vuelvo a besar; incluso podríamos estar montando todo un teatrillo.

—Ustedes definitivamente se pasan —escuchamos que nos dice el aguafiestas de Ralph, cortando mi magnífico beso con Jordan.

Violet está a su lado, sonriéndonos.

—Yo pienso que son adorables.

Alzo mi mano y la choco con la de ella.



—Gracias, Violet. Tú también eres adorable, aunque no podría decir lo mismo de tu guardaespaldas personal.

—Ja, te estoy escuchando, nena. —Ralph me hace un gesto burlesco; luego toca el hombro de Jordan—. Hay demasiada gente.

—Lo sé. Esto no me cuadra.

—Los dos están olvidando de que la ciudad está repleta de visitantes durante el Coachella —dice Violet—. Quizás también están aprovechando y han decidido tener una experiencia ilegal. Mi hermano debería de dejar esto —murmura por lo bajo, viendo a todo su alrededor.

—Ni de broma —replica Ralph—. Esto nos deja muchísimo dinero. Por cierto, ¿quién será el encargado de recibir el dinero de las apuestas?

—No lo sé —responde Jordan—. El equipo de Asher se encarga de todo; tan solo acordaron mantener los cincuenta dólares como el precio menor. Yo ni siquiera me encargaré de presentarlos.

Jordan tiene razón en eso. Cuando el inconfundible auto clásico de Kilian se pone en posición de salida, no es él quien los presenta, sino un simpático chico con un gran crucifijo que cuelga de su cadena. Levanta sus manos, intentando controlar los gritos de la multitud y el sonido de los cláxones. El ambiente se ha puesto como loco tan pronto como Kilian entra en escena junto con ese chico de la otra noche: «Asher» lo ha llamado Jordan. Es evidente que su equipo y el de Kilian son los mejores de la ciudad.

—Desde hace un tiempo, hemos querido llevar este enfrentamiento en nuestro territorio, y hoy ha llegado el día. Liam ha intentado ganarle a nuestro digno adversario —señala a un punto a su derecha, donde está Liam, con una chica en su regazo—. Por desgracia, eso no ha sido posible... hasta esta noche, en la cual la historia cambiará. Asher Richards traerá la victoria a la USC, y Kilian Price pasará a la historia como toda leyenda, y nadie recordará sus triunfos.

—Imbécil —espeta Jordan—. Dame un segundo —me pide, haciéndose camino entre la gente hasta llegar al tipo que está presentando a los corredores. Le dice algo al oído; el chico se molesta notablemente, sin embargo, asiente, y Jordan enseguida regresa poniéndose detrás de mí como una barrera protectora, sujetando mis hombros, que ahora se encuentran tensos.

Nunca me pongo nerviosa. Hay algo esta noche que grita que todo saldrá mal.

—¡A mi derecha, nuestro corredor Alpha, nuestro orgullo y nuestro más peligroso corredor: Asher Richards! ¡Y, a mi izquierda, un corredor que ha demostrado que, aunque es difícil estar a su altura, todo en esta vida puede pasar! ¡Visitándonos desde la UCLA: Kilian Price!

Heather va acompañando a Kilian. Es la primera vez que él le permite unírsele en esto de las carreras. Él se preocupa muchísimo por mi amiga, y es bonito ver que, a pesar de que trata de aparentar que el mundo entero le vale una mierda, ella es su kryptonita.

Kilian y Asher se colocan en la línea de salida. Los vítores explotan. Violet se acerca más a mí; en su mirada descubro que ya se está arrepintiendo de habérsenos unido. En cuanto una chica que se ha puesto en medio del camino baja el pañuelo, ambos autos salen disparados.

—¡Dios mío! —exclama Violet a mi lado, siendo testigo de la velocidad con la cual han salido.

La curva carretera a veces hace que perdamos de vista a los autos; todo lo que se escucha son los rugidos de ambos motores, al igual que el rechinar de los neumáticos.

Creo que todos nos quedamos sin respiración cuando vienen de regreso. Kilian lleva la delantera, y eso molesta tanto a Asher que golpea el auto de Kilian, intentando sacarlo de la carretera. Jordan me suelta de inmediato.

—¿Qué diablos está haciendo? —le grita a un tipo alto y musculoso que hasta ahora veo.

—Corriendo —contesta, burlesco.

—¿Te crees chistosito? —gruñe Ralph, intentando irse sobre el tipo, pero los gritos llaman la atención de todos.

Mi corazón se dispara como loco.

Asher ha golpeado el auto de Kilian, que logra sacar de la carretera. Por suerte, Kilian controla su auto y vuelve a retomar el camino. Es como si de alguna manera ambos autos han tomado más velocidad. Haga lo que haga Asher, es inútil cuando Kilian ha logrado sobrepasar la línea de llegada como un kilómetro de más. Nadie se mueve de sus lugares para celebrar porque ninguno de los dos ha apagado sus autos. Kilian ha dado la vuelta; sigue rugiendo el motor. Está frente a frente con el auto de Asher, el cual se ha detenido justamente en la línea de partida.

—¡Ay, Dios! —exclama Violet—. Ralph, ¿Qué pretende hacer mi hermano?

Ralph está tan desconcertado que solo mueve su cabeza a modo de negación. Miro a Jordan, pero él está viendo perturbado el auto de su amigo.

Los autos siguen encarándose. Me oigo a mí misma gritar cuando los dos se desafían corriendo en la misma dirección.

—¡Se van a estrellar! —grito. Podría jurar que todos a nuestro alrededor están conteniendo la respiración mientras ven el horrible desenlace que está a punto de tener esto.

El aire no llega a mis pulmones mientras veo cómo ambos autos corren en la misma dirección. Mi estómago se contrae cuando, a unos escasos centímetros, Kilian se desvía antes de que ambos se estrellen, pero la que se viene es una buena porque, tan pronto ambos autos se han detenido, Kilian y Asher salen de ellos y se empiezan a golpear.

Todo el mundo se reúne a su alrededor.

—¡Qué mierda! —grita Jordan, empezando a correr hacia su amigo, con Ralph que le sigue los pasos. Sin descaro alguno, son interceptados por unos tipos que les impiden acercarse a Kilian—. ¡Ve por Heather! —le grita a Ralph, que tiene la salida más libre.

Violet empieza a llorar incontrolablemente, así que no puedo ayudar a los chicos. La abrazo, observando cómo Ralph se hace paso para llegar hasta Heather, que intenta locamente hacer algo por Kilian. Ralph la detiene a tiempo. Es imposible escuchar lo que ella le grita, pero no deja de señalar a Kilian en el suelo, que se está golpeando salvajemente con Asher. Ralph finalmente asiente, y los dos empiezan a correr hacia Kilian. Jordan logra zafarse de los tipos y hace lo mismo.

—Violet, no te muevas de aquí —le ordeno, también corriendo hacia ellos. Nuevamente nos es imposible separarlos porque el equipo de Asher nos ha rodeado.

—¡No se metan! —nos grita un moreno.

—Ten por seguro que te patearé el culo tan pronto nos sueltes —le grita Ralph.

Todo esto es horrible.

Violet y Heather le gritan a Kilian que de, alguna manera, ha perdido el control de la pelea. Jordan, Ralph y yo intentamos zafarnos de la muralla humana que nos han puesto. Estamos acorralados hasta que Kilian vuelve a tomar el control.

—Mira, hijo de puta... —grita Jordan y por primera vez lo veo muy enojado—. Si no nos sueltas ahora mismo, Kilian matará a golpes a ese imbécil, así que piensa las cosas y libéranos para que podamos separarlo.

El tipo mira hacia ellos, al cerciorarse de que Jordan tiene razón: somos soltados.

Ralph y Jordan corren hacia Kilian, y logran separarlo de Asher, que luce terriblemente golpeado, pero ni así detienen la ira de Kilian. De hecho, es Heather quien logra que él se detenga, y deja a Asher tirado en el pavimento.

## Capítulo 18

### QUÉ ERROR MÁS GRANDE

*(Jordan)*

Hemos hecho exactamente lo que Kilian nos ha pedido: nos retiramos a toda prisa del lugar, olvidando el dinero de las apuestas. No sé en qué demonios estaba pensando Asher, pero eso ha sido demasiado para una riña entre ellos. Puso en peligro no solo a Kilian, sino también a Heather. Mierda, tan solo espero que las cosas se queden así aunque, conociendo a Kilian, no podría asegurar nada.

Una vez más observo a Lindsay, que sigue luciendo totalmente ida. No ha querido ir directo a la residencia, sino que me ha pedido que la trajera al muelle de Santa Mónica. En este mismo momento estamos sentados en la arena, con el mar frente a nosotros y con el fresco viento, que nos abraza. Lo que ha pasado ha sido algo gordo, por lo cual no quiero forzarla a hablar hasta que sus nervios se controlen. Me resulta curioso que no se haya puesto tan inquieta cuando pasamos toda una noche en la estación policial y lo está ahora que no estuvimos tan involucrados. Supongo que se encuentra aturdida porque Heather pudo haber salido gravemente lastimada.

—¿Crees que Heather y Violet estarán bien? —pregunta alicaída.

—Por supuesto. Por eso Kilian se las ha llevado. Para asegurarse de que ambas estén fuera de peligro.

Asiente sin mucha emoción. No me ha visto al rostro desde que hemos llegado aquí, hace más o menos unos veinte minutos.

Su silencio empieza a preocuparme. ¿Qué pasa si no quiere verse envuelta en otro evento como este y cree que la única solución es poner distancia entre nosotros, incluso terminar lo bonito que tenemos?

—Hay algo que tengo que decirte. —El sonido de sus palabras sale amortiguado, con un sentimiento solemne. El pánico me empieza a atacar.

—No pretendes terminar conmigo, ¿verdad?

Ella gira de inmediato su cabeza hacia mí.

—¿Qué?

Mis labios se fruncen ante la posibilidad de una ruptura que me dolería hasta el alma.

—Una de las cosas por las que mi noviazgo con Jessy no funcionó fue justamente por esto de las carreras ilegales —empiezo a explicarle—. Tú no hagas lo mismo, Lindsay —le pido, tomando sus manos. En lugar de quitar esa horrible idea de mi mente, ella vuelve a ver hacia el frente. La punta de un puñal se empieza a enterrar en mi pecho.

—No se trata de las carreras —aclara; su voz empieza a temblar. De igual manera, yo me empiezo a sentir nauseabundo.

—¿Entonces?

Aleja sus manos de las mías, frotando su rostro con una desesperación que no había visto en ella. Por unos momentos cubre su boca con la palma de su mano, y yo estoy perdiendo toda pista de la situación.

—Esto no tiene nada que ver contigo.

Rayos. ¿Está a punto de decirme ese típico sermón?

Paso las manos por mi cabeza, luego la veo sin dar crédito a lo que está por suceder. No soy idiota, sé que esta conversación va directo a una ruptura. Terminará conmigo, y esto no lo veía venir.

—Por favor, no me salgas con ese recurso barato de: «No eres tú, soy yo».

Escucho el suspiro entrecortado que sale de su pecho. Opta por no contestar mis palabras, simplemente se pone de pie. Yo hago lo mismo.

Después de los minutos que hemos estado sentados en la arena, su mirada se cruza por primera vez con la mía y es como si todo a mi alrededor dejara de girar. Miedo y dolor es todo lo que veo en ella. No entiendo lo que está pasando, pero mi corazón empieza a latir como loco en compañía del destello de aflicción que se apodera de mí. ¿Qué pasa si está a punto de terminar con lo bonito que tenemos?

—Jordan... —está a punto de llorar. Intento acercarme a ella, justo como lo hice la primera vez que la miré derrumbarse frente a mí, solo que esta vez no me lo permite ya que da unos pasos en reversa—. No te acerques a mí hasta que te haya dicho todo.

—¿Qué pasa, Lindsay?

La observo queriendo descifrar su actitud, aunque lo único que consigo es una visión más clara de lo aterrada que está. Ni siquiera pareciera que está respirando. Camino hacia ella y, al tomarla de los hombros, descubro que en realidad está temblando como una hoja de papel.

Para mi total desconcierto, me mira a los ojos unos segundos antes de empezar a llorar. Con una rapidez impresionante esconde su rostro entre sus manos, y sus hombros se sacuden fuertemente.

Totalmente confundido y con ella sin aclararme por qué está así, simplemente la abrazo. Cuando su cuerpo rodea al mío, descubro que nunca en la vida había sentido tanto aferro por alguien como ella lo está haciendo conmigo. Es como si literalmente se estuviera aferrando a mí.

Dejo que se desahogue, tragándome el dolor que se ha formado en mi garganta. Jamás la había visto llorar tan indefensa; el solo hecho de pensar que yo tengo que ver con lo que nos está pasando me mata. Quizás nunca debí de llevarla a esas jodidas carreras; entonces ella no se

sentiría tan mal, porque es bastante obvio lo afectada que está. Es como si no fuera la Lindsay que conozco. Esta versión frente a mí es tan vulnerable que provoca un dolor en cada remota parte de mi cuerpo. Una vez más quiero sanar su dolor, pero ¿cómo puedo hacerlo si no sé qué es lo que lo provoca?

—Lindsay, háblame por favor —le pido, acariciando su cabello. Presiento que esta vez no se calmará luego de unos minutos; esto es totalmente diferente.

—Lo siento —la escucho decir—. Nunca fue mi intención que nos enamoráramos.

Mi corazón se detiene.

—¿Qué quieres decir con eso?

No me contesta por varios segundos. Creo que me volveré loco.

Finalmente se aleja de los brazos que le ofrezco, y su rostro está bañado en lágrimas.

—Cuando llegué a la ciudad, me propuse ser feliz, pero nunca me propuse enamorarme de alguien porque sé que no estoy a la altura de un chico bueno ni soy digna de él.

Muevo mi cabeza en una fuerte agitación.

—¿Qué locura estás diciendo, Lindsay? Claro que eres digna de cualquier hombre que también sea merecedor de ti.

—No, no estás entendiendo.

—Pues es claro que no lo hago. Explícame, por favor. Porque no comprendo tu repentina actitud.

Alza la vista hacia el cielo oscuro; luego se dispone a caminar en dirección al mar; estoy tan asustado que no se lo permito. En su mirada puedo ver que no está bien y hacer una tontería como meterse al agua podría resultar en un error mayúsculo.

—Estoy rota desde los quince años —dice, entre un llanto desgarrador que ha vuelto a ella—. Cuando un chico del colegio abusó de mí.

Un guantazo en la boca del estómago duele menos.

Mis pulmones se cierran; me quitan cualquier oportunidad de poder respirar y mi lengua pierde contacto con mi cerebro. Me dejan sin poder pronunciar palabra alguna. Lentamente, observo cómo Lindsay va bajando hasta arrodillarse en la arena. Una mano toca el suelo, mientras que la otra está sobre su estómago tembloroso.

—Y mi papá lo permitió —la escucho decir.

¿Qué rayos...?

Todo mi alrededor de pronto empieza a dar vueltas de una manera tan vertiginosa que enferma.

Lindsay no para de llorar, sino todo lo contrario; lo hace más fuerte que sin querer atrae la atención de algunas personas que aún a estas horas de la noche se encuentran en la playa. Caigo de rodillas. Sin poder encontrar algo que decir, vuelvo a abrazarla. Ella intenta apartarme. De alguna manera me mantengo firme y no se lo permito; luego de perder las fuerzas para luchar innecesariamente, ella deja de hacerlo.

Mi cerebro no termina de procesar lo que me está contando.

¿Habré entendido mal? No, estoy seguro de que claramente escuché cuando dijo que fue abusada a los quince años y su papá lo permitió, pero ¿a qué se refiere con eso? ¿Cómo alguien puede hacerle eso a su hija?

Dios, deseo tanto que pueda controlar su llanto y hable conmigo, porque no entiendo muy bien; lo único que sé con claridad es que quiero ir en busca de ese abusador para golpearlo hasta que desee no haber nacido nunca.

¿Es por eso por lo que dice que está quebrantada?

Maldición, jamás me imaginé que pudiera haber pasado por algo así.

¿Ese tipo cómo se atreve a hacerle eso a una mujer? Es que... nadie tiene el derecho de dañar a alguien de esa, ni de ninguna manera.

Levanto la vista para observar a nuestro alrededor. La playa se empieza a vaciar conforme pasan las horas y entra la noche en todo su apogeo.

—Lindsay, por favor, dime algo más —pido desesperado por entender todo esto. Ella se echa hacia atrás y solo la suelto porque necesito que hable conmigo.

—Tú querías saber mi historia, pues ahora la vas a tener. —Con el dorso de su mano se limpia la nariz—. Estás a punto de saber por qué me siento tan rota y por qué mis cuadros no tienen vida.

El color miel de sus ojos ahora luce muy apagado, lejos del brillo que miré la primera vez en ella, y las respiraciones entrecortadas que está teniendo me preocupan demasiado.

—Serás libre de odiarme por ocultarte mi secreto; tan solo te pido que no me juzgues —agrega.

Ni siquiera sé por qué asiento. Ella mira sus manos entrelazadas, que descansan sobre sus muslos. Toma varias respiraciones que solo me ponen más nervioso y provocan un dolor terrible en mi pecho.

—Corwin Reed tiene un negocio cervecero en Omaha y, cuando yo tenía quince años, a la ciudad llegó un empresario con maquinaria más moderna que hizo que papá perdiera clientes y personal. A raíz de su llegada, Corwin empezó a tener problemas y pidió algunos préstamos. —Se detiene unos momentos. A mí me duele ver cómo la chica fuerte que es Lindsay en este momento está totalmente quebrada—. Pero lo que hizo fue complicarse más. Las deudas aumentaban. Corwin estaba desesperado. No sé qué es lo que pasó, o de dónde surgió la idea, pero Bryan Ward, un tipo del colegio que me llevaba dos años más, siempre tuvo un encaprichamiento conmigo. Corwin... él... prácticamente me vendió.

Soy consciente de que mis ojos se abren de par en par sin que pueda evitarlo.

Ay, por Dios.

¿Qué diablos...?

¡Hijo de su puta madre!

Me quedo helado tan solo de escucharla. Ella baja la mirada cuando continúa contándome su historia.

—Me llevó con engaños a la casa de Bryan; me dejó ahí con la excusa de que regresaría por mí en unas horas porque estaría en una reunión con el papá de Bryan, su socio. —Por más que trata

de hablar sin llorar, Lindsay no lo consigue. Lleva una mano a su pecho, haciendo un evidente gesto de dolor al recordar todo—. Nunca pensé que algo malo me fuera a ocurrir, hasta que noté que no había nadie en la casa. Entonces Bryan apareció, usó la fuerza para llevarme a su cuarto, me encerró y abusó de mí. No importó lo mucho que grité o las veces que le supliqué que no lo hiciera.

Mi visión se empieza a tornar borrosa porque mis ojos se llenan de lágrimas. Ahora respirar con normalidad se hace mil veces peor.

—Odié a papá desde ese momento y jamás volví a verlo como un padre.

Vagamente la puedo imaginar sola, desesperada al comprender lo que estaba a punto de pasar, perdiendo las esperanzas después de cada grito. Su miedo incrementado al aceptar que nadie llegara para rescatarla. ¡Qué tipo más enfermo! ¿Cómo puede existir un papá así? Se supone que los padres están para protegernos a capa y espada, no a lanzarnos a la hoguera como hizo ese hombre.

Joder, ya entiendo por qué el otro día ella lo llamó «monstruo». ¡Definitivamente lo es!

—Lindsay —susurro, abrazándola tan fuerte como si con el gesto podré sanarla, aunque sé que estoy lejos de lograrlo—. ¿No le dijiste nada a tu mamá? —encuentro la manera de preguntar—. ¡Ese imbécil merece estar preso!

El llanto que ha regresado evita que me conteste de inmediato. Tiene que tomar varias respiraciones para controlarse a sí misma.

—Lo hice pero, como ya te he dicho, mamá no tiene voz en casa. De hecho, ni siquiera me creyó. Nadie de la familia lo hizo. Yo estaba tan indignada que una vez no pude más y, cuando me encontré a Bryan en el pasillo del colegio, le grité lo enfermo que era por lo que me había hecho. Desde ese momento mi vida se volvió un infierno.

Mis venas empiezan a arder por la ira. Nunca he odiado a nadie, sin embargo, ese imbécil se acaba de ganar mi odio por el resto de su triste existencia.

—¿Él se atrevió a volverte a tocar?

Mueve su cabeza a modo de negativa; luego se aleja de mí. Mis brazos caen a mis costados, sin la fuerza que usualmente tengo.

—Como si ese daño no le bastó, se encargó de arruinar mi reputación. Le dijo a todo el mundo que yo había sido la que lo había provocado y que me había entregado a él porque estaba enamorada, cosa que es muy falsa. —Observo cómo toma un puño de arena entre sus manos y la aprieta con fuerza—. Bryan podrá haber sido el más popular del colegio pero, aparte de llevarme dos años y ser todo un zorrón, nunca le hice caso porque detestaba su personalidad. Rechazarlo después de una fiesta fue mi delito.

—Dios, si tan solo pudiera cagarlo a golpes... ¡Quiero golpearlo tanto...!

Su mirada se cruza con la mía. Aunque no puedo asegurarlo, sé que todavía hay algo aún más desgarrador.

—Todavía no he terminado. —Muerde su labio, al tiempo que toma mis manos—. Lo que te



contaré es peor que esto. Tan solo escúchame y por favor... te lo imploro, trata de entenderme.

—Lindsay, olvídate de lo que yo pueda pensar o sentir. Eres tú todo lo que importa.

Por un momento el dolor parece apaciguarse, aunque solo por unos escasos segundos porque después vuelve a lucir aterrada.

—Y tú me importas a mí —replica con desesperación—. Por eso al principio quería alejarme de ti tan pronto como me di cuenta de que eras sincero conmigo. Pensé que podríamos tener una relación pasajera, ya sabes, algo fugaz, sin embargo, cuando descubrí que tus intenciones eran muy puras, todo se volvió muy complicado. Lo que más deseaba era ser digna de ti.

—No vuelvas a decir eso, por favor. Tú eres más que suficiente para mí.

—No después de mi confesión, Jordan. —Con fiereza limpia sus lágrimas. Sus hombros se alzan en una actitud defensiva—. Bryan no fue el único al que Corwin tuvo el valor de venderme.

Parpadeo un par de veces.

—¿Qu...qué? —tartamudeo.

Traga pesadamente y cierra con fuerza sus ojos.

—Luego de Bryan, Corwin Reed comprendió que en casa tenía a una chica bonita, con un cuerpo bastante desarrollado para esa edad, que podría sacarlo de los problemas económicos y él... —Sus hombros intentan decaer, pero ella sigue luchando contra el sentimiento. Mi cabeza amenaza con explotar—. Empezó a venderme con algunos hombres adinerados de la ciudad. Mi propio padre me prostituyó en tres terribles ocasiones.

La puta madre.

¿Qué demonios me está diciendo?

—Nadie me creía, solamente mi mejor amiga, Zara, pero eventualmente ella me dio la espalda porque estar a mi lado era como estar cerca del infierno. Empecé a escaparme de casa, a dormir en parques hasta que la policía me encontraba porque ese hombre se atrevía a usar la alerta Amber. Inicé la vida de tomar alcohol y hasta intenté suicidarme.

Algo dentro de mí se destruye por primera vez.

Ahora sí no puedo respirar.

Recuerdo aquella tarde, cuando papá iba conduciendo hacia el supermercado: una camioneta chocó con nosotros; yo iba en el asiento del copiloto. Pensé que ese sería el golpe más grande que experimentaría en toda mi vida, pero ahora, escuchando lo que está diciendo, ese dolor es completamente pequeño en comparación.

—Lindsay...

—Sí, era realmente malo. Logré salir de ese infierno gracias a Daisy, mi profesora de Ciencias, a la cual, en una horrible crisis que tuve, le conté todo y ella me brindó su ayuda. Quería que denunciara a ese hombre, aunque nunca tuve el valor para hacerlo... Además, él siempre amenazaba con hacerle daño a mamá.

Las palmas de mis manos se clavan en la arena.

Nunca me imaginé que la historia detrás de mi hermosa chica fuera tan cruda, espeluznante y

negra.

—¿Te preocupabas por tu mamá aun cuando ella no lo hacía contigo?

Se encoge de hombros.

—Nunca me he sentido protegida ni querida por ella, pero... después de todo, es mi mamá.

Dios. No sé si pueda seguir escuchando más. Tan solo sé que quiero abrazarla hasta que los recuerdos dejen de dolerle.

—¿Y cómo saliste de esa vida?

—Simplemente una noche tomé un cuchillo, amenazándolo con matarlo; supongo que en mi mirada había tanta convicción que Corwin se la creyó, así que no se opuso cuando tomé mis cosas para huir de casa. Daisy y su esposo me recibieron y...

Levanto mi mano para que se detenga.

Realmente necesito procesar esto.

Creo que tengo ganas de vomitar. De hecho, mi estómago intenta regresarse por mi garganta, por lo cual cubro mi boca, haciendo todo lo posible por no enfermarme frente a ella.

Estoy sudando helado, y todo mi alrededor da vueltas. Cierro mis ojos para tomar algunas respiraciones e intentar controlarme y, cuando al fin lo consigo, tomo mi cabeza entre mis manos, queriendo golpear con tantas fuerzas a su padre, a ese imbécil y a los hombres que han abusado de ella. No entiendo cómo pueden ser tan enfermos. ¿Y cómo ha logrado salir adelante después de algo tan traumático? Joder... un recuerdo, que ahora podría ser perturbador para mí me golpea mientras lo empiezo a procesar... ¿por eso lloró la primera vez que estuvo conmigo? No se trataba de si era virgen. Sus lágrimas se debían a esto.

—La noche en que estuvimos juntos... —empiezo a decir, temeroso de abrir mis ojos y ver su reacción. Juro que toma todo de mí verla a la cara—. ¿Lloraste porque tenías miedo de... mí?

Mueve apresuradamente su cabeza.

—No, jamás he tenido miedo de ti. Lloré porque tenía miedo de tener algún tipo de trauma que me impidiera estar a tu lado.

—¿Estás segura? —La culpa en su rostro me mata; es obvio que me miente—; ¡También tenías miedo de mí! ¿Cómo puedes pensar que soy como ellos?

—¡No! No eres como ellos, pero... al principio tuve un poco de terror de que tus deseos carnales te convirtieran en un monstruo. Entiéndeme, es todo lo que había conocido hasta que llegaste tú.

Con un extraño temblor en mis piernas, me pongo de pie. Anonadado por todo lo que me está contando.

Me tambaleo al caminar, sintiéndome terrible al saber que ella tuvo miedo de mí. ¿En qué momento fallé para que pensara eso? Quizás nunca debí de haber dejado que me tocara de la forma en que lo hizo o tal vez no debimos de apresurarnos, pero ella lo quería tanto como yo, que nunca imaginé que en realidad tenía temor de lo que pasaría entre nosotros. ¿Siempre ha tenido miedo de mí, o su historia es la que la ha hecho omitir cosas? El recuerdo de la pelea que tuve con

aquel chico hace más evidente todo.

Detengo mis pasos y, como puedo, giro sobre mis talones para verla.

—El tío de la otra noche —le recuerdo—. Él es el amigo de ese tipo que te hizo daño. Bryan.  
¿No es así?

Sus ojos solo reflejan más dolor.

—Así es.

Mil veces maldición. ¿Por qué no me confesó nada en ese momento que tuvo la oportunidad? De repente no solo siento un horrible dolor en mi pecho; también me he llenado de enojo hacia ella.

—¿Hasta cuándo pensabas callar? ¿Por eso me preguntaste lo que pienso sobre las omisiones? ¡Por Dios, Lindsay! ¡Soy tu maldito novio y merezco saber ese tipo de detalles! —Odio haberle gritado cuando ella da un respingo nervioso. Aunque esta vez me siento tan molesto que no pido una disculpa.

—No quería decirte nada de esto.

Mi furia crece un poco más. ¿Está de broma?

—¿Pensabas ocultarme toda la vida que... eras una prostituta?

Su pecho se hunde como si hubiera enterrado un puñal, y su boca se abre a consecuencia de la congoja que mis palabras han causado en ella... en los dos. Sintíendome como un estúpido, me acerco para retractarme de lo que he dicho. Es demasiado tarde. Lindsay levanta sus manos haciéndome el gesto universal para detenerme.

—No, Jordan —responde con una fiereza que me deja sin respiración, al tiempo que las lágrimas se resbalan por sus mejillas. Una detrás de la otra, sin parar—. Nunca fui una prostituta porque esa vida no fue mi elección. Me tomó unos meses darme cuenta de que fui víctima de un hombre enfermo. Pero ahora soy una superviviente.

Santa Mierda. Todo me da vueltas.

Tiene razón.

Maldición. Nunca debí de haber dicho eso. Por muy molesto que me siento al saber que me ha ocultado algo grande, no tengo el derecho de llamarla de esa manera. ¡Qué estúpido he sido!

—Perdóname. Nunca quise decir eso.

—Ya lo has hecho, y las palabras hirientes no se pueden tomar de regreso con tanta facilidad —me dice con la cabeza gacha, llorando nuevamente. Yo no soy capaz de soportar saber que está así por mi culpa.

Me impacta tanto sentir una humedad en mi rostro...: también estoy llorando.

Empiezo a alejarme de ella, incapaz de controlar la situación.

Siempre me he considerado bueno a la hora de tener imprevistos en mi vida; en el juego de baloncesto actúo rápido cuando tengo que tomar decisiones arbitrarias, pero ¿en esta ocasión en particular? No tengo ni la menor idea de qué hacer o decir. Tan solo sé que siento mucha tristeza por ella y un poco de enojo por haber tenido el valor de ocultarme todo esto.

—Jordan, no te vayas —escucho la voz de Lindsay detrás de mí.

En realidad, quiero irme de aquí. Necesito procesar todo lo que me ha contado, aunque un pensamiento aterrador golpea mi mente; entonces busco con rapidez a Lindsay. Ahora que ya conozco su dolor y sé por qué su sonrisa a veces es triste, no sé de qué manera ayudarla.

No sé de qué manera sanarla.

Teniendo en cuenta que ya la he herido, necesito saber esto en particular, estando bastante seguro de que después terminaré odiándome a mí mismo por siquiera pensarlo.

—Lindsay, tú... —Mi garganta se cierra sin querer pronunciar esas palabras, pero tengo que hacerlo—. ¿Tú no tienes... ya sabes, ninguna...?

Si antes su mirada estaba llena de dolor, esta vez pareciera que algo dentro de ella se está desgarrando; a consecuencia de ello, yo me quiero dar contra la pared tantas veces hasta perder el conocimiento.

—¿... enfermedad? —Termina por mí y pronuncia las palabras con tanto dolor que maldigo a mi mente por haber formulado ese pensamiento—. ¿Crees que te habría puesto en ese riesgo, Jordan?

No puedo verla a los ojos; solo miro cómo tiembla su pecho a causa de su llanto silencioso.

—No... quiero decir...

—Cállate —me pide, alejándose de mí al echarse a correr en dirección a la salida del muelle.

Dios mío. ¿Qué acabo de hacer?

Voy detrás de ella. Es bastante rápida, pero no más que yo y logro alcanzarla, deteniéndola al tomarla del brazo. La noche se torna fría; el viento golpea nuestros cuerpos, mientras que a lo lejos escuchamos el rugido de las olas, que pegan en el muelle.

—Por favor, perdóname. Es solo que no sé cómo tomar todo esto; además, nunca fuiste sincera conmigo. Nunca me contaste toda tu historia.

—¿Y qué esperabas? ¿Qué te contara todo esto cuando apenas nos conocíamos? —me grita. Una parte de mí se alivia al ver que ha recuperado la fuerza que he visto en ella.

—¡No! Pero me hubiera gustado que tuvieras el valor de habérmelo dicho la noche que me mostraste tus pinturas.

—¿Valor? ¡No me hables de valor, porque es lo que más tengo, Jordan! —Toma su cabeza entre sus manos y eleva su vista—. Tan solo quería tener un nuevo comienzo, lejos de todo lo que he vivido. Olvidar todo. Tener una nueva vida, que es para lo que he venido a Los Ángeles. Deseaba ser una Lindsay Reed renovada. ¡Dios! Solo anhelaba ser feliz. —Su voz vuelve a disminuir considerablemente ante las últimas palabras.

—Pues qué error más grande el pensar que se puede escapar del pasado.

Odio la mirada dolida con la cual me mira ahora mismo.

—¿Crees que no he aprendido mi lección? —susurra, agitando levemente su cabeza—. Ahora lo sé, Jordan. Así como también sé que me estás juzgando por mi historia y, ¿sabes qué? También he aprendido que no valgo por mi pasado, sino por lo que soy ahora.

No me ha dado un golpe, pero sus palabras duelen más que cualquier rechazo en el estómago,

en la nariz, o incluso en la ingle. No quiero ni imaginar cómo se ha de sentir con lo que he dicho. Qué estúpido que estoy siendo con ella. Tiene toda la razón. ¿Cómo puedo atreverme a juzgarla por no haberme confesado su historia?

—Tan solo dame tiempo para procesar todo esto. Necesitamos espacio.

—No.

—¿Qué?

Aprieta con fuerza su mandíbula antes de volver a alejarse de mí. Ya no está llorando sin control, aunque algunas lágrimas aún se escurren por sus mejillas pecosas.

—No necesitamos espacio. —Lleva una mano a su pecho y frota esa parte, como si intentara quitarse una congoja que no solo ha provocado su pasado, sino que erróneamente también he causado yo—. Quizás he elegido la peor ocasión para decirte esas palabras, aunque ahora estoy segura de que no tendremos otra oportunidad. Solo quiero que sepas que te quiero y seguiré haciéndolo con cada fuerza que me quede... pero tú y yo hemos terminado.

No, no, no. Tiene que entenderme.

—Lindsay...

—No, Jordan. De la peor manera he aprendido a alejarme de lo que me hace daño. Tu actitud ahora mismo está lastimando las partes de mi corazón que siguen intactas y que alguna vez hiciste latir. Me estás condenando nuevamente al dolor.

Se aleja de mí en cuanto termina de hablar. No, por favor. ¿Debería ir tras ella? Me he portado como un reverendo imbécil y no permitiré que se vaya de esa manera, así que me dispongo a seguirla. Lindsay solo apresura sus pasos.

—Déjame llevarte a casa —pido entre mi desesperación.

—No. Y para que lo sepas —se gira hacia mí, poniendo sus manos sobre mi pecho para empujarme lejos de ella—, Daisy me ha llevado a consulta y me han hecho todo tipo de exámenes. Gracias a Dios, no tengo ninguna enfermedad, así que despreocúpate: no he arruinado tu vida y jamás lo haría.

Sus palabras me dejan nuevamente sin aire: solo observo su espalda alejarse de mí.

La llamo sin tener éxito.

Lindsay no se detiene y, aunque quisiera ir tras ella, mis piernas, de las que siempre he estado orgulloso, esta vez no funcionan, sino todo lo contrario: me decepcionan al flaquear y hacerme caer de rodillas en la arena. Completamente derrotado. Siendo testigo de las lágrimas silenciosas que no paran de brotar de mis ojos.

## Capítulo 19

### MIRADA DE UN CHICO ENAMORADO

(Lindsay)

Mis ojos están muy hinchados de lo mucho que he llorado y mis mejillas están rojísimas. Me encuentro hecha un desastre, no solo física, sino también emocionalmente. Estoy más desconsolada de lo que alguna vez lo estuve. He llegado a la conclusión de que, aunque mis penas pasadas eran asfixiantes, esta es una clase de dolor diferente; sin embargo, está acompañado de la misma intensidad de sufrimiento.

Cuando pasó todo mi infierno, no tenía esperanza. Me hundí tanto en la desolación que de pronto empecé a resignarme a que tenía que vivir con eso. Pero luego apareció Daisy y Max, brindándome una luz, recordándome que no tenía que adaptarme a algo que estaba mal, recordándome que tenía que volver a luchar por mí misma. Lo lograron. Ellos y el arte fueron mi salvación.

Hasta hace algunos meses, no tenía nada que perder al encontrarme en una ciudad deslumbrante, completamente sola. Recuerdo que me aterró al mirar la grandeza de Los Ángeles, el lugar que sería mi hogar por los próximos años; no sabía si lo lograría, pero me lo propuse: ya había pasado por mucho como para echarme para atrás. Necesitaba vivir por algo. Ese *algo* de repente se convirtió en *alguien*: Jordan Fisher.

Por primera vez tenía a alguien a quien perder, alguien que se había enamorado de una chica con un pasado oscuro, del cual no tenía ni una remota idea.

No tengo un cargo de conciencia por no haberle contado más antes toda mi historia; no obstante, sí me siento mal por haber permitido que se enamorara de mí. Ahora sé que no solo yo estoy sufriendo, sino que he arrastrado a Jordan a mi infierno personal, y ese abismo es horrible para él.

¿¡Cómo pudo pensar que habría estado con él sabiendo que tengo alguna enfermedad de transmisión sexual!? Eso es lo que más me duele y el hecho de que en su mente haya formulado el pensamiento: «Era una prostituta». Las ofensas siempre duelen, vengan de donde vengan pero, cuando provienen de alguien a quien queremos, es como un puñal en cada parte del cuerpo.

Con toda mi fuerza me aferro a la almohada y me cubro más con mi sábana. Pensando continuamente en lo que hice mal.

Qué ilusa fui al creer que el pasado se puede dejar atrás así como así. Se puede empezar una nueva vida, sí, mas nunca a costas de enterrar un pasado porque lentamente las omisiones brotan de la tierra, y agrietan el presente que con tanto esmero construiste. Puede ser que este haya sido el error más grande, y pagar las consecuencias se convierta en algo que eventualmente tengo que asumir. Pero no ahora. He sido tan fuerte los últimos meses que merezco llorar hasta que drene todo lo que he contenido.

Es una suerte que Heather se esté dedicando tanto a su nuevo trabajo en la librería, ya que actualmente pasa más tiempo ahí que en nuestra habitación, lo que me deja la soledad que, sin duda, necesito en estos momentos.

Jordan no me ha buscado desde la noche de ayer, algo que comprendo en su totalidad. Terminé con él y quizás ahora entienda por qué nunca me he sentido digna de estar a su lado, aunque eso no significa que podría soportar su rechazo hacia mí cuando por alguna circunstancia tengamos que vernos a la cara. De hecho, estoy aterrada de poder verlo nuevamente. No quiero ver compasión o asco en su mirada. He tenido mucho de eso, y no lo quiero de él.

Mi pecho se contrae, y hace que el dolor sea más latente, recordando todas las personas que me han juzgado sin saber una mierda de lo que en realidad pasaba en casa. Sin saber que mis propios padres estaban destruyendo mi juventud.

Mirar la hora en mi celular ha sido una terrible idea porque Jordan me sonrío ampliamente desde el otro lado, la noche en la cual se cayó de la cama y yo aproveché para sacarle una foto. Paso mis dedos por la pantalla del celular, acariciando al chico que vio algo en mí y que, desde ayer en adelante, todo lo que verá será a una chica distinta. ¿Qué pasa si nunca más vuelvo a obtener esa mirada de chico enamorado? Debí aprovechar más nuestro tiempo juntos e intentar olvidar al menos por unos momentos a la chica dura y sarcástica que la vida me ha enseñado a ser.

El llanto silencioso que emergía de mí se ha convertido en un llanto audible, por no decir fuerte, tan fuerte que podría ser escuchado por las chicas que viven en la habitación contigua a la nuestra. No me importa.

No hoy. No cuando estoy a la miseria.

Odio demasiado a Corwin Reed por ser el principal causante de tanto dolor. Por él viví cosas horribles y llegué a perder la confianza en todos a mi alrededor, al punto de que la vida me causara tanto miedo, aun siendo apenas una niña. Y ahora lloro por la misma maldita razón. Tengo miedo de imaginar una vida sin Jordan, Heather o todos los demás. Y no se trata de dependencia, se trata de no querer perderlos cuando son tan importantes para mí.

\*\*\*

—Tomaré un avión y estaré a tu lado, cariño —entre llanto me dice Daisy a través de la llamada, al escucharme contarle con detalles cómo han acabado las cosas con Jordan—. No mereces estar pasando esto.

Es mitad de semana y durante los últimos días he escondido todo rastro de desconsuelo detrás de varias capas de maquillaje en conjunto con muchísimas capas de máscara para pestañas. Mis ojos se ven abiertos aunque, por desgracia, no existe ningún maquillaje que pueda esconder el dolor que un alma atraviesa.

—No permitiré que lo hagas, Daisy. El mes de junio está a nada de llegar; entonces tomaré mis vacaciones para vernos en alguna ciudad, porque sabes que no regresaré a Omaha.

—Lo sé, pero no puedo esperar hasta junio, Lindsay. Hace mucho que no te escuchaba llorar, y eso me duele.

Alzo la vista, tomando varias respiraciones. Recordándome que esta vez no puedo darme el lujo de llorar porque entonces mi careta se caerá y Halsey verá lo mal que luzco.

—Estaré bien. Te lo prometo.

—Sé que lo estarás, eres fuerte —dice con un suspiro—. Solo que... en este momento mereces que alguien te abrace.

Me encojo en el suelo, flexionando mis piernas para poder descansar mi frente sobre mis rodillas. Envolviéndome imaginariamente en el abrazo que Daisy me daba las noches en las cuales llorar era lo único que hacía.

—¿Crees que se olvidará de mí y terminará con alguien más? Yo realmente lo quiero —confieso; mi pecho vuelve a temblar.

—Lo sé. Quizás necesitan un tiempo lejos del otro. Indirectamente él también te ha herido, y tú no necesitas más dolor.

—No quiero que te molestes con Jordan. Después de todo, ambas sabemos que es un buen chico.

—Pues su reacción no habla bien de él.

Endezco mi espalda para recostarme en la pared. Estoy solamente con Halsey en el salón de belleza, y ella lleva casi una hora mirando tutoriales en YouTube, ya que no tenemos clientas el resto de la tarde. Le he pedido permiso para encerrarme en la salita de descanso que tenemos detrás de la sala principal y sabe que estoy hablando con su mejor amiga, por lo que no ha entrado a interrumpirme ni una sola vez.

—¿Quién puede reaccionar de una buena manera con todo lo que le lancé? Y no me malinterpretes, no lo estoy justificando, solo estoy recalando los hechos —me apresuro a decir—. Siempre me has dicho que no hay buenas o malas reacciones, solo reacciones.

La escucho suspirar por una incontable vez. Al menos es bueno saber que ni ella ni yo hemos vuelto a llorar en los últimos minutos de la conversación.

—Y a veces esas reacciones pueden tener grandes consecuencias. —Guarda silencio por unos segundos hasta que pregunta—: Entonces, ¿qué harás?

—Lo que me has enseñado. Seguir adelante. Siempre querré a Jordan por ser él y por demostrarme que puedo ser feliz pero, si lo nuestro no puede ser, no me queda nada más que enfrentar mi realidad.



Odio decir que no pelearé por lo nuestro, aunque con honestidad, no hay ningún «lo nuestro» cuando uno de los dos se ha rendido y, en este caso, puede ser que los dos nos hemos rendido a la primera batalla que se nos ha presentado.

Hablar con Daisy siempre me calma. El resto de la semana pasa en un parpadeo, tan solo un poquito más tranquila emocionalmente; siempre pensando en lo distinta que podría haber sido mi historia con Jordan si yo no hubiera pasado por todas esas cosas.

El sábado por la noche que entro en la habitación, me sorprende por completo. Algunas cosas de Heather están el suelo, casi destruidas. Ella está en el medio de la habitación llorando sin consuelo. Todo es un desastre. Los libros que a Heather tanto le encanta leer están abiertos sin el cuidado que ella les pone.

Algo anda mal.

Sigilosamente me acerco a ella. Heather alza un poco la vista solo para comprobar quién ha entrado; al darse cuenta de que soy yo, vuelve a hacerse un ovillo en el piso, con su llanto sin parar. Me arrodillo a su lado y la abrazo.

—¿Qué ha pasado? —pregunto, inquieta ante el desastre frente a mí—. Parece que ha pasado un huracán.

A Heather le cuesta hablar, así que solo envuelve sus brazos alrededor de mi cuello. Me cuesta mucho controlarme para no terminar llorando con ella. Una chica sensible es problema; dos chicas sensibles son un tornado.

—Y ese huracán se llama Kilian Price —responde entre llantos que se roban algunas lágrimas de mis ojos—. Hemos terminado.

Mi pecho se contrae.

¿Tendrá esto algo que ver conmigo? No quiero ni imaginar que mi historia sea la causante de su ruptura. Ya estoy haciendo demasiado daño a las personas que me importan.

—¿Puedo saber por qué han terminado? —pregunto. Ella mueve su cabeza negando; luego se aferra más a mi cuello.

—Por un imbécil que pretende arruinar mi vida.

—¿Qué? ¿Cómo es eso?

Heather me suelta para alejarse y se empieza a limpiar las lágrimas, aunque no ayuda mucho. Jamás la había visto llorar; es tan fuerte que me parece doloroso verla de esta forma. Sé que me lamentaré aún más si de alguna manera todo esto tiene que ver con Jordan y conmigo.

—¿Recuerdas al chico que te encontraste en la playa? ¿Mi exnovio? —me pregunta; yo respondo con un movimiento positivo de mi cabeza—. Pues me ha hecho la peor canallada.

Antes de que pueda seguir hablando, se ataca de nuevo en llanto, por lo cual tengo que volver a abrazarla. Mi pecho empieza a doler y lo hace más fuerte todavía al escucharla contándome todo lo que le hizo ese tal Ryle Hughes. Tengo tantas ganas de patearlo en los huevos y hacer que se arrastre del dolor...

—¡Es un patán! ¡Poco hombre!

—Ahora por él, Kilian me odia. —Su llanto es agudo, igual de fuerte al que yo tuve unos días atrás—. ¡Terminó creyendo todas las mentiras!

Acaricio su cabello, simplemente dejando que hable conmigo.

Sé lo que se siente querer desahogarte con alguien y no tener a nadie con quien hacerlo; es asfixiante y decepcionante. El que ella esté hablando conmigo no solo me hace llorar junto a ella, sino que, entre tantas cosas malas que nos está pasando, me regocija saber que se ha dado cuenta de que en mí puede encontrar una amiga incondicional que estará siempre para ella. No importa qué.

En este momento decido que, en cuanto ella esté más tranquila, le confesaré toda mi historia.

—Tienes que ser fuerte, Heather —repito lo que siempre me dice Daisy, sabiendo que, aunque no sirven de mucho, las palabras de aliento son las que nos atan a seguir respirando sin ceder del todo el control—. No estás sola. Estoy aquí para lo que necesites.

—Muchas gracias, Lindsay.

Nos quedamos en el suelo por varios minutos; podría decir que horas, hasta que me doy cuenta de que ver todas las cosas en el suelo provocan que mi amiga llore mucho más, por lo que me pongo de pie, sujetando mi cabello con una goma, lista para limpiar todo este desastre.

—Si no quitamos toda esta evidencia, será peor para tu corazoncito. —Miro a Heather y entre llanto ella se ríe—. ¿Qué?

—Tú diciendo algo tan dulce como *corazoncito* es... raro —asegura. Una fuerte risotada emerge desde el fondo de mi garganta.

—Sí, ya me han dicho que lo cursi es raro en mí, pero se me da bien, ¿no?

Me gusta ver que, aunque las dos tenemos el corazón destruido, al menos por un momento logramos reír.

## Capítulo 20

### MÉTODOS PARA SANAR

*(Jordan)*

Me duele lo que Lindsay me ha contado. El alma se me desgarró al saber el origen detrás de esa mirada llena de tristeza y esa sonrisa rota. Ni siquiera puedo imaginar lo difícil que debió de ser para ella todo lo que ha pasado. ¿Cómo sus propios padres le hicieron pasar por algo así? ¿Cómo pudieron ser unos monstruos con su hija? Su confesión rompe cada parte de mi corazón las veces que recuerdo sus palabras.

Ahora que han pasado unos días para calmar mi mente, me estoy muriendo por haberme comportado como un estúpido con ella.

Sé que no pedí demasiado al querer que desde siempre tuviéramos una relación limpia, sin ocultar ningún tipo de cosas y, por más que le di la suficiente confianza para que me hablara de su pasado, no lo hizo, pero no voy a justificar mi comportamiento.

Estuvo mal.

Muy mal.

No sé qué demonios me pasó al reaccionar así. Quizás fui un mentiroso con ella al decirle que en ese momento sus sentimientos eran todo lo que importaba porque es claro que no fue así. Me enfoqué más en mí, en el hecho de que estaba enojado al recordar que, una y otra vez, le pregunté tanto el motivo de que sus cuadros carecieran de colores vivos, y ella nunca quiso decirme nada. ¿Creía que podría seguir así por así? ¿Qué se supone que me diría cuando, en un futuro lejano, nuestra relación se hubiese hecho tan fuerte al grado de atreverme a pedirle matrimonio? Porque sé que ella y yo hubiéramos llegado a ese punto. Mi corazón sabe que Lindsay es la elegida. Aun así, ¿me habría seguido ocultando su pasado?

Siempre supe que, en unos cinco o diez años, sería un ingeniero exitoso que trabajaría para una importante firma de construcción o, si la vida me sonreía, me dedicaría a jugar profesionalmente para la NBA, pero nunca visualicé a mi lado a una chica en particular. Sabía que habría una, aunque no tenía un rostro específico; eso ya ha cambiado. Ahora que sé que quiero que esa chica sea Lindsay, todo se está cayendo a pedazos.

Por sus omisiones.

Por mi estúpida reacción.

Porque no puedo quitarme de la mente que esos hombres la han tocado y por el presente, que parece burlarse de los dos.

—Te dije que esas chicas serían nuestra perdición. —Kilian descansa su frente en el puño que forman sus manos, apenas recostándose a la mesa del bar al que a veces venimos cuando no queremos saber nada del Hell's poison—. Te lo advertí, Jordan. Tú no me hiciste caso.

Miro fijamente a mi cerveza.

Los dos estamos destruidos por diferentes razones, aunque ambas tienen el mismo trasfondo: omisiones y la idiota necesidad de ocultar un pasado que no puede cambiarse.

—El detalle es que no siento como si Lindsay ha sido mi perdición —respondo—. Con honestidad, nunca me he sentido perdido; siempre he mantenido el enfoque en lo que quiero; lo que no puedo negar es que no sabía que quería desesperadamente encontrar a alguien que se quedara para siempre en mi vida.

Hay un tranquilo silencio por unos segundos.

—Pues, en mi caso, Heather hizo un estruendo al irrumpir en mi vida. —Kilian le da un trago a su cerveza y me observa con los ojos inyectados en sangre—. Por más que lo sabía muy dentro de mí, no era capaz de ver cuán perdido estaba hasta que ella apareció, pavoneándose la noche de la carrera.

A pesar de lo aturdido que me siento, recuerdo a la perfección la noche en que miré por primera vez a Lindsay. Me encantó tanto la chica que emanaba seguridad en sí misma... Nunca se me habría ocurrido que esa seguridad se debía a que ya había sido destruida y que esa versión fuerte era solo lo que había surgido de su dolor.

—Yo sigo insistiendo en que Lindsay no es culpable de nada de lo que le ha pasado. —Ralph me mira y me señala con su dedo índice. Él es el más sobrio de los tres—. Tú fuiste un reverendo imbécil al haberla tratado así.

Que no se malinterprete: no cuento detalles tan personales a los chicos, pero era necesario hablarles de lo que me está pasando para no ahogarme a mí mismo. Si yo soy el que suele darles consejos, ahora necesito que ellos hagan algo por mí porque, de lo contrario, mi confusión de sentimientos solo me llevaría directo a una condena eterna.

—Tienes razón —contesto, avergonzado después de haberle dado tantas vueltas a mi errónea reacción—. Cometí el peor error de mi vida.

—Pues claro. ¿Y sabes qué te hace diferente de ella? —Ralph raramente se toma en serio un problema: su vida es muy a la ligera. El hecho de que sea precisamente él quien nos esté regañando hace todo más fuerte. Niego—. Has dicho que no puedes sacarte de la cabeza que ella ha estado con otros hombres, pero tú te has acostado con casi todas las porristas de tu equipo; ni hablemos del resto de la población femenina de la universidad. Tú sí has sido un puto por elección; en cambio, Lindsay ha sido explotada y utilizada por su jodida familia.

El color drena de mi rostro y de mi cuerpo entero.

La herida en mi corazón se hace más grande.

¿Por qué nunca había analizado nuestra situación desde ese punto de vista? Joder, me siento terrible. Ralph no tiene ni idea de lo mal que me ha hecho sentir.

Tomo mi cabeza entre mis manos, sintiéndome no solo mareado, sino con unas terribles ganas de llorar. Kilian siempre se quejaba de que yo iba por la vida lloriqueando cuando terminaba con una chica. Esta vez es diferente. Completamente diferente porque aquí no hay un simple enamoramiento o un cariño especial. Perder a Lindsay me hizo darme cuenta de que, en realidad, la amo, y yo solito me he destruido el corazón al lastimarla y alejarla de mí, en lugar de portarme como un novio comprensivo.

No importa lo mucho que odio las mentiras u omisiones, o como quieran llamarlas. Nada me da la razón para haber sido un imbécil con ella. Ahora sé que fui más que un idiota con Lindsay.

Y ahí estaba yo hablando de temas morales cuando ni siquiera me había analizado a mí mismo. Qué ironía. ¿Con qué cara pude pensar todo eso de ella cuando yo he estado con una infinidad de chicas?

¡Demonios!, quiero golpearme a mí mismo.

La he fregado a lo grande.

¿Y ahora qué se supone que tengo que hacer con este corazón roto? Porque durante las últimas dos semanas me he dado cuenta de que, ni borracho soy capaz de apagar este dolor.

Las cervezas no se sienten como si se me han subido a la cabeza, sino como que todo se ha caído a mis pies. Cuánta razón tiene Ralph.

—He sido un hipócrita.

Ralph se echa hacia atrás en la silla y entrelaza sus manos detrás de su cabeza.

—Bueno, no quería ser así de directo, porque ya estás muy jodido, aunque sí, has sido un gran hipócrita. —Alza su mano, señalando algo invisible en el aire—. En negrita y subrayado.

Del bolsillo de mi vaquero, saco mi celular. Enciendo la pantalla solo para ver la imagen de fondo que tengo de Lindsay. La foto que le tomé en The Grove nunca la he quitado. Ni por un solo segundo.

—Odio decir esto —Kilian pone una mano en mi hombro—, pero los dos tienen razón.

—¿Qué? —Ralph se deja caer hacia el frente de la mesa—. Nada de «Los dos tienen razón». Él no tiene la maldita razón, en cambio yo sí.

—Escúchame. —Por unos segundos Kilian se enfoca hacia un punto de en medio de la mesa de madera, cuando alza la vista para vernos a los dos; sus ojos no solo están inyectados de sangre. Juraría que está a punto de romperse a llorar frente a nosotros. Ralph y yo apartamos la mirada porque nos hace sentir raros—. Mentir, omitir, ocultar... mierda, es lo mismo. Lindsay y yo nos equivocamos al tratar de ocultar parte de nuestras vidas, cuando está claro que eso es imposible, pero Heather y Jordan se equivocan al pensar que es fácil exteriorizar nuestras heridas, sobre todo cuando vienen con un pasado doloroso. —Se queda en silencio por un largo momento, que me da tiempo de recapacitar en lo que está diciendo—. Las personas tenemos diferentes métodos para

sanar y tratar de salir adelante, Jordan. Ni tú ni nadie puede juzgarnos al respecto; no cuando todo lo que hacemos es porque queremos estar bien y nunca permitir que nos vuelvan a hacer daño, hasta lograr ser... irrompibles.

Incluso Kilian se queda aturdido por sus mismas palabras. Hay un golpe más fuerte en mi pecho: la culpa.

—Mosqueteros... —nos llama Ralph, frunciendo sus labios—. Nosotros no tenemos ningún tipo de reglas, aunque de ahora en adelante, la regla primordial será: nunca volver a sentarnos en una mesa con más de uno de nosotros sufriendo por amor. ¡Somos patéticos!

En otra ocasión, nos habríamos reído a carcajadas. Esta vez Kilian y yo apenas sonreímos.

*Ni tú ni nadie puede juzgarnos.*

Kilian tiene toda la maldita razón. ¿Quién soy yo para juzgar a Lindsay cuando es notable que todo lo que ha hecho es tratar de sanar y tener un futuro mejor? Demonios. Me duele el alma tan solo de imaginar lo pesado que ha sido todo esto para ella... ¡Mierda! Creo que vuelvo a quedarme sin respiración. Ahora entiendo todas nuestras conversaciones y la pieza que estaba perdiendo aquella tarde. Ya sé por qué me dijo que se identificaba con el *heavy metal*. El dolor aumenta mientras en mi mente tarareo la letra de la canción; una línea en particular me desarma: «I keep dragging around what's bringing me down. If I just let go, I'd be set free».

Todo lo que Lindsay siempre ha querido es ser libre de su pasado y de su reputación.

—Tienes razón. La voy a buscar para pedirle perdón.

—No —interfiere Ralph—. Mejor espera unos días más.

—¿Para qué?

—Para que, cuando se vean nuevamente, los dos hayan tenido el tiempo suficiente de pensar todo lo que han pasado.

Odio admitir que otra vez tiene razón.

—Nadie nos creería que el más patán de los tres nos esté dando consejos —intenta burlarse Kilian.

—Oye, ¡que también tengo un corazón, eh!

—Pues a veces no lo parece —respondo, levantándome de la mesa, yendo en dirección al baño, donde la música rock no se pueda escuchar.

Mis manos tiemblan al desbloquear mi pantalla, y es difícil para mí acercar mi dedo al icono de llamada. Me quedo congelado solo de pensar que Lindsay pueda odiarme por haberme expresado así de ella. Escucharla decir que posiblemente no me quiera volver a ver hace que las piezas rotas de mi corazón duelan aún más, y un horrible cosquilleo en mi estómago me provoca náuseas.

Soy de las personas que piensan que no hay nada más bonito o mejor que hablar con la verdad desde el principio. Sin embargo, Kilian tiene un punto a su favor. Una vez me dijo que mi vida no ha sido dura ni oscura como para entender por qué su primera reacción es siempre huir de su pasado. Sí, tiene toda la razón. Hasta ahora lo entiendo.

No he tenido una vida a lo tipo cuento de Disney, pero sé que las personas siempre llevamos

una herida, por muy pequeña que sea, que nos cierra como si nos tratáramos de una ostra; las personas ajenas a ese dolor solo deben tener la habilidad para llegar hasta el fondo de ellas e intentar ganarse un espacio en nuestro interior.

Después de Jessie, no quise probar estar en otra relación porque las chicas de la universidad son muy diferentes a las de la secundaria. Solo les importa la popularidad. Lindsay llegó a mi vida para demostrarme que no debo generalizar. Logró entrar a mi ostra; no solo se ganó un espacio en mi interior, sino que encontró mi corazón, y yo ni siquiera me di el tiempo de apreciar el suyo.

Ahora sé que ambos necesitamos perdonarnos el uno al otro. No puedo simplemente llamarla. No, no puedo. Tengo que reunir el valor e ir por ella para personalmente pedirle perdón.

No voy a permitir que Lindsay se aleje de mí o que la bonita relación que hemos forjado se destruya por un pasado que estuvo fuera de nuestro control. Sé que, si la amo, podré con el peso que conllevan sus recuerdos. Juntos podremos contra todo.

## Capítulo 21

### ALZAR MI VOZ

*(Lindsay)*

Los exámenes finales del semestre me han mantenido cuerda, y la clase de la profesora Field se ha vuelto una zona de guerra en cuanto a las notas académicas se refiere. Ya hemos pasado de la etapa de arte libre a trabajar específicamente con barro y cera. Todos hemos bajado los excelentes puntajes. Ha sido un declive. Las uñas de mis manos se han resentido bastante. El arte con barro simplemente no es lo mío. No he podido hacer más que un jarrón ladeado y, por supuesto, muy mal hecho. Mi compañero de clase, Alex, dice que quizás este no es mi fuerte.

Últimamente nada es mi fuerte; ni siquiera he podido pintar un cuadro digno.

—Yo creo que te falta inspiración —recalca Alex una vez más, los dos sentados en una de las gradas de la escalera del edificio—. ¿Dónde tienes esa cabeza, Lind?

Me encojo de hombros, sabiendo muy bien la respuesta.

—Tan solo he tenido unos días malos.

—Querrás decir, semanas. ¿Y has pensado en lo que te dije?

—¿Qué exactamente?

Frota su frente y me hace sentir como si está lidiando con un zombi. Quizás luzco como uno, pero no me quiero sentir de esa manera.

—Lo de participar en el concurso anual. Te puede ayudar mucho.

Sí, tiene razón, así ni Daisy ni Max tendrían que pagarme el resto de las mensualidades de esta universidad.

—Lo sé, tengo media beca, y ganar sería genial, aunque muy improbable.

—Yo estoy seguro de que puedes ganar —responde dándome una sacudida alentadora de hombros—. Si eso pasa, adiós al dolor de cabeza de salir de la universidad con una deuda escolar.

Estamos sentados hombro con hombro; en realidad, no sé cómo ha pasado esto de hablar más seguido. Alex me ha ayudado mucho con las técnicas del barro y ha logrado mantener mi mente al margen de Jordan; claro está que eso solo pasa por unos momentos, porque segundos después, ya estoy pensando de nuevo en él. Sus palabras se retuercen en mi interior, siempre golpeándome



como esos rechazos que lanzan los boxeadores profesionales.

—¿Por qué crees tanto en mí? —Entrecierro mis ojos, esperando curiosa por su respuesta.

—Sencillo. —Se encoge de hombros; sus labios se curvan hacia arriba, sonriéndome—. Porque tienes un talento innato que no se puede negar.

Miro hacia el frente del edificio, ocultando la realidad de que mi labio inferior está temblando un poquito.

¿Por qué Jordan no es capaz de ver esa versión de mí, sino que borró de su mente la chica que he sido con él para quedarse con lo que le he dicho que era mi vida? Porque es claro que eso es exactamente lo que él ha hecho, ya que las semanas pasan y no tengo noticias tuyas. ¿Cree que soy la misma Lindsay Reed de mi pasado?

Muevo mi cabeza, simbolizando el reproche que debería de hacerme a mí misma.

Desde los últimos meses he pensado que se puede olvidar quiénes éramos y vivir solo de aquello en lo que nos hemos convertido. *Pensamiento erróneo*. Podemos no ser esas mismas personas; es una realidad que las versiones de nosotros mismos cambian de acuerdo con las experiencias vividas pero, en el fondo, nuestra alma sigue siendo la misma. Esa chica que era a los quince años, antes de que todo eso pasara sigue en mi interior; esta chica que soy a los dieciocho años guardará algo cuando en solo dos meses me haga un año mayor. Lo que sucede es que solo reforzamos nuestro ser; nuestra alma permanece fiel a nosotros mismos y, si él no puede amar la versión que me llevó a ser la persona que soy ahora, ¿cómo puede decir que me quiere en su totalidad?

Quizás somos muy jóvenes para hablar de querer a alguien cuando, en realidad, solo nos encariñamos con la versión que en ese momento obtenemos de esa persona.

Después de todo, tal vez Jordan no sabe lo que simboliza querer o amar a alguien. Y no lo culpo. Nunca sabemos lo suficiente como para mostrarnos expertos de la vida, aunque definitivamente tenemos la opción de aprender a través de los demás. Daisy me ha enseñado a amarme a mí misma por lo que fui, por lo que soy y por lo que seré. Jordan puede aprender a través de mí pero, si solo es capaz de querer la chica que conoció en los últimos meses, entonces en este momento no podemos estar juntos. Y tengo que aceptar ese hecho, por mucho que me duela el alma.

—¿Sabes qué, Alex? Se me ha ocurrido la pieza de arte imperfecta para participar.

Él se pone de pie y estira sus brazos para jalarme.

—La profesora Field desde ya te daría el premio.

—¿Por qué? —Sonríó por primera vez desde la noche de mi confesión.

—Porque has usado la palabra *imperfecta*, y ya sabes que para ella la imperfección simboliza la verdadera belleza.

—Es claro que está en lo correcto.

Caminamos juntos hasta nuestro salón de clases. A unos pasos antes de entrar, me percató de que Violet viene en dirección a nosotros. Como dice Heather, juraría por los divinos libros que he

escuchado a Alex susurrar una bonita exclamación.

La hermosa rubia que es Violet se encamina hacia mí con esa sonrisa dulce tan suya, su cabello largo que se pavonea sobre su espalda aunque, estando a unos pasos de distancia, puedo notar las ojeras que rodean sus maravillosos ojos azules.

—Hola, Lindsay. —Observa al chico a mi lado y con su rostro angelical le sonrío. Muy tímida alza su mano—. Hola.

—Hola —responde Alex con una amplia sonrisa que había visto solamente cuando estamos en clase y la profesora Field enaltece su técnica de pintura.

Violet se voltea hacia mí.

—¿Podemos hablar?

—Claro. ¿Te veo dentro, Alex?

—Sí, sí. Te guardo lugar. —Da unos pasos en reversa, sin apartar su rostro de nosotras o sin ocultar esa brillante sonrisa—. ¿Sabes?, a mí también se me acaba de ocurrir un cuadro y tengo a la imperfecta musa.

Si antes apenas había sonreído, esta vez mis labios se alzan recordándome que he sido capaz de sonreír incluso en momentos peores que este. Miro de reojo a Violet. Sé que se ha dado cuenta del piropo bastante directo de Alex.

Desde que conocí a Violet, he visto algo de su vida reflejado en mí, lo cual me hace sentir una tremenda conexión con su persona. Supongo que se trata del hecho de que el pasado se encarga de recordarnos que a veces puede empañar nuestro presente.

Por la misma Violet, sé que ha cometido decisiones erróneas; tenía solo quince años cuando decidió apañar las andanzas de su papá. Pero es evidente que ha aprendido que lo que hizo estuvo mal, y está más que claro que todos siguen culpándola sin apreciar los cambios que ella ha hecho o el inmenso arrepentimiento que muestra. ¿A una persona se la puede juzgar por un error toda su vida? No, por supuesto que no. Esa es una de las cosas que Kilian no ha aprendido. Violet se pudo equivocar con esa decisión, pero todas las malas decisiones que llegaron después de esa han sido tomadas únicamente por Kilian y sí, puede ser que influya la causa y efecto, aunque también existe una que no todos conocen: causa y perdón. Kilian en particular no la conoce, quizá Violet tampoco.

Es una realidad universal que está arrepentida y un hecho contundente que no se ha perdonado así misma. Lo he visto por las veces que ha llegado a la residencia, llorando o disculpándose sin parar con Heather.

Odio el hecho de que ha estado sola durante todo ese proceso; a la misma vez, dice mucho de ella como, por ejemplo, que es tan fuerte como Heather y yo juntas. Violet simplemente se ha ganado mi admiración.

Sonreímos aún cuando Alex se ha introducido en el interior del salón.

—Dime, Violet. —La animo al notar su inseguridad.

—Este... solo quería saber... ¿Cómo está Heather?

Ajusto el bolso de mi hombro derecho.

—Con honestidad, no la veo bien. Sé que tu hermano piensa que ella es una bruja o algo peor que eso, pero déjame decirte que está equivocado.

—Lo sé.

—¿Cómo? —Me deja confundida la seguridad de sus palabras; hasta donde yo sé, Heather no le he contado la verdadera razón de su rompimiento con Kilian a nadie más que no sea su hermano, su nana o a mí.

—Es decir... sé que debe de haber algo grande detrás de su decisión. Es más que obvio que ama a mi hermano.

—Y, si piensas así, ¿por qué no has venido a la residencia? Ella cree que tú también la odias. Caminamos hasta una de las bancas cercanas y nos sentamos.

—¿Odiarla? ¡No! Todo lo contrario. Estoy totalmente agradecida por lo que está haciendo.

—Vaya, Violet, ahora sí que me has confundido.

Toma mis manos en un gesto cariñoso.

—Yo sola me entiendo, Lindsay. Solo quería que les dieras mis saludos y que le digas que siempre seré su amiga, si ella así lo quiere.

—Te aseguro que así es. —Me pongo de pie al ver pasar a mi profesor hacia el salón de clases—. Mira, ahora me tengo que ir. Por favor, no te alejes de nosotras. Te he tomado mucho cariño y quiero que sepas que, por muy mala que hayan sido nuestras decisiones, no tenemos que cargar con ese peso por el resto de nuestras vidas. Debemos perdonarnos, ¿sabes?

Sus ojos se enternecen y acude a mí en un abrazo.

—Gracias, Lindsay. No sabes cuánto admiro tu valentía, al igual que tu personalidad.

—¿Admirarme? —le pregunto, una vez que nos hemos vuelto a ver a la cara. ¿Admirarme? Que sensación más extraña me ha producido esa palabra en particular; es como si ha hecho que dentro de mí algo hiciera un cortocircuito celestial, dándome una nueva clase de iluminación—. ¿Sabes qué, Violet? No quiero que me admires aunque, si mi historia te da algún tipo de fortaleza y descubres que el perdón es una opción que todos tenemos, entonces tú y yo tenemos que hablar.

Le pido que nos veamos después de clases.

Todo el tiempo pensé que hablar de lo que me pasó solamente generaría lástima y pena en los demás pero, si alzar mi voz empodera a otras chicas que han pasado por situaciones similares o por algo que les impide ser feliz, entonces gritaré mi historia tan fuerte que será escuchada por todos. No seré, ni pretendo ser, un ejemplo a seguir, aunque sí seré una muestra de que se puede sonreír y salir adelante a pesar del dolor, si es lo que se quiere. Ni nuestro más fuerte agresor podrá contra nosotras.

Suspiro, deseando una única cosa: que Jordan pueda ver esta parte de mi ser y que se enamore por completo de mí.

\*\*\*

Como lo prometí, le he hablado con franqueza a Violet al contarle mi pasado, lo cual me ha puesto muy sensible. Creí estar bien hasta que he llegado a la residencia directamente a encerrarme a causa del llanto, a la misma vez deseando poder llamarlo a Jordan e incluso ser yo la que le pida perdón si he sido la que ha fallado. Nunca logro hacer la llamada, y Heather entra a la habitación como una señal.

Es notable que se sorprende por mi llanto incesante. Las compras que trae las deja en el pequeño estante y rápidamente se coloca en mi cama, a mi lado. Cubro mi rostro con mis manos, odiando la forma en que mis hombros se sacuden a causa del llanto.

—Lindsay, ¿qué sucede?

No contesto de inmediato; solo la abrazo, reconociendo lo mucho que he deseado un abrazo durante los últimos días, aunque nada se compara con la sensación que los brazos de Jordan producen en mí.

Con unas cuantas respiraciones, logro controlarme. Encojo mis piernas y descanso mi barbilla sobre mis rodillas.

—Ha llegado la hora de mi confesión, Heather —le digo después de un doloroso suspiro. Mi corazón se acelera cada vez más y duele—. No eres la única que le ha roto el corazón a uno de los tres mosqueteros.

—¿Has terminado con Jordan? —pregunta asombrada. Asiento en respuesta, volviendo a limpiar mi rostro con desesperación—. ¿No me digas que Kilian tiene que ver con eso?

—No, él no tiene nada que ver —agrego con rapidez—. Jordan y yo terminamos por otros motivos.

—Ya decía yo que ustedes no se han visto para nada. —Pone una mano en mi cabello. Sus ojos adquieren un acuoso brillo que me pone más sensible—. Entonces, ¿qué ha pasado?

Narrar mi historia dos veces en un mismo día resulta bastante fuerte. Bajo mi rostro, no porque esté llorando o tenga algún tipo de vergüenza, sino porque no soportaría que ella tenga la misma actitud de Jordan. Violet ha sido bastante comprensiva conmigo; solo espero que pase lo mismo con Heather porque ya he aprendido que no puedo seguir ocultando esa parte de mí.

—Todo tiene que ver con el pasado que tanto anhelaba dejar atrás. Resulta que... —Me detengo solo un momento para tomar una fuerte respiración y, entre respiraciones entrecortadas en conjunto con un llanto quebrantable, soy capaz de contarle toda, toda mi historia hasta el momento de mi ruptura con Jordan.

Heather llora junto conmigo y hace las mismas preguntas que Jordan, incluyendo por qué nunca le dije nada a mi mamá. Lloro todavía más fuerte cuando veo que en ella no hay ni una gota de compasión o pena por mí; todo lo que hay es comprensión y esa fuerza que nos transmiten las personas que más nos quieren.

—Dios mío. —La caricia que le hace a mi cabello me recuerda mucho a Daisy—. Tú eres una chica fuerte, Lindsay. Haber enfrentado de esa manera a ese hombre requiere de mucho, mucho valor. ¡Alejarte de tu familia requiere de valentía!

—Siempre pensé que las relaciones de pareja eran las únicas de las que se huía.

Heather sacude su cabeza.

—¿Quién dice que solo las relaciones de pareja son tóxicas? También las relaciones con nuestros padres pueden ser dañinas y muchas veces lo mejor es alejarse de ellos para evitar terminar igual de intoxicada.

Mi pecho se contrae.

—Vaya, tienes razón.

—Bueno, lo he vivido en carne propia. —Se aleja de mí para sentarse a mi lado, como siempre hacemos cuando nuestras conversaciones llegan hasta la madrugada—. Volviendo a Jordan, yo he visto lo mucho que te quiere. Quizás solo necesita procesar todo.

—Ni siquiera se detuvo un momento a pensarlo, Heather, y tomé la decisión de terminar con él porque no soportaría que él lo hiciera.

—¡Que mosquetero más estúpido! —exclama. La vuelvo a ver y lo ha dicho tan enojada que, por lo mismo, acabo riéndome. Quizás ya he tenido muchas lágrimas por el día de hoy. No: por el mes entero.

—Somos un fiasco —aseguro riéndome—. O como dice Daisy: «En el amor, algunos nacen estrellados y otros nacen con estrellas». Puede ser que nosotras salimos estrelladas.

De alguna manera Heather se ríe más fuerte y yo hago lo mismo.

—O somos estrellas inalcanzables.

Ladeo mi rostro.

—Esa me gusta más. —Nos reímos durante un rato, lo cual agradezco porque sé que está diciendo locuras intencionadas para hacerme sentir mejor. Cuando se produce un tranquilo silencio, le hago la pregunta que ha resonado en mi mente durante los últimos días—. ¿Te arrepientes de haber conocido a los mosqueteros?

Parece que le he planteado un problema de álgebra, porque la analiza con bastante detenimiento.

—No, por supuesto que no. ¿Qué hay de ti?

—Yo tampoco —musito, con aire ausente—. Aunque creo que Jordan y yo no tendremos otra oportunidad... Noté que mi historia es algo con lo cual no puede lidiar y, para ser sincera, ¿quién lo haría?

—Alguien que de verdad te valore por lo que eres y no por tu pasado. Lindsay, lo digo en serio: mereces ser amada.

La comisura de mis labios se levanta brevemente. Le doy un apretón de agradecimiento a su mano. Conocerme de esa manera tan profunda y no juzgarme me quita un gran peso de mi corazón. Eso de «La verdad nos hace libres» es tan cierto...

He decidido que ya no quiero vivir a través de las heridas. Quiero que sanen solas con el tiempo y que, cuando las vea, no sean más que una cicatriz de lo que fui.

La puerta de la habitación de repente se abre; me toma por sorpresa ver a un chico bastante

guapo asomarse. Nos observa con detenimiento desde el umbral, sosteniendo una caja de pizza en su mano. Luego de varios segundos en silencio, con un saludo entra por completo a la habitación.

Es alto, de tez blanca, de cabello muy negro y unos impresionantes ojos verdes que incluso de noche brillan de una manera espectacular y enmarcan así su bonito rostro. Rápidamente tengo sospechas de quién es y solo basta ver la foto de la mesita de Heather para ubicarlo. Es Thiago Fleming. Y es justo como Heather lo ha descrito. Tan guapo que es entendible el motivo por el cual cautiva a todas esas mujeres de las que reniega Heather, y es notable que ya se ha dado cuenta de que frente a él están dos chicas con el corazón roto.

—Creo que necesitarán algo más que una caja de pizza —dice, revolviendo su oscuro cabello—. Pero tampoco les traeré una caja de cervezas, así que tienen que conformarse —bromea, pateando la puerta para cerrarla detrás de él.

Heather se ríe, y yo me limito a sonreír, observándolo sin querer decir ni una sola palabra. Thiago deja la caja de pizza sobre mi escritorio, luego se sienta en la cama de su hermana, frente a nosotras. Observa a su Heather y hace un gesto hacia mí, como si esperara que ella nos presente. Mierda, no puedo dejar de pensar en lo terrible que debo de lucir ahora mismo.

—Thiago... —se dispone a decir Heather, tomándome de los hombros—. Te presento a mi mejor amiga: Lindsay Reed. Lind, te presento al hermano más genial del mundo. —Señala a su hermano de una manera teatral y juguetona—. El rompecorazones: Thiago Fleming.

Él se ríe de una forma tan cautivadora que no tengo ni la menor duda de que hace que las personas a su alrededor acaben riendo.

—Bastaba solo decir que eres mi hermanita. —Ahora Thiago se enfoca en mí—. En cambio, sabía que una chica con un cabello platinado debía de tener un nombre igual de genial.

Me río más que todo apenada.

¿Dónde está la chica segura que se burlaba de los nervios de Jordan?

—Y un casanova como tú no podría tener mejor nombre —respondo—. Aunque también te calzaría el de Brad Pitt.

—¿Por lo guapo o por ser todo un ligón? —sonríe. Su pecho se alza en orgullo, lo que me hace apartar la vista.

—Por ser un ligón, claro está —interviene Heather poniéndose de pie para tomar de la mano a su hermano y sacarlo de nuestra habitación. Antes de que desaparezcan por la puerta, él se detiene para observarme.

—Eres muy linda para estar llorando por un patán —dice, guiñándome un ojo, finalmente tomando la mano de Heather.

Muevo mi cabeza en negación. Riendo por lo bajo.

Es un loquillo.

La pizza que está en el escritorio solo abre mi apetito y, antes de que regresen, tomo un kleenex para limpiar el borde de mis ojos. El único error que cometo es revisar mi celular y darme cuenta de que tengo dos llamadas perdidas de Jordan.

## Capítulo 22

### OBSERVAR DESDE LA DISTANCIA

(Lindsay)

—Entonces... ¿Heather no está? —fue la pregunta que literalmente hizo que Thiago Fleming se volviera una constante en las últimas semanas.

Creo que Heather lo ha puesto al día de todo, sin puntos suspensivos ni comas, tanto de su vida como de la mía. Él no ha cambiado su mirada desde la primera vez que nos vimos y me dijo que era muy linda para estar llorando por un patán. Quizás he llorado por no tener a Jordan en mi vida, pero más que todo mis lágrimas se deben a que mi corazón ha sido maltratado tan injustamente y a que a veces pierdo la fe en que todo estará bien.

Por supuesto, Jordan no volvió a llamar, y yo no pude regresarle la llamada. No necesitaba escuchar más ofensas, porque estoy bastante segura de que no era una llamada para pedir disculpas; de lo contrario, se habría presentado ante mí, y han pasado cuatro semanas desde aquella noche.

Ninguno de los dos nos hemos visto. El campus universitario es lo suficientemente grande como para evitar a una persona y, ya que más allá de nuestra relación no tenemos ningún tipo de actividad o clase universitaria que nos una, ese *casual* encuentro no se ha dado.

Me he sobrepuesto a mis noches de llanto, aunque eso no quiere decir que he superado a Jordan. De hecho, sé que no lo haré. No importa si nuestros destinos no vuelvan a coincidir; jamás podré olvidarlo. Él fue el chico que me dio la esperanza de ser amada, soñar con un amor que me traiga de nuevo a la vida y hacer que me enamore más del mundo.

Ahora mismo veo el dibujo que hice de su rostro la vez que me lo pidió y, antes de comenzar a trabajar en la obra con la cual participaré en el concurso anual de la universidad, le dedico todo mi tiempo libre a él. Al darle una última pincelada al retrato, creo que varias lágrimas hacen su camino a través de mis mejillas, sintiendo una extraña sensación en mi pecho que me pone la piel de gallina. Mis manos tiemblan ligeramente, y algo en mi estómago da un vuelco.

Nunca había pintado con tantos colores.

El retrato de Jordan ha dejado de ser un sencillo dibujo de su rostro, para convertirse en una obra de arte con miles de colores vivos. Está cubierto de varias tonalidades que le van dando

forma a sus facciones. Quise dejar el color avellano de sus ojos tal cual estaba en el primer borrador, pero me he dado cuenta de que ese dibujo estaba... vacío.

No tenía alma ni espíritu.

Quizás la artista de ese momento no era capaz de ver un espíritu en los demás porque el de ella estaba roto hasta los huesos. En cambio, ahora, estoy viendo la luz a través de esos pedazos destruidos.

Es totalmente irónico que tengamos que volver a pasar por una destrucción interior para nunca olvidar lo fuertes que hemos sido hasta este momento, y lo mucho que hemos hecho para aprender a amarnos de la forma en que somos ahora.

Agrego solo un poco más de pintura verde a la mejilla izquierda de Jordan y me siento feliz con el resultado. No habría elegido otro dibujo para comenzar a pintar con colores vivos que antes no quería usar. Esta obra de Jordan es hermosa. Colorida como él y su estilo de vida. Alegre y audaz como su personalidad. El fondo completamente en negro es el único acabado oscuro que he puesto en el cuadro, y me encanta la decisión porque atrae toda la atención a su rostro de mil colores.

*Un rostro de mil colores.*

Tampoco suelo ponerles nombres a mis obras, pero esta, definitivamente tiene que llevar uno y acaba de ser elegido. Sintiéndome contenta después de varias semanas en que no experimentaba este sentimiento, limpio todos los materiales antes de ir directo a mi encuentro con Thiago.

Bueno, creo que llegó el momento de hablar de él.

El hecho de que Heather y yo tenemos el corazón destruido nos hizo buscar la alegría perdida en alguien más, y el crédito se lo lleva Thiago. Él ha sido muy bueno con ambas. Siempre tratando de hacernos reír cuando hasta el más pequeño detalle nos recuerda a los mosqueteros. Yo incluso recuerdo a Jordan cada que vez que cierro los ojos estando a punto de caer dormida. Thiago tan solo ha sido el hermano que hace todo por verla feliz y —en mi caso— ese amigo que te levanta el ánimo. Es cierto que nos hemos hecho muy cercanos, cosa que ha confundido a Heather, al extremo de que la otra noche fue bastante contundente al decirme que Thiago no me haría olvidar a Jordan, lo cual me molestó muchísimo.

Nunca me atrevería a usar a alguien para olvidar a Jordan. No soy ese tipo de persona. Además, ¿qué hay de malo en que Thiago y yo seamos amigos?

—¿Estás lista? —Al verme, él se levanta de la banca para encontrarse conmigo. Quedamos en verno en la entrada del campus universitario y, apenas está frente a mí, me río un poco porque, a pesar de que ya no es un universitario, a veces puede pasar por uno. Sus veinticinco años le sientan bien, aunque ahora mismo, con su saco azul marino, pasa como un ardiente y joven profesor.

—No lo creo. ¿Por qué vas tan impecable? —hago referencia a su traje. Thiago siempre va con pantalones y camisas de vestir. Trabaja en el hotel con su papá, y ya sabemos lo exigentes que son los señores Fleming con eso de la imagen que proyectan.

—Te dije que esta noche iríamos al museo de arte.



Frunzo mi ceño y ladeo mi rostro.

—¿Lo hiciste?

Él copia mi gesto.

—¿Ves? —Levanta las palmas de sus manos en un gesto cómico de impaciencia—. Aunque siempre digas que estás viviendo en el presente, tu mente está en otro lugar... o con cierta persona.

Tuerzo mi boca y camino hasta él para saludarlo con un abrazo.

—Hoy no necesito al amigo que me reprocha por sufrir penas de amor.

Antes de que pueda retirarme por completo, me abraza tan fuerte que me deja sin aire por unos momentos. Me quedo inmóvil mientras estamos en esta posición y no es hasta que deja un beso en el lateral de mi cabeza que da unos pasos hacia atrás y vuelve a poner la distancia entre nosotros.

—Cómo me gustaría que pudieras ver que hay un mundo más allá de él.

Mis cejas se alzan a modo de asombro, sintiéndome extrañada con sus palabras. No sé cómo explicarlo... Thiago es el chico rompecorazones cuyo corazón, después de todo, sigue muy intacto y es tan grande y bondadoso que podrías no haberlo esperado de una persona como él pero, cuando está en su faceta de intentar cambiar tu mente, es peligroso. ¿Por qué? Simplemente porque sus palabras tienen un poder extraordinario en los demás. Es que a veces es tan positivo de la vida que es como si te contagiara ese pensamiento de ser feliz con alguien mientras se pueda y, cuando se acabe ese sentimiento, seguir adelante para buscarlo con alguien más. Recuerdo perfectamente que me dijo esas palabras el día siguiente que nos conocimos. Entró a la habitación con otra caja de pizza acompañadas de cervezas y empezó a hablar tan despreocupadamente de la vida o del amor que Heather y yo no dijimos una palabra mientras escuchábamos sus teorías existenciales. «Si no te aferras a personas ni sentimientos, todo estará bien», nos dijo otro día. El hecho de que por primera vez me haya abrazado de una manera tan personal me confunde un poco.

—¿Podemos no tocar ese tema? —pido—. Por favor... —puntualizo al notar sus intenciones de replicar.

—Está bien. Entonces, ¿estás lista?

—No. Primero iremos a la residencia para cambiarme, ya luego nos vamos. ¿Te parece?

—Perfecto. —Hace un gesto para que camine delante de él y así nos dirigimos a mi habitación—. ¿Qué tal tu día?

—Por la mañana he pasado en el salón de belleza y el resto de la tarde he estado pintando.

—Respecto a eso —dice, los dos bajando al mismo tiempo las escaleras—, tengo que proponerte algo, pero lo hablamos cuando regresemos. Llevamos el tiempo encima. La exposición empieza a las seis.

La emoción de que por primera vez iré a The Broad, el museo de arte contemporáneo, de la ciudad, me hace apresurarme en una evidente y penosa emoción. Sé que Thiago está acostumbrado a ir a galerías o a exhibiciones, lo cual no pasa conmigo. Tener un límite de gastos es triste ya que, en ocasiones, ni siquiera a cosas tan sencillas como estas la pobreza puede tener acceso.

La última vez que reparé en cada detalle al salir fue con Jordan. Me río al recordar lo

meticulosa que fui con mi vestuario en nuestra primera noche, ¿cómo es posible que no haya querido aceptar que era una cita? Jordan ha sido tan paciente conmigo que son recuerdos como esos los que duelen más. Ahora no quiero lucir bonita para nadie, por lo que elijo un vestido sencillo con unas sandalias casi planas y decido que no me voy a maquillar.

—Wow. —Los labios de Thiago se separan brevemente cuando, después de unos minutos salgo de la habitación y estoy frente a él, haciendo movimientos tontos con la falda de mi vestido amarillo—. Estás preciosa.

Hago una graciosa reverencia hacia él, y logro que se ría.

—Gracias. Ahora sí estoy lista e impaciente por conocer el museo.

—Siendo así, no esperemos más.

Me mira un par de veces más y... maldición. La forma en que me observa... suspiro profundamente sin que él lo note. No es una exhalación en plan romántico, sino es una que lastimosamente me dice que Heather tiene razón.

Yo le gusto a Thiago.

Ay, rayos.

Quiero darme contra la pared. Ya no solo estoy emocionada e impaciente al subir a su auto, sino que también me encuentro en un silencio extraño toda la hora que nos toma llegar hasta el sur de la avenida Grand.

El tráfico es normal al estar en el centro de Los Ángeles, lo cual, particularmente hoy ha sido algo bueno, ya que Thiago está más enfocado en que no choquen su auto que en mis irracionales nervios.

¿Por qué me sorprende que, cuando al fin llegamos, no tendremos que esperar en la enorme fila para poder entrar al museo? Por supuesto que el apellido Fleming pesa en toda la ciudad, y eso te da derecho a entrar por una puerta especial.

Aparte de ese detalle de privilegio abrumador, me encuentro a mí misma maravillada al estar dentro del museo. Es bellissimo. Su estructura imita un panal de abeja, y eso es impresionante. No solo hay cuadros de pinturas: también hay figuras construidas a base de las cosas más locas del mundo, entre ellas, una de un barco construido por piezas de legos.

—Qué hermoso —suspiro, terminando de analizar a la figura; luego pasamos junto a un cuadro que me quita el aliento.

—¿Qué piensas de este? —me pregunta Thiago, entornando sus ojos hacia la belleza frente a nosotros.

Quien no conoce el arte de pintar o las técnicas que requiere pensaría que esta pieza en particular está hecha al azar; juraría que solo tomaron un pincel y lo sacudieron en frente de un lienzo, esparciendo distintas tonalidades de pinturas, pero no es así.

—Es una maravilla. Creo que representa la fuerza y enojo que en ese momento sentía el artista —respondo señalando a una de las líneas—. Tiene que estar un poco lejos para lograr este efecto, lo que indica que ha hecho un movimiento con bastante furia y precisión.

Thiago me observa. Cuando lo conocí, supe que era un chico bastante culto, que no solo hablaba de la vida, sino que tenía la capacidad de apreciar el arte de pintar. Una noche Heather nos tuvo que callar porque no parábamos de hablar de los mejores pintores que han pisado la Tierra.

—El artista detrás de esa maravilla, metafóricamente se desangró mientras hacía lo que más le apasionaba. —Me mira directamente a los ojos. No sé por qué me empiezo a poner nerviosa—. Tal y como tú haces con tus cuadros.

—No, los míos no llevan esta pasión —respondo, molestándome otra vez al recordar que trasladar a la habitación todos los cuadros que he pintado fue una mala idea porque, a la primera oportunidad, Heather se los mostró todos a Thiago.

Él se acerca a mí y coloca su mano sobre mi hombro. Si no es por la tira gruesa del vestido, literalmente estaría acariciando la piel desnuda de esa zona. Maldición, tengo que hablar con él.

—¿Subestimas tus creaciones? Porque, te juro, Lindsay, que no importa el hecho de que eres una principiante; es muy evidente que llevas el arte en la sangre y también es notable que no crees en tu talento.

Me remuevo nerviosa.

—No es que no crea, es decir, sé que he pintado obras bastante bonitas, pero es todo. No hay nada de extraordinario.

Él se acerca más a mí.

—Lindsay, ¿es que acaso no te das cuenta de que las cosas más sencillas de la vida son las que elevan la belleza a otro nivel? —Bajo la mirada hasta su mano, que ha caído de mi hombro hasta mi muñeca. Vuelvo a verlo, y sus profundos ojos verdes buscan los míos—. ¿Tampoco puedes ver que me he acercado más a ti porque me gustas muchísimo?

¿Cómo se respira?

Muerdo internamente mis mejillas y gentilmente me suelto de su agarre.

—¿Te he dado una señal errónea, Thiago? Porque te juro que...

—No, no —replica de inmediato, jugando nervioso con los gemelos de su camisa de vestir—. Has sido clara al siempre recordarnos, a los demás hombres de este mundo, que tu corazón solo llora por ese chico inmaduro.

—¡No es inmaduro!

—Entonces, ¿cómo justificas su reacción? No te ha buscado desde que terminó la primavera.

Cierro mis ojos al recordar que mis planes para el verano nunca fueron estos. Tan pronto como el semestre terminara y yo estuviera libre, viajaría hasta Utah para encontrarme con Daisy y Max, quien escogió ese estado porque quería que tuviéramos una excursión por todos los puentes rocosos que se encuentran allí, pero nuestros planes se vinieron abajo cuando en el trabajo de Max le encargaron dirigir una convención de comercio que se desarrollara en estos dos meses en algunas ciudades de Nebraska.

—Por si Heather no te contó ese detalle, yo terminé con él.

—¿Y simplemente siguió adelante? ¿No te buscó más? ¿En realidad crees que está enamorado de ti?

Aparto la mirada porque sus palabras me han herido. Es obvio que ya no sé si Jordan está, o alguna vez lo estuvo, enamorado de mí, aunque quiero creer que sí me quiso y que su falta de interés al recuperarme no se trata de que sea un mal chico, sino porque reconfirma mi pensamiento de que mi pasado es mucho para él.

—Será mejor que nos vayamos.

—Lindsay, lo siento.

Lo vuelvo a ver y sé que lo dice en serio.

Cuando él se empezó a acercar a mí, le pedí a Heather que le contara toda mi historia porque no quería tener que volver a pasar por lo mismo otra vez. Lo que ocasiona contar tu pasado tantas veces, en lugar de sanar, es más dolor, así que preferí que alguien más asumiera ese rol, y a mí solo me tocara ver la compasión o la repugnancia en sus ojos, pero lo que él me ha mostrado es la mirada de un joven adinerado que comprendió con una mente abierta lo que me ha tocado vivir.

—Sé que lo sientes, aunque eso no hace que deje de doler.

Antes de cortar la distancia entre nosotros, sujeta mi muñeca y lleva un mechón de cabello detrás de mi oreja.

—Dejaría de doler si aceptas que hay chicos más allá de Jordan. Tienes a uno frente a ti.

Muevo mi cabeza en negación e intento zafarme de su agarre. Él no lo permite.

—Un rompecorazones de tu nivel, ¿cómo puede tener interés en alguien como yo?

—¿Como tú? ¿A qué te refieres exactamente?

Logro encogerme de hombros.

—Alguien con un pasado oscuro y quizás con muchos demonios que quitan de mi camino a todo aquel que intente acercarse.

Thiago se inclina un poco hacia mí.

—Lindsay, ¿qué te hace pensar que los demás hemos tenido una vida brillante? Además, todos tenemos demonios internos; la clave está en si le damos el poder de controlar nuestras vidas o no.

—Mira nuestras manos, luego alza su vista de vuelta hacia mí—. Y la manera en que tú los has controlado, saliendo como sea de la oscuridad, cautiva a cualquiera que te conozca bien, entonces, ¿todavía me preguntas cómo puedo tener interés en alguien tan maravilloso como tú?

Bajo mi rostro y puede ser que se vea mal, pero no lo aparto cuando él me envuelve en un abrazo. Mi garganta se cierra en un nudo que quema toda mi existencia al notar que, a pesar de todo, Thiago aprecia mi historia y lo que soy ahora.

Estoy tan segura de que, si Jordan pudiera verme de la misma manera, si esta misma noche me buscara para que ambos tengamos la oportunidad de disculparnos, lo más probable es que acabaríamos juntos; sin embargo, me estoy dando cuenta de una terrible realidad: me equivoqué en algo. No estábamos destinados a estar juntos, sino a estar rotos y observar desde la distancia las piezas de nuestro quebrantado corazón.

—¿Thiago? —escuchamos a alguien detrás de nosotros.

Me alejo de Thiago y una versión de Tom Cruise nos saluda. El chico es tan guapo como la estrella de las películas de acción. En serio que se parecen muchísimo. Estatura pequeña, cabello oscuro liso en conjunto con una deslumbrante sonrisa.

Bueno, ya que no he podido encontrar a mi actor favorito, al menos he encontrado su versión más parecida.

—¡Carter! ¡Qué bueno verte! —le responde Thiago. Ellos se saludan e intercambian unas palabras. Es claro que son viejos conocidos y se llevan muy bien—. Esta es la talentosa chica de la que te hablé. Lindsay Reed.

El chico alza su mano hacia mí para estrecharla en un amable saludo. Yo no entiendo del todo qué es lo que Thiago ha hablado de mí con él.

—Soy Carter McKenzie.

—Mucho gusto. Y, ¿ustedes han conversado sobre mí? —Con la mente atolondrada por lo que acaba de pasar, medio me oriento en este momento.

—Thiago me ha enviado unas fotos de tus obras. Debo decirte que me han encantado.

—¿¡Qué!?! —Miro a Thiago sin poder creer lo que estoy escuchando—. Si esto es cuestión de Heather, déjame decirte que se ha excedido.

—No, no. Heather solo me los ha mostrado. He sido yo quien les ha tomado foto y se los he mandado a Carter.

—¿Pero por qué?

Carter me entrega una tarjeta de presentación y apenas la leo.

—Como verás, soy el dueño de una pequeña galería de arte en West Hollywood. Estoy comenzando y hablé con Thiago acerca de mi proyecto —declara—. Te explico, estoy buscando a pintores indies con mucho talento y pasión. Sabes que hoy en día es muy complicado que les den un espacio a artistas nuevos, esos que no son conocidos, y mi mayor objetivo es que sus voces, sus mundos y sentimientos sean escuchados a través de la exposición que pienso montar.

—Su proyecto me pareció espectacular, Lindsay. —Thiago toma mi mano—. Y tus pinturas merecen ser apreciadas por el mundo, en lugar de estar apiladas en la esquina de tu habitación.

—Personalmente, me parecen espectaculares. —Carter saca su celular y me muestra las fotos de mis cuadros—. Para estar en un primer año, muestra cuánto talento tienes.

—Yo... no sé qué decir —comento con sinceridad.

Más allá de mi profesora o de Alex, nunca pensé que alguien se podría fijar en lo que hago. Este momento simplemente me parece surrealista.

—Me encantaría que seas una de las primeras que se unan al proyecto. He recibido varias solicitudes, pero contar contigo es lo que más ilusión me hace. Planeo que la apertura sea el otro año. El local es una herencia que he recibido, así que las ganancias que se obtendrían de la exhibición serían netas para todo el equipo.

¡Oh, mi Dios!

Explica unos detalles más, aunque la emoción que siento en este momento es tan grande que apenas puedo llevar el hilo de la conversación. Terminamos de hacer el recorrido de la exhibición a su lado y apenas puedo contener la euforia cuando me pide que lo llame para darle una respuesta.

—Thiago —le digo, cubriendo mi boca—. Eso ha sido increíble.

—Tan pronto Carter me habló de ese proyecto, tú viniste a mi mente. En serio, Lindsay, tienes talento y tienes que mostrarlo a los demás.

—Pero...

—Mira —me interrumpe—. Estas oportunidades no se presentan dos veces en la vida. ¡Arriésgate! Olvídate del miedo o de la crítica pública y deja que tu arte enamore a alguien más.

Siento un montón de mariposas en mi estómago.

No puedo creer que esto me esté pasando justamente a mí.

—Y, ¿tendré que pagarle para que mis cuadros se exhiban en su galería?

Thiago se ríe y mueve su cabeza de modo negativo.

—¡Por supuesto que no! En todo caso, él te pagará a ti, aunque no será mucho. Es un proyecto nuevo, por lo tanto, será difícil atrapar la atención de algunos amantes del arte.

—¡Ay, no! Con un dólar que me pague sería feliz.

—Entonces confío en que muy pronto harás esa llamada y le dirás que te unes a esa aventura.

Hay dos cosas que me hacen sentir mal en este momento: la mirada de orgullo en los ojos verdes de Thiago y el hecho de que ya sé que le gusto, pero nunca podré corresponderle de la manera en la cual él espera.

## Capítulo 23

### PROCESO DE SANACIÓN

*(Jordan)*

Una vez más, hemos perdido otro partido. Llevamos una mala racha desde que comenzamos la temporada, y el entrenador Cooper aún no termina de lanzarnos sermones agotadores.

—Yo ya tengo una carrera hecha; ustedes son los perdedores que permiten que les sigan pateando el culo. —Golpea uno de los casilleros mientras todos estamos en completo silencio—. ¡Ustedes no solo representan a la UCLA, me representan a mí! Les juro que será el final de mi temporada aquí si pierden otro juego. ¡Renunciaré!

Nosotros estallamos en respuestas. No podemos darnos el lujo de que el entrenador Cooper renuncie o sea despedido del equipo.

—Entrenador, no puede estar hablando en serio —le digo limpiando con una toalla blanca el sudor de mi frente—. La próxima vez lo haremos bien.

Cooper se queda en silencio unos segundos hasta que, como si de un muñeco animado se tratara, se va poniendo muy, muy enojado y arremete contra mí.

—Tú no digas ni mierda, Fisher —sisea entre dientes—. ¿Qué rayos fue eso? ¡Maldición, en lugar de hacerle el pase a Glynne que estaba más cerca y libre, decidiste tú hacer ese horrible lanzamiento! ¿Crees que eso animará al reclutador que te ha contactado?

Todo el equipo se pone en alerta y me observan asombrados.

Sí, hace unas semanas un reclutador de la NBA me contactó porque está interesado en mí y ha asistido a los últimos juegos que he tenido. El entrenador era el único que lo sabía y ahora, por bocaza, todos mis compañeros están enterados.

—Ha sido el único error que cometí.

—¿Sí? Pues deberías saber que un solo error te aleja de ese equipo soñado. ¡Adiós a las posibilidades de jugar para los Lakers!

Por supuesto que debí de quedarme callado y ni tengo intenciones de replicar ahora mismo. Cooper no solo está enojado conmigo por no haber encestado, sino también porque sigo rechazando ser el capitán del equipo; es solo que, de aceptar, implicaría tener muchas responsabilidades y en estos momentos no estoy bien ni con mi vida ni con la universidad.

Gracias a Dios, ahora Cooper descarga su furia en Glynne.

—¿En serio ya te han contactado? —Davis se inclina hacia mí, susurrando su pregunta para no volver a llamar la atención de Cooper.

Doy un sorbo a mi bebida rehidratante y cabeceo sin entusiasmo.

—Sí.

—Hermano, eso es grande. ¡Felicidades!

Sé que esto es exactamente lo que he anhelado desde que empecé a jugar en la secundaria, y que no se malinterprete: estoy muy agradecido con la oportunidad, pero no me siento completamente feliz.

Claro que sé muy bien el porqué. Mi plan era acercarme de nuevo a Lindsay y conquistarla durante nuestras vacaciones, aunque mis objetivos se han ido a la mierda al tener que participar en el circuito de verano, el cual se ha convertido en todo un fenómeno en el baloncesto universitario, con cientos de equipos que viajan por todo el país para competir y para atraer la atención de los reclutadores. Por fortuna, lo he logrado, ya que uno de los mejores se ha fijado en mí, pero eso me ha alejado mucho más de Lindsay, y no solo ha sido eso. El lamento de no haber hecho una tercera llamada aquella noche me ha perseguido desde que abro los ojos para empezar un nuevo día sin ella.

En verdad, justifiqué que no contesté mis llamadas porque tal vez no tenía cerca el celular, o... qué sé yo. Quise encontrar cualquier excusa para volver a contactarla, aunque mi dignidad se interpuso en nuestra posible reconciliación y, al parecer, ella ha encontrado otro camino.

Me encojo en la banca al recordar que, en cuanto el reclutador me contactó e hice la llamada para contarles a mis padres, fui directo a la residencia para buscar a Lindsay y hacerle saber la buena noticia, aunque nada salió como esperaba ya que al comienzo del pasillo me detuve... justo en el momento en que un tipo alto esperaba fuera de su habitación. Tenía esperanzas de que fuera una visita para Heather, pero entonces Lindsay salió, tan hermosa con un vestido amarillo. Nunca la había visto usar un vestido y... es una diosa de guapa. Me escondí antes de que me viera, por lo que solo pude escuchar que iban a un museo.

Si mi corazón estaba lastimado por todo lo que había pasado entre nosotros, en ese instante se destruyó al darme cuenta de que la he perdido. No voy a reclamarle ni reprocharle el hecho de que esté intentando estar en una relación con alguien más. Ambos fallamos, pero yo fui quien más la desilusionó.

He tenido el tiempo suficiente para pensar en todo lo que me contó. Con sinceridad, nunca imaginé el poder destructivo que un evento así podría tener en la vida de una chica, así que he buscado muchísima información en blogs de jóvenes abusadas o mujeres que han sido víctimas de la prostitución, y cada una de las historias es desgarradora. Cada una sus experiencias son muy distintas, y las reacciones postraumáticas que leí me dejaron sin habla. Muchas personas se sumergen en la depresión o en algún tipo de adicción que hace que todo sea peor. Fueron muy pocos casos los que leí de superación.



No mentiré, la primera noche de mi investigación rompí en llanto como no lo había hecho desde que tenía seis años y mi papá no me había llevado a un juego de los Miami Heat. Lloré como un crío por mi Lindsay. Lloré imaginando por todo lo que había pasado y lo hice más cuando, a pesar de todo eso, ella se propuso salir adelante, ¿y se topa con un tipo estúpido e insensible como yo que dijo las palabras más imperdonables de la historia? No, simplemente no fue justo para ella. Puede ser que verla con alguien más sea doloroso para mí, pero he llegado a la conclusión de que, si ese dolor es causado por el bienestar o felicidad de la persona que amas, entonces puede hacerse llevadero.

—Ahora, lárguense de aquí. Mañana a primera hora los veo en el gimnasio para el entrenamiento.

Ni siquiera se escuchan las maldiciones cuando Cooper nos gruñe que iniciaremos a calentar muy temprano. Tomo mi bolso y voy directo a las duchas.

Minutos después, estoy saliendo de la universidad y no sé si es por señal divina o un castigo que veo a Heather con el mismo tipo que estaba con Lindsay. Él se despide de ella con un beso en la mejilla; luego Heather empieza a caminar en dirección a las residencias.

—¡Heather! —la llamo sin tener una maldita idea de por qué lo he hecho, o lo que es peor, sin saber qué jodido le diré. Por desgracia, ella me ha escuchado y, como si lo estuviera haciendo por obligación, se detiene para esperar por mí.

¿Cuándo comencé a caminar hacia ella exactamente? Mierda, es como si mi cuerpo me traicionara y actuara sin mi autorización.

—Hola, Jordan. —Frunce sus labios en una vaga sonrisa al estar frente a mí.

No la había visto desde que Kilian y ella terminaron. Corrección, desde que ella terminó con mi amigo por volver con su jodido exnovio millonario.

—Eh, hola. ¿Cómo estás?

Mierda, esto es tan incómodo...

—Creo que no me has buscado para saber cómo estoy *yo*. —Hace una expresión astuta sobre su pecho, intuyendo perfectamente el motivo exacto por el cual la he llamado.

Bueno, iré directo al grano.

—¿Quién era ese tipo? —cabeceo en dirección a la salida de la universidad—. Ese con el que estabas hablando hace un momento.

Entorna sus ojos; luego, su mirada se ilumina de una manera que no entiendo por completo. Arquea su ceja, y la comisura de sus labios se alza en una sonrisa malévola.

—¿Por qué? ¿Quieres conocer a tu competencia?

Hija de su... madre.

—Está saliendo con Lindsay, ¿verdad?

—¿Eso te interesa?

—Claro que me interesa. Sé que me porté como un reverendo gilipollas, pero sigo queriéndola. —Heather se cruza de brazos sin darme crédito. Ajusto la correa de mi bolso de deporte y

reduzco el nivel de enojo en mi voz, porque portarme improsulto con ella no me ayudará en nada —. Solo quiero saber quién es él y si la trata bien.

—¿Por qué mejor no investigas como desaparecer de la faz de la Tierra?

Qué jodida que es. Con razón hacía tan buena pareja con Kilian.

—¿Por qué mejor no investigas como dejar de ser una perra? —regreso; a cambio, ella abre su boca y me golpea en el pecho—. Heather, por favor, te juro que estoy sufriendo. Todo lo que quiero saber es cómo está Lindsay.

—No, quieres saber si está saliendo con alguien más. Eso es todo —gruñe muy cerca de mi rostro, dándome un puñetazo en el hombro—. Tienes miedo de haberla perdido por completo y, ¿sabes qué? Tu sufrimiento en realidad se llama *karma* y a veces se pronuncia: «¡En tu cara, idiota!».

Se empieza a alejar de mí y, si el entrenador no rebasó mi paciencia, ella sí que lo logra. Podrá ser muy amiga de Lindsay, pero no conoce mis sentimientos ni lo que estoy pasando por culpa de mis errores.

—¿Sí? Seguro conoces muy bien de ese karma que hablas. —Elevo mi voz haciendo que ella se detenga—. Terminar con un buen chico justificando que es lo mejor para tu familia o para tus intereses económicos es la peor bajeza.

Cuando Heather gira sobre sus talones para darme la cara, no entiendo el dolor en su mirada. Se supone que, si Kilian no le importa, no debería mostrarse dolida por lo que acabo de decirle, sin embargo, es justamente lo que hace, reforzando la teoría de Ralph de que algo grueso y más fuerte pasa aquí.

—No tienes idea de lo que estás diciendo, Jordan, y no te atrevas a insultarme sin tener una jodida idea de mis verdaderos motivos.

Definitivamente, hay algo más detrás de su decisión de mandar a la mierda a Kilian.

Me acerco a ella, nuevamente sintiéndome como un completo idiota.

—Lo siento, Heather. Es solo que me acerqué a ti para saber de Lindsay y me tratas como la peor escoria de la sociedad. —Paso una mano por mi frente. Mi corazón vuelve a doler, cada vez más y más fuerte—. No necesitas tratarme así para recordarme que fui un imbécil con ella. Estoy tan arrepentido... y no hay nada que quiera más que el hecho de recuperarla pero, si me dices que ese tipo es bueno con Lindsay y la merece más que yo... te juro que, con todo el dolor de mi alma, me alejaré.

No sé si el juego que acaba de terminar es el causante del temblor que se ha iniciado en mi interior, en mayor parte porque no me he hidratado bien, o hablar de Lindsay es lo que resiente cada parte de mi cuerpo y de mi alma. Jamás querría poner distancia entre nosotros; sin embargo, si ese chico la valora más que yo, con el corazón roto la tendría que ver feliz con alguien más. ¿No sería esa la muestra más grande de mi amor? Sufrir por ella mientras la veo vivir la vida con un hombre que no soy yo.

Lo que sea que pase por la mente de Heather ha bajado su enojo conmigo al escucharme hablar.

—¿En realidad la quieres?

Asiento lentamente, apartando mi rostro de su escudriño. Ahora no solo me siento tembloroso, sino que estoy totalmente descompuesto.

—La amo.

Esta vez no hay ningún golpe por su parte. Lo que me deja asombrado es que coloca su mano en mi hombro para darme un pequeño apretón.

—Ese tipo se llama Thiago. —Mueve su cabeza como si intentara apartar un pensamiento de su mente—. Es mi hermano, lo adoro y sé que es merecedor de Lindsay; incluso no tengo duda de que podrían ser felices juntos. Es más, yo estaría muy contenta si entablan una relación, pero ella es mi mejor amiga y sé que, aunque lo intentara, no sería del todo feliz con él porque el único dueño de su corazón siempre serás tú.

No miento cuando digo que doy unos pasos hacia atrás y caigo de culo porque mis pantorrillas temblorosas han pegado con el borde de las gradas de la entrada del pasillo, lo que provoca que pierda el control.

Heather se asusta, e inmediatamente trata de ponerme de pie.

—Estoy bien —aseguro, todavía en el suelo—. No me estás mintiendo, ¿verdad?

—Mentirte sería decir que mi hermano es lo mejor para ella. —Se pone en cuclillas frente a mí, apoyándose de mis rodillas—. Pero Thiago no es el indicado para Lindsay porque simplemente eres tú quien está en su corazón, y no me gustaría que mi hermano salga lastimado por este absurdo triángulo.

—¿Crees que no siente algo por él? El otro que día los miré juntos; ella se notaba feliz.

Heather ahoga una risita que me hace sentir ridículo.

—¿Por qué ustedes, los hombres, piensan que las mujeres no podemos ni siquiera poner una sonrisa en nuestros labios aun cuando acabamos de terminar una relación que nos ha dejado hecha trizas? O, ¿por qué creen que dejamos de quererlos por el simple hecho de rodearnos de alguien más? —acusa; me encojo de hombros sin saber qué responder—. Busca a Lindsay. Ella siempre ha estado esperando por ti.

Se pone de pie, alejándose de mí y, antes de perder la oportunidad, mi voz encuentra su camino de regreso.

—Heather —digo. Ella detiene sus pasos, volviéndome a ver—. Gracias.

—No es nada, Jordan. Cuida a Kilian, por favor.

Paso una mano por mi cabeza. Totalmente incrédulo de lo que acaba de pasar. ¿Esto realmente está sucediendo? Mierda. No todo está perdido. ¡Tengo una oportunidad con Lindsay! Me sigue queriendo y, ¿quién sabe?, quizás pueda perdonarme para darle una segunda oportunidad a nuestro amor.

Voy directo a mi camioneta. Aunque esto es solo una señal que me ha devuelto la esperanza, no puedo quitarme la sonrisa del rostro durante la hora y media que me toma llegar hasta el apartamento.

Abro la puerta cubriendo mis ojos porque, hoy más que nunca, no quiero ver a la nueva chica que Ralph probablemente se está tirando, aunque para mi asombro, esta noche no hay nadie con él. Está acostado en el sofá usando su celular. Miro la televisión: tampoco hay pornografía. Vaya, es algo muy nuevo.

—¿Todo bien? —le pregunto, dejando mi bolso en el suelo.

Él se reacomoda en el sofá, lo que me da el espacio para sentarme a su lado.

—Sí. ¿Por qué no habría de estarlo?

—No lo sé. Dímelo tú. —No logro quitarme la sonrisa del rostro y él frunce su ceño—. No te estás follando a nadie. No estás viendo pornografía y, lo que es impresionante, es que no estás con tu mendigo cigarrillo.

—Mira, imbécil. Deja de estarme acechando como esas niñas de primer año. Mejor dime a qué se debe esa sonrisa que no estaba desde... ¿Cuándo? Oh, sí, desde que Lindsay te mandó a la mierda por patán.

Tomo uno de los cojines para estampárselo en la cara.

—Deja de recordarme eso, idiota.

—¡Es la verdad! —Tira a un lado su celular y me mira fijamente—. Escúpelos.

—Lindsay todavía me quiere.

—¿Dónde está la novedad?

—Ay, Ralph, por favor, deja de comportarte como un tío sin sentimientos.

—¿Ves? Todo el mundo piensa que solo porque soy muy guapo no tengo sentimientos.

Alzo mi ceja.

—En ese «todo el mundo», ¿hay alguien en particular?

—Olvidalo —agita su mano en negación—. Entonces, ¿intentarás recuperar a Lindsay?

—Sí, y necesito un favor tuyo.

Se recuesta en el respaldar del sofá.

—Claro, lo que sea.

—Bien. Dame unos segundos.

Tomo el bolso y voy directo a mi habitación, y cierro la puerta detrás de mí. De la bolsa de mi pantalón saco mi celular al tiempo que tomo una larga respiración antes de empezar a escribir el mensaje que le enviaré a Lindsay.

Mis dedos se mueven con la misma velocidad que las palabras emergen de mi interior, porque juro por Dios que estoy dejando toda mi alma en este mensaje.

El dolor se hace presente una vez más; quiero pensar que esta vez se trata de la congoja que pasas antes de iniciar un proceso de sanación.

Termino de teclear y leo mis propias palabras. Sé que siempre he sido bueno para expresar mis sentimientos pero, rayos, no sé de dónde ha salido todo eso. Tan solo rezo para que llegue al corazón de Lindsay y sea capaz de perdonarme.

No cambio ni una sola palabra y regreso en busca de Ralph.

Tiendo mi celular hacia él.

—¿Qué? —pregunta, confuso.

—Tómalo y envíale ese mensaje a Lindsay.

—¿Y tú tienes la mano amputada?

Tomo una larga respiración.

—Luego dices que todo el mundo piensa que no tienes sentimientos.

Gruñe antes de tomar mi celular.

—Mira, si se te ha olvidado cómo enviar un mensaje, solo tienes que presionar este botón — dice sarcásticamente, mostrándome el punto de la pantalla donde dice «enviar» —. Y, así de sencillo, lo que sea que le hayas escrito será entregado. No requiere de tanta ciencia.

—Si no lo hago yo mismo es porque probablemente terminaré borrando todo, ya que no tengo el coraje de enviarlo por mi cuenta.

Su sarcasmo se esfuma, y la expresión de su rostro se suaviza.

—Lo siento, J. No lo había pensado. —Antes de enviar el mensaje, me mira—. Pero tengo que leerlo.

—¿Qué? No, nada de eso.

—¿Qué pasa si sueñas patético? ¿O si has ofrecido tu alma al diablo? No, tengo que ser un buen amigo y asegurarme de que no hagas una estupidez.

Pongo mis manos en mis caderas. Estoy ansioso, y él solo está haciendo de esto algo peor.

—¿Más de las que ya he hecho? No te preocupes.

Vuelve a ver el celular.

—¿Y por qué se lo envías por mensaje normal? Por Instagram o por Facebook habría sido mejor.

—No, porque, si no está revisando sus cuentas, no lo verá. Un mensaje le llega sí o sí.

Sonríe.

—Eres inteligente, amigo.

Maldición, si no es porque Kilian prácticamente nos tiene prohibido hablar de Heather o de Lindsay, habría sido él a quien le hubiera pedido el favor.

—¡Jodido, Ralph! ¡Solo presiona el maldito botón!

Al menos lo hace, y yo contengo la respiración al percatarme de que mis palabras ya le deben de haber llegado.

«Por favor, Lindsay, léelo y perdóname», repito sin cansancio, como si se tratara de una oración que va directa al cielo.

## Capítulo 24

### BESAR TUS HERIDAS

*(Lindsay)*

—¡Oh, por Dios! —exclama Cassandra, viendo los últimos detalles que Halsey hace—. Ese color te queda hermoso.

Le sonrío a la chica de cabello liso que ha recuperado su color castaño natural y que ha vuelto a hacer una hermosa combinación con sus ojos miel. Sus pecas ahora resaltan mucho más, pero no son capaces de robarse el protagonismo de la que siempre ha sido: Lindsay Reed. Aventurera, arriesgada y capaz de salir adelante aun cuando su alma se esté desangrando.

Esa hermosa chica soy yo.

—Gracias. Es lo más cercano a mi color natural —respondo, jugueteando con el largo flequillo que me ha hecho Halsey, quien me mira con sus ojos llenos de felicidad—. Eres increíble, Halsey.

Ella encorva su cuerpo para descansar su mentón sobre mi hombro, siempre viéndonos a través de nuestro reflejo en el espejo.

—Tenía tantas ganas de conocer a esa chica de la que tanto me habló Daisy... Eres igual de impresionante.

Mi corazón se derrite.

Ella no deja de sonreír, y yo tampoco puedo hacerlo. Esta mañana tomé la decisión de decirle adiós al rubio platinado para volver a mi color natural. Nunca me había sentido tan genuina.

Halsey no ha aceptado que pague por el trabajo que acaba de realizar en mi cabello, así que lo menos que puedo hacer es encargarme de limpiar todos los materiales que ha usado. Y también hago lo mismo con el espacio de las chicas.

No es hasta después de las diez de la mañana cuando al fin tomo mi celular para enseñarle a Eve una foto que he capturado del amanecer. Mi misión pasa a segundo plano en el justo momento en que mi corazón se detiene. Todo a mi alrededor deja de girar, y mi mundo se reduce al nombre del mensaje que aparece en mi pantalla.

*Jordan Fisher*

Con mi mano libre cubro mi boca; un inusual temblor se apodera de mis extremidades, y mi corazón hace unas volteretas que, hasta este momento, desconocía que podía hacer.

No sé cómo tengo el valor para abrir el mensaje —sin querer hacerlo del todo—, pero con demasiada curiosidad como para ignorarlo o borrarlo. Tomo una larga respiración al ver la extensión de su contenido.

Jordan: Hola, Linda. Disculpa que me ha tomado tanto tiempo poder buscarte, pero sé que la última vez que nos vimos fui lo suficientemente estúpido como para herir más a tu corazón y sinceramente no sabía cómo volver a ti. Te juro que nunca fue mi intención lastimarte. También te juro que no era consciente de lo que tus experiencias te han hecho pasar. He estado investigando y sé las consecuencias que un suceso así puede dejar en tu vida, hasta el extremo de crear un trauma. ¡Me he sentido como un idiota, Lindsay! Ojalá pudiera volver el tiempo atrás no solo para borrar mis palabras, sino para haberte conocido mucho más antes, porque te juro que habría dado todo lo que poseo para que nunca hubieras tenido que vivir ese infierno. Sé que el pasado no se puede cambiar, tan solo quiero que sepas, que, si me das otra oportunidad, construiremos un futuro mejor. Estarás bien, Linda. No tendrás que volver a huir de tu historia. Lo enfrentaremos juntos. Por favor, permite acercarme de nuevo a ti. Te has metido en cada parte de mi alma y, aunque supiera como activar nuevamente mis defensas, no lo haría, porque eres la única a la que quiero exponerle cada parte de mi ser. Te lo suplico, búscame o contesta este mensaje en cuanto puedas y así yo iré por ti.

El sabor salado en la comisura de mis labios me advierte de las lágrimas que ruedan en descontrol sobre mis mejillas. ¿Otra vez estoy soñando con él o esto de verdad está sucediendo? Miro a mi alrededor, y las chicas se encuentran enfocadas en sus diversas tareas. Vuelvo a ver el celular para releer el mensaje. ¡Ha investigado sobre mis demonios!

Antes de que alguien pueda verme, a pasos grandes llego hasta el baño y cierro la puerta tras de mí. Mi cuerpo se apoya en la madera al tiempo en que me voy deslizado hasta que estoy completamente en el suelo.

Me exigí a mí misma olvidar por tanto tiempo que ahora es una aflicción recordar; no obstante, mi mente trata de hacerme pasar un muy mal momento cuando las imágenes de mi pasado me golpean como un torbellino.

Con tan solo cerrar los ojos puedo ver todos los eventos de antes y después de mi violación. Mis lágrimas se arrecian al recordar esa primera vez que perdí la inocencia y todo lo que eso me hizo sentir: miedo, dolor, desesperación, angustia, oscuridad, odio, falta de fe.

Demonios, nunca... nunca había querido recordar con tantos detalles. Siempre le he exigido a mi mente olvidar todo y solo quedarse con el hecho de que pasó. Solo eso. Sin recuerdos claros. Sin sensaciones. Sin dolor.

Hasta este momento.

No importa si las imágenes son difusas y poco claras, están ahí. Siempre lo han estado y lo estarán.

Me abrazo a mí misma mientras un horrible calor que comienza desde mi pecho hasta extenderse por todo mi cuerpo me quema no solo el alma. También parece arrasar con los

sentimientos negativos que se esconden en mi interior y que, en los momentos de felicidad, siempre salen para burlarse de mí.

Era demasiado ingenua para comprender el impacto de las decisiones oscuras que hacen otros individuos pero, ahora que me he dado cuenta de ello, me da miedo saber que hay personas con un ser maquiavélico en su interior.

He llorado tanto por las heridas que mi propio padre causó en mí y que, debido a él, siempre las llevaré conmigo.

El dolor es tan grande que es como si me teletransportara a esos días sin esperanzas. Me abrazo con más fuerza, haciendo todo lo posible por que mi mente vuelva al presente. El túnel oscuro no parece tener fin. Literalmente tomo una fuerte respiración antes de abrir mis ojos, exigiéndome a mí misma recordar todo lo que he hecho para ver la luz.

Sé que algunas personas no entenderán cómo, hoy en día, logro sonreír o permitir que alguien se acerque a mí después de todo el daño que me han hecho... diré que no fue fácil. Aun siendo muy joven, en un momento de mi vida, mi mente era una jodida cueva de autodestrucción. Lloraba casi todo el día. Tenía miedo hasta de mi propia sombra. No conocía más que el dolor que otros provocaban en mí o que yo me infligía. Todo a mi alrededor era oscuridad. No permitía abrirle mis sentimientos a nadie. No confiaba en absolutamente nadie. Me sentía paranoica con ciertas cosas y no eran decisiones que yo tomaba: simplemente, reaccionaba de esa manera, hasta que Daisy entró en mi vida, mostrándome que había una salida.

Daisy me recordó que tenía algo por lo que luchar, y eso era la felicidad que se me fue arrebatada. Entonces decidí que solamente yo tenía el poder para salir de las tinieblas. Claro que tuve mucho miedo, pero lo intenté; con todas las terapias y con las ganas de dejar ese agujero, lo logré entre lágrimas y lamentos porque quería volver a sentirme libre de mí misma.

A pesar de cómo me siento en este mismo momento, sé una cosa: no puedo permitir volver a entrar en ese mundo de desolación y oscuridad. Ahora más que nunca tengo personas buenas a mi alrededor a las que no quiero defraudar.

No me expondré a volver a pasar por un sufrimiento interminable y, aunque el dolor ahora mismo es casi devastador, es diferente. Se siente como si una pieza hiciera clic en mi interior. Es como si... como si mi pasado al fin estuviera conectándose con mi presente y al fin estuviera perdonándome a mí misma de algo que nunca estuvo en mi control, más, sin embargo, siempre me lo reproché.

Se siente como la paz de la que tanto he escuchado hablar, tan solo un poco cruel a la hora de hacer su trabajo para limpiar todo mi interior.

Mi papá pudo enseñarme el lado malvado de la humanidad, no obstante, algún poder divino me ha enseñado la parte noble y buena de las personas.

«Sé que el pasado no se puede cambiar, tan solo quiero que sepas, que, si me das otra oportunidad, construiremos un futuro mejor». Ay, Dios. Creo que jamás podré olvidar esas palabras.



Puedo tener un futuro mejor. Sola o en compañía de alguien, sé que puedo tenerlo. Pero con honestidad, no me imagino sanándome a mí misma sin él a mi lado. Desde el primer momento y sin querer, Jordan me demostró que los humanos somos capaces de enamorarnos de las personas sin conocer del todo su historia; es como si fuéramos capaces de amar con los ojos cerrados. Sin ver un pasado o un futuro. Solo valiéndonos de la esencia del amor y del presente en el que vivimos.

No voy a dejar que un pasado del cual no tuve ningún control me arrebatase la felicidad que merezco; es más, ahora es cuando me doy cuenta de que mis padres no destruyeron mi vida porque yo no lo permití, y no está en mi carácter darme por vencida.

Me pongo de pie. Poniendo a raya este temblor en mis manos y en todo mi cuerpo. Abro la llave del lavamanos para echarme un poco de agua en la cara, enjuagando mis lágrimas y, como me dijo Thiago, controlando a mis propios demonios.

¡Mierda!

¡Thiago!

Quedé en verlo en el hotel del centro a las once. Dios, ni siquiera me siento bien para verlo, aunque por nada del mundo me quedaré encerrada, sintiendo lástima de mí misma. No, señor. Seco mi rostro y, en la primera oportunidad que tengo, hablo con Halsey y me marcho sin más preámbulos.

«Yo puedo hacer esto —repito todo el camino—. Soy mejor que todos esos hombres malos y sin corazón que me han lastimado».

Al estar frente a su hotel, sé que nunca me sentiré a gusto con Thiago, ni aunque intentara con todas mis fuerzas. Su mundo me abruma; además, no cambiaría las salidas a restaurantes caseros como mis citas con Jordan por ir a exposiciones caras con Thiago. Es solo que el corazón quiere lo que quiere, y no es como si se le pudiera exigir.

Él está sentado en el lobby del hotel, con su *tablet* en sus manos. En las últimas semanas he estado un par de veces aquí, ayudándolo con algunos detalles de las convenciones que se llevan a cabo en el hotel. Thiago y Heather son tan sencillos aun teniendo toda esa absurda cantidad de dinero... No puedo más que admirarlos por ser humildes y con los pies bien puestos en la Tierra. Thiago es un buen chico; solo ruego que lo que estoy a punto de hacer no lo lastime o haga que termine desagradándole.

Bloquea su *tablet* y se levanta en cuanto me mira caminando hacia él.

—Hey, qué bueno que llegas. —Me da un beso en la mejilla. Al apartarse se queda viéndome más del tiempo necesario—. ¡Te has pintado el cabello!

Logro sonreír a pesar de lo nerviosa que me siento, haciendo a un lado el ardor de mis ojos.

—Sí. La idea se me ha ocurrido esta mañana y la he llevado a cabo antes de cambiar de parecer.

—Oh, esas son las mejores decisiones de la vida. ¿Estás lista para ayudarme con toda esta locura?

Ojalá pudiera dar la gran exhalación que me piden mis pulmones. Brevemente bajo mi mirada

antes de volver a enfrentarlo.

—No puedo quedarme.

Frunce su ceño.

—¿Cómo?

Miro a la chica que la ha dado unos papeles a Thiago para que los firme, y eso me da unos escasos minutos para intentar respirar. Cuando me vuelve a ver, sé que no hay escapatoria.

—Lo siento mucho, Thiago. Sé que... —Llevo mis manos a mi boca, tratando de no volver a llorar en este momento—. Has sido un gran amigo desde que nos conocimos y estas últimas semanas han estado bien.

—Pero...

Lo miro a los ojos conteniendo la respiración.

—He decidido regresar con Jordan. —Por su expresión sé que no está de acuerdo con mi decisión, así que me apresuro a hablar antes que él tenga la oportunidad de decir algo—. Fui sincera la noche de la exposición. Jamás te he dado una idea errónea, siempre has sabido que mi corazón le pertenece a Jordan y, aunque no estaba segura de tus sentimientos, creo que te gusto; en realidad, no lo sé, pero entre nosotros no puede pasar más que una bonita amistad.

Me mira asombrado; luego cambia la dirección de su vista. Cabecea lentamente, luciendo realmente lastimado. Con sinceridad, no sé en qué momento me metí en esto. Supongo que estaba tan cegada por mi dolor que buscar algún tipo de compañía en alguien más parecía lo más sensato.

—Lo entiendo —dice al volver a verme; aunque sonrío, su sonrisa no abarca del todo su boca. No es como esas sonrisas que le regala al mundo—. Me hubiese encantado conocerte en otra situación. Con un corazón libre al que pudiera enamorar.

*¡Argh! Eso no me sienta bien en este momento.*

Me acerco a él y pongo mi mano en su mejilla.

—Lo siento tanto... Si algo bueno se puede sacar de todo esto, es que, más allá del chico rompecorazones, hay uno que sabe que es el momento de sentar cabeza con una buena chica.

Se ríe y toma la palma de mi mano para darle un beso.

—Nah, si el dolor de esta espinita es lo que se siente cuando te enamoras y te mandan a volar, no me quiero ni imaginar lo que se sentirá cuando llegue a amar. No, gracias, pero paso.

¡Oh! Me pongo de puntillas para darle un beso en su mejilla.

—Cuando te llegues a enamorar de verdad, será el sentimiento más puro y noble que alguna vez experimentarás.

Asiente un par de veces; luego termina por darme un abrazo.

—Cuídate mucho, Lindsay y, por favor, acepta la propuesta de Carter —me pide, dándome un beso en la frente, que hace que mi pecho tiemble. Todos sabemos lo que un beso en la frente significa. Quiero llorar muchísimo porque, después de haber sido usada de las maneras más bajas y oscuras, nunca pensé que dos chicos geniales como Jordan y Thiago pudieran fijarse en mí, aun sabiendo todo lo que me ha pasado—. Que esto no interfiera en tus planes —dice; sus ojos miran

con agrado a los míos—. No lo hice como el Thiago que quería enamorarte, sino como un amigo que siempre querrá lo mejor para ti.

*Respira.*

*Respira.*

—Gracias —logro responder, tragándome el nudo en mi garganta.

Le doy un último abrazo y salgo de uno de los hoteles de los Fleming, con un sentimiento agridulce que envuelve a mi corazón.

\*\*\*

Estaciono el auto de Heather enfrente del Hell's poison. Nunca había estado aquí, pero es justo como lo imaginé: puerta de madera oscura y ventanas color ámbar.

Me siento tan nerviosa que creo que podría vomitar en cualquier momento. Es la primera vez que veré a Jordan desde mi confesión. Por su mensaje sé que quiere que tengamos otra oportunidad, sin embargo, ¿qué pasará si, al mirarme, cree que ya no soy lo que él quiere?

*No, Lindsay. No seas negativa.*

Tomo una profunda respiración antes de salir del auto. En la puerta principal no hay nadie que me pida mi ID o que esté atento a mi entrada. Por dentro, el *pub* es demasiado genial. No son mesas viejas ni nada por el estilo. Todo está bien cuidado; hasta se siente muy acogedor. La barra es grande, al igual que todo el local. No entiendo cómo estos chicos dan abasto, aunque parece que hay alguien más que los ayuda, quien ahora me observa esperando que me acerque a la barra.

A pesar del colapso emocional de hace unas horas, traigo conmigo a la Lindsay segura de sí misma, así que empiezo a acercarme a él. La valentía se me cae al suelo al ver a Jordan saliendo de una puerta trasera, sosteniendo una gran caja de madera. La deja en el suelo y le dice al chico que mueva su culo para que acomoden las botellas. Mi corazón palpita como un loco solo de verlo, y juro por Dios que me quedo sin respiración cuando su mirada se encuentra con la mía.

Los primeros segundos, parece no reconocermelo del todo; supongo que este cambio radical en mi cabello lo ha dejado confundido, pero sus dudas se esfuman cuando mis labios de alguna manera logran sonreírle, lo que hace que sus ojos resplandezcan llenos de... ¿alegría?

—¡Lindsay! —exclama, saltando encima de la barra para, literalmente, correr en mi dirección. Se detiene frente a mí y me toma de la cintura, alzándose en el aire, dándome varias vueltas que me hacen reír—. Espera... —Me deja de nuevo en el suelo, se aleja muchísimo y su rostro adquiere una preocupación que deseo quitar en cuanto antes—. Estás aquí porque has visto mi mensaje, ¿verdad? Por favor, dime que me darás otra oportunidad.

Junta sus manos en una súplica; yo corto la distancia que acaba de poner, cubriendo sus manos con las mías.

—Sí, estoy aquí porque he visto tu mensaje.

—Te juro que sentí cada una de esas palabras que escribí.

—Lo sé y te agradezco todas las cosas que dijiste.

—Lindsay —dice antes de envolverme en un abrazo. No tengo idea de cuánto tiempo permanecemos así; lo cierto es que me hace sentir tan bien... Respirar su aroma es algo que extrañé. Él me brinda esa seguridad que consigue que mis ojos se llenen de lágrimas y mi corazón lastimado se infla ante tanta gratitud—. Lo siento tanto... Te lo juro, Linda. ¡Lo siento!

Odio tener que llorar aquí, menos de esta manera aunque, por más que trato de retener las lágrimas, ellas solitas hacen su camino.

—¿Podemos hablar en otro lugar?

Se separa de mí, acunando mi rostro entre sus manos.

—Claro, claro. Solo déjame arreglar esto con los chicos.

—No te preocupes, hermano. Váyanse. Nos haremos cargo de tu turno —dicen detrás de nosotros. Me inclino hacia la izquierda para ver sobre el hombro de Jordan; descubro así que Ralph y Kilian nos miran desde detrás de la barra—. Yo más que nadie quiero que se reconcilien para que Lindsay vuelva a cocinarnos algo delicioso —bromea Ralph, sonriéndome.

Kilian también me sonrío y en todo lo que pienso es que la vida tiene que ser generosa al juntarlo de nuevo con Heather, porque los dos están destinados a ser uno solo. Además, sé que la investigación de Thiago tiene que dar con algo bueno.

Artículo un «gracias» antes de que Jordan me tome de la mano para salir.

—Hey, chicos —nos grita la profunda voz de Kilian, haciendo que Jordan y yo nos detengamos a escuchar lo que nos dirá—. Sean felices.

Es claro que para todos eso ha sido raro. Kilian no espera una respuesta y se pierde por una puerta antes de que podamos decir algo.

Siempre lo he dicho: estos chicos, algunos con tatuajes, otros adictos al cigarrillo y a algunas otras cosas más, con reputación de ser todos unos casanovas, tienen los corazones más bondadosos que he conocido alguna vez. Los tres mosqueteros son simplemente adorables.

Salimos a toda prisa del *pub*; Jordan es bastante obvio con su nerviosismo.

—Jordan, ¿puedes tranquilizarte? —le pido entre pequeñas risas inquietas, una vez que me coloco detrás del volante—. Porque te aseguro que estoy igual o más nerviosa que tú, y los dos seremos un caso fallido si no nos controlamos.

Él se remueve en su asiento; posteriormente pone una mano sobre su pecho.

—Lo siento; es solo que, después de todo lo que te dije, no puedo creer que estés aquí... frente a mí. —Me mira directamente, ladeando sus labios en una pequeña sonrisa encantadora que nunca había visto—. Y estás preciosa. Ese color te queda bello.

—Creo fielmente en la causa y perdón, entonces... ¿Cómo podría no perdonarte por un error cuando has hecho tantas cosas buenas por mí? —musito, sintiendo el temblor de cada parte de mi cuerpo—. Este es el color natural de mi cabello.

—De todo corazón, gracias. —Se queda en silencio por unos segundos hasta que pregunta—: ¿Por qué has decidido cambiarlo?

Sujeto con un poco de fuerza el volante antes de tomar una larga respiración.

—Lo había teñido para ocultar a mi vieja yo, pero he descubierto que puedes ocultarte del mundo entero, menos de ti misma.

Sus labios se separan brevemente, su pecho sube y baja lentamente.

—Así es.

—Jordan, tú y yo tenemos tanto de que hablar, aunque no quiero que lo hagamos encerrados en este auto. ¿Se te ocurre una idea de a dónde podemos ir?

Guarda silencio por unos segundos; luego, en la pantalla inteligente del auto, ingresa una dirección en el GPS. Casi me río porque sé que aún no conozco del todo la ciudad; sin embargo, esas coordenadas en particular me las sé de memoria y no podría haber escogido un lugar mejor que el sitio que fue testigo de nuestro primer beso.

En silencio y con un manojito de nervios, logro conducir hasta la playa de Santa Mónica. Soy capaz de estacionar el auto y caminar hasta el final del muelle; nos detenemos justamente en el letrero 66, que indica el final de la ruta.

El recuerdo de sus labios por primera vez en los míos, cuando yo no hacía más que pensar en cómo ser suficiente para él, hacen que me quebrante frente a Jordan. Él lo nota rápidamente, envolviéndome en un abrazo que he deseado desde los últimos días. Mi corazón no para de doler. Ya no siento la misma oscuridad, pero mi visión no está del todo limpia.

—Siento tanto por lo que has pasado, Lindsay... —Escuchar la voz quebrada de Jordan hace las cosas mucho más difíciles.

Sosteniéndome, caminamos hasta sentarnos en una de las bancas frente a la valla que rodea el muelle. Me encojo a su lado y permanezco así hasta que mi llanto cede; queda nada más que una respiración temblorosa e involuntaria, con un pequeño hipo.

—Perdóname por no haberte contado nada de mi pasado.

—Lindsay... —murmura, intentando callarme—. No digas nada.

Hoy no pienso hacer lo mismo.

—No, escúchame —me alejo de él para verlo a la cara—. Cometí un error al ocultarte una parte de mí cuando nos hicimos novios, y tú me pediste que te dijera por qué a mis obras les faltaba vida, pero no es fácil hablar de tus demonios cuando todo lo que quieres es olvidarlos y solo ver hacia adelante.

Guarda silencio por unos momentos, primero contemplando el cielo azul; luego termina viéndome únicamente a mí.

—Sí, ahora lo entiendo.

Mi respiración poco a poco vuelve a controlarse.

—Bien, porque quiero que sepas que nunca fue intencional. Yo jamás creí que alguien tan bueno y brillante como tú pudiera enamorarse de mí.

—Ya te lo he dicho, tú eres igual de buena y brillante. —Acuna mi rostro y se acerca a mí—. Quizás lo eres aún más.

—Puede ser. Sé que contigo siempre me comporté muy segura de mí misma, aunque a veces era todo lo contrario —confieso—. Tenía tanto miedo de que me odiaras cuando supieras mi verdad... —Hago todo lo posible por mantener la calma mientras trato de exteriorizar lo que he deseado decirle desde que descubrí mis sentimientos por él—. Todavía tengo miedo de lo que puedas pensar de mí, pero tienes que saber que mi pasado no me define, Jordan. He hecho mucho para estar aquí y me dolió que no fueras capaz de ver eso en cuanto supiste todo.

Sus manos lentamente se alejan de mí y caen sobre mi regazo; muy despacio él baja su rostro.

Es un día muy normal en el muelle de Santa Mónica; hay muchas personas por todo el lugar, aunque es un alivio que todos estén teniendo un momento tan agradable como para evitar enfocarse en dos jóvenes que no tienen una idea de lo que es la vida, pero que están intentando reparar sus corazones destruidos.

—He estado recapacitando, Lindsay. Tan pronto como me dejaste en esa playa —su voz adquiere un tono triste que me pone la piel de gallina al señalar hacia el lugar exacto de la playa donde tuvimos esa conversación—, lamenté todo lo que dije en el mismo momento en que te fuiste, y yo caí al suelo a causa del dolor. No tienes idea de cuánto me odié por no haber sido sensible contigo al escuchar tu historia. Me enfoqué tanto en mis sentimientos... en lo mucho que me dolió que me ocultaras todo eso que me olvidé por completo de tu dolor y por todo lo que has pasado. —Me vuelve a ver. El brillo acuoso en sus ojos me corta la respiración—. Nunca podré borrar lo que hice; sin embargo, te juro que puedo ser un mejor hombre para ti. Te aseguro que puedo darte mejores cosas que recordar y por las cuales... me puedas llegar a amar a como yo ya lo hago.

He dejado de respirar y sin duda, mis lágrimas nos vuelven a saludar.

—¿Qué has dicho? ¿Cómo puedes decir que me amas? —pregunto incrédula, con mi corazón aún doliente—. Jordan, tú no me amas, es... ¡imposible!

Toma mis manos y se desliza por la banca de madera para estar lo más cerca posible de mí.

—¿Imposible? Lindsay, sé que eres la indicada para mí porque eres la primera chica a la que quiero exponerle cada parte de mi alma y deseo que tú hagas lo mismo conmigo, teniendo la certeza de que te cuidaré y te protegeré. —Su voz se ha quebrado nuevamente—. Quiero pasar mis próximos años viendo todas esas fotos que a ti te encanta tomar, recordando sin parar cómo nos enamoramos. Anhele tener toda una vida para despertar a tu lado y ver la obra de arte que eres. Si eso no es amor, entonces dime qué es, y aprenderé a amarte de esa forma.

Wow.

Ahogo un sollozo. Incrédula de que esto me esté pasando a mí.

Todo mi interior estalla y se vuelve a unir con el amor que Jordan me está profesando.

Me acerco a él y lo beso. Los dos contenemos la respiración por un momento, como si el tiempo a nuestro alrededor se congelara. Lo único que nos recuerda de nuestra existencia son los latidos de nuestros corazones: el mío ahora me grita que quiere fusionarse con el de Jordan.

Sus labios comienzan a moverse y soy capaz de seguir el movimiento por inercia. Es como si

mi mente no supiera lo que está haciendo, pero mi alma lo sabe muy bien. No hay otra cosa que quiera más que sentir los labios de Jordan por toda una eternidad.

Su mano se encamina hasta mi espalda baja, atrayéndome hacia él. No tengo ni idea de cómo terminaremos; tan solo estoy consciente de que a su lado nunca me he sentido sola y es una de las cosas por las cuales siempre estaré agradecida.

Cuando nuestros labios parecen haber tenido suficiente, descansa su frente en la mía. Siento sus manos secar mis lágrimas.

—Gracias, Jordan —le digo, sin tener una visión clara de él, ya que aún tengo mis ojos cerrados.

—¿Por qué, Lindsay?

—Porque, entre tantas chicas sanas, tú elegiste enamorarte de mis heridas.

Me atrevo a verlo. El nudo en mi garganta es demasiado doloroso al darme cuenta de que algunas lágrimas se escapan de los hermosos ojos de Jordan.

—Y gracias a ti porque, entre tantos hombres, decidiste enamorarte de alguien totalmente imperfecto, pero con el enorme deseo de besar cada día tus heridas hasta que solo sean cicatrices.

Siempre supe que amarlo sería extremadamente fácil.

Me recuesto en él, y los dos guardamos silencio, abrazados mientras miramos a la hermosa playa frente a nosotros.

Este fue el primer lugar de Los Ángeles que me cautivó en cuanto lo conocí. No se trata de que sea famoso o no; es su magia angelical la que atrapa a todos: la arena que llena tus pies y algunas veces provoca cosquillas; el viento que envuelve y abraza tu cuerpo; las palmeras características de la ciudad o el cielo azul que roban suspiros; las risas de los niños en los juegos de Pacific Park y las parejas que comparten un recuerdo inolvidable hacen que todos compartamos una misma magia y un solo sentimiento: la paz.

Quiero que este sea el lugar donde comenzaré verdaderamente a sanar y a regresar cada vez que necesite rellenar mis fuerzas.

## Capítulo 25

### ERRÓNEA REPUTACIÓN

*(Lindsay)*

—Vamos, Linda —dice Jordan poniéndose de pie—. Quiero llevarte a un lugar antes de que caiga el atardecer.

—¿Qué? ¿A dónde quieres ir? —pregunto, limpiando mi rostro, para luego tomar la mano que él me brinda.

—Al LACMA.

Agito mi cabeza, confundida.

—¿Qué? ¿Por qué ahí? No quiero estar rodeada de demasiadas personas

—Solo serán unos minutos.

Me encanta ser testigo de que, a pesar del profundo momento que acabamos de tener, su interior sea tan brillante y puro como para sonreír; logra que yo haga lo mismo.

—Necesito que veas algo —entrelaza su mano con la mía y se echa a correr. Ríe como una tonta esquivando a todas las personas que se interponen en nuestro camino. Para cuando llegamos al estacionamiento, mis pulmones se quedan sin respiración—. Yo conduzco —anuncia entre palabras entrecortadas.

No sé cuál es la prisa por llegar hasta ahí antes de que caiga la tarde; tan solo sé que no puedo dejar de verlo.

Jordan apareció en el justo momento en el cual otra vez estaba por perderme a mí misma y autodestruir todo lo que había logrado. Mis logros y mis batallas ganadas pendían de un pasado. En este instante todo parece volver a alinearse maravillosamente para retomar poco a poco el control de mi presente y futuro.

Aunque nunca he buscado un salvador, ahora sé que, si pierdo las fuerzas, las puedo encontrar en él, y ambos lucharemos juntos. No tenemos idea de lo que nos espera en el futuro, pero ya no volveré a bajar la vista por mi historia. Ya no quedan peleas que pueda dar solas porque confío que las más importantes estarán resguardadas por él, Daisy, Max, Heather, los mosqueteros y hasta por Violet, o incluso por Thiago.

Se detiene en uno de los semáforos, y yo aprovecho para darle un beso en la mejilla.



—¿Y eso por qué fue? —inquire, risueño. Un suspiro pacificador se me escapa del pecho.

—Porque, después de tener una vida descolorida, trajiste una paleta de nuevos y bonitos colores a mis días.

Su amplia sonrisa me cautiva, y provoca que un hermoso escalofrío recorra todo mi cuerpo.

—¿Ves que sí te sale lo romántico? —bromea; le doy un golpe en el brazo. Ambos terminamos riendo, perdiéndonos en la mirada del otro por unos segundos.

Vuelvo a recostarme en mi asiento, esperando impaciente mientras trato de ubicar en mi mente la dirección que ha tecleado en el GPS: 5905 Wilshire Blvd.

Antes de llegar a ese lugar, Jordan se desvía a la calle de su apartamento. Todo es tan extraño cuando me dice que no demorará; entra, y rápidamente vuelve a salir de su edificio, esta vez con una cámara profesional en sus manos.

¿Para qué quiere una cámara? Estoy a punto de preguntarle cuando hace una señal de tener un zíper en su boca. Retoma nuestro camino, y yo me siento totalmente confundida.

Al llegar a la dirección que ha ingresado, caigo en la cuenta de que se trata del Museo de Arte del Condado de Los Ángeles. ¿Por qué me ha traído aquí? Aunque nunca he entrado, justamente hoy no se me apetece explorarlo.

—Te he traído aquí no porque sea una tendencia de la ciudad o una de las colecciones más importantes del arte —se explica como si pudiera leer mi mente—, sino porque quiero que, para ti, sea un recordatorio de que hasta las señales más pequeñas pueden iluminar nuestras vidas.

Luego de que se encarga de estacionar el auto, me sorprende cuando no entramos al interior del museo, sino que me lleva justamente a ese sitio emblemático que tanto deleite causa: el Jardín de las Farolas.

—Quiero que estas farolas siempre te recuerden que, en los momentos de oscuridad, podemos encender una luz para nosotros mismos o para alguien más. Se puede brillar a través del caos, Lindsay, y estoy tan orgulloso de ti porque eso es justamente lo que has hecho desde que te conocí.

Me quedo viéndolo a él y las bonitas farolas que ya están siendo encendidas y sus hermosas luces hacen un maravilloso contraste con el atardecer. Mi garganta se cierra y mi vista se torna pañosa debido a que quiero llorar no solo por traerme a un lugar tan maravilloso, sino por lo que acaba de expresar.

—Siempre tienes las palabras adecuadas —logro decir.

Él da unos pasos hacia mí para acariciar mi mejilla.

—Quizás porque cuando estoy a tu lado, es mi corazón el que habla por mí. ¿Te gustaría posar? —Me muestra la cámara y ahora todo tiene sentido.

—Creí que era yo quien tiene una adicción por tomar fotografías, y no tú —intento bromear, sin terminar de creer que hasta hace unos momentos, estaba tendida en un llanto doloroso; ahora estoy experimentando una felicidad que nunca creí alcanzar.

Jordan se encoge de hombros.

—Lo que pasa es que nunca había encontrado a una hermosa chica a la cual quisiera retratar

cada día de nuestras vidas.

Siempre... siempre dije que caer rendida ante el corazón de Jordan sería muy fácil. Ahora que puedo comprobarlo, mis ojos se llenan de lágrimas, y esta vez me hace bien decir que son de felicidad. Nunca me había sentido tan contenta en compañía de los demás, mucho menos conmigo misma, hasta este momento, cuando por fin empiezo a aceptar lo que fui, quién soy y lo que seré.

Sin encontrar la oración igual de perfecta para responder, solo sonrío y creo que el brillo espectacular que poseen sus ojos me hace saber que he hecho lo correcto al reemplazar las palabras por una mirada del alma. Es mucho más profundo y celestial.

Sí, definitivamente Jordan tiene razón al decir que lo romántico también se me da, o quizás es solo que... se necesita de la persona correcta para sacar lo mejor de uno mismo y disfrutar de esas tantas facetas que son totalmente desconocidas para nosotros o que nunca imaginamos que fuera posible experimentar.

Algunos minutos después, entre risas y suspiros, llegamos a mi residencia.

—Hay algo que te quiero mostrar —le digo una vez que estamos dentro del pequeño cuarto que comparto con Heather. Busco en una de las esquinas de la habitación, le echo un vistazo una vez más y, con mi corazón palpitante a toda prisa, decido que es justamente hoy cuando Jordan tiene que ver lo que ha inspirado—. Es la primera obra en la cual uso colores vivos.

Doy una fuerte respiración. Mis nervios solo hacen que Jordan frunza su ceño, curioso y sonriente.

Al darle la vuelta, de manera que él pueda ver el cuadro, sus ojos se abren en un contundente gesto de sorpresa.

—¿Te gusta? —Me quedo en silencio esperando su respuesta.

Jordan lleva las manos a su frente e intenta pronunciar una palabra, aunque hay algo que se lo impide; por su expresión podría decir que está impresionado.

—¡Joder, Lindsay! —Toma el cuadro que tengo entre mis manos para mirarlo más de cerca—. Has hecho de mi rostro toda una obra de arte.

No puedo evitar reírme.

—Entonces, ¿te gusta?

Alza una ceja, sonriendo al mismo tiempo en que asiente en un pequeño movimiento.

—Me encanta, y me deslumbra saber que ha sido conmigo con quien has empezado a usar los colores.

Bajo un poco mi cabeza, un mechón de cabello cubre la parte izquierda de mi rostro. Gentilmente, Jordan toma mi quijada, haciéndome verlo a los ojos.

—Gracias, Lindsay. Y no lo digo solo por esto. —Deja el cuadro sobre la cama de Heather, contemplándolo una vez más antes de que se vuelva a mí para tomarme de los hombros, moviendo con cariño su dedo corazón sobre esa parte de mi piel—. Gracias por darme una nueva oportunidad y por permitirme entrar de nuevo a tu vida, sobre todo, gracias por ser a mí a quien le has expuesto tu verdadero ser.

Un temblor en mi estómago empieza a hacer de las suyas.

—Bueno, si vamos a agradecer, es a ti a quien agradezco por entender que mi pasado es algo que no pude controlar, y es a esta Lindsay, que está frente a ti, a quien tienes que valorar y querer.

Él lleva una mano a mi cabello, acariciando mi cabeza.

—Yo no solo te quiero o estoy enamorado de ti. —Toma una fuerte respiración y se acerca a mí dulcemente, pero a la misma vez de una forma tan seductora que me deja sin poder respirar ni pensar con claridad—. Te amé tan pronto conocí a la verdadera Lindsay Reed. Te amo, Linda, como nunca he amado a nadie en toda mi vida.

Siempre he sido tan sarcástica con mis respuestas que ahora no tengo idea de qué decir, aunque mi corazón sabe muy bien cómo responder a eso. Escucharlo decir por segunda vez que me ama hace que tiemble toda mi existencia. Me siento como la chica más afortunada al haber encontrado a alguien que sinceramente se ha fijado en mí.

Lo abrazo, hasta que me doy cuenta de que, en realidad, le dije que lo quería en el momento menos oportuno; ahora tengo una mejor oportunidad para expresarle cuánto lo amo.

—Jordan, supe que estaba enamorada de ti el día que me tomaste esa foto en The Grove —confieso alejándome de él, viéndolo directamente a esos ojos bellos que tiene—. Nunca te lo dije, pero eres el primer chico que me toma una fotografía solo para ponerla en su celular. —Mi voz tiembla, aunque eso no me detiene para mostrarle cada parte de mí—. ¡Y la usaste como fondo de pantalla!

Ahora me mira de una forma tierna que me hace querer llorar.

—Te mereces estar hasta en un espectacular cartel, y yo lo llevaría a todas partes cada vez que no estemos juntos. —Sé que bromea, aunque su voz es determinada—. ¿También... conseguí que me ames?

Tomo su mano derecha y la coloco sobre mi pecho. Sin demoras ni miedo. Perdiendo toda la cordura que me quedaba, porque estar a su lado es lo más maravillosamente loco que me ha pasado.

—Pensé que dejé de tener corazón el día que mi vida se destruyó, sin embargo, desde que apareciste en mi camino, me has demostrado que, en realidad, solo estaba dormido, esperando por alguien que lo volviera a hacer latir. —Dejo su mano en el mismo lugar y lo miro con toda la intensidad que me hace sentir, respirando unos segundos antes de proseguir.

—Lindsay —pronuncia mi nombre angustiada, interrumpiendo lo que estaba a punto de confesar por primera vez—. Si tu corazón está destruido, te prometo que el mío es tan grande que puede amar por los dos pero, por favor, date la oportunidad de amarme.

Ay, Dios. Nunca nadie había sido tan bondadoso conmigo; sin duda, ahora puedo decir que, al fin, alguien me ama por mí misma.

—Eso que acabas de decir... Jordan, estaré agradecida por ello el resto de mi vida. Sé que elegí el momento equivocado para decirte que te quiero, y es algo que no volveré a hacer. —Tomo una profunda exhalación antes de continuar—. Te amo, Jordan, con cada latido de mi lastimado

corazón.

Su sonrisa jamás podría tener precio. Es grande, luminosa y toca cada fibra de mi ser.

Nos quedamos así unos momentos, él sintiendo los latidos de mi corazón y yo mostrándole de lo que estoy hecha: cambios bruscos de la vida, caídas, derrotadas, batallas ganadas pero, después de todo, de la fuerza divina que se nos es dada a toda la humanidad.

Aleja su mano de mi pecho, solo para tomarme de las caderas y acercarme a él. Me mira unos segundos a los ojos, luego baja su vista a mis labios. Sé con certeza que me va a besar, por lo que contengo la respiración hasta que su boca está en la mía, robándome cada suspiro y cada «Te amo» que no puedo articular en este momento.

Me hace girar y retrocede hasta caer sentado en mi cama, poniéndome sobre su regazo.

—Lindsay —susurra, dándole un respiro a mis labios para empezar a dejar un camino de besos desde mi cuello hasta el encuentro de mis pechos. Le facilito el trabajo echando mi cabeza hacia atrás. Él lame mi piel, lo que no solo me roba un gemido, sino que manda una descarga a mi parte baja—. Quiero que me des la oportunidad de borrar el recuerdo que otros han dejado en ti.

Me trae de vuelta a la realidad y abro los ojos.

—¿Qué?

—Quiero ser el primer hombre que te haga el amor —pronuncia; mi labio inferior tiembla. Él limpia con mucho cariño las lágrimas que ahora ruedan por mis mejillas—. Por favor... —me pide.

¿Es de esta manera que la vida me está recompensando todo lo que me ha hecho pasar? Si es así, la perdonaría por todo el dolor que he sufrido, porque sé que Jordan sería la pareja perfecta para ayudarme a sanar.

—Nada me haría más feliz.

Nos ponemos de pie. Viéndonos a la cara, nuestras miradas profesan tantas promesas de amor que estoy segura jamás serán quebrantadas.

Jordan dirige sus manos a la pretina de mis vaqueros; con una lentitud maravillosa los desabrocha y los empieza a deslizar hacia abajo. A medida que mis piernas quedan libres, él va dejando un largo recorrido de besos. Mis nalgas se contraen y mi boca se abre un poco, echando mi cabeza hacia atrás ante el placer que su gesto provoca en mí.

No sentí el momento en que deshizo la tira de mis sandalias, por lo que ahora solo muevo cada pie para salir por completo del vaquero. Jordan se levanta, recordándome los buenos centímetros que me lleva de más. Con la misma delicadeza, me quita la camiseta, dejándome solamente en mi ropa interior.

Me mira todo el cuerpo, y no hay una sola pizca de suciedad en sus ojos o de esas miradas que me han dado esos hombres.

«Es Jordan», repito incontables veces. Él es diferente. Él sí me ama.

—Estás bien, ¿verdad? —me pregunta como si pudiera leerme el pensamiento.

No dejaré que mi mente me traicione con los ecos de malas experiencias, así que me enfoco en

el aquí y en el ahora.

—Eso intento.

—Podemos parar cuando tú digas.

—No, no es necesario. Y yo también quiero desvestirte.

Él se ríe y besa mi frente, lo cual me relaja por completo.

—Si es lo que quieres. —Pone sus manos en alto. No lo pienso dos veces para acercarme a él y despojarlo de toda su ropa hasta dejarlo solo en ese bóxer que no puede hacer nada para ocultar la forma en la cual su cuerpo responde ante mis caricias.

—Lo haremos a tu paso, Linda.

—Gracias —susurro totalmente agradecida. Me alivia saber que, a pesar de lo evidente que es el hecho de que los dos estamos nerviosos, encontramos la forma de sonreír y tocarnos con seguridad.

Las manos de Jordan exploran mi cuerpo como si fuera la primera vez, encontrando los puntos exactos de mi cuerpo que nadie me había tocado. Yo no cierro ni un momento los ojos ya que no quiero perder mi enfoque, ni olvidar que es él quien me está acariciando... a punto de hacerme el amor.

Lleva su mano a mi espalda; con una destreza excitante desabrocha mi sostén y lentamente lo va deslizando por mis brazos hasta que este cae en el suelo; luego se dispone a despojarme de mis bragas. Mis pezones están puntiagudos al sentir el frío de la noche y las caricias del chico que me trajo de vuelta a la vida. Me muerdo el labio al ver la excitación en cada parte de su cuerpo. ¡Simplemente amo demasiado a Jordan! Ya no le importa mi pasado y nunca me había sentido tan aliviada.

Se agacha para empezar de nuevo con el recorrido de besos, que esta vez van desde mi tobillo y suben por todo mi cuerpo. Es la primera ocasión en que odio que Jordan lleve la cabeza rapada porque no puedo enterrar mis dedos en su cabello, así que lo que hago es apoyarme con fuerza de sus hombros, todavía más cuando besa mi entrepierna para luego dejar un caliente beso en mi sexo. Mi cuerpo se arquea. Gimo, y él continúa con su forma de adorarme. Se aferra a mis caderas, toma unos de mis pezones endurecidos con su boca y lo chupa gentilmente, poniéndome más y más mojada. Me agarro con fuerza a sus ridículos hombros perfectos. Ya siento toda esa humedad que se empieza a producir en mi parte baja. Repite lo mismo con mi otro pezón y mis piernas empiezan a temblar.

Me coloca sobre la cama, acariciando todo mi cuerpo con su mano. Su toque es divino, como si fuera enviado directamente desde el cielo, lo cual provoca que mi corazón palpite como loco y mi cuerpo tiemble sin poder controlarlo.

Abro los ojos cuando ya no lo siento sobre mí. Lo encuentro sentado sobre sus talones, observándome con los ojos brillantes.

—¿Qué pasa?

Me mira sin responder. Su vista nunca baja a mis pechos o al resto de mi cuerpo; la sostiene

directamente en mi rostro, entonces noto algo extraño en él. ¿Está a punto de llorar?

—Nunca más estarás sola, Lindsay —me promete, parpadeando un par de veces para controlarse a sí mismo.

Yo no puedo hacer lo mismo porque es demasiado tarde. Percibo las lágrimas caer por mi sien. Él no ha dudado ni un solo segundo mientras hacía esa promesa, llevándose consigo todos mis miedos e inhibiciones.

—Jordan...

No puede seguir batallando con sus lágrimas, por lo que las limpia a toda prisa.

—Lo siento. Solo quería que lo supieras y que nunca lo olvidaras.

Alzo mi mano para sujetar su cuello. Lo atraigo hacia mí, besándolo tanto, tanto, porque sé que no soy buena para decir en palabras lo mucho que lo amo, así que esta es mi mejor forma de hacérselo saber, y sé que él lo entiende.

Se aleja de mí para quitarse el bóxer, dejando libre su enorme y larga excitación. Completamente seguro de que estoy lista para él, abre mis piernas y se posiciona.

—Espera... —digo al notar que está olvidando algo—. ¿No te pondrás un condón?

Agita su cabeza.

—No, no quiero y, por favor, no me pidas que use uno. Sentir cada parte de ti es lo único que deseo.

Mi pecho se contrae al tiempo en que algo en mi corazón provoca un montón de chispas por todo mi cuerpo. Asiento como respuesta. Jordan coloca sus codos a ambos lados de mi cabeza, apoyando todo su peso sobre sí. Me mira directamente a los ojos, acerca sus labios a los míos, besándome con suavidad y esmero. Cierro los ojos y gimo en ese mismo momento en que siento su pene rozar mi parte baja. Entra con lentitud y no puedo hacer más que suspirar debajo de él.

Una vez dentro de mí, no se mueve; yo presiono mis piernas para atrapar su miembro y, de alguna manera, controlar la presión allí abajo. Necesito más de él y lo sabe, así que, cuando se echa hacia atrás, trato de estar abierta y lista.

Estoy tan húmeda que sus embestidas son alucinantes, aunque lo son aún más cuando después de un gruñido viene mi nombre en una placentera oración. Enredo mis brazos alrededor de su cuello y rodeo su cintura con mis piernas. Mis caderas se alzan levemente para que él entre en todo su esplendor.

Su mano empieza a hacer su trabajo con mi pecho y su boca nunca deja mis labios. Es dulce, atento, aunque ambos necesitamos más del otro. Él parece sentirlo y aumenta su ritmo, llenándome de placer. ¡Lo amo! Dios... cuánto lo amo.

Mis piernas, y cada parte de mi cuerpo entran en un temblor convulsivo. Ambos experimentamos lo mismo; echo mi cabeza hacia atrás, arqueando mi espalda, necesitada de dejar ir toda esa presión que siento en mis partes femeninas y, antes de liberar todo lo que él me produce, puede ser que grito su nombre con demasiada devoción en el momento exacto en el cual Jordan se libera dentro de mí, vaciando toda su virilidad en mi interior...

Hay un dolor delicioso por todo mi cuerpo. El tamaño de mis pechos es muy grande, pero ahora me los siento mucho más hinchados después de todas las caricias que Jordan tuvo conmigo, lo cual me hace sentir supersexi al seguir completamente desnuda. Mis piernas están enredadas en el medio de las suyas. Después de hacerme el amor, nos hemos quedado dormidos, o eso creí; ahora que abro los ojos, lo descubro contemplándome; quizá él se mantuvo despierto todo ese tiempo.

—¿Qué hora es? —pregunto somnolienta, tratando de ver el reloj en la mesita de noche. La habitación está invadida de la tenue luz de mi lamparita. Jordan gira su cuerpo para observar la hora.

—Las once y media.

—Vaya. Ya es tarde. ¿A qué hora te despertaste?

Me sonrío entre dulce y nervioso... sus nervios son encantadores desde la primera cita que tuvimos.

—Me dormí unos minutos, pero mi corazón me exigió despertarme para contemplarte mientras tus ojos estaban cerrados y tenías la sonrisa más hermosa de este mundo.

Arrugo la nariz, y él se ríe.

—Nunca dejarás de ser cursi, ¿verdad?

—No. Además, como que a ti te sale perfecto. Has aprendido de mí, ¿no? Porque tenía esa impresión de que nunca dirías nada cursi y este día lo has hecho varias veces —me recuerda, dándome un beso en la frente haciéndome sentir una hermosa sensación de cosquilleo en mi estómago. Nos cubre más con mi sábana, la cual tendrá impregnado su olor en los próximos días, y eso me hace muy feliz—. Por ejemplo, ahora mismo te diría que desperté amándote aún más.

Mi corazón se despierta de su siesta para empezar a latir a toda prisa.

—Jordan —susurro, de la misma manera en que él derrite mi alma—. En mi defensa, dije que nunca hubiera actuado de esa forma *antes* de conocerte.

Me besa. Su mano empieza a subir y bajar a lo largo de mi espalda.

—Dime algo dulce —me pide con sus ojos rebosantes de un brillo espectacular.

Descanso mi cabeza sobre su pecho, pensando por un momento en qué podría decirle. Pasan solo unos segundos cuando a mi mente se vienen las palabras exactas. No sé si sea algo dulce, tan solo sé que es la ocasión perfecta para decírselo.

—Antes de hundirme otra vez, me trajiste de nuevo a la superficie y me hiciste descubrir un mar de colores.

Puedo sentir el temblor en su pecho, por lo que vuelvo a alzar mi vista para verlo.

—Lindsay, quiero que me digas por todo lo que has pasado. Cada detalle. Quiero conocer todo tu camino. —Mi cuerpo instantáneamente se pone rígido ante su petición—. Por favor —suplica besando mis labios.

—¿Por qué quieres escuchar algo tan triste?

—Porque es tu historia.

Ya no siento ese mismo dolor que experimenté la noche en la cual le confesé todo, pero aún no

es fácil.

—Tienes razón. —Tomo una larga respiración.

Me sorprende descubrir que mi corazón no palpita como si acabara de terminar de correr una maratón —que es lo que usualmente hacía cada vez que hablaba o pensaba en todo mi pasado—; estar al lado de Jordan me relaja, así que, sintiéndome de esa manera, le cuento absolutamente todo, desde cómo comenzó mi tortura, las tres veces que fui abusada por esos hombres, incluyendo mi violación, las ocasiones que pasé en una estación policial, las noches en las cuales consumía alcohol para olvidar mi patética vida, cuando al fin enfrenté a ese hombre que no debería ser padre. Hasta le doy detalles que pensé nunca diría en voz alta. Eso sí, no me atrevo a verlo ni un segundo mientras hablo.

Nunca dejé que nadie se acercara tanto a mí, porque pensaba que saldrían corriendo en cuanto supieran mi historia, pero aquí está Jordan, intentando proteger la inocencia que me fue arrebatada... intentando proteger el alma de la cual se ha enamorado.

—No sé cómo lograba desconectarme de mi cuerpo cuando estaba al lado de esos hombres, pero puedo decir que nunca me tocaron realmente porque todo lo que obtenían de mí era un cadáver que satisfacía sus más perversos deseos. Ahora sé que esto —digo, jalándome levemente la piel de mi antebrazo— solo es materia; ellos nunca lograron manchar mi alma.

Una vez que he terminado, finalmente tomo la última gota de coraje que guardo y me atrevo a encontrar su mirada con la mía. El nudo en mi garganta solo se intensifica al notar que sus ojos están llorosos. Lo primero que hace antes de decir algo es envolverse en un abrazo que llega hasta el fondo de mi corazón.

—Lo siento tanto, cariño —me susurra al oído.

Me sorprende descubrir que no estoy llorando, y eso es un sentimiento algo así como divino.

—A veces me reprocho el hecho de que aguanté un año y medio en esa situación, cuando debí haber hecho algo mucho más antes —murmuro, sintiéndome molesta al ver todo desde otra perspectiva—; lastimosamente, no tenía el valor.

—Lo importante es que lo encontraste. —Aunque su voz es apagada, está más llena de amor que nunca.

—Sigo sin entender cómo tuve el coraje para enfrentarlo, Jordan. Te juro que él no paraba de decirme que nadie creería en lo que una niña dijera, y que, en todo caso, si lo hacía, él le haría daño a mi mamá.

Frunce sus labios; ahora veo la presión que ejerce en su mandíbula.

—Tu mamá es tan culpable como él —dice, claramente molesto—. Es cierto que ese hombre nunca te puso una mano encima, pero te hizo tanto o más daño que esos inmundos malparidos que se atrevieron a tocarte.

Me separo solo un poco de él para verlo fijamente.

—Sí, mis padres han sido quienes más daño me han hecho. Desde que prácticamente huí de casa, mi mamá nunca me ha buscado; no es que esperaba que lo hiciera ya que nunca me he sentido



querida por ella, pero tenía esperanzas de que finalmente se diera cuenta de todo el daño que me causaron; te estoy contando todo esto porque mereces saberlo, sin embargo, no quiero que te llenes de odio o resentimiento. Tú eres bueno y puro.

Su mirada, al igual que sus facciones, se suavizan lentamente.

—Solo dime algo... —pregunta. Suspiro, al mismo tiempo que muevo mi cabeza en afirmación para que continúe—. ¿Por qué nunca lo denunciaste?

—Te he dicho: lo hice, aunque nadie me creyó. Su mejor amigo es el *sheriff* de Omaha, así que nunca iba a llegar más lejos de «locuras de una niña a la que sus papás no la dejan hacer lo que ella quiere».

—Pero existen otras medidas legales.

—Puede ser; no obstante, lastimosamente, a muy temprana edad, descubrí que a veces la justicia terrenal no existe. Cuando hay influencias fuertes, hasta el crimen más horrible puede quedar impune. Así es la vida.

Jordan sabe que tengo razón; por desgracia, es muy cierto que la ley no muchas veces aplica para aquellos que tienen poder; ese hombre, por desgracia, lo tiene y lo ha usado para mal.

—Eso es muy jodido.

—Lo es. —Entonces recuerdo que es el momento exacto de contarle mis planes—. ¿Sabes?, me he unido a un grupo que brinda apoyo a niñas, jóvenes y mujeres que han pasado por situaciones similares.

Sus cejas se alzan, en una visible sorpresa.

—¿Eso hiciste?

—Sí, quiero que mi historia le dé el valor a alguien más para salir de la pesadilla que vive, o que sepa que no está completamente solo, porque la vida siempre nos pondrá a increíbles personas que iluminarán nuestro turbio camino.

Me besa mucho, mucho, y yo no paro de darle las gracias porque fue paciente conmigo desde el primer momento en que me conoció. Nunca se rindió, ni desistió para tratar de conquistarme, y esa es solo una de las muestras más grande del amor que siente por mí.

Ya no volveré a preguntarme a mí misma cómo es posible que un chico como él esté a mi lado, porque Jordan me ha enseñado que no se trata de vivir en un papel que nos han dado los demás, sino de dejar que sea nuestro corazón el que hable y actúe por nosotros con genuinidad. Es lo único que nos diferencia de otras personas. Ser nosotros mismos y no dejarnos influenciar por una mala o brillante reputación.

Ojalá pudiera guardar este momento en una botella, porque sé que, por mucho que queramos, para mañana no estará, y solo será un bonito recuerdo; lo que sí puedo hacer es mantener para siempre este amor en mi corazón.

—¿Lindsay?

—Dime.

—¿Qué crees que te hizo tener ese valor para enfrentar a ese hombre?

Analizo su pregunta; no es como si nunca lo había hecho, porque lo hice cada noche posterior a mi infierno, pero hasta hace unos días no podía obtener una respuesta que me convenciera del todo.

Para este momento, ya lo sé.

—Me he preguntado lo mismo infinidades de veces; ahora estoy más que convencida de que fue la fuerza de Dios —aseguro, llevando mi mano a mi pecho, sintiendo mis propios latidos—. No hay otra explicación más que esa. Dios tuvo que llenarme de todo ese coraje que necesitaba y fue Él quien me ayudó a salir de ese infierno, poniendo en mi camino a Daisy y a Max como los ángeles más perfectos que habitan en la Tierra.

Sé que fue su fortaleza divina y celestial la que no permitió que mi vida se destruyera por completo porque, en experiencias como las que viví, es más fácil caer en un mundo oscuro en el cual es complicado encontrar una salida. Él no tenía esos planes para mí; ciertamente no sé cuáles son sus planes, solo espero no decepcionarlo y hacer las cosas bien.

Me entristece pensar lo horrible que es el hecho de que, por ser jóvenes, tengamos tantas prioridades mundanas y solo en momentos de necesidad recurrimos a Dios. Debemos cambiar eso. Confieso que yo no era cercana a Él; hasta puede ser que perdí mi fe en los peores momentos de mi vida, pero tanto de mí había desaparecido que pensar en que su divinidad algún día me ayudaría era lo único que me mantenía con vida.

—¿Crees que algún día el dolor desaparecerá por completo? —le pregunto a Jordan, que al parecer se ha quedado en algún espacio pensando en lo que le he dicho sobre mi creencia.

—Cuando estás sanando, también duele —responde, dándome un beso en la frente—. Ahora entiendo lo que mi mamá constantemente me decía.

—¿Qué cosa?

—Que las experiencias malas fortalecen nuestra alma y tú, Lindsay Reed, tienes el alma más valiente y bondadosa que he conocido jamás.

Esta vez por supuesto que cubro mis ojos porque me ha hecho llorar de una forma maravillosamente humana y sanadora.

Estaba bastante segura de que permanecería perdida por mucho tiempo. Nunca pensé que esta ciudad sería el lugar donde me reencontraría conmigo misma. En mi mente lo único que resonaba con fuerza era «Mí vida terminó». No lo decía por ser dramática, sino haciendo referencia a que los planes que tenía para mí misma se habían destruido y esa nueva vida por delante era algo que jamás imaginé.

Por mucho que aparentaba que no tenía miedo de nada, claro que tenía mucho, mucho, mucho miedo de cómo seguiría adelante, pero ese sentimiento se acabó el día que conocí a Jordan.

Jordan Fisher no solo me hizo enamorarme de él: también me dio la oportunidad de enamorarme de mí misma, de ponerle color a mi vida y demostrarme que, después de todo, mi errónea reputación no me destruyó por completo, sino todo lo contrario... me fortaleció y me hizo sentir más viva que nunca.

Ya nunca más permitiré que me llamen *prostituta* cuando jamás lo he sido; mucho menos me volveré a sentir avergonzada de mí misma. No me mortificaré por un pasado o por las malas decisiones que casi acaban conmigo. Ahora todo lo que importa es que al fin estoy aprendiendo a amarme por quien soy ahora: la chica aventurera y soñadora que siempre quise ser, rodeada de ángeles que mantienen viva mi fe.

Daisy Rodríguez tenía razón al enseñarme su mantra: «De las peores tormentas salen los arcoíris más impresionantes» y, en muchas ocasiones, esos arcoíris vienen en forma de personas que iluminan nuestra existencia, ayudándonos muchísimo a recuperar nuestro brillo natural, recobrando así nuestra fortaleza interior.

## Capítulo 26

### PALETA DE COLORES

*(Jordan)*

Dicen que se necesita de tiempo para ver a las personas de una forma diferente de cómo lo hacíamos antes; ahora sé que eso no es cierto. Tan solo se necesita voluntad para tener una nueva percepción de esa persona.

La chica que está sentada en la terraza de mi apartamento, terminando una de sus pinturas, ya no es la que me hacía quebrarme la cabeza al pensar en la reputación que tuvo alguna vez en su jodida ciudad. Esa hermosa chica es la que me cautivó con su determinación para salir de la oscuridad y tener una vida mejor pero, sobre todo, es quien se robó mi corazón.

Su fortaleza es la única percepción que todos deberíamos tener de ella.

El verano ya se está terminando, y es una bendición que al menos hemos disfrutado de sus últimos días juntos. Ahora mismo, los rayos del sol realzan sus pecas; me encanta saber que ya no las cubre más. Suspiro viéndola, frunciendo su ceño mientras el pincel en su mano se mueve sin parar. Nunca la había visto trabajar en una de sus obras. Es todo un orgasmo visual que me había perdido.

Se detiene un momento, aún sin percatarse de mi presencia. Ajusta la bandana roja que lleva en su cabeza y pasa su mano bajo las puntas de su cabello, ahora castaño, agitándolo para darse aire a sí misma.

Juro que podría pasar un día entero o una eternidad viéndola y nunca me cansaría de hacerlo.

Lindsay no solo pinta obras de arte: ella es una obra de arte en sí y fui demasiado mundano como para no poder entenderla ni apreciarla. Eso se ha acabado porque finalmente he aprendido a amar cada parte de su existencia.

Me acerco para dejar el vaso de limonada en la mesita que está a su lado. Al fin se da cuenta de mi presencia. Me sonríe antes de limpiar con el dorso de su mano la pequeña capa de sudor de su frente. Se acerca a mí para plantarme un fugaz beso que me deja deseando más. Quiero seguirle haciendo el amor una y otra vez.

—Gracias —me dice tomando su bebida. Le da un sorbo; luego señala a su cuadro—. ¿Qué te parece?

Observo con detenimiento.

Lindsay participará en el concurso anual de pintura que realiza la universidad; todo lo que quiero es que ella gane para que así obtenga esa media beca que la ayudará muchísimo con sus estudios y, viendo lo que está creando, no me queda la menor duda de que se llevará ese primer lugar.

No nací con el don de entender estas cosas, pero el cuadro que está terminando hace explotar mi mente. Es fenomenal.

Se trata de una chica que se encuentra de espalda y descalza; lleva puesto un camisón blanco que le llega arriba de las rodillas; la tela está desgarrada en algunas partes. Tiene el cabello castaño como Lindsay.

No sé cómo ha hecho para transmitir esa idea de que ha capturado la imagen mientras la chica está caminando, pero es lo que se encuentra abajo lo que más impacta: la chica tiene su pie izquierdo sucio; le ha dado un efecto para que parezca que está dando un paso, a punto de dejar por completo ese fuego infernal que la rodea. Su pie derecho está plantado firmemente bajo una hermosa nube blanca azulada que cubre la mitad del dibujo, acompañado de un hermoso jardín al fondo, que proyecta una extraña, pero tranquila paz.

—Es increíble. —Lo analizo por unos segundos más, antes de ver a Lindsay—. Refleja la esperanza de salir de un infierno para, luego, literalmente, tocar las nubes.

Se ríe y le da otro sorbo a su bebida.

—Eso es justamente lo que me preocupa: que sea demasiado literal.

Muevo mi cabeza confundido.

—¿Por qué te preocupa eso?

—A los jueces les gusta algo que se pueda interpretar de diferentes maneras.

Quizás nunca entienda la forma de pensar de estos artistas

—Te he dicho que no sé nada sobre este arte; para mí es perfecto. Además, ha sido pintado por una humana y, si eso es demasiado literal para ellos, pues que se jodan.

Asiente en agradecimiento y me pongo como tarea mental estudiar todo sobre la pintura para poder darle un punto de vista más acertado, algo que la ayude con esa inseguridad que siempre ha mostrado con los cuadros que pinta, lo cual jamás entenderé, porque todo lo que hace es maravilloso; ejemplo de ello está en que serán exhibidos en una pequeña galería de arte.

Puffff.

Será mejor no recordar lo celoso que me sentí al darme cuenta de que esa grandiosa oportunidad llegó gracias a ese tal Thiago, con apellido *Idiota niño rico*.

Sí. Le queda a la perfección.

—No le pienso cambiar nada —anuncia, ajustando las correas de su jumper—. Siento que es la obra que me representa a la perfección. Es la más fiel a mí misma.

Lindsay se ve hermosa usando cualquier cosa aunque, ahora que usa un jumper de mezclilla, que contornea sus sexis piernas, está más caliente que el clima de la ciudad. La tela realza su sabroso

trasero y no hay que dejar atrás ese top que se oculta debajo de la parte de arriba del jumper, juntando seductoramente sus pechos, dejando libre un poco de la piel de su estómago.

¿He hablado alguna vez de los pechos de Lindsay? Dios, son los más lindos que he visto —y todos sabemos que, antes de ella, miré un montón—. Los suyos son grandes, redondos y con una simetría de infarto. ¿Dónde dejamos sus curvas de muerte? Joder, soy demasiado afortunado.

Agito mi cabeza, apartando los pensamientos sucios que empiezan a formarse en mi mente. Me enfoco únicamente en lo que ha dicho, y todo tiene sentido.

La chica que ha dibujado es ella misma saliendo de su infierno personal.

Vaya, eso hace que mi mente explote aún más.

—Pues no le cambies ni un solo color. —Le brindo mi mano y la atraigo hacia mí para recostarnos en una de las sillas plegables que tenemos en la terraza—. Se siente como una eternidad desde la última vez que estuvimos aquí.

Escucho que suspira. Descansa su cabeza sobre mi hombro y una vez más se acomoda entre mis piernas hasta que los dos encontramos una posición placentera. La rodeo con mis brazos y me hace tan feliz sentir la forma en que se relaja a mi lado... Ya no hay muros entre nosotros, lo cual me llena de mucha emoción.

—Es exactamente lo que estaba pensado desde que estoy aquí. —Su mano acaricia mi pierna desnuda, en un movimiento gentil—. Si mi mente retrocede hasta esos días, lo que me torturaba sin parar es que tenía tanto miedo de enamorarme de ti...

Sujeto sus hombros y la empujo un poco hacia adelante para que levemente se gire hacia mí.

—Si yo hago lo mismo, lo único de lo que tenía miedo es que no pudiera lograr que *tú* te enamoras de mí. —Marco bien mis palabras. Acuno su rostro, viéndola un par de segundos, embebiéndome en su mirada al tiempo que me preparo para lo que estoy a punto de confesar—. Creí que anteriormente a ti había descubierto el amor, pero estaba muy equivocado, Lindsay. Esta es la primera vez que amo completamente a alguien.

Escucho un pequeño «aw», que se escapa de sus labios antes de tomar mi cuello y acercar nuestros labios para besarnos. Dios... sus besos son dulces, aunque a la misma vez lujuriosos; juro que nunca querré probar otros labios. Mi corazón no para de decirme que ella es la indicada. Lo percibo en su mirada, en sus besos, sus caricias y en la forma en que dice mi nombre: encajamos juntos y no existe nadie más para mí que no sea ella.

—Una vez te lo dije; creo que no lo entendiste por completo —me dice, dándome pequeños besitos en los labios—. Eres, literalmente, mi primer novio y estoy tan agradecida de que así sea.

—Y seré el último —agrego con rapidez.

—¿Piensas matarme? —bromea; yo me carcajeo—. Además, ¿qué pasa si terminamos?

Definitivamente, mis risas cesan.

—¿Qué? ¡Eso no pasará nunca! ¡Diablos, por supuesto que no terminaremos!

—Bien, bien —levanta sus manos y se ríe—. Relájate. Solo decía.

—No vuelvas a repetir eso, ni siquiera a pensarlo —le pido, jugueteando con los mechones de

su suave cabello—. Algún día, cuando ya hayas terminado tu carrera, te voy a hacer mi esposa, Lindsay Reed.

Sus cejas se alzan en sorpresa, dándome un amplio vistazo de sus ojos, y al fin puedo ubicar a quién me recuerda su mirada. La noche de ayer, Lindsay me pidió ver un maratón de las Kardashians y con seguridad puedo decir que tiene el mismo color miel de los ojos de Kylie Jenner, incluso la misma forma almendrada.

—Jamás habría creído que el jugador estrella del equipo de la UCLA, próximamente jugador de los Lakers, pudiera fijarse en... —Se calla de golpe al notar que le pediré que no diga lo que siempre piensa de sí misma, porque sabe que no me gusta que se tenga ese concepto. Lindsay es tan valiosa y mi tarea del día a día será que lo comprenda—... una chica de primer año como yo —agrega con rapidez e inteligencia.

Me río al recordar su emocionada reacción cuando le conté lo de mi contacto con el reclutador de la NBA. Respecto a ese tema, nada es seguro. Este año podría presentarme a la noche de los *drafts* siempre y cuando el equipo que esté interesado en mí —rezo para que sean los Lakers— acepte mi propuesta de ficharme hasta que termine la universidad; de lo contrario, voy a enfocarme en conseguir un agente y esperaré a presentarme hasta la próxima temporada, que ya sería la última de mi carrera universitaria, y cumpliría así con la promesa que le hice a mamá y a mí mismo.

Maniobro para mover a Lindsay y sentarla frente a mí, sobre mi regazo.

—Tampoco lo habría creído; de hecho, nunca salí con chicas de primer año porque solo me siguen por mi fama. Son demasiado eufóricas —respondo con sorna. Ambos nos reímos y, antes de seguir hablando, la beso sin parar. Estoy tan enamorado de Lindsay como nunca lo pude imaginar—. Así que estás destruyendo mi reputación, ¿sabes?

—¿Yo? —se señala su pecho, con una fingida actitud angelical e ingenua.

—Sí. Mi hombría se vio empañada desde el momento en que monté todo ese plan para conquistarte.

—Oh, se siente tan bien escucharte admitir que todos esos encuentros fueron creados por ti mismo y no como intentabas hacerme creer...

Me carcajeo al recordar que le decía que estaba asustándome al salirme en todos lados, cuando era yo quien planeaba la mayor parte de la escena.

—Bueno, lo acepto. Igual, desde que llegaste a mi vida, ya no soy un mujeriego. Creo que ahora tengo la reputación de ser hombre de una sola chica.

Se muerde el labio.

—Eso es tan adorable...

—Sé que lo soy, Linda.

Divertida, golpea mi pecho.

Me hace tan feliz verla riendo, olvidando sus heridas. Disfrutando del presente que ha creado y que se merece totalmente.

—¿Dónde ha quedado ese chico nervioso que conocí los primeros días?

Extiendo mis brazos en el aire, señalándome a mí mismo con mis dedos índices.

—Está frente a ti.

—Por supuesto que no.

—Claro que sí. Me he mostrado ante ti tal cual soy desde la primera vez. Lo que pasa es que siempre que estaba a tu lado me ponías nervioso porque... diablos, ¿quién no se pondría nervioso al estar frente a una chica como tú?

—Pues ahora mismo no lo estás.

Pongo mis manos en su cadera y la empujo más hacia mí.

—Ya no tengo que estar nervioso por conquistarte; ahora solo debo preocuparme por enamorarte cada día más de mí y hacerte feliz durante el resto de nuestras vidas.

Ladea su boca en una tierna y pequeña sonrisa.

Cada vez que hace el intento de decirme algo, siempre termina cerrando sus labios, insegura de si debería decirlo o no. Hago un gesto que la invita a hablar y, como hizo la otra noche, toma mi mano para ponerla sobre su pecho.

—Mi corazón te da las gracias porque apareciste justo a tiempo. Y te amo, Jordan.

Tomo un fuerte suspiro. Mirando a la chica que nunca se deslumbró por mi popularidad o mi fama, sino que me vio como alguien normal, con la enorme necesidad de que también me quisieran por lo que realmente soy.

Sentir los latidos de Lindsay y tener esa sensación de que su corazón está hablando por ella me provoca un bajón en todo mi cuerpo, algo similar a cuando termino un juego y no me hidrató bien, aunque ya no podría compararlo con eso porque ahora siento un subidón que llega hasta mi pecho y hace un cortocircuito ahí, como si dentro de mí estuvieran estallando juegos artificiales.

Juro que es la sensación más alucinante e impactante que he sentido en toda mi vida.

—Recuerdo perfectamente el día que me dijiste que, cuando te conociera bien, desearía no haberlo hecho; hoy te digo que estabas totalmente equivocada: conocerte por quien realmente eres es el único deseo que pediría cada segundo de mi vida y también te amo, Linda.

Y así es cómo por primera vez siento que mi corazón se derrite y produce algo dentro de mí que es capaz de atravesar océanos o derribar muros solo por estar a su lado. Es de esta manera como me doy cuenta, sin duda alguna, de lo mucho que Lindsay Reed significa para mí.

Me besa de una manera como no lo había hecho antes, y todo mi interior estalla en completo amor por ella.

—Espera —dice, poniéndose de pie—. Traje algo que quiero darte. Regreso en seguida.

Se echa a correr, riendo sin parar y desaparece con rapidez de la terraza para entrar en mi apartamento.

Mis pulmones expulsan un aire esperanzador mientras le envío rápidamente un mensaje a mi mamá, diciéndole que al fin encontré a la chica, no solo de mis sueños, sino también de mi vida. Prometí que le diría cuando conociera a alguien con la que quisiera compartir mis días. Es bueno



saber que fui capaz de cumplirle.

Mamá me contesta a los instantes con un montón de emoticonos que están llorando; luego invade la pantalla de mi celular con caritas enamoradas. Me río y le digo que la llamaré por la noche para contarle todo.

Lindsay regresa con unas camisetas entre sus manos, pero ahora tiene el ceño fruncido.

—Jordan, ¿Ralph está saliendo con alguien?

—Linda, Ralph siempre sale con alguien.

Pone sus manos en su cadera, ladeando su rostro.

—¿Y ese alguien se llama Violet Price?

En una corta fracción de segundos despego mi espalda del respaldo de la silla.

—¿Qué has dicho?

—Te juro que lo escuché hablando solo o eso creo, pero muy claro oí que dijo que únicamente alguien como Violet Price lo haría replantear sus ideas sobre las relaciones formales.

—Nah, está alucinando. —Muevo mi cabeza en negación, incrédulo de que Ralph esté pensando algo así—. Primero, Violet jamás le haría caso porque sabe que merece más que un mujeriego como Ralph; segundo, él no pondría los ojos en ella porque sabe que Kilian le patearía el trasero.

—¿Estás seguro?

¿Lo estoy?

Sé que Violet le atrae; he visto sus actitudes con ella cuando Kilian no está en el radar, ¿pero que Ralph esté pensando así de fuerte?

—Joder, no lo sé —me paso las manos por mi cabeza, sintiéndome desconcertado por lo que me está diciendo.

¿Violet y Ralph?

—Bueno, quizás me confundí. Ahora a lo nuestro.

Logro asentar, un poco confundido por lo que me acaba de lanzar sobre nuestros amigos.

—Sigo esperando... —Señalo las camisetas blancas que sostiene en sus manos—. ¿Qué pasa con eso?

—¿Recuerdas que te dije que nunca usaríamos camisetas de novios y esas cosas?

—Por supuesto. —Frunzo un poco mi ceño, luego muerdo mi labio al darme cuenta de lo que está pasando—. No me digas que...

—Detente. No son esas típicas camisetas —intenta defenderse, tratando de mostrar normalidad; cuando no es así, está apenada, y es un completo deleite ver a Lindsay sonrojarse. Sus pecas resaltan mucho más; el brillo de sus ojos se hace más evidente y el jugueteo de sus manos es muy cómico—. Vas amarlas. Esta es la tuya.

Despliega la camiseta, la leo y no pasa mucho tiempo cuando me tiro una gran carcajada. Dice: «No soy su Tony Stark», y en la que ella debería de usar se lee: «No soy su Pepper Potts». Lo mejor es que, en el medio de ambas camisetas, justo debajo de las frases, le ha colocado un corazón partido por la mitad.

—Rayos, Lindsay. ¡Están jodidamente geniales!

—¿Te gustan?

—Por supuesto. —Tomo mi camiseta y la sostengo en mis manos. Probablemente Ralph diría que estoy sonriendo como un crío, pero su idea está increíble—. ¿Podemos usarlas ahora?

—Alto ahí, falso Tony. Dame tiempo para adaptarme a esto.

Entre risas y coqueteos descarados, vuelvo a sentarla sobre mi regazo. La beso sin detenimientos ni miramientos. Dejo en un reguero de pequeños besos en su frente, su cuello y no paro de asaltar sus labios hasta que su celular suena. A los primeros repiques, no contesta. El aparato odioso continúa sonando, por lo que Lindsay se separa de mí para inclinarse hacia la mesita donde lo tiene; lo sujeta de manera que ambos podemos ver que en la pantalla aparece el nombre de *Daisy*. Me dice que tiene que tomar la llamada y, para mi deleite, no se pone de pie ni se marcha. Todo lo contrario. Me hace parte de la conversación y al fin conozco a la salvadora de la chica que se adueñó de mi corazón.

La adoro al instante, no porque se le haya escapado un «Es un moreno guapísimo», por todo lo alto, e hizo que Lindsay se sonrojara aún más, sino porque ayudó desinteresadamente a una chica que estaba perdida y atada a una vida que nunca tendría que haber tenido.

Suspiro de alivio al ver a Lindsay riendo a través de la llamada y, las veces que puede, echándome miraditas tiernas.

A simple vista, quien la mire jamás pensaría que en sus espaldas llevara una triste y desgarradora historia. Ante los demás, siempre se muestra tan segura de sí misma y muy fuerte, sin heridas de ninguna clase, con toda la disposición para patearte el culo o para comerse el mundo. No es hasta que lo conoces bien que descubres las heridas que sangran de su corazón y que trata de esconder con desesperación. No es hasta que te permite entrar a su mundo cuando te das cuenta de lo rota que está pero, aun así, la felicidad es su único objetivo. Y eso la hace digna de admiración.

Ha luchado como una vengadora. Ha intentado salir adelante como una superheroína, encontrando la más mínima razón para brillar entre toda la oscuridad con la que ha vivido.

Y la amo. Muchísimo.

No sé cuál fue el acto bondadoso que pude haber hecho y, en retribución, Lindsay apareció en mi vida, pero está aquí y sé que la haré feliz cada día de nuestras vidas.

Ella termina la llamada. Sus cejas castañas tratan de unirse con esa actitud suya de investigadora especial.

—¿Por qué me miras de esa manera? —me pregunta, suspicaz.

Hago un leve movimiento con mi cabeza.

—Jamás pensé que llegarías para cambiar una noche de carrera clandestina cualquiera y la convertirías en todo un evento —digo; la comisura de sus labios se alza en una pequeña sonrisa y yo acaricio su mentón—. Te amo, Lindsay.

Sonríe; luego me da un golpe en el pecho.

—Por Dios, deja de ser tan cursi.

Alzo mis manos al cielo.

—¡Jesús! ¡Lindsay Reed matando el momento romántico desde tiempos indescriptibles!

Es ella quien ahora se carcajea fuerte, echando su cabeza hacia atrás.

—Cállate y bésame —pide. Se acerca con rapidez a mis labios; aunque antes de besarme me mira directamente a los ojos; en los suyos hay todo un espectáculo de brillo enamorado y juvenil —. También te amo, Jordan.

Sí, en su mirada todavía hay tristeza, pero ese nuevo brillo está acompañado de felicidad.

Es toda una obra de arte maravillosamente humana, y esa genuina sonrisa que antes no estaba en sus labios nos da esperanza a las dos de que sus heridas algún día dejarán de doler o sangrar.

Hasta ahora que tengo a Lindsay a mi lado, me doy cuenta de que el mundo está lleno de personas rotas y quizás... los que de alguna manera estamos bien necesitamos ser fuertes para ellos, no porque tengan que depender de nosotros, sino porque una vida descolorida se lleva mejor de la mano de alguien que aún tiene intacto sus colores, por lo tanto, te puede llenar un poco de sus tonalidades, hasta lograr recargar tu paleta de esperanza y fortaleza.

Antes de darle el espacio para besarme, tomo sus manos, entrelazándolas con las mías, viendo cómo nos cubren las salpicaduras de los colores que ella ahora usa para sus pinturas artísticas; admirándola y poniéndome como meta personal el recordarle cada día de nuestras vidas que no importa cómo fue su pasado: merece siempre ser amada por quien es en su presente.

Fin

## Agradecimientos

Las personas correctas siempre estarán a nuestro alrededor, tomándonos la mano para darnos un apretón cuando algo no vaya bien o simplemente cuando necesitemos un hombro en el cual recargar nuestros sueños. Por segunda vez, doy mi más sincero agradecimiento a las increíbles chicas que me han visto nacer como escritora y que han celebrado este logro tanto como lo hago yo: Rita Quirós, Carlita Ivanova, Astrid del Rayo, Jennifer Barán, Annita Gómez, Susi Fernández, Marcia Requejo, Angie Girón, Aideen Hernández, Alejandra Rodríguez, Alis Pereira, Estela Pomares, Vanessa Mares, Yareniz Espejel, Monserrath Cernícharo y a todas las chicas de Wattpad que, desde la primera historia que publiqué en esa red, me demostraron su apoyo y continuamente me alentaron a apuntar a la estrella más radiante de la constelación.

Millones de gracias, Jorleny Soto, por regalarme uno de los momentos que más me han marcado en mi faceta como escritora: esa vez que te miré llorar porque las palabras que había plasmado en una novela tocaron tu corazón. Desde ese momento, he soñado muchísimo con seguir tocando miles de corazones a través de las palabras.

Kate Urcuyo, infinitas gracias por alegrarte demasiado por mi contrato con esta hermosa editorial. Jamás olvidaré la enorme sonrisa en tu rostro o el abrazo que me brindaste la última vez que nos vimos. Este libro va dedicado a ti porque eres un ángel que siempre está iluminando mi existencia.

Ileana Rodríguez, tú eres uno de los motivos por los cuales nunca me he dado por vencida en el mundo literario. Contar con tu amistad es lo más maravilloso que me ha pasado en la vida. Siempre estás a mi lado, alentándome a creer en mis sueños y en mí. Te adoro muchísimo. Sabes que cuentas conmigo en todo momento.

Millones de gracias a mi mamá por celebrar cada logro de mi vida y por ser el pilar terrenal de mi existencia; aunque no la he dejado leer mis novelas, siempre se emociona genuinamente cuando le comparto mis sueños, y eso para mí es lo más maravilloso.

Un enorme agradecimiento a nuestra fantástica editora, Lola Gude, y a todo el equipo de Selecta que hace realidad un sueño más. Son una hermosa familia de la cual estoy muy orgullosa de formar parte. Me hace extremadamente feliz poder compartir mis sueños con ustedes. ¡Muchas gracias por todo!

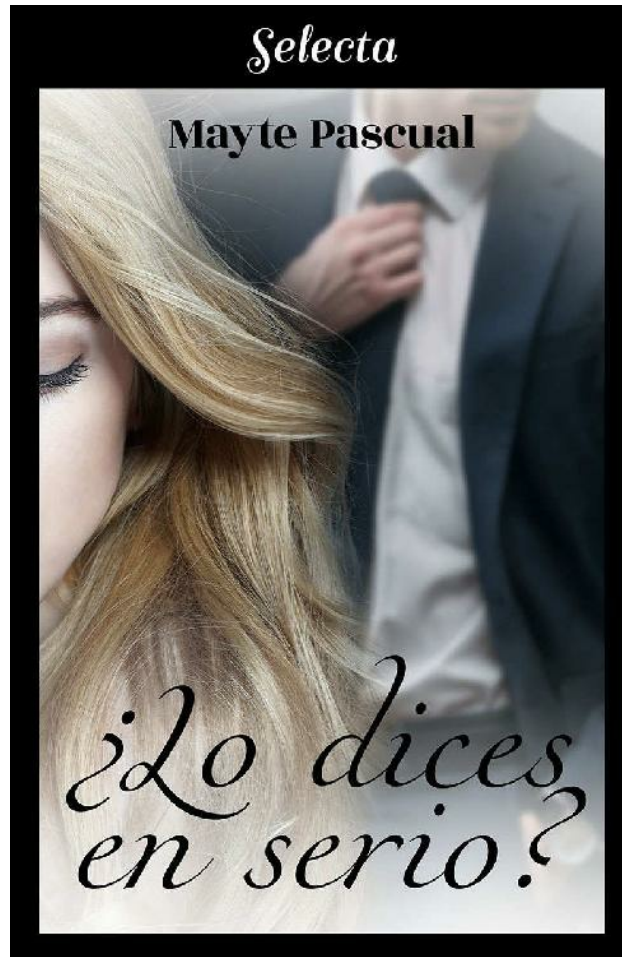
Si te ha gustado

*Adorable reputación*

te recomendamos comenzar a leer

*¿Lo dices en serio?*

de *Mayte Pascual*



Capítulo I

El ruido de mis tacones repiquetea haciendo eco en el *hall* de suelos de mármol de Nature Homes, nuestra empresa familiar. Voy hacia los ascensores sin mediar palabra con las recepcionistas, que sin perder ni un segundo me abren los torniquetes para que pueda pasar libremente. No tengo tarjeta identificativa. Ni que la necesitare. Todo esto es tan mío como mi casa y, si me rebajase a utilizar una de esas tarjetas magnéticas nominales, estaría igualando mi posición a la de cualquier trabajador de la empresa; a mis trabajadores, en cierto modo. Y eso no pasará nunca. Ni en sueños.

Cuando el ascensor se abre en la quinta planta, fijo mi vista en el panel de vidrio esmerilado del fondo. Estela, la mosquita muerta que desde hace un tiempo realiza las labores de secretaria de mi padre, intenta decirme algo con gesto alarmado. Como si me importase. Paso a su lado sin disminuir la velocidad de mis pasos y abro la puerta metálica grabada con el logo de la empresa.

—¡¡Papá!!

—Alice... —Papá pone la cara de siempre, esa mezcla que le encanta de agotamiento y desquicie extremo, pero le ignoro, como suelo hacer yo siempre también —. Estoy reunido, por favor.

—Ni por favor ni nada.

Resopla de forma escandalosa y me mira impertérrito, a pesar de mi creciente malestar.

—¿No puede esperar?

—¿Crees que puede esperar el hecho de que mi padre sea un traidor?

De nuevo su cara de sobrepasado. Pone los ojos en blanco, suspira teatralmente y dirige su mirada hacia los sofás que hay en el rincón de los ventanales.

—Lo siento, Rodrigo. ¿Podemos hablar en otro momento?

—Claro, no hay problema.

Me giro sorprendida. Cualquier trabajador de esta empresa habría salido huyendo al presenciar mi entrada triunfal, así que este debe de ser nuevo. Fuerte, pelo negro azabache, pantalón y chaqueta informal y camisa blanca sin corbata. La barba de tres días le delata. Imposible que se trate de una persona en nómina. Aquí casi van uniformados, sometidos a unas normas de vestimenta y comportamiento tan estrictas que parecen hechos en serie.

—Estaré con Alberto y su equipo. Me han prometido un café. Avísame cuando estés libre.

Su estatura me sorprende cuando se levanta del sofá y se dirige hacia la puerta del despacho, pasando demasiado cerca de mí.

—Alice. Un placer.

¡¿Alice?! ¡¿En serio?! ¡¿Pero qué se ha creído este tipo? Aquí nadie es tan atrevido como para llamarme por mi nombre de pila. Veo, aún anonadada, cómo desaparece por la puerta, que se cierra tras él.

—A ver... —Papá se sienta tras su ultramoderna mesa con aire cansado—. ¿Qué he hecho esta vez?

—¿Cuándo pensabas contarme lo del «pequeño favorcillo» que les has hecho a Cloe y a Caleb?

—Ay, Alice, por favor, era eso...

—¡¿Era eso?! ¡¿Te parece poco?!

—Alice, cariño... ¿Cuándo piensas dejar de preocuparte por lo que hagan o dejen de hacer? Además, ha sido una tontería...

Tontería, dice. A veces papá no se entera de nada.

—No me parece una tontería que ayudes a gente que me ha dado la espalda de la noche a la mañana.

—Hija, no sé por qué, pero me temo que algo harías tú también para provocar esa situación...

—¡Papá!

—¡¿Qué?! —Sonríe beatíficamente, como si nunca hubiese roto un plato—. Yo solo digo que dos no se pelean si uno no quiere...

Suspiro, intentando mantener la calma. Adoro a papá, pero tiene una facilidad para sacarme de quicio que no la tiene cualquiera.

—¿Me puedes decir por qué lo has hecho? —Técnica dos: dar pena. Nunca falla con papá—. Podías habérmelo contado.

—Cariño, te adoro. Eres mi niña. La luz de mis ojos. Pero, si te lo hubiese dicho antes, habrías maquinado estrategias de todo tipo para chafarles los planes.

—Eso no es verdad.

—Sí, lo sabes.

Bueno, vale... Quizá papá me conozca un poquito más de lo que yo pensaba.

—Pero ¿por qué te pones de parte de Cloe y la ayudas?

—Alice, por Dios... —Cuidado. Cuando papá nombra a Dios es que está perdiendo la paciencia a pasos agigantados—. No me pongo de parte de nadie. Y no he ayudado a Cloe, créeme.

—¿Entonces?

—Isabel me llamó.

Acabáramos. La reina Isabel. La que podría haber sido mi suegra si las cosas hubiesen salido como las tenía planificadas hasta el último detalle.

—Y ya está, como Isabel te llama, se para el mundo...

—Cariño, los padres de Caleb son amigos nuestros desde antes que tú nacieras. No podía negarme. —Pone cara de disculpa, pero no me vale—. Tampoco es que haya obrado un milagro, solo les he facilitado un poco las cosas...

—¡¿Solo un poco?! —Mi voz se eleva por el amplio espacio del despacho y juraría que los cristales tiemblan—. ¡Papá! ¡Se van a casar en el sitio donde me quería casar yo! ¡Y gracias a ti!

Intento que no se me salten las lágrimas de la rabia que estoy conteniendo y más cuando veo la expresión de mi padre, que se debate entre la sorpresa y la pena.

—¡Pero, Alice, cariño! Tú puedes casarte en un sitio infinitamente mejor. —Se levanta del

sillón presidencial y viene hacia mí, con ese gesto que utiliza desde que era niña y trataba de tranquilizarme tras una pataleta—. Además, que yo sepa...

—¿Qué?!

—Pues... —Sé que está midiendo sus palabras y eso es lo que más miedo me da—. Que, a menos que no me hayas contado nada y sea un secreto, no parece que haya un novio a la vista...

Lo que me faltaba. Papá se da cuenta del error casi al momento y su cara se congela con una mueca de espanto. Esta vez sí que has metido bien la pata, papi.

—Hija, perdona, no quería decir eso... —Intenta acariciarme el brazo, pero me separo con brusquedad de él.

—Da igual. Me marchó. Ya he oído suficientes tonterías.

—Alice, cariño...

Giro sobre mis talones y salgo del despacho intentando dar un portazo, sin éxito alguno. Odio esas puertas de última generación que se cierran solas, tan despacio que dan ganas de gritar. No me dejan dar rienda libre al enfado y al dolor que siento ahora mismo. Estoy segura de que mi padre la encargó pensando solo en su hijita.

Papá no sale del despacho corriendo detrás para pedirme una explicación, pero tampoco contaba con ello. Él es más de esperar a que amaine la tormenta. Dentro de una hora exacta llegará a mi casa un gran ramo de las mejores rosas con una nota de disculpa y un regalito extra, seguramente muy caro, dado el calibre de la metedura de pata. Así que, con toda probabilidad, en unos años acabaré como mi madre: con una amplia colección de joyas, zapatos y bolsos, y con un odio infinito al aroma de esas bonitas flores.

Intento respirar hondo en los pocos segundos que estoy en el ascensor. Nunca me habría imaginado que, cuando todo el mundo parece haberse puesto en mi contra, a mi padre solo le entrase la risa. Me ha traicionado de la forma más dolorosa que ha podido, aunque él ni siquiera se haya dado cuenta.

Me pongo las gafas de sol antes de que las puertas se abran y salgo tan digna como he entrado, sin despedirme de nadie. Voy directamente hacia el coche que, como siempre, he aparcado de cualquier manera entre dos plazas reservadas.

—Adiós, Alice.

Me paro en seco. Esa voz cantarina, con ese toque de guasa, es justo lo que menos me apetece oír en este momento. Me giro y localizo al tal Rodrigo, guarecido del frío bajo el alerón futurista del edificio, fumando como un perdonavidas. Cómo no. No esperaba menos de un tipo como él.

—¿Se puede saber quién te ha dado permiso para tutearme?

Él solo suelta un silbido y apaga su cigarro de un pisotón.

—Perdón, su alteza, menudo carácter... No me habían informado de que estaba tratando con la realeza...

—Serás...

—¿Seré...? ¿...Qué? —pregunta, retador, con una sonrisa de falso encanto.



Pero no lo va a conseguir. No voy a ensuciarme la boca con palabras tan poco propias de mí.

—Maleducado —murmuro, mientras me giro y voy hacia el coche.

Antes de cerrar la puerta, acierto a oír «señorita Alice» al más puro estilo de Mammy. Muy gracioso. Otro cretino que se cruza en mi vida. Menuda suerte.

Lo primero que hago cuando llego a casa es preparar un baño de espuma. Sí, sé que suena decadente, pero es lo único que consigue relajarme desde siempre. Cuando era niña, el mejor momento del día era el de la hora del baño. Coincidió con la hora en que mamá terminaba su ensayo diario y juntas compartíamos ese espacio húmedo y calentito, donde me sentía más unida a ella que en el resto de nuestra enorme casa. Ella disfrutaba del baño después, cuando mi hermano Eduardo y yo dormíamos, y supongo que es de las pocas cosas en las que me parezco a ella.

Cuando mi adorada bañera de hidromasaje está llena, tiro al agua una bomba de espuma con esencia de vainilla y enciendo las velas aromatizadas. La música de Debussy pone el toque final al ambiente de paz que necesito para terminar la tarde.

Cierro la puerta y me meto en el agua hirviendo. Me sumerjo hasta el cuello y apoyo la cabeza en la almohada especial de gel que he fijado a uno de los bordes. Es el único momento del día que espero con verdaderas ganas. Hoy apenas he terminado el entrenamiento, pero, después de la jornada que he pasado, es una sensación maravillosa notar cómo mis músculos se destensan y dejo de tener ese martilleo en la cabeza.

Aún estoy enfadada con papá. A pesar del maravilloso ramo de rosas blancas, a modo de pipa de la paz. A pesar del par de botas de Jimmy Choo, que con toda seguridad son las más caras de la tienda. Pensaré que así se ha redimido de la tontería que piensa que ha hecho, pero la mayoría de las veces no se da cuenta de las consecuencias de sus decisiones, porque no le repercuten a él de forma directa.

El agua se está quedando fría. Paso a la ducha a lavarme el pelo y seguir mi ritual: guante de crin, masaje energético en muslos y glúteos y mascarilla para las puntas. Cojo el albornoz calentito, después de estar un rato sobre el radiador, y envuelvo mi pelo en una toalla esponjosa. Mientras me pongo el pijama y me desenredo la melena con paciencia, vuelvo a la vida real de golpe y porrazo. Mi móvil no deja de emitir pitidos de llamadas perdidas y correos pendientes. Es muy posible que sean de papá y María, mi ayudante y *webmaster*. Sé que hoy he dejado muchos asuntos pendientes, pero aún tendrán que esperar un poco más. Después de completar mi ritual con crema a discreción, secador, plancha para el pelo y *serum* para la cara, me siento satisfecha.

Como todos los días cuando doy por finalizada la sesión de belleza, voy directa a la cocina y me preparo una ensalada ligera y atún a la plancha. Sé que, si por un momento me desviase y me sentase solo un ratito en el sofá, me quedaría profundamente dormida. Me obligo a poner las noticias y enterarme de todo lo que pasa en el mundo. Recuerdo que la hora del telediario era sagrada en mi casa cuando éramos pequeños. Papá nos obligaba a estar en silencio absoluto

mientras absorbía toda la información. Nunca lo entendí y, aún ahora, que también forma parte de mi rutina diaria, no puedo entender qué gran interés tiene. Todo son malas noticias, desastres naturales, crímenes sin resolver y políticos sin escrúpulos con una carencia absoluta de carisma. ¿De veras es necesario enterarse de todo esto? A veces creo que viviría mejor en una isla desierta... Con Amazon Prime, HBO y Netflix, eso sí.

Después de la previsión del tiempo me siento libre para cambiar de canal. Solo faltaba tragarme también la sección de deportes, que casi parece más un programa del corazón que parte del informativo. Recojo los platos y los meto en el lavavajillas. Hago un repaso de la cocina y la encuentro tan pulcra como siempre. Debo reconocer que, a pesar de que el servicio de limpieza cuesta un ojo de la cara en estos apartamentos, es de lo mejorcito que he visto nunca.

Mi móvil suena de nuevo, pero hago caso omiso. Rechazo la idea de ver una película y enciendo el portátil, con una mezcla de curiosidad y preocupación creciente. Desde hace unos meses, abrir cualquiera de mis correos electrónicos se asemeja demasiado al telediario: todo son malas noticias. Me armo de valor y leo uno a uno los desalentadores mails de María. Contesto algunos con brevedad, dándole una serie de directrices que, aunque sé que no mejorarán la situación, al menos, le darán a María la impresión de estar haciendo algo. Es eso o que le dé un ataque de ansiedad en breve.

Cuando el móvil vuelve a sonar, lo cojo sin pensar, sumida en mis oscuros pensamientos.

—Hola, cariño.

Me sorprendo al oír la aflautada voz de mi madre al otro lado.

—Hola, mamá. ¿Pasa algo?

—No, solo quería charlar un poco. ¿Qué tal el día?

Consulto el reloj: las 21.50. No es habitual en mi madre llamar a estas horas y menos cuando hemos hablado ya a media tarde.

—Deduzco que acaba de llegar papá.

—Sí, hija, sí... —Mi madre hace una pausa y la oigo suspirar—. Tu padre quiere saber si te han gustado las rosas.

—Muy bonitas. Y las botas también. Pero dile que no hace falta que le hagan cliente del año en todas las *boutiques* del barrio de Salamanca.

—Cariño... Está muy arrepentido por lo que te ha dicho.

—¿Y por qué no me lo dice él?

—Ya sabes cómo es. Te ha llamado dos veces y, como no se lo has cogido... Cree que no quieres hablar con él.

—Pues cree bien.

—Alice, mi amor, no podéis enfadaros cada dos por tres. Me dais unos disgustos...

—¿Te ha contado lo que ha hecho?

—Por encima, pero no quiero meterme en vuestras cosas. —Mi madre, la experta en escaqueo de crisis familiares—. ¿Por qué no vienes el sábado a comer? Podríamos pasar un rato juntas.

—Me lo pensaré. —Sé que mi madre ahora mismo está sonriendo porque ha conseguido ablandarme—. Pero si voy es por ti, no por él.

—Ay, Alice, sois los dos igual de cabezotas...

Sigo aguantando la perorata de mi madre diez minutos más mientras hago *zapping* con la tele sin sonido.

En el fondo sé que tiene razón y que ella se lleva la peor parte de estas discusiones, porque siempre acaba en medio, pero es que ya no puedo más. Papá piensa que es el dios de la justicia y la razón absoluta e intentar que cambie de opinión es como chocar contra un muro de hormigón.

—¿Me prometes que vendrás? Luego podríamos ir al cine juntas. O de compras. Quiero comprarme un bolso.

—Claro que iré, mamá.

—Te quiero, Alice. Descansa, cariño.

Cuelgo con una sensación agridulce. Mi madre es un verdadero encanto: dulce, cariñosa, comprensiva... Todo lo que nunca he sido yo, en definitiva. Sé que le encanta pasar tiempo conmigo y no hay cosa que me guste más que ir con ella a cualquier parte, pero eso no es lo que debería hacer una mujer de treinta y tantos. Al menos una mujer normal, con una vida normal y amigos normales. No como yo, claro, que he pasado de ser la reina de las fiestas a ser desterrada al olvido más absoluto.

Como casi todos los días últimamente, decido flagelarme con mi nuevo descubrimiento. Cotilleando en Instagram en el momento en que todos me dieron de lado y me vetaron en todas las cuentas, di con el perfil de Carlos, el hermano de Caleb. Él no solo tiene la cuenta abierta, sino que entre sus frecuentes publicaciones hay miles de imágenes de su hermanito Caleb. Con gafas de sol, haciendo el payaso, guiñando un ojo, sacando la lengua... Fotos en las que me gusta imaginar que me mira a mí, que sonrío para mí, que está conmigo en una playa paradisíaca.

No es que esté obsesionada con él ni mucho menos. O, bueno, a lo mejor siempre lo he estado un poco. Pero es que nunca pensé que las cosas acabarían así entre nosotros. Le conozco desde siempre, jugábamos juntos cuando nuestros padres quedaban para cenar, había mucha confianza entre nosotros y nos contábamos todo. Vale, que solo éramos unos niños, pero para mí es como si nunca hubiese pasado el tiempo. Quizá en mi época de adolescencia tuve un momento de confusión y no solo le besé a él, sino también a su hermano, pero siempre lo tuve muy claro. Seguramente porque Caleb era el chico más guapo que había conocido en mi vida o por ese punto de inaccesible que le hacía tan atractivo. Y después de años de estar ahí, de acercarme a su familia, sobre todo a la estirada de su madre, y de conseguir que asistiese a la reunión de antiguos alumnos... Llega la boba de Cloe y se lo lleva engañado con sus ñoñerías.

Ahí, en esa foto, está con ella, con esa cara de no haber roto nunca un plato. ¿En serio la prefiere antes que a mí? No digo que sea fea, pero es tan rarita como su inseparable Nel. Y pensar que a esas las consideraba yo amigas hasta hace poco... Encima que le hago el favor a Cloe de reencontrarla con Aidan. Pero ¿no era lo que quería? Da la lata durante años con el tema y cuando

llega el momento que estaba esperando no le hace ningún caso... Así le ha ido siempre con él. Cuando se lió conmigo, antes de acabar el último curso, Aidan estaba amargado con Cloe. ¿Para qué quieres tener novio si pasas de él? Ella misma propició que Aidan se buscara a alguien que le diese lo que necesitaba. Quizá aún no haya entendido lo que hay que darle a un hombre para que no vaya a buscarlo fuera de casa. Lo que me pondría en una situación más que conveniente con Caleb.

Mientras duermo, mi subconsciente me juega una mala pasada. Sueño con Caleb, que me confiesa que necesita una mujer de verdad, desinhibida y auténtica, que no trate de llevarle a su terreno, sino que se deje llevar a sitios desconocidos. Y esa mujer, sin duda, soy yo.

Me levanto sudando, con una sensación de plenitud que desaparece cuando descubro que sigo sola en mi cama. Quizá no es que mi subconsciente se esté volviendo loco. Quizá es mi intuición, una señal para que no me rinda, para que no me quede parada y queme mis últimos cartuchos con Caleb antes de que sea demasiado tarde.

\*\*\*

—Hola, mamá —digo cuando el *Nocturno*, de Chopin, llega a su fin. Esa es la imagen que recordaré siempre de mi madre: abstraída mientras sus dedos acarician, casi imperceptiblemente, las teclas de ese piano, que es una extensión de su menudo cuerpo, con la vista fija en una partitura que se sabe de memoria.

—Hola, cariño. —Me hace un hueco en el banco y me siento a su lado. Ella me abraza, acaricia mi cabello y besa mi frente con ternura—. ¿Cómo estás?

—Bien —miento.

—Sol está preparando un pescado al horno estupendo.

—Genial. Me apetece un montón.

—Hija... —susurra, abrazándome de nuevo—. Tienes que animarte un poco.

—Lo intento, mamá. Pero no es fácil.

—Las cosas fáciles, la mayoría de las veces, no valen la pena.

Mamá es así. Al contrario que papá, que explota con facilidad y luego se arrepiente; ella es un remanso de paz, una luz blanca que hace que nuestro mal carácter se disuelva como una nube de humo. Cuando las primeras notas de *Claro de Luna* suenan por todo el salón, sé que puedo llorar un rato tranquila sobre su hombro, como si la melodía me acariciara el alma.

—Estaba exquisito, Sol.

—Gracias, señora.

—Por favor, llévanos el café a la terraza.

—Por supuesto, señora.

Papá pone los ojos en blanco y no puedo evitar reírme, a pesar de que aún estoy enfadada con

él. Sol lleva con nosotros más años de los que recuerdo y, aunque se lo hemos dicho en infinidad de ocasiones, sigue llamando a mi madre señora y lo seguirá haciendo hasta que se jubile. Y eso que no sé si no debería haberlo hecho ya.

—Tengo que hacer una llamada. —Papá se levanta y besa a mamá con dulzura—. Enseguida voy.

—Alejandro...

—Ya, ya, ya lo sé. —Papá sonríe con cara de niño malo—. No se puede trabajar el fin de semana.

—Exacto.

—Pero técnicamente no es una llamada de trabajo. Voy a jugar al golf esta tarde...

Las dos nos miramos extrañadas.

—¿Quéééé?!

—Papá... Tu idea de jugar al golf es irte al club a ponerte ciego de cervezas.

—Pues algo tendré que hacer mientras no me inmiscuyo en vuestros planes...

—¿Se puede saber qué le pasa? —pregunto a mamá mientras vamos a la terraza.

—Pues nada, hija, que ya sabes cómo es tu padre... Cuando no está trabajando, se aburre.

—Parecía... ¿celoso?

Mamá suelta una de sus carcajadas cantarinas.

—Pues ahora que lo dices, un poco sí. Cuando le conté nuestros planes, dijo que nos acompañaba.

—¿Qué dices?!

—Le dije que ni hablar, que era una tarde de chicas. Lo que le faltaba para su delicado corazón.

Y es que mamá y yo tenemos un secreto. Mientras papá cree que nos vamos de compras y a ver una película romántica, nosotras nos escapamos a ver una de miedo. De las de miedo de verdad.

—Sí, eso es lo que faltaba.

Mamá suspira, con la mirada perdida.

—¿Pasa algo que yo no sepa?

—Nada, cariño. —Sol nos trae los cafés y unas porciones de tarta de chocolate. La odio. Siempre que vengo a comer me salto la dieta—. Solo es que creo que trabaja demasiado.

—Ese es un problema que compartís, me temo.

—Mi trabajo es parte de mí, cariño.

—Seguro que papá me contesta lo mismo.

—Pero no es igual. —Sirve el café en las dos tazas, pero rechaza el azúcar que me ofrece—. A él le da muchos quebraderos de cabeza. Sé que le encanta estar activo, pero hace un año ya que debería haberse jubilado.

—Como te oiga hablar de jubilación...

—Por eso te lo digo a ti. A él no hay quien se lo nombre.

Me intento imaginar a papá como un jubilado feliz y relajado y, por más que lo intento, no lo

consigo. Desde que recuerdo, ha trabajado de sol a sol, sin importar horarios, ni familia, ni otras obligaciones. Y sin necesitar el dinero, porque la economía familiar nunca ha sido un problema.

—La verdad es que no creo que consigas convencerle para que lo haga —digo, sin poder resistirme a la porción de tarta.

—Si yo no digo que lo deje del todo, pero, al menos, delegar parte del trabajo...

—¿Delegar? Creo que papá no conoce esa palabra.

—Ya lo sé, pero ¿sabes qué es lo último que se le ha ocurrido? —Mamá da vueltas al trozo de tarta. Creo que aún no ha probado bocado, no como yo, que he engullido hasta la última miga—. Quiere absorber una gran constructora que está pasando por una mala racha y solo para quedarse en exclusiva con sus mejores clientes, que son en su mayoría cadenas hosteleras.

—¿Qué dices?! —Casi me atraganto con el café—. Me parece un proyecto demasiado ambicioso, incluso para ser idea de papá.

—Pues ya ves, parece ser que el dueño y él se conocieron hace unos meses y se han entendido muy bien. —Mamá bebe de su taza frunciendo el ceño—. Y claro, como siempre, a tu padre le gusta poco complicarse la vida...

—¿Quieres que hable con él?

—No, no creo que sirva de nada. Pero si te enteras de algo cuéntamelo, cariño. Tengo miedo de que a tu padre se le vaya la cabeza con este tema y luego se lleve un disgusto. Yo le veo muy emocionado con las posibilidades de este negocio, pero a mí, la verdad, no me parece tan buena idea —dice, sin poder disimular su preocupación.

—Lo haré, no te preocupes —murmuro antes de que papá cruce las puertas de la terraza ataviado con el equipo completo de golf.

\*\*\*

A las diez estoy agotada. Mamá me ha dejado en la puerta del edificio de apartamentos donde vivo, a pesar de mis protestas. A veces me siento como una niña pequeña que no puede ir sola a ningún sitio.

Dejo las bolsas tiradas de cualquier manera en la entrada y enciendo la televisión, porque parece que así mi casa parece menos vacía. A pesar de mis intentos por tranquilizar a mamá, ella está en lo cierto. Me siento muy sola. Las personas a las que estaba más unida me han dado la espalda y los demás han seguido con su vida mientras yo me he quedado estancada en un punto intermedio que no va a ninguna parte.

Pido una cantidad ingente de sushi a domicilio porque, aunque sé que comeré sobras el resto de la semana, en el fondo mi orgullo me puede y, antes de que piensen que soy una solterona deprimida un sábado por la noche, prefiero invitar a todo el vecindario a comer sashimi. Es demasiado tarde para mi baño diario, así que me conformo con una ducha rápida antes de que llegue el pedido. Disfruto de mi solitaria cena en compañía de los hermanos Salvatore. Tengo un

regusto agridulce al ver esta serie, a pesar de que es una de mis preferidas. Aún recuerdo el día que Sofia y yo la descubrimos, y no parábamos de chatear durante horas cada vez que veíamos hipnotizadas el capítulo de la semana, babeando con aquellos vampiros de ensueño; ella con el bueno de Stefan y yo con el cruel Damon. Supongo que, en mi pasión hacia los antagonistas, ya se veía que iba a acabar como la mala de la película.

Es imposible sacarlas de mi cabeza, por más que siga los consejos de mi madre y lo intente una y otra vez. Cuando es miércoles, recuerdo que uno de cada mes quedaba con Anaïs para comer al lado de su trabajo. Cada vez que veo en la pantalla de mi ordenador el icono de Skype no puedo evitar acordarme de Cloe, de nuestras largas conversaciones cuando ella estaba en Londres, hundida y sola por la ruptura con Chris. No he vuelto a pedir comida china a domicilio porque la he compartido tantas veces con Nel, sentadas en su nueva alfombra de pelo largo, que sería incapaz de recordarlas todas... Y así constantemente. Todo me recuerda a ellas. Y luego dicen del sufrimiento de las rupturas sentimentales, pero ¿cómo se supone que tengo que superar su ausencia cuando están en todos mis recuerdos desde que era una niña? Y, para rematar bien la jugada, después del numerito que me montaron en el hotel, el resto de la promoción me ha dado de lado. Tajantes. Como si de repente la historia solo tuviera una versión y la mía no importase lo más mínimo. Como si hubiesen estado deseando eso durante años y las chicas les hubieran dado la excusa ideal.

Al principio me sentí tan mal como cabría esperar. En el fondo, sigo pensando que la culpa de todo esto no es mía, sino de unos hechos que no se explicaron del todo bien y se tomaron a la tremenda en el momento menos adecuado. El que yo tuviese un lío más o menos prohibido con Aidan antes de terminar el colegio no creo que fuese lo más importante en toda esta historia. Al fin y al cabo, algo tuvo que ver él, ¿no? Pero para Aidan las consecuencias no han sido iguales que para mí. También le han dado de lado algunos, eso es cierto, pero otros, como los del equipo de baloncesto, le tienen como a un héroe. Parece ser que aún existen gorilas cromañones que consideran que liarse con dos tías a la vez es un logro digno de recordar. Me alegro de no tenerlos en mi vida.

Recojo los envases de comida y los meto en el frigorífico. Y ya está. No tengo nada más que hacer. Solo sentarme, un sábado por la noche, en un sofá vacío, frente a una maravillosa televisión de cincuenta pulgadas que no puedo disfrutar con nadie. Patético. Quien me lo iba a decir.

\*\*\*

—¿Alice?!

Me giro al segundo, pero no encajo esa cara con ningún nombre ni contexto conocido.

—Borja.

Ya. Ni idea.

—Nos conocimos en primero, en una fiesta del campus —explica, intuyendo que no tengo ni la

menor idea de quién es—. Soy amigo de Marta y Elena.

—Claro. —Pongo el modo sonrisa encantadora y le doy dos besos—. Perdona, no te ubicaba. Aún no me he despertado por completo.

Y eso es del todo cierto. Anoche me desvelé después de amargarme con malos recuerdos. Si me he animado a bajar, es porque no tengo fuerzas ni para hacerme el café—. ¿Vives por aquí cerca?

—Sí, a dos manzanas. Aquí hacen el mejor café de la zona.

—Eso no te lo discuto.

—Y... —Borja titubea, mirándome de arriba abajo—. ¿Has venido sola?

—Sí. Me llevaré algo de desayuno. Me vuelven loca las palmeras de chocolate...

—Ah... Me preguntaba si no te importaría un poco de compañía, pero, vaya, que yo también me lo llevaré.

Le miro sin disimulo, igual que ha hecho él conmigo hace unos segundos. La verdad es que me acuerdo lejanamente de él y eso no es un buen presagio, porque resulta que siempre me acuerdo de los tíos interesantes. Pero es bastante guapo, va muy bien vestido para ser domingo por la mañana y está solo. Como yo. Quizá sea una buena oportunidad de poder pasar un rato agradable.

—¿Nos sentamos en la terraza?

\*\*\*

Pues bueno. Ha sido una oportunidad. Ni buena ni mala, pero bastante agradable, la verdad. Borja parece acordarse perfectamente de mí y ha reconocido que en ocasiones aún pregunta a Marta y a Elena si saben algo de mi vida. Tiene bastante interés y eso ya es de valorar. Y, aunque ha estado un poco cohibido y algo desacertado con sus intentos de halagarme, no parece mal tío. Antes de despedirnos me ha invitado a salir el viernes por la noche. He querido negarme, porque no sé si esto es una cita en toda regla y, lo que es peor, no sé si me gusta lo suficiente, pero al ver su sonrisa de esperanza y, sobre todo, al pensar en los planes tan deprimentes que tengo este y todos los viernes a años vista, he dicho que sí. Hemos intercambiado los números de teléfono y, antes de llegar a mi portal, ya tenía dos mensajes suyos: uno dándome las gracias por acceder a quedar con él y otro asegurándome que le he alegrado el día. Y, en el fondo, aunque me cueste reconocerlo, él también ha puesto un poco de color en la mía. Al menos tengo algo en lo que pensar el resto de la semana.



**Un pasado que amenaza con estrellarse con el presente apasionado que han creado, su única duda es saber si el amor es capaz de sanar las viejas heridas y salvarlos del infierno.**



Escapar de nuestro pasado muchas veces parece ser la mejor opción para intentar ser feliz y eso Lindsay Reed lo sabe a la perfección. Su único deseo es volver a recuperar su sonrisa y la ilusión juvenil. Su amor por el arte, le dará parte de eso, pero un chico romántico y dulce, será el encargado de hacer que su lastimado corazón vuelva a latir.

Jordan Fisher es el chico popular y jugador estrella del equipo de baloncesto de su universidad, bastante enamorado, que al conocer a Lindsay queda flechado no solo por su belleza natural, sino también por su dura y sarcástica personalidad. Conforme se conozcan más, ambos se darán cuenta de que pueden estar destinados a permanecer juntos, aunque todo podría tambalearse cuando Lindsay entienda que no se puede escapar del pasado por toda una eternidad y puede que Jordan no resista el peso de esos recuerdos.

**Gabriela Cano** es una joven escritora nicaragüense, nacida un 29 de septiembre de 1994. Licenciada en Química Farmacéutica. Se considera una chica super fangirl, creativa y extremadamente soñadora. Su amor por la lectura, así como sus escritoras favoritas, sembraron en ella la curiosidad e ilusión por crear sus propios mundos. Fue de esta manera como el destino la empujó a descubrir su verdadera pasión: La escritura. Compartió sus primeras historias juveniles en una famosa plataforma de lectura digital y desde ese momento no ha parado de escribir. Le encanta aprender idiomas extranjeros, siendo el inglés su favorito. Tiene un enamoramiento con la ciudad de París, lugar que espera visitar algún día. Disfruta pasar tiempo con su familia y amistades cercanas. Entre el arte que más ama, se encuentra la música, la cual es una constante en su vida, por lo que siempre procura que sus novelas estén conectadas con el mundo musical. Sus cantantes favoritos son: la boy band británica-irlandesa One Direction, Shawn Mendes y su ídolo máximo es ¡Taylor Swift! Quien ha sido su mayor inspiración. ¡Ama tanto las canciones de Taylor que no puede pasar un solo día sin escucharla!

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2019, Gabriela Cano

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-04-3

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Adorable reputación

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Gabriela Cano

Créditos